

MORIR
QUIZÁ
NO SEA
LO PEOR
Pascal Dessaint

«TROPHÉE S13»

A LA MEJOR NOVELA FRANCÓFONA

«*Morir quizá no sea lo peor* no solo es ambiciosa en su forma narrativa... También en lo que quiere decir».

Le Point

CFI
VERSATIL

- TRADUCCIÓN DE MARIA LLOPIS -

Table of Contents

Prólogo: Flores negras

PRIMERA PARTE: ¿La naturaleza nos perdonará?

1. Félix

2. Bonobo

3. Suzanne

4. Marthe

5. Félix

6. Suzanne

7. Marthe

8. Félix

9. Bonobo

SEGUNDA PARTE: «ESTAMOS CONDENADOS A SEGUIR SIENDO
LO QUE SOMOS». Stephen Jay Gould

10. Félix

11. Suzanne

12. Marthe

13. Félix

14. Suzanne

15. Marthe

16. Félix

TERCERA PARTE: MATADME LENTAMENTE

18. Suzanne

19. Félix

20. Marthe

21. Suzanne

22. Félix

23. Marthe

CUARTA PARTE: «AQUÍ ES COMO EN OTRAS PARTES, ES COMO
LA MEMORIA, TODO CUANTO SE ALEJA ADOPTA EL COLOR
DEL NEGRO». Richard Desjardins

24. Bonobo

25. Félix

26. Bonobo

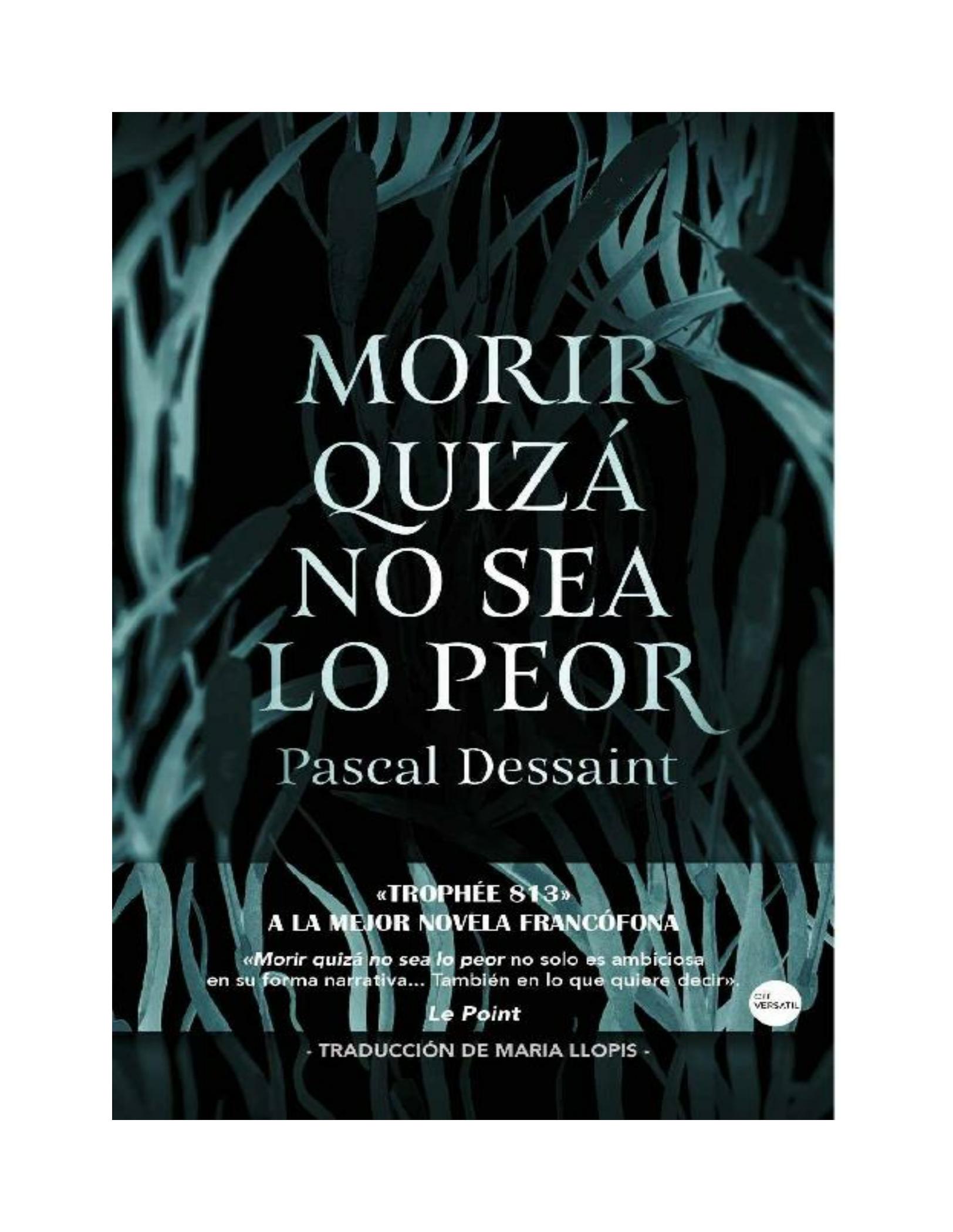
27. Félix

28. Bonobo

29. Félix

30. Marthe

AGRADECIMIENTOS



MORIR QUIZÁ NO SEA LO PEOR

Pascal Dessaint

«TROPHÉE S13»

A LA MEJOR NOVELA FRANCÓFONA

«*Morir quizá no sea lo peor* no solo es ambiciosa en su forma narrativa... También en lo que quiere decir».

Le Point

el
VERSATIL

- TRADUCCIÓN DE MARIA LLOPIS -

Título original: *Mourir n'est peut-être pas la pire des choses*
2003, 2005, Editions Payot & Rivages
© 2005 Pascal Dessaint

© María Llopis Freixas, *de la traducción*

Cubierta:
Diseño: Ediciones Versátil
© Shutterstock, *de la fotografía de la cubierta*

1.ª edición: enero 2018

Derechos exclusivos de edición en español reservados para todo el mundo y propiedad de la traducción:

© 2018: Ediciones Versátil S.L.
Av. Diagonal, 601 planta 8
08028 Barcelona
www.ed-versatil.com

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o fotocopia, sin autorización escrita del editor.

Para Florence

«Está bien el mundo que hemos fabricado. Nos toca vivir en él».

T.C. Boyle

«Se dice que algunos nacen para ser felices y que la felicidad cae por casualidad encima de los demás».

Jack London

Prólogo: Flores negras

A menudo me preguntan cuál es el criterio que seguimos a la hora de seleccionar las novelas que forman la colección Off Versátil. En un alarde de sinceridad, dejo claro que este sello es fruto del trabajo en equipo, y que ni mis editoras ni yo mismo tratamos de seguir ningún criterio rígido. De hecho así es: nos gusta dejarnos sorprender, experimentar, aceptar propuestas diferentes, incluso contradictorias entre sí. Es la única manera de no repetirnos, de no mimetizarnos con el trabajo ajeno, de no cerrar ninguna posibilidad. Aunque bien mirado, todas las novelas del sello tienen algo en común. Desde *Cien años de perdón*, de Claudio Cerdán, hasta *Tan tuyo como tu muerte*, de Emili Bayo, todas presentan una voz narrativa propia, una apuesta personal, un empeño radical en su ejecución. Son flores negras, posiblemente en algún sentido imperfectas, como debe serlo cualquier obra literaria, pero bellas, estremecedoras y únicas, como lo son las mejores novelas negras.

Tras formar una colección que resulta fácilmente reconocible y que ha conseguido fidelizar a los lectores, vemos compensado el trabajo de estos años hasta el punto de que nos proponemos una nueva meta: ampliar nuestro campo de actuación, sumando autores foráneos a los escritores españoles. Comenzamos con un aclamado autor francés, Pascal Dessaint, reconocido por la crítica y galardonado con el Grand prix de littérature policière, entre otros premios.

Morir quizá no sea lo peor es nuestra nueva flor negra, una novela inusual, que para encontrar la lógica que explica una muerte trágica necesita confrontar diferentes voces, que propone un juego de contrastes entre la sordidez del crimen y temas ecológicos, filosóficos y espirituales. Transcurre, de hecho, entre la ciudad de Toulouse —terreno conocido, terreno conquistado— y las zonas más agrestes de Indonesia y Filipinas.

La señora Jourda no sabe qué hacer con la iguana que le confió su vecina Jérômine Gartner. La joven lleva un tiempo sin dar señales de vida. Cuando los policías se disponen a forzar la puerta de su piso, comprueban que ni

siquiera está cerrada. En el interior, Jérôme está tumbada en un sillón. Estrangulada. Curiosamente, el aire acondicionado está al máximo y el examen forense revela la presencia de siete granos de arroz y de siete fragmentos de metal en el esófago de la víctima. El capitán Félix Dutrey tendrá que sumergirse en la vida de la difunta y hacer su uso de la intuición para reconstruir sus relaciones, marcadas todas ellas por la lucha ecologista.

En el magistral ensayo *Cómo escribir una novela negra*, Óscar Urrea definía el género como «la negra flor del romanticismo», ya que, pese a su ambientación urbana y contemporánea, las novelas negras parten de personajes individualistas y románticos, luchadores enfrentados al sistema, que viven en sus márgenes... Esto se hace más evidente que nunca en *Morir* quizá no sea lo peor, donde la ambivalencia y los anhelos de sus protagonistas nos llevan a terrenos siempre sorprendentes. Quizás porque aquellos que defienden sus ideales con más vehemencia son los que más fácilmente caen en contradicciones.

David G. Panadero,
director de la colección Off Versátil

PRIMERA PARTE: ¿La naturaleza nos perdonará?

1. Félix

· Toulouse ·

Jérômine Gartner estaba sentada en el sillón, sus piernas abiertas indicaban una hora aproximada, las ocho y veinte, poco más o menos, estaba desnuda y muerta. «Gartner», ese nombre me sonaba.

Había recibido la llamada de madrugada. Germaine Jourda estaba preocupada por su vecina. Esta se había ido de fin de semana el viernes por la tarde. Como pasaba a menudo, le había confiado al pequeño Paul, al que recogería el lunes por la tarde como máximo. Ya era martes y Jérômine Gartner no había dado señales de vida.

—Entiendo que esté preocupada, señora Jourda, pero ¿no le parece prematuro? Quizá su vecina llegó ayer muy tarde y en estos momentos todavía esté durmiendo...

—Ya le ocurrió lo mismo una vez y me pasó una nota por debajo de la puerta. Así no me preocupo. Jérômine es una buena chica.

—Es posible que haya tenido un contratiempo, señora Jourda, y no haya podido avisarla.

—¿Y qué hacemos con el pequeño Paul?

Le aconsejé que tuviera paciencia, y, si Jérômine no regresaba ni daba señales de vida de un modo u otro antes del final del día, que me llamara de nuevo, que preguntara por el capitán Félix Dutrey, estaba a su disposición, pero le insistí muchas veces, todavía no había por qué preocuparse. Colgué. Era el 20 de junio de 2000, el sol ya pegaba fuerte, un viento intenso agitaba los plátanos en el canal de Midi y no sabía si salir a patrullar. Podía quedarme en el frescor del despacho ocupándome de algunos asuntos. El teléfono de mi escritorio volvió a sonar.

—Tiene que venir, capitán.

—Señora Jourda, se lo ruego...

—He subido a casa de Jérômine.

—¿Y?

—He llamado al timbre, he golpeado la puerta y nadie contesta.

—Quizá simplemente esté ausente —suspiré.

—La puerta está abierta.

—¿Cómo dice?

—He intentado abrirla y se ha abierto.

—¿Y ha entrado en el piso?

—¡No, por Dios!

Enseguida llamé a mi superior. A pocas horas de su jubilación, Claude Mousplède estaba dispuesto a concedérmelo todo, pero con la condición de que volviera puntual para su fiesta de despedida. Tenía la voz alegre, se le notaba un gran alivio y me pregunté cómo me sentiría yo en el momento de dejar mi arma. Como un niño, me dijo que había elegido un vino del Aude magnífico. Más en serio, me dijo que seguramente sería la última vez, si yo se lo permitía, que llamaría al procurador de la República. Me aconsejó que pidiera la ayuda de un cerrajero.

El cerrajero al que llamábamos normalmente no estaba en la ciudad, debido a la defunción de su madre, así que recurrí a Jacques Labit, cuya empresa estaba situada en el barrio de Saint-Cyprien. Al principio, el hombre protestó, pero le amenacé un poco: —Señor Labit, ¿tengo que recordarle que rechazar sin motivo legítimo o no responder a un requerimiento de un magistrado o de una autoridad de la policía judicial actuando en el ejercicio de sus funciones está castigado por el artículo R. 642-1 del nuevo Código Penal?

—Vaya... no suena muy bien.

—Se enfrenta a una multa de segunda clase.

Pocos momentos después, Marc Ventimiglia aparcaba el Peugeot 306 delante del Blacksmith. El inmueble de siete plantas estaba situado en la plaza de Fer à Cheval. La plaza era redonda y la fachada, entre las calles Sainte-Lucie y Henri-Lavigne, ocupaba buena parte de una de sus esquinas. Jérôme Gartner vivía en el séptimo piso, el último. Jacques Labit nos esperaba en el pasillo, con las manos en los bolsillos.

—No abriré esta puerta, ¿de acuerdo?

Por toda respuesta, Marc sacó el formulario adecuado para estos casos y tomé juramento al cerrajero. Jacques Labit suspiró al firmar al pie del documento, y después empezó a examinar la puerta, empezando por la cerradura. El examen duró unos minutos.

—La puerta no ha sido forzada —dijo.

- Ya me lo parecía.
—¿Aún me necesita?
—No.
—¿Qué cobro por esto?
—Nuestro agradecimiento...
—Pues, ¡muy bien!
—¿Podrá enviarme su informe esta tarde?
—Si tengo un hueco...

Jacques Labit se alejó arrastrando los pies. Miré a Marc y saqué un pañuelo de mi bolsillo.

Aunque el piso solo tuviera tres estancias, además del pasillo y el baño, era amplio, estimé que tenía una superficie de unos noventa metros cuadrados. Jérôme Gartner tenía unas proporciones más razonables, un metro setenta y cincuenta y seis kilos aproximadamente. Era rubia. Por las arrugas en su rostro, pensé que debía tener treinta y ocho o treinta y nueve años. Había muerto con los ojos cerrados o alguien le había bajado los párpados. En ambos casos, estaba muerta y bien muerta. El sillón en el que yacía se encontraba en el salón, frente a una estantería llena de cachivaches, lo que no habría resultado curioso de no ser porque el sillón no estaba situado perpendicularmente al sofá, ni de cara o espaldas a las ventanas, sino en paralelo. No era una posición normal.

Llamé al SRIJ. Serge Tubé me prometió que estaría aquí en un cuarto de hora y coloqué el móvil en mi cinturón. Miré un momento en dirección a Marc y me di cuenta de que apretaba los dientes.

- Puedes empezar por interrogar a los vecinos, Marc.
—Eh...
—¿Me oyes?

Marc consiguió apartar sus ojos del cadáver, retrocedió en el salón y acabó tropezando con las cajas de cartón que se amontonaban en el pasillo. Una contenía revistas viejas, y la otra, botes y botellas de cristal vacíos. Soltó una palabrota, se masajeó la pantorrilla y salió cerrando la puerta.

Marc era mi compañero desde hacía poco más de un año y nos entendíamos muy bien. Nos había llegado de Bergerac, donde había iniciado su carrera. Tenía treinta años. De italiano solo tenía el apellido. Ventimiglia era la traducción de Vintimille y fue suficiente para que los graciosos del

servicio se burlaran de él, por lo menos durante los primeros meses. Le llamaban el *Calaisien*, en referencia a la línea de ferrocarril entre Calais y Vintimille. Cuando Marc llegaba tarde, le recordaban que los trenes llegaban puntuales, lo que, todo sea dicho, casi nunca pasaba. Incluso a veces decían *chu-chu* cuando pasaba por delante de ellos. Muy graciosos, sí.

Marc no era italiano ni tampoco de Calais. Sus abuelos se habían ido del Piamonte, donde se morían de hambre, para trabajar en Francia, en la Lorena, entre las dos guerras mundiales. Pronto sufrieron lo que sufrían todos los inmigrantes, fueran blancos o de cualquier otro color. Pero las humillaciones diarias no les bajaron la moral, al contrario, salieron reforzados. A pesar de todo, para poder integrarse en la patria que les acogía, decidieron abandonar su lengua materna, de modo que, alimentados por el biberón de la escuela laica y republicana, sus hijos, entre ellos el padre de Marc, nunca la hablaron.

Los padres de Marc trabajaron toda su vida en la siderurgia, hasta su jubilación, cuando se instalaron en las Corbières. El drama se había producido siete meses antes, durante las terribles inundaciones del canal de Midi. En un pueblo, Béatrice, la hermana de Marc, pensando quizá salvarse del agua, había salido de su coche. En un segundo, fue arrastrada por la corriente. Tuvo una muerte atroz. Encontraron su cuerpo atrapado en un desagüe. Marc seguía teniendo pesadillas, empezaba a sudar en cuanto el cielo se cargaba de nubes, pero los graciosos del servicio ya no decían *chu-chu* a su paso.

No se notaba el olor de la muerte. El aire acondicionado estaba puesto a 5 °C y el vello se me erizaba en los antebrazos. Me acostumbré al frío y al ruido de la máquina. Mientras seguía observando el salón, empecé a tomar medidas cautelares. Pedí refuerzos: necesitaba a un hombre en el pasillo y dos más en la entrada del edificio, unos auxiliares me bastaban. Acababa de exponer la situación a Claude Mousplède cuando Serge Turbé entró en el piso, seguido por Karim Tahir y Maxime Pons, con las manos cargadas de su material. En silencio, con unos pocos movimientos, Serge desplegó sus cosas. Me guiñó el ojo y Karim, tras observar toda la estancia, empezó a establecer el plan. Enseguida eligió como punto inamovible y referencia para toda la operación una de las dos esquinas que formaba la pared con el pasillo. Serge trazó un círculo con tiza en torno al sillón y Maxime empezó a ametrallar la habitación con su Nikon. Los tres hombres, actuando metódicamente y con

minuciosidad, parecían moverse al ralentí, como astronautas, una impresión acentuada por el frío que reinaba en el piso y su traje: un mono blanco, unos guantes de látex y chanclas de caucho. Serge se distinguía del grupo porque llevaba la capucha echada hacia atrás. Interrumpí mi comunicación con Mousplède y Serge me preguntó: —¿Has tocado algo, Félix?

—Solo con los ojos... Encontrarás huellas de Germaine Jourda en la puerta de entrada, mías no.

—Perfecto. Espero al forense, y después tomaré las de...

—Jérôme Gartner.

—Es bonita, Jérôme. Ten, ponte esto. Estarás más cómodo y nos facilitará el trabajo.

Me puse los guantes de látex que me tendía. Serge exigía que cualquier persona presente en la escena de un crimen, y durante todo el tiempo que durara la inspección, los llevara. Habría impuesto sus malditos guantes a las cucarachas de haber podido y no protesté, para guardar las formas. Karim Tahir y Maxime Pons no eran los mejores técnicos del servicio regional de identidad judicial para trabajar en silencio y sin prisas. Serge, sin embargo, les seguía en sus desplazamientos, les apoyaba si era necesario, controlando de forma sistemática las muestras que recogían y clasificaban. Germaine Jourda había llamado a las nueve horas treinta y dos minutos y a las once el equipo de Serge había terminado con el salón y la cocina, y todos nos preguntábamos qué estaba haciendo Eusèbe Cathala. En la cocina, Karim y Maxime no habían recogido muchos indicios. Como en el salón, unas plantas robustas en macetas caían en cascada aquí y allá. Parecía evidente que la estancia había sido limpiada recientemente. Los últimos platos usados aún estaban en el fregadero. El congelador estaba vacío, pero la nevera, sin estar llena, podía revelar algunos aspectos sobre la víctima. Abre mi nevera y sabrás quién soy. Contenía una botella de vino blanco de Charentes, unos yogures Pascal, otros de soja (bio), aceite de oliva virgen (primera prensada en frío), un pollo que, por el aspecto de su molleja, había sido criado en una granja, unos brócolis, otras buenas verduras como las que solo se encontraban en los mercados de Salin o de Saint-Aubin y, entre otros alimentos perecederos, un envase de fresas de Moissac. Aún estaban buenas y cedí a la gula, cogí una y me la comí mientras me dirigía hacia la habitación.

La habitación era la estancia más grande. Una estantería repleta, sobre todo, de ensayos y libros de fotografía, la dividía por la mitad. A un lado, estaba la cama y una mesilla de noche donde había unos pañuelos de papel y

el retrato de un hombre en un marco sobrio. Al otro lado, de cara a las ventanas, una silla y una mesa de despacho con un ordenador. El mobiliario, en este espacio, era de diseño elegante y caro. A través de las ventanas, podía contemplarse la avenida Dillon, el río Garona y, casi hasta Bazacle, los muelles de la ciudad. En esta época, a pesar de los edificios, el color dominante era el verde, tanto el verde incierto del río como el más tierno de los árboles, en su orilla, la pradera de Filtres, las palomas torcaces o los muelles.

Karim y Maxime estaban cada uno a un lado de la estantería. Karim barría la cama y la moqueta con una lámpara de luz monocromática, que permitía hacer visibles por fluorescencia los indicios no aparentes, como las huellas de dedos, de saliva o de esperma. Al otro lado de la habitación, Maxime extendía ninhidrina por la superficie de los muebles con ayuda de un pincel. Serge recorría incansablemente la distancia que separaba a los dos técnicos, escribía en su cuaderno cada observación, etiquetaba cada muestra. Observé el par de zapatillas que descansaban encima de la moqueta y el armario llenísimo de ropa. En voz alta, me pregunté si Jérômine había muerto desnuda o vestida.

—Huele a puesta en escena —observó Karim.

—Sí —admití, y me dirigí a Serge—. ¿Restos orgánicos?

—Restos de uñas. Pelos.

—¿De qué tipo?

—Pelos, pelos de brazo, pelos de culo, ¿qué quieres decir con tipos de pelos?

—Umm...

—Dicho esto, hay pelos morenos, y Jérômine Gartner es rubia, una rubia auténtica.

—Quizá son del tipo de la foto.

—Quizá sí, quizá no.

—Te quedas con lo aparente.

—Ya lo sé. Pero también hay manchas de esperma en las sábanas.

—Bien. ¿Y qué me dices de las huellas?

—Tendrás que esperar un poco, pero me parece que hay varias huellas papilares muy diferentes las unas de las otras. Consultaré nuestro fichero dactilar, y, si es preciso, me dirigiré al SCIJ, que me dará acceso al FAED...

Serge sonrió, se burlaba de las siglas. Resultaba que los servicios centrales de la subdirección de la policía técnica y científica se habían deslocalizado en

1996 a Écully, en la zona de Lyon.

Abarcaban, sobre todo, el Servicio Central de Identidad Judicial (SCIJ) que, por un lado, orientaba y controlaba la actividad de los servicios territoriales, y por el otro, gestionaba el Fichero Automatizado de las Huellas Digitales (FAED), una aplicación ya común en la policía y la gendarmería. Serge veía en el SCIJ no tanto una amenaza, sino más bien un obstáculo a sus propias prerrogativas. Pero era evidente que la creación de ese fichero nos facilitaba mucho el trabajo. Le devolví la sonrisa, como para decirle: «No te quejes», y volví al salón.

Mi mirada volvió a fijarse en Jérôme Gartner y luego me puse a estudiar los objetos colocados en los diferentes estantes. Lo que más llamaba la atención era una escultura de madera oscura de unos veinte centímetros de altura; quizá de origen africano. Representaba una rana, de pie, que llevaba a un niño en sus patas. La rana y el niño mostraban unas miradas inexpresivas pero curiosamente relajantes. No podía decirse lo mismo de la criatura, más bien espantosa, dibujada en papel de seda y puesta en un marco sin cristal. No se trataba de un animal, ni de un humano, una humana si acaso, sino de una mezcla de los dos algo grotesca. La cara era muy pálida. Los dientes recordaban a unos colmillos. El pelo, largo y enredado, bajaba hasta los tobillos. Mostraba unos senos flácidos que le caían hasta las rodillas y, detalle particularmente horrible, unas largas piernas peludas acababan en unos pies girados hacia atrás. Observé durante un rato al monstruo y luego la gran cantidad de botellitas repartidas en torno a un gong, en el segundo estante. Las botellitas contenían arena, había de varios colores y, en cada una, una etiqueta indicaba su origen. Empecé a leer en silencio: Islas del Viento (Polinesia), Mostaganem (Argelia), Valparaíso (Chile), Arrecife (Brasil), Puerto Príncipe (Haití), Leffrinckouck (Francia), Vik (Islandia), Hydra (Grecia), Samarinda (Borneo), murmuré: —Siquijor...

—Vengo de ahí...

Reconocí la voz antes de dirigir mi mirada hacia aquel hombre.

—Joder, qué frío hace aquí...

Cumplidos los cuarenta, entre rubio y pelirrojo, el pelo muy corto, el bigote rebelde, Eusèbe Cathala llevaba un polo deforme de color negro, unos pantalones cortos verdes y unas chanclas de un color dudoso. Parecía bronceado, pero solo lo parecía. Excepto en sus piernas blanquecinas, había tomado el sol, aunque más bien parecía que su piel había sufrido una verdadera agresión. Además, tenía los dedos de los pies llenos de ampollas,

se le habían reventado y el Betadine las teñía de un color ocre.

Para acabar de completar el cuadro, el forense mostraba su carácter gruñón, estaba acatarrado y llevaba el brazo derecho en cabestrillo. No dijo nada más. Serge salió de la estancia.

—¿Qué coño hacías? —dijo sin más preámbulo.

—No he podido ir más rápido —le contestó Eusèbe, dejó su maletín y se arrodilló cerca del cadáver.

Serge enseguida le tendió unos guantes.

—No me jodas con los guantes, Turbé.

—Es el procedimiento.

—*Tu* procedimiento. ¿Acaso no conoces mis huellas? ¿Sabes deducir? Métete esos condones donde te quepan.

Serge suspiró e intervine, menos por curiosidad que por calmar el ambiente, y también con la idea de que aquello permitiría a Serge no quedar mal.

—Así que vienes de Siquijor...

—Sí —contestó—, es una isla de las Visayas, en el centro de las Filipinas.

—Y la arena es tan blanca como el mono de Serge, ¿no?

—Exactamente.

—¿Y qué cojones hacías ahí? —dijo Serge, y Eusèbe le lanzó una mirada entre ofendida y molesta.

—Solo tienes que mirar mi brazo... Y que no se te ocurra regalarme una moto para Navidad...

—Tranquilízate...

—Esos trastos no aguantan esos caminos, y menos una pista asquerosa que lleva a una playa asquerosa.

—A Stevenson le gustaba más el asno para ese tipo de terreno...

—¡Unas bonitas vacaciones bajo los cocoteros! —continuó Eusèbe, indiferente al sarcasmo. Mientras hablaba, palpaba el cuerpo con su mano buena.

—Una idea de mi compañero, ve demasiado Ushuaia TV.^[1] Solo hemos visto a dos macacos en una jaula. Uno se te parecía, Serge.

—Seguro que era primo mío.

—En fin, mi médico no podía creer lo que veía: fractura polifragmentaria de la extremidad superior del húmero derecho. Para ser más claros, tengo el brazo como un rompecabezas. Mi fisio me dice que tardaré en poder cargar garrafas de agua, como si tuviera cara de cargar garrafas de agua.

Serge y yo nos miramos, divertidos.

—Está buena, la tía —observó.

—¿Y qué más? —pregunté.

—Mmm...

—Date prisa —exclamó Serge, que esperaba para tomar las huellas de la víctima.

—A ver, chicos, se trata de una estrangulación en toda regla, simple y eficaz. ¿Tenía los ojos abiertos cuando habéis llegado?

—No.

—Alguien se los habrá cerrado... Cuando la circulación de la sangre se hace imposible, hay una dilatación de las venas detrás del cráneo, provocada por el aumento de la presión. Esta tía ha muerto asfixiada. Qué lástima. Observo una hemorragia —explicó, como si le hablara a un dictáfono—, cerca del hueso hioides y la tráquea está rota. Muestra un rostro extrañamente sereno para alguien que ha sufrido algo así.

A primera vista, la cara de Jérôme Gartner me había inspirado una reflexión parecida, aunque aún no conocía las causas exactas de su muerte.

Eusèbe se apoyó en un brazo del sillón para levantarse y lo movió un poco. Serge expresó su exasperación con un ronquido y Eusèbe le respondió encogiéndose de hombros, luego algo captó su atención y Serge se arrodilló para observar la zona del parqué que hasta entonces había quedado oculta por el sillón.

—Es grava —dijo.

—Es lo que llamamos material indiciario —dijo irónicamente Eusèbe—, ¿y a quién hay que darle las gracias?

—Vete a la mierda, Eusèbe.

—Pues sí voy a ir. El furgón de la morgue debería estar abajo.

Serge metió la grava en una bolsa de plástico y pregunté a Eusèbe:

—¿Puedes mandarme el informe de la autopsia lo antes posible?

—Dependerá de mi brazo... Bromas aparte, tengo dos nuevos becarios que aún no controlan.

Eusèbe se fue del salón y no supe si me tomaba el pelo o no. En el pasillo se encontró con Marc, que había recuperado el color. Entró en la estancia sin manifestar demasiada aprensión y me dijo:

—Germaine Jourda quiere hablar con el capitán, y solo con él.

Tras haber saludado al chico que estaba de guardia en el rellano, me separé de mi compañero. Por su lado, Marc no había conseguido averiguar demasiado. Había hecho buen tiempo durante el fin de semana y la mayor parte de los inquilinos se habían marchado el viernes por la tarde, y no habían regresado hasta el lunes por la mañana. Además, algunos ya estaban de vacaciones. Para el resto, habría que esperar a que volvieran del trabajo.

—¿Qué impresión te ha dado?

—Está conmocionada, pero finge no estarlo.

Germaine Jourda vivía en el piso justo de abajo. Nos abrió la puerta entornando los ojos. Di a Marc una palmada cordial mientras ella nos decía que no tuviéramos en cuenta el desorden, que estaríamos mejor en la cocina. Se sentó y puso los brazos encima de la mesa, como una colegiala bien educada. Germaine Jourda había llegado a ese momento de su vida en que no puedes adivinar su edad, podía tener tanto setenta como ochenta años, y en ambos casos los llevaba bastante bien.

No me sorprendió que la cocina estuviera ordenada. Había un cubo encima de un taburete y debajo de la caldera de gas, las carpinterías necesitaban una mano de pintura, el papel pintado estaba un poco ajado, pero la estancia estaba limpia. Sobre el aparador reposaba, bajo un trapo, lo que podía ser una jaula o un acuario. Solo destacaba un retrato del papa Juan Pablo II pegado a la puerta del frigorífico. Agucé el oído, el pequeño Paul debía estar durmiendo, y cogí una silla de modo que pudiera establecer una distancia tranquilizadora con Germaine.

—Señora Jourda —empecé con suavidad—, ¿podría contestarme a unas preguntas?

Su mirada se puso por un momento en el retrato de Juan Pablo II, como si esperara su bendición, y luego me miró.

—Sí...

—¿Desde cuándo conoce a su vecina, Jérôme Gartner?

—Desde que llegó al edificio, hace dos años.

—¿Conoce a algún familiar suyo?

—Nunca me habló de ningún familiar.

—¿Amigos?

—Amigos, sí, tenía amigos maravillosos.

—¿Les conoció usted?

—No. Jérôme un día me dijo que eran maravillosos.

—¿Y nunca se ha encontrado con ninguno en la escalera o el pasillo?

—Nunca. No salgo demasiado.

Dudó unos segundos y volvió a mirar a Juan Pablo II. ¿Cuántas ancianas en dificultades esperaban de ese papa un apoyo, un consuelo? ¿Cuántas de ellas eran fáciles de engañar? ¿Habría alguna que creyera, como yo, que solo se trataba de una caricatura, un indigno representante de Dios? Evidentemente, yo no era creyente, pero recordaba un viaje a África, regiones enteras devastadas, tras el paso del sida. Creced y multiplicaos, follad en paz, hermanos. Este papa había hecho más por la propagación de la enfermedad que cualquier conducta ilícita. Esperé.

—Pero...

Levantó los ojos al techo, luego vagamente la mano derecha.

—No entiendo, señora Jourda.

—Les oía.

—¿Cómo dice?

—Bien, hacían fiestas.

Se ruborizó, le costaba decir esas palabras, no era fácil para ella hablar mal de su prójimo.

—Montaban jarana, sí.

—¿A menudo?

—A veces.

—¿Recuerda la última fiesta?

—Ya hace meses. Nunca le decía nada, solo a veces de pasada. Jérôme me hacía algunos favores. Era una buena chica.

—¿Qué tipo de favores?

—Tenía el código de mi tarjeta bancaria, iba a buscarme el dinero para el mes. A menudo me hacía la compra. Se ocupaba de ir a pagar mi teléfono...

Habría sido seguramente más lógico que Jérôme Gartner estuviera en el lugar de Juan Pablo II en la nevera. Por supuesto, me guardé esa reflexión para mí.

—Y a cambio, usted cuidaba de su pequeño Paul, ¿verdad?

—Me hace compañía...

—El viernes por la tarde, ¿notó algo extraño en el comportamiento de Jérôme?

—¿Algo extraño?

—¿De qué humor estaba? ¿Parecía preocupada, nerviosa?

—No lo creo.

—¿No está segura?

—Bueno, me repitió por lo menos tres veces que cuidara bien de Paul. Me molestó. ¡Como si no le tratara siempre bien!

Le sonreí, compasivo, y me levanté.

—¿Algún ruido llamó su atención el viernes, el sábado o el domingo, incluso ayer por la tarde?

—Veo la televisión hasta muy tarde. A menudo me duermo con el aparato encendido. ¿Debería haber oído ruidos?

—No necesariamente. Muchas gracias. De momento esto es todo, señora Jourda. Evidentemente, si recuerda algo más, no dude en llamarme...

—¿Y qué hago con el pequeño Paul?

—El fiscal nombrará a un juez de infancia y...

—¡Pero si el pequeño Paul no necesita un juez de infancia!

—No puede quedarse con él, señora Jourda.

—Pero...

Germaine Jourda me miró como si hubiera proferido una blasfemia y exclamó:

—¡Es que el pequeño Paul no es un niño!

Marc y yo nos miramos, incrédulos, y nuestra incredulidad no dejó de crecer mientras Germaine se levantaba a su vez, se dirigía a pequeños pasos hacia el aparador y quitaba el trapo que, no me había equivocado, recubría una jaula.

—¡Quizá tenga cien años! ¡No lo sé! ¿Se puede saber la edad de estos animales?

Guiada por el sol que entraba a raudales por la ventana, la iguana empezó a subir lentamente por la rama.

[1]. Ushuaia TV es un canal temático francés dedicado a los documentales de naturaleza (*N. de la E.*)

2. Bonobo

· Al sur de la ciudad ·

Réjane no tenía miedo, pensaba que le gustaba, le quería, cruelmente, tanto como se puede desear cruelmente a alguien. Bonobo, curioso nombre, se dijo, y aceleró un poco en el camino azaroso. Recorrió aún unas decenas de metros y se detuvo, las ruedas crujieron sobre la grava, unas zarzas quizá habían arañado la carrocería. Réjane llevaba un vestido corto, amarillo pálido, que destacaba sus bellos senos, y que el viento levantó, a pesar del sudor que la cubría hasta los muslos. Durante todo el trayecto no había parado de moverse en su asiento, había bajado todas las ventanillas y, al final, se resignó a no ser más que carne y sudor, aunque su vestido acabara pareciendo cualquier otra cosa: un trozo de tela arrugado y molesto. Tenía las bragas húmedas de deseo, que había estimulado de vez en cuando con sus dedos. Réjane ya solo era carne, sudor e impaciencia, y sonrió, se quitó las bragas, hizo con ellas una bola y las abandonó en el interior del coche.

Un abejorro cruzó el aire cargado de polvo en suspensión y Réjane traspasó el paso practicado en la valla. Numerosos caminos serpenteaban a través de la antigua cantera, entre los agujeros de aguas turbulentas, en medio de bosquecillos impenetrables y bambús que susurraban. Contempló el paisaje y le hizo pensar en un cráter en el que estaría adormilada una criatura mítica, con su caparazón a la vista. ¿Dónde estaba la cabeza? ¿Y la cola? Bonobo había estimulado su imaginación, no cabía duda; no había ni un solo neumático que no estuviera dispuesto según un esquema preciso, aunque curioso. Algunos formaban centros de agua o de flores. ¿Cuántos neumáticos había? ¿Miles? ¿Millones? Eran como anillos de terribles serpientes y de sus cuerpos abrazados, obscenos, y, bajo ese sol aplastante, se alzaba un olor ahumado. El hecho de que un hombre hubiera moldeado de tal forma el paisaje sobrepasaba la imaginación de cualquiera. Pero se trataba de un reflejo de su alma. ¿Un reflejo o *el* reflejo?

Réjane se estremeció, notó que su corazón latía de placer, mientras que los altavoces ocultos en los bordes de los reptiles inmóviles lanzaban de repente

piases y aullidos extraños. Aunque era de lo más discreta, su presencia no había pasado desapercibida a Bonobo, seguramente la estaba espiando desde el fondo de su jungla. Su turbación iba en aumento, y se incrementó cuando, mezclándose con aquellos sonidos incongruentes, reconoció un ligero latido de corazón. Réjane se quedó quieta. En una actitud que le hubiera gustado que fuera insolente, mirando a su alrededor, bajó un tirante de su vestido y se acarició la parte superior de un seno. Luego los ruidos pararon, tan repentinamente como habían llenado el cráter. Réjane se pasó la lengua por los labios y reanudó la marcha.

Cruzó un ancho foso por una pasarela provisional: unas planchas de obra colocadas encima de neumáticos en forma de columnas. Caminó con cuidado. Unas ranas saltaron, otras, menos miedosas, la observaron desde dentro del estanque. Pero Réjane ya se alejaba. Las ranas no tenían nada que temer.

Réjane se sentía confiada, caminaba a buen paso, y en poco rato rodeó el inmenso montón de neumáticos que parecía representar una nariz. Hacia el sur, la casa sin ventanas estaba edificada sobre pilotes. El suelo estaba construido encima de enormes bambús. Las paredes, también de bambú, estaban hechas con láminas entrecruzadas de varios calibres, y sujetas con ligaduras de junquillo. El tejado de doble vertiente estaba hecho con vigas de madera escuadradas de cualquier forma y de paja. Un tronco de árbol lleno de muescas llevaba a una varenga.

Réjane se quitó los zapatos y trepó, casi a cuatro patas, por el tronco. Se le cayó un zapato y voluntariamente dejó caer el segundo. Pronto ya solo le quedaría quitarse el vestido y, al notar el contacto de las láminas de bambú bajo sus pies desnudos, le pareció buena idea.

El sol apenas podía filtrarse a través de los intersticios, la pieza parecía acribillada por una miríada de alfileres de luz suave, y Réjane acostumbró su mirada.

Había una estera en el suelo. La rusticidad de los muebles no podía disimular unos equipos funcionales y modernos. Bonobo estaba en cuclillas, con las rodillas separadas, cerca del altar donde ardían unos bastones de incienso.

—Bonobo.

—Réjane.

Aún en cuclillas, Bonobo dio un paso hacia la derecha, balanceando los brazos, adoptó una actitud dubitativa y luego se rascó el cráneo avanzando

hacia ella. Réjane inclinó la cabeza tal como él lo hacía, imitó sus muecas mientras él la observaba, con los labios temblando como con ganas de comer frutos maduros.

Bonobo solo llevaba unos calzoncillos, que en un momento se deformaron debido a una tímida erección, tímida pero llena de promesas. Le brillaban los ojos. Réjane lo encontraba guapo. Ahora estaba muy cerca de ella. Con una mano precavida, le levantó el vestido. La tocó y ella notó que se fundía, separó un poco las piernas y él olió el perfume de su coño.

—Oh, Bonobo...

Réjane dejó caer el otro tirante de su vestido y, mientras el vestido se deslizaba hasta sus pies, Bonobo apartó un momento la mano, pero enseguida la acarició de nuevo. Réjane gimió, se pellizcó un pezón y se tumbó encima de la estera.

Bonobo se estaba empalmando, su sexo sobresalía de los calzoncillos. Réjane tenía una cara preciosa, una tez muy suave, muy poco vello púbico, unas largas piernas, un culo magnífico. Bonobo la acariciaba sin cesar, sus ojos le decían de cuantas formas quería follarla, y Réjane quería ser follada de todas esas formas. Se lo pediría una y otra vez.

—Bonobo —dijo, lánguidamente—, cuéntame una historia...

Bonobo sonrió como lo hacen los monos, mostrando mucho los labios, golpeándose el pecho, y Réjane se echó a reír, se sentía preparada para gozar, quería su sexo dentro de ella.

—Hace mucho tiempo —empezó a contar—, en la época de los antepasados, un herrero fabricaba penes para los animales. Cada vez que terminaba uno, lo metía en el fuego para endurecerlo, lo sumergía en agua para enfriarlo y luego lo ponía en su sitio.

Bonobo hizo una pausa y Réjane le manifestó su curiosidad con una caricia muy fuerte, le apretó el miembro y la respiración de Bonobo se aceleró, ella lo apretó un poco más y el efecto le pareció cómico; se felicitó a sí misma por su habilidad y él volvió a hablar, casi sin aliento.

—Ningún animal se podía quejar. Salvo el toro... Estaba ansioso, por decirlo de algún modo, por poseer de su pene. Ya no podía esperar más y, cuando por fin llegó su turno, en cuanto el herrero apartó su pene del fuego, lo cogió para probarlo con su compañera. Pero, como aún estaba ardiendo, la vaca huyó gritando de dolor. Es por esta razón que, hoy en día, cada vez que el toro se acerca a la vaca, esta huye mugiendo de miedo...

Réjane se rio y separó más las piernas, tocándose un poco. Su sexo estaba

abierto y parecía que Bonobo la quería tomar en la postura del misionero. Él también estaba preparado. ¿A qué esperaba?

—Réjane —dijo.

—Ven por favor...

—Tengo que preguntarte...

—¿Sí?

—¿Me quieres?

—No me lo puedo explicar, pero te quiero, sí.

Bonobo dudó y luego le preguntó:

—¿De qué serías capaz por mí?

—De todo, sería capaz de todo, te lo aseguro.

La luz que se filtraba a través de las láminas de bambú hacía dibujos en su cuerpo ofrecido e impaciente. Bonobo hundió sus dedos en el sexo de Réjane, pero de pronto los retiró y dio un salto, para colocarse encima de ella, le puso las manos alrededor del cuello y empezó a apretar suavemente.

—Réjane, si te preguntaran dónde estuve el fin de semana pasado, ¿qué contestarías?

—Que estabas aquí —dijo sin pensar—, en tu planeta extraño. Conmigo. Lo he soñado. Así que no mentiría. Y ahora, ven, me muero de ganas de que me folles. ¿O hay que pedir permiso a los espíritus?

3. Suzanne

· Yakarta ·

—Han salido de la jungla. A pesar del fuego que ardía detrás de ellos, caminaban despacio. Y después, de golpe, un árbol se ha derrumbado encima de la pista. Nos hizo retroceder. El fuego se estaba expandiendo por todos lados. Unos minutos antes, podríamos haber hecho algo...

Lydie miraba la estera. Mostraba unas oscuras ojeras y algunos mechones de pelo se le habían quedado pegados a la frente por el sudor. Llevaba una camiseta gris descolorida, unos *shorts* a juego y unas botas de suelas gastadas. La camiseta ocultaba mal los tirantes de un sujetador que había conocido mejores tiempos. Lydie parecía haber envejecido diez años o que acabara de salir de la jungla en llamas. Y eso que hacía cuatro días que había regresado a Yakarta. Me había avisado por correo electrónico. Aproveché la ocasión.

—Parecían hombres...

Lydie siempre había sido un ejemplo para mí. Sin saberlo, me había ayudado durante toda mi última misión. Sin ella y sin la idea que yo tenía de su valentía, que a veces rayaba la demencia, seguro que no hubiera conseguido aguantar. Había pasado casi un año. Bosnia estaba curando sus heridas. Tres años de guerra habían destrozado un territorio salvaje de una riqueza increíble. Un animal de cada tres o cuatro había muerto. El ochenta y cinco por ciento los ciervos, las liebres y las gamuzas habían desaparecido víctimas de las matanzas. Se temía que el gran urogallo había quedado diezmado. Para gran alivio de los montañeros, el oso había reaparecido, pero aún se estaba lejos de la repoblación. En la región de Bugojno, donde vivían doscientos osos, es decir el quince por ciento de la población global, solo se habían censado cuarenta. ¿Y qué les había pasado a centenares de águilas, millares de linceos, cientos de miles de tejones, de martas y de nutrias? Las cifras daban vértigo, helaban la sangre. Irritaban también a los especialistas. Algunos admitían que la guerra había sido una catástrofe, que el mundo animal, en efecto, había quedado totalmente alterado, pero que el instinto de

supervivencia era sorprendente y, por poco que se contara con ayuda extranjera para el repoblamiento de determinadas especies demasiado amenazadas, Bosnia podría recuperar su mundo salvaje. La ironía de la situación quiso que únicamente el lobo, emblema nacional bosnio, hubiera visto cómo su población crecía, en un momento en el que el hombre era peor que un lobo para sí mismo. Seguramente no era una casualidad. No puedo dejar de recordar la imagen de Lydie luchando en cuerpo y alma en la otra punta del mundo, yo salí de esta experiencia terriblemente afectada. Al bajar del avión, no podía con mi alma. Hablé mucho de ello con Marthe, Simon, Cédric y Jérôme. Quizá demasiado. Una noche, Simon, seguramente de mala fe, pero fiel a su talante, se enfadó: —¿Bugojno, dices? ¿No es en esa región en que la violencia de los combates entre croatas y musulmanes llegó a su punto máximo? ¿Crees que en aquel momento se preocupaban por unos cuantos osos?

Me quedé muda. Le puse mala cara durante toda la velada. Más tarde, vino a abrazarme en señal de paz y le rechacé. Jérôme nunca se cansaba de mis tristes relatos. Estaba horrorizada, pero parecía querer impregnarse de todo. Yo llevaba el agua a su molino, también cuando le expliqué la teoría del ecologista Nijaz Abadzic. Abadzic echaba por tierra algunos discursos tranquilizadores. Afirmaba que el desastre era irremediable y que tendría consecuencias en la vida humana y vegetal. El fin de los gorjeos y de los zumbidos de las aves y de los insectos crearía carencias sensoriales en el ser humano. Y además, mucho más inquietante, el abandono de decenas de miles de colmenas, teniendo en cuenta que las abejas desempeñaban un papel primordial en la fecundación de las flores, ponía en peligro algunos cultivos de árboles frutales. En realidad, la situación era aún más dramática. Explicué a Jérôme que la conciencia ecológica había retrocedido en el país, y que no podía esperarse nada del Estado. El Estado bosnio se había hecho pedazos y las tres comunidades se neutralizaban. Los bosques sucumbirían a enfermedades o a talas salvajes. La posguerra sería más mortífera que la propia guerra. Ahí adoptaba el punto de vista de Sead Hadziabdic, una de las voces más optimistas en la polémica que causaba estragos. Jérôme lo deploró.

Yakarta se hundía en la noche. El barrio en el que nos encontrábamos alternaba edificios modernos con chozas vetustas. Lydie no decía nada desde

hacía un buen rato y cada vez hacía más calor. El ventilador, que la camarera nos había acercado, simplemente movía el aire caliente, hacía volar nuestro pelo, nos pegaba la ropa a la piel, era más bien desagradable, aunque atenuaba un poco el alboroto de la calle.

Lydie hizo una señal a la joven para que nos trajera más cervezas. Bajo los trópicos, la humedad es insidiosa y nunca se sabe cuánto tiempo han permanecido las botellas en los botelleros. Así pues, Lydie actuó como todos acostumbrábamos a hacer enseguida. Después de que la joven abriera las botellas delante de nosotras, Lydie cogió la suya y, para hacer desaparecer la fina partícula de óxido en el cristal, se puso a secar cuidadosamente el cuello de la botella con su camiseta. Después, prolongando el ceremonial, y lanzándome una pálida sonrisa, vertió unas gotas de cerveza en el suelo. La imité y le tendí mi botella con un gesto de entendimiento.

—Por los ancestros —murmuré.

—¿Aún crees en ellos, Suzanne?

—Han cambiado muchas cosas, ya lo sabes... Mientras nos quede un poco de amor...

—Amor —suspiró—. Vuelvo a ver a aquella cría pegada a su madre, su desesperación entre las llamas. No entendían lo que les sucedía. ¿Cuántos de ellos murieron? No les podíamos salvar, a menos que estuviésemos dispuestos a poner en peligro la vida de nuestros hombres. Vi llorar a algunos... No podíamos más. Yo no puedo más.

Hacía diez años Lydie había conocido a Biruté Galdikas, la famosa primatóloga, y su vida había dado un giro. Lydie soñaba con entrar en acción, dedicar todo su ser a una noble causa, y, sin tener la formación necesaria, una mañana voló hacia Indonesia. Durante mucho tiempo, había ayudado a Biruté Galdikas en la reserva de Tanjung Puting, en la isla de Borneo.

—¿Vas a tirar la toalla, Lydie?

—Hace diez años que lucho y estoy cansada...

—Galdikas lucha desde hace treinta años.

—Biruté tiene otro temple. Sigue creyendo en ello, no sé cómo aún tiene fuerzas.

—De todos modos, nos reconforta.

—¿Ah, sí?

Lydie se llevó la botella a los labios. La cerveza ya estaba tibia. Me pregunté si Simon habría tenido la poca delicadeza de expresar algún sarcasmo de los suyos, y cómo habría reaccionado Lydie. Había tenido la

valentía de la que todos habíamos carecido. ¿Le habría tirado la botella a la cara como se podría imaginar por su ímpetu de otros tiempos? ¿O se habría contentado con echarse a llorar como permitía suponer su tristeza actual? Proseguí: —Hace poco, en una entrevista, decía que los grandes monos son casi humanos y que merecen los mismos derechos que nosotros...

—En malayo, orangután significa hombre del bosque, tenemos en común con él el noventa y siete por ciento de nuestro patrimonio genético. Matar a un orangután debería ser considerado como un asesinato.

—Es lo que ella decía...

—¿Y qué cambia eso?

—También afirmaba que el ser humano es incontestablemente único, pero que nuestra cultura, nuestra tecnología y sus beneficios los debemos a un cerebro desarrollado de póngido, a una herencia formada en los árboles, a una época en la que nuestros antepasados solo eran un grupo de grandes monos entre otros muchos.

—Es muy de su estilo —constató con una arruga amarga en sus labios.

—Lydie, te lo ruego, no puedes abandonar.

—Cada día es más difícil. Prolongo mis periodos de descanso y empino el codo. Vuelvo a Yakarta, hace meses que no follo, me paso horas en tugurios como este, me persiguen imágenes aterradoras y me pregunto qué me retiene para no pegarme un tiro a la cabeza.

Lydie se secó la cerveza y le acaricié el brazo. Me partía el corazón. No podía pensar en que ella renunciara. La admiraba tanto. La acaricié más fuerte.

—Lydie —dije en voz baja—, ¿de verdad ya no hay esperanza?

—En pocos años se han quemado unos tres millones de hectáreas de bosque. Cuando los orangutanes no mueren debido a las llamas, al tener que aventurarse hacia sitios habitados, la gente los masacra. El bosque primario, en Borneo y en Sumatra, el hábitat natural del orangután, casi ha desaparecido por completo. Luchamos en vano.

—¿Y la opinión pública? No me digas que es indiferente...

—Cada vez más, Suzanne. La gente está harta de informaciones alarmantes sobre el medio ambiente y las especies en peligro.

—Intento convencerme de lo contrario...

—Se cansan. Nos anuncian que desde ahora hasta el año 2025 un cuarto de las especies animales podría desaparecer y, ¿crees que a muchos eso no les deja dormir? Uno de cada cuatro, ¿te das cuenta de lo que significa?

—Me da miedo...

—Suzanne, cada vez que muere un orangután, me da la impresión de que estamos matando un poco de nosotros. Es un suicidio.

—Tiene que haber soluciones...

—¿Se podría retrasar la fecha de caducidad, quieres decir?

En efecto, unos pocos dementes del mundo no podrían hacer gran cosa, cada vez menos. Había un poco de masoquismo en ello. ¿Y cuánto sufrirían los millones a quienes no importaba lo más mínimo? Lydie continuó, sarcástica: —Noé ya puede revisar sus previsiones a la baja, le aconsejaría que se lo tomara con calma, sobre todo sin prisas, y que usara una cáscara de nuez, cabríamos todos sin estar apretados. Buscar soluciones aquí querría decir poder influir en el gobierno indonesio, y la mejor forma consistiría en conseguir préstamos y ayudas económicas del FMI, del Banco Mundial o del Banco Asiático del Desarrollo para adoptar medidas sociales, económicas y medioambientales rigurosas.

—¿Y a qué esperan?

—Indonesia es inestable, Suzanne. Hay problemas en todos lados. El nuevo gobierno ha visto cómo perdía el Timor, las Molucas están a sangre y fuego y se está preparando una insurrección en el territorio de Aceh, en Sumatra justamente. ¿Crees que en estas condiciones los occidentales pueden empezar a dar lecciones? ¿Que se podría dar prioridad a unos miles de monos?

Tres malayos estaban sentados en una mesa no muy lejos de nosotras, bajo un anuncio de Coca-Cola. Un agradable olor a especias se esparcía por la estancia. La camarera hablaba con la cocinera, seguramente su madre. Vestida con un sarong, con una amplia sonrisa, se movía en aquel reducto que hacía las veces de cocina ante una batería de trastos de aluminio. Llamé la atención de la chica y le pedí más bebidas. Cogí dos servilletas de papel, una para secarme la cara y otra para limpiar el cuello de la botella.

—Tengo que cambiarme de camiseta —dijo Lydie en cuanto la camarera se hubo retirado.

Su camiseta mostraba muchos regueros oscuros y reflejaba, si ello era necesario, su estado de ánimo.

—Debes pensar que no me cuido...

—Entiendo que estés mal, Lydie.

—Recuerdo las cosas bonitas que leíamos en los libros.

Lydie dio un buen sorbo a su cerveza y, de repente, apuntando con la

botella hacia mí, empezó a recitar tranquilamente:

Si creyera que el hombre es la imagen definitiva de Dios, desesperaría de Dios. Por el contrario, al considerar que nuestros antepasados eran, aún en una época relativamente reciente, simples monos estrechamente emparentados con el chimpancé, mantengo algo de esperanza. Ya que entonces no hace falta demasiado optimismo para suponer que, a partir de nosotros, los humanos, un día podría desarrollarse un ser mejor y superior. Lejos de mí, ver en el hombre la imagen última de Dios, imposible de superar. Más bien pienso, más modestamente y con mayor respeto ante la creación y sus posibilidades inagotables: el eslabón entre el animal y el hombre verdaderamente humano, ¿ese eslabón somos nosotros!

—Konrad Lorenz... También se preguntaba por qué unos seres dotados de razón se comportaban de un modo tan poco razonable...

—Aún tenía una débil esperanza...

El rostro se le oscureció un poco más. Buscó en un bolsillo de sus *shorts* un paquete de cigarrillos y se puso uno nerviosamente entre los labios. Tras haberlo encendido, echó una nube de humo, que el ventilador enseguida me envió a mí junto a un poco de ceniza caliente. Reaccioné demasiado tarde y Lydie se inclinó para frotarme la blusa. La ceniza había hecho dos pequeños agujeros debajo de mi seno izquierdo. Su mano pareció detenerse un poco y un pensamiento turbador me descolocó un momento; después consideré que era más bien halagador que me deseara una mujer como Lydie. Que yo supiera, ella no era lesbiana, pero como yo, necesitaba algo de consuelo, habíamos pasado por duras pruebas y otras aún más duras nos esperaban, y buscábamos, sin confesarlo, un poco de ternura. De hecho, ya estaba pensando que, a la menor señal por su parte, cedería, tenía ganas de un cuerpo caliente contra el mío y el de un hombre, en aquellas circunstancias, no me parecía apropiado. Lydie se quedó en silencio uno o dos minutos y después me dijo, como si no le importara: —¿Te quedas mucho tiempo?

—Mañana cojo el avión...

Asintió, decepcionada.

—Y ya tienes hotel...

—Lo podría cambiar.

—Podrías compartir mi habitación...

Le sonreí y ella se quedó seria, su mirada reflejaba un poco de bochorno. Parecía que habíamos llegado a un acuerdo tácito, estaba contenta. Y así, cambiando de repente de tema, en un tono alegre, me preguntó por Jérôme.

—Está bien —le mentí.

—Un día le envié arena de Samarinda.

—Lo sé, Lydie. Yo también le llevé arena de Arrecife, de Brasil.

—¿Qué hacías ahí?

—Como siempre, ¡me preparaba para lo peor!

Fue más fuerte que yo, me eché a reír, menos debido a lo que acababa de decir, que no tenía ninguna gracia, y más para luchar un poco contra la tensión que sentía. Lydie pareció relajarse también, no tardó mucho en encontrar mi mano bajo la mesa, nuestros dedos se entrelazaron; yo apretaba los suyos, ella jugaba con los míos.

—¿Y qué ha pasado con los demás?

—Sabes, Lydie, los demás...

4. Marthe

· La Source ·

Con las manos dentro del agua sucia, he visto cómo Jérôme y Suzanne se alejaban en el prado, cogidas del brazo. Cédric estaba en el borde de la piscina. He notado a Simon a mi espalda. Pienso de nuevo en esos instantes y los echo de menos, y también echo de menos a Jérôme. Está muerta y no ha pasado ni un año desde ese mes de julio de 1999. Nos recuerdo a todos y eso me oprime el corazón.

Me tocaba lavar los platos. No habíamos podido cenar bajo los tilos como de costumbre. Había llovido en el momento del aperitivo y, aunque había sido una lluvia pasajera, habíamos decidido sentarnos dentro. Yo creía, no sé por qué, que de haber podido cenar fuera la conversación no habría sido tan tensa, y Suzanne no se habría mosqueado. Que Simon buscara las pulgas a Suzanne no era nada nuevo, pero ¡Dios mío!, a veces podía llegar a ser exasperante. Creo que, de haber sabido lo que iba a pasar, habría habido menos peloterías, menos incompreensión entre unos y otros, aunque, a decir verdad, hoy en día no puedo afirmar que en realidad nos hayamos llevado bien. Sea como fuere, había ese ambiente de despreocupación, estábamos todos y nos sentíamos felices de estar juntos, como unos niños de más de treinta años, así que, cada verano, nos sentíamos heridos por haber abandonado algunos de nuestros sueños pero habíamos decidido, a pesar de todo, tomarnos las cosas por el lado bueno, dos o tres semanas por lo menos, según.

Jérôme y Suzanne habían llegado hasta el nogal. Mientras limpiaba una cacerola, observé cómo se sentaban encima de la hierba. Simon seguía detrás de mí, y finalmente dijo:

—Me ha mandado a paseo...

—Te lo has buscado, ¿no?

—Me jode mucho con todas sus historia, ya lo sabes.

—Suzanne simplemente necesita hablar de ello...

—Lydie por aquí, Lydie por allá. Hace años que no hemos vuelto a ver a

Lydie, ¿crees que realmente somos importantes para ella? No.

—De vez en cuando envía una postal...

—Prefiere a los monos antes que a nosotros.

—Seguramente son más agradables que tú.

—Vaya...

Yo era la única persona que le podía poner en su sitio sin resultar herida. En este caso, lo encajaba o pasaba a otra cosa con una facilidad desconcertante. Simon me respetaba, y no solo porque yo era la dueña de aquel lugar y, por lo tanto, sus vacaciones no le costaban casi nada, lo que en su situación era de agradecer. Simon me había amado y seguramente me seguía amando. No había reaccionado como yo me esperaba. Cuando le rechacé, no se mostró agresivo, su orgullo no quedó herido, o por lo menos lo había disimulado bien. Nada de eso. Fue aún más atento conmigo sin esperar nada a cambio y una relación de franqueza total se estableció entre nosotros. En todo ello había un misterio que me hacía pensar que nunca entendería del todo a los hombres.

—¿A quién le importan unos pocos osos bosnios?

—A Suzanne, y quizá a algunos bosnios...

—Joder...

—Por favor, Simon.

—Los bosnios tienen otras preocupaciones más importantes... Sería mejor que Suzanne se ocupara de los osos de los Pirineos...

—Ya sabes qué piensa...

—Que la causa está perdida... ¡El colmo!

—No es así. La reintroducción se hizo sin mucho sentido...

—De acuerdo, al principio fue el delirio turístico de un político, pero eso no quita que fuera un principio, una gran oportunidad.

—Deberían haber soltado los osos donde ya los había. Cuando sabes que una especie como el oso llega a su umbral límite en los treinta individuos, sabes que el asunto es ridículo...

—Los osos se mueven...

—Es ilusorio pensar que dos poblaciones puedan juntarse, Simon, y, de todos modos, seguirían estando por debajo del umbral límite...

Mientras terminaba de lavar los platos, Simon se había acercado al fregadero, estaba de pie con los brazos cruzados, de espaldas a la ventana. Me sequé las manos y miré afuera. Se había hecho de noche. Ya no veía a Jérôme y Suzanne. En cambio, veía perfectamente a Cédric. Había dejado

su copa en el margen de la piscina. Se había desvestido y se preparaba para darse un chapuzón, desnudo. El agua presentaba un bello color azul y la iluminación de la piscina reflejaba las ondulaciones de su cuerpo. Simon reflexionaba, se mordisqueaba los labios. Cédric se zambulló, hizo dos largos y luego, como si ya hubiera hecho un esfuerzo suficiente, se cogió al borde. Alargó el brazo para recuperar su copa, se giró hacia el interior de la piscina e inclinó la cabeza hacia atrás para contemplar el cielo.

—La verdad —prosiguió Simon—, es que tiene que haber ecologistas a quienes moleste el mestizaje. No se puede mezclar sangre pirenaica con sangre eslovena...

Sonreí y le ofrecí una infusión de hipérico. Por toda respuesta, cogió una silla. Me observó en silencio mientras preparaba la infusión. Simon estaba muy tranquilo, pero yo notaba que, para olvidar un poco a Suzanne, seguía estando preocupado por la discusión en que ambos se habían enzarzado. Aquel momento resultaba agradable, hacía un poco más de fresco, solo faltaba una ligera brisa. Puse las tazas y la tetera encima de la mesa y Simon nos sirvió mientras decía: —Las especies desaparecen y es lo normal. La duración de una especie es de unos millones de años, unos cuatro para un mamífero, lo que debería hacernos reflexionar. El problema, según los ecólogos, es que desaparecen a un ritmo de mil a diez mil veces superior al normal.

—Simon —dije con cansancio—, ¿lo que estás diciendo no te parece contradictorio con lo que has dicho antes?

Dio un sorbo a la infusión caliente.

—No. A mí también me preocupa. No quiero que Suzanne piense que es la única que sufre por ello. Lo que me pone nervioso es que haya científicos que actualmente quieran reconstituir especies desaparecidas mientras dejan desaparecer las que existen. Y que, antes de irse a Bosnia para demostrar lo que sea, Suzanne debería ocuparse de lo que sucede en los Pirineos.

—No eres justo...

—...y asumo mis paradojas...

Simon guardó silencio un instante y continuó:

—Ahora, nadie, salvo algunos cazadores de mierda, desea que el oso desaparezca, por razones que son a la vez éticas y estéticas...

—También por razones afectivas. El oso nos recuerda a cosas de nuestra niñez...

—Sí, los ositos, estoy de acuerdo. Sin embargo, ya nadie puede asociar su

desaparición a una catástrofe ecológica.

—Una especie desaparecida no volverá...

—Pero, si de todos modos está condenada a desaparecer, ¿qué se le puede hacer?

—Estamos aquí para constatarlo y culpabilizar...

—Nos han hecho unos buenos regalos, ¿verdad? ¡La conciencia y la culpabilidad! Tengo la impresión de que participamos en un juego grotesco, y que todo está previsto, empezando por el hecho de que seremos los últimos en pie, de modo que podremos constatar los estragos. Quizá quedarán aún algunos alacranes, algunas cucarachas, pero pienso que a los alacranes y a las cucarachas les importamos una mierda, así que no cuentan. Ahora, puedes pensar que, en efecto, como dices, una especie desaparecida no volverá, pero también que deja el campo libre a otras especies. Algunos evolucionistas piensan que si los dinosaurios no se hubieran extinguido, los humanos no habrían aparecido.

—De haber aparecido a pesar de todo, la vida habría sido más rica...

—Así es, y quizá nosotros en estos momentos estaríamos en una cueva, cagándonos de miedo...

Simon se echó a reír. Justo en ese momento, Cédric entró en la estancia totalmente desnudo. Ni Simon ni yo nos sentimos molestos. Mi mirada no se fue hacia su sexo, sino más bien hacia sus manos, con una abrió la nevera y cogía una botella de vino rosado, y con la otra buscó un sacacorchos en un cajón. Sin decir ni una palabra, volvió a salir y, hasta que no oímos que se metía de nuevo en el agua, guardamos silencio.

—¿Está enfadado conmigo?

—¿Por qué debería estarlo? Además, nadie puede estar enfadado contigo por mucho tiempo...

Simon hizo una mueca que, en su amplia gama de famosas muecas, significaba una voluntad de conciliación por su parte y casi siempre obligaba a la persona a quien iba dedicada a enternecerse. Me enternecí.

—Sí —dijo—. Cédric me preocupa, bebe un poco demasiado. ¿Sabes que a veces me obliga a beber con él? Si no lo hago, siempre se acaba él la botella...

—No creo que eso sirva de mucho, Simon, ya que a menudo abre otra. No deberías meterte en eso. Al final se recuperará.

—Lo encuentro curioso. Es Paul quien desaparece, pero es Cédric quien parece empujar más el codo...

—Paul era su mejor amigo.

—Sí, pero era el hermano de Jérôme, y ella aparenta estar mejor. ¿Por qué no habla de ello?

—Debido a la regla número uno: cuando estamos aquí, no volcamos el peso de nuestros problemas en los demás.

—La respeto.

—¿Y conoces la regla número dos? —dije sonriendo.

—Sí: ¡evitamos los temas que sean molestos!

Los dos reímos de buena gana y aproveché para decir:

—¿Podrías hacer un esfuerzo con Suzanne?

—Maldita Marthe, siempre consigues que haga lo que tú quieres...

Afuera, se oyó un momento al aullido que cantaba en los bosques cercanos y di una vuelta fuera de la casa. Cédric acariciaba suavemente el agua con sus pies. Le pasé los dedos por el pelo aún mojado.

—¿Estás bien?

—Sí... ¿No te bañas?

—Esta noche no... ¿Te acordarás de tapar la piscina?

A pesar de todas las precauciones que tomábamos, a menudo, por la mañana, encontrábamos algunas ranas muertas en medio de una cantidad incalculable de insectos. La piscina era un señuelo, los batracios se tiraban a ella y se agotaban hasta la muerte intentando salir. Eso nos rompía el corazón a todos.

—Me acordaré, Marthe...

Podía confiar en él. En sus años mozos, como objetor de conciencia, Cédric había ayudado a miles de sapos a cruzar los caminos de Alsacia. El sapo se había convertido en su animal fetiche. Tras su época de objeción, aún en la zona, había trabajado en la construcción de la primera vía para sapos de Francia. Se sentía muy orgulloso. Habló de ello durante mucho tiempo, creía que era el único momento de su vida en el que había servido para algo. Su pasión por los anfibios le había llevado a trasladarse al este, pero su madre, que había caído gravemente enferma, le obligó a volver al sur. Murió dos años más tarde, Cédric había hecho enormes sacrificios para estar cerca de ella todo ese tiempo, y yo pensaba, aunque él no quisiera admitirlo, que también había sido muy útil en aquellas circunstancias. Pero su entusiasmo había desaparecido. Había intentado convencer al Consejo General del Alto Garona de que se ocupara del destino de los sapos, pero no tuvo éxito. Sus propuestas fueron recibidas con escepticismo, incluso con desprecio, y,

desesperado, Cédric había montado, gracias al dinero de su herencia, un estudio de arquitectura, que, en su opinión, le había llevado al fracaso. Quizá era verdad que había realizado malas elecciones en una mala época. Todos, en un momento u otro, habíamos actuado de este modo, o así lo creo. Todos, excepto Lydie, que, al estar fuera de nuestra vista, aparecía, aunque a veces no lo aceptáramos, como una representación positiva de lo que deberíamos haber sido. En sus postales, Lydie decía sentirse libre, afirmaba que todos podíamos tener la voluntad de cambiar el curso de las cosas, no existía la fatalidad, solo teníamos que ir con ella a la jungla y lo veríamos. Yo entendía que molestara a Simon, que perturbara a Cédric, que tranquilizara a Suzanne y que nos encantara, a Jérôme y a mí.

—Es la hora ideal para los sapos. La temperatura del suelo es de unos quince grados, ha llovido un poco. ¿Quieres tomar una copa conmigo?

—Gracias, Cédric, voy con las chicas...

—Como quieras, vigilaré solo el charco. ¡Cuidado con el sapo imprudente!

Le volví a pasar los dedos por el pelo con ternura y me alejé. Sin dudar, me dirigí hacia el nogal donde estaban charlando Suzanne y Jérôme. Me recibieron con una alegría real. Les dije:

—¡Esta noche los chicos por un lado y las chicas por el otro!

—¿De quién es la culpa? —exclamó Suzanne sin dejar de sonreír.

—Suzanne —suspiré—, ¿vais estar en guerra todo el verano?

Suzanne no me respondió. En un instante, cambió de tema.

—¿Sabes qué me estaba contando Jérôme?

—Tengo buen oído, ¡pero no tanto!

—¿Has observado que no hay mucha vegetación en un radio de varios metros alrededor de un nogal? —prosiguió Jérôme.

—Sí, pero no sé por qué.

—Muy sencillo —dijo Suzanne, con el tono de alguien que quiere dejarte pasmado—, las hojas del nogal fabrican una toxina, la jug..., la jul...

Jérôme acudió en su ayuda, lo que, no sé por qué razón, causó la carcajada de Suzanne.

—La juglona...

—Eso es. Gracias a la lluvia, la juglona llega al suelo y bloquea la germinación de los granos. De este modo, el nogal se queda con los recursos en exclusiva.

—Es decir —dijo Jérôme—, el nogal elimina la competencia...

Seguimos hablando, contentas. Estaba cansada, pero no tenía ganas de ir a

acostarme. Seguro que nunca perderíamos nuestra costumbre de prolongar lo máximo posible nuestros momentos, la vida bella.

5. Félix

· Toulouse ·

Había demasiados elementos inquietantes, pensé, cuando Marc entró en nuestro despacho con un ramo de rosas en la mano.

El dueño del Blacksmith, la última persona a la que habíamos interrogado antes de volver a la comisaría, no había notado nada raro durante las noches del viernes, el sábado, el domingo y el lunes. Evidentemente no había estado todo el rato con la nariz pegada en el cristal, no podía estar vigilando a las personas que entraban y salían del edificio y, dado que respetaba escrupulosamente la legislación en vigor, y cerraba su bar a las dos de la madrugada —a veces antes, nunca después, todos sus clientes nos lo podían asegurar—, ¿qué podía decirnos más? ¿Jérôme Gartner iba por su bar? No. Así que, en efecto, no nos podía decir nada más.

La plaza de Fer à Cheval contaba con televigilancia. Bernard, que estaba de guardia esas noches, no había observado ningún movimiento particular. Los informes que había hecho llegar el Cerebro, así denominábamos a la sala de control, eran categóricos. Por ejemplo, no se había realizado ninguna mudanza, algo bastante razonable, teniendo en cuenta que el mercurio estaba arriba del todo. Bernard tampoco había observado —hipótesis alocada— a ningún hombre solo con una alfombra o un baúl que hubiera entrado en el inmueble y que hubiera salido del mismo más tarde, con la alfombra o el baúl visiblemente menos pesados, o con las manos en los bolsillos.

Podíamos preguntarnos muchas cosas. ¿Jérôme había salido del edificio el viernes por la noche, tras haber visitado a Germaine Jourda? Si había salido, ¿cuándo había regresado? ¿Había muerto en su casa? Si la habían asesinado en otra parte, ¿cuándo la habían devuelto al piso? ¿Y cómo? ¿Quién? ¿Ya estaba desnuda? ¿Por qué estaba desnuda? ¿Por qué el sillón se encontraba perpendicular al sofá? ¿El asesino quería que muriera mirando la estantería? ¿Por qué mirar esa estantería? ¿Por qué no había ni rastro de violencia? Miré a Marc y su ramo de rosas.

—¿Es para Mousplède? —pregunté, intrigado.

—¿Quieres que me tome por una tía? No, es para el pequeño Paul...

Habíamos instalado la jaula debajo de la ventana, a pleno sol. Habría sido poco conveniente, incluso cruel, dejar a la iguana en manos de la justicia, meterla en una bolsa de plástico y adjuntarla al informe. ¿Qué habríamos parecido? Quedaba por saber si había que considerarla como una prueba. Pero estaba convencido de que sabía muchas cosas y de que nos habría podido explicar algunas de ellas. Me costaba admitir que pudiera tener cien años. De hecho, no era su edad sino la de Jérômine la que no dejaba de sorprenderme. Jérômine Gartner no tenía, como había estimado, treinta y ocho o treinta y nueve años, sino treinta y cinco. De haber tenido treinta y nueve años, habría seguido pensando que se trataba de una mujer guapa. A los treinta y cinco, en cambio, me parecía un poco ajada y, por lo tanto, mucho menos guapa. Estaba bloqueado con eso y no veía cómo podíamos avanzar.

—En la nevera tenía bastantes cosas con las que hacer una buena comida —dije.

Marc abrió la jaula. Hasta entonces, la iguana había estado tranquila. Durante el viaje, había abandonado su rama para cogerse a las rejas. Después subió un poco más en la jaula para estar más cerca de la ventana y, por lo tanto, del sol. Marc movió sus uñas por las rejas y el pequeño Paul giró la cabeza hacia él, escrutándole con un ojo frío y húmedo. Tras unos segundos, tentado por las rosas, realizó algunos movimientos torpes. Pareció que perdía el equilibrio, se recuperó por los pelos, su cola golpeó las rejas y, por último, avanzó a paso lento hasta el ramo que Marc agitaba. Cuando el reptil tuvo el morro casi encima, abrió la boca de par en par y, sin ningún preámbulo, atacó los pétalos, que se iba tragando con glotonería.

—El pequeño Paul no es arisco.

—Te diviertes, ¿no?

—Pues sí...

—Dime, Marc...

—¿Qué?

—Hace un rato, cuando hemos encontrado el cadáver...

—¿Sí?

—Pues, que te he notado nervioso...

—No ha sido fácil...

—Quería que supieras... si quieres hablar de ello, estoy aquí, puedes

confiar en mí...

—No hay mucho que decir, ¿sabes? Pero, muchas gracias, Félix... Esta investigación parece que va a ser delicada, ¿verdad?

—Partimos de casi nada... Su agenda telefónica ha desaparecido...

—No sé si tardaremos poco o mucho, pero he hecho lo necesario. En unos días deberíamos saber cuáles fueron los últimos números que marcó. En cuanto a las llamadas que recibió, no garantizo nada. Si se hicieron desde móviles, tendremos que esperar mucho más...

Las operadoras privadas nunca tenían prisa en facilitar el listado de llamadas. La verdad es que la mayoría de las veces lo entregaban demasiado tarde, el asesino ya había reincidido o estaba entre barrotes. Podría ser también que Jérôme tuviera un móvil. No se adecuaba con su forma de ser, con lo que había observado de su psicología, pero habría que comprobarlo, puesto que el asesino podría haberlo robado.

—Mañana —prosiguió Marc— la prensa hablará sobre el asesinato, sus maravillosos amigos seguro que se darán a conocer...

—Quizá no sean tan maravillosos...

Mientras el pequeño Paul disfrutaba con sus pétalos y Marc parecía contenerse para no hacerle unas carantoñas, volví a consultar la agenda de Jérôme. Una agenda suele revelar una cantidad inverosímil de información. Una agenda habla del pasado, del presente y del futuro. Sirve para anotar cualquier hecho de la vida, desde la cita con el dentista hasta la visita a la peluquería, de la salida al cine a la del teatro, del aniversario de mamá a la fiesta del tío. La agenda sirve, globalmente, de recordatorio, se anota también que no hay que olvidar tal película, que hay que acordarse de comprar champú, pagar el seguro del piso, *etc.*

Otras personas la usan de un modo distinto, solo hacen constar los grandes momentos, tal día conocí al amor de mi vida, tal otro estuve a punto de morir en un accidente de coche, todo eso no se prevé, claro está, e indican estos acontecimientos después de que se hayan producido, como si tuvieran que conservar un rastro, más tarde abrirán la agenda olvidada durante largo tiempo y derramarán una lágrima de emoción, ¡ah, que bella era la vida en aquel momento! La agenda, en este caso, no tiene la utilidad diaria que le da la mayoría de la gente, es algo superfluo. Menos la cita con el o la amante, hay muchas cosas que se pueden anotar, realmente todo, aparte de la visita al dentista, la fiesta del tío, el champú que hay que comprar. Algunos maníacos llenan sus páginas como si se tratara de un diario, escriben sus reflexiones —

a menudo idiotas— y sus pensamientos secretos; con la experiencia se puede pensar que algunos santos son más inspiradores que otros. De todos modos, hay que decir que la vida de muchos es de una tristeza tal que las agendas, por lo general, no revisten ningún interés, y que, de todos modos, si no es así, solo son el reflejo parcial de una vida. El color de la tinta, azul, negra o roja, no cambia nada.

Las agendas siempre me habían parecido muy excitantes. Las manoseaba incansablemente, las hojeaba, las giraba, las sacudía, como si, aparte de las informaciones que contenían negro sobre blanco, pudieran revelarme otras, escondidas en un cambio de semana, de día, de hora, en una fiesta nacional o un santo. La agenda de Jérôme no escapó a esta regla.

La hice girar en todos los sentidos, la olí profundamente, arrugué sus páginas, las miré a través de la luz. Lo que leía me dejaba con ganas de más. La agenda de Jérôme era muy curiosa.

En primer lugar, no había indicado lo que iba a hacer el fin de semana de su muerte. ¡Evidentemente no esperaba que ella escribiera que iba a morir! Pero ¿no había previsto salir? ¿No debía llamar a alguien para organizar la salida? Quizá sí. Quizá no. Lo más extraño era que, después del 14 de junio, Jérôme no había escrito nada en su agenda, nada de nada, hasta Fin de Año. ¿Jérôme solo tenía proyectos a corto plazo? ¿O es que solo anotaba sus encuentros, para recordarlos, después de que hubieran tenido lugar? ¿Cómo entender, de otro modo, que M, mencionado hasta entonces cada miércoles sin excepción desde el principio de año a las diez, dejara bruscamente de aparecer tras el fin de semana fatídico?

—¿Quién es M?

—Un hombre o una mujer... Al final te estropearás la vista, Félix...

—¿Michel? ¿Mathilde? ¿Monique? ¿Maurice?

—¿Un amante? ¿Un amigo?

—¿El asesino?

—¡Habría tardado lo suyo antes de pasar a la acción!

Cada miércoles hasta su muerte, Jérôme había quedado con M a las diez de la mañana. Estaba claro. Después de ese fin de semana, ya no iba a verle (o verla) más, si le (la) hubiera visto, lo habría anotado en su agenda, posteriormente, para hacer como siempre, una manía como cualquier otra. Vaya.

Jérôme había tenido otras citas. Había quedado con una tal Diane varias veces, siempre por la noche, durante los meses de febrero, marzo, abril y

mayo. Diane solo podía ser una mujer, por fin tenía ya una certeza. ¿Qué pensar de Pasko? Jérômine había quedado con Pasko tres veces en el mes de mayo, una vez en abril, nunca (?) en enero, febrero y marzo. B aparecía con una frecuencia parecida. ¿B podía ser Bernard, Baptiste, Bernadette o Babette? ¿M, Diane, Pasko y B eran los amigos maravillosos de Jérômine?

El fin de semana anterior al del inicio de la primavera, Jérômine había ido al mar. ¿Sola? El 25 de abril, había asistido a un espectáculo en la Cave Poésie, una pieza de David Mamet. ¿También sola? El 12 de junio, había ido a la feria bio de Rabastens (Tarn). ¿Sola de nuevo? El 21 de abril, había anotado: «¡Los vencejos ya han regresado! ¡Pronto será verano!», y el 5 de junio, unas horas antes de su muerte: «B me aconseja que no confíe en los espejos». ¿B, ese que había visto el fin de semana de 3 y 4 de junio?

—Marc, comprueba en la guía telefónica si hay un tal Pasko. No me hago muchas ilusiones. Parece un apodo.

—De acuerdo —dijo apartándose de la jaula y mirando su reloj—. Vaya, ¿has visto la hora que es?

—Sí, tenemos que ir...

Cruzamos los pasillos y bajamos las escaleras. Ante la puerta de la sala, hice una mueca. Marc sabía lo que estaba pensando, estaba tenso también. No lo habría hecho por nadie más. Empujé la puerta.

La sala estaba a tope. Se habían montado mesas con caballetes, cubiertas con manteles de papel. Mousplède no hacía las cosas a medias. En una esquina había una barrica de vino y podía estar seguro de que la había abierto él mismo.

Tres años antes, la mayoría de polis presentes me habrían manifestado una sincera hostilidad. Había cometido el error de autopublicar un libro en el que me metía con algunos vanidosos, quería ser una obra humorística, pero fui el único que se rio, y no por mucho tiempo. Solo Mousplède puso sobre mi hombro una mano afectuosa. Por suerte, las cosas se acabaron arreglando, gracias a una serie de cambios y de jubilaciones.

Cuando estaba a punto de rendirme, Terrancle tiró la toalla también. Había pasado lo suyo, y yo era indirectamente responsable. Así, recuperé un poco de brillo. Policía y *rugby* hacían buena pareja y, dado que Terrancle no había tenido un papel muy claro en el asesinato de Maurice Tamboréro, el jugador del Racing Club Toulousain, tuvieron que agradecerme, conscientes o no, el giro que dieron los acontecimientos. Pensé un momento en Élie Verlande, no habrían dado nada por él, y en cambio se había salvado, aunque nadie podía

decir si volvería al servicio.

—Voy a buscar vino...

Vi cómo Marc se abría paso a codazos hasta la barrica. Saludé a Patrick Moncollin, el sucesor de Mousplède. Vi a Hélène Gosselin, la directora del laboratorio de la policía técnica y científica, con una copa en la mano, algo bebida pero muy digna en su severo traje chaqueta. Blodeau y Gautran hacían el tonto un poco más lejos. Miré un rato a las dos jóvenes tenientes que hablaban junto a una ventana, indiferentes a las caras sonrojadas que las observaban sin reparos. Hay que decir que una de ellas era muy guapa. No se lo diré nunca a Marc, pero me habría encantado que una de ellas trabajara bajo mis órdenes, en su lugar.

—No les haremos pagar, ¿verdad, Dutrey?

Me giré hacia Claude Mousplède. Mostraba una sonrisa franca. Marc, que llegaba en ese momento del bufé, me dio una copa y nos sirvió.

—Nunca durante el servicio —dijo Mousplède tendiendo su copa—. No te separes de este tío, chico —prosiguió dirigiéndose a Marc.

—¡Por su jubilación! —dije brindando con él.

—Gracias...

—¿No echará de menos el curro, comisario? —preguntó Marc.

—¡De ningún modo! Tengo cosas que hacer. China —dijo con un punto de malicia—. Eh, chicos, no pensaréis que iré a pie hasta China...

Tardé unos segundos en entender el retruécano y luego me eché a reír, para satisfacción no disimulada de Mousplède.

—En serio, hace tiempo que estoy interesado en este país, y en Shanghái sobre todo. ¿Sabíais que desde la época de la concesión francesa, lugar de estupro y de libertinaje como el que más, Shanghái era uno de los emporios más importantes del mundo? Creo que hay que investigarlo a fondo, escribiré un estudio sobre ello, por puro placer, un estudio breve, no una enciclopedia, claro está...

—Le deseo mucha suerte, comisario...

—Sí...

Mousplède se quedó pensativo por un instante.

—Que me licencian, ¡dicen! Creedme, ¡esta puta licencia se la metería por el culo a algunos de aquí! No en el suyo, ¡no se preocupe!

Marc me miró con cara de susto. No había tratado mucho con Mousplède y podía preguntarse si la amenaza iba por él. Le tranquilicé guiñándole el ojo.

—¿Qué huele por aquí, Dutrey?

—Sudor rancio...

—Sí, en efecto, ¿y qué más?

—Hipocresía...

—Es evidente. ¿Algo más?

—¿Odio?

—¡Es un buen psicólogo, capitán!

No sabía si se estaba burlando de mí. Di un sorbo al vino.

—Y ahora, ¿qué ve? Hombres, y aún peor en este contexto, mujeres, mujeres policía, ¡no es muy normal! ¡Será mejor que no sean muy emotivas!

Marc no creía lo que estaba oyendo; yo pensé que el comisario estaba viviendo su gran día, aún no había empezado su jubilación y ya estaba disfrutando con ella.

—Hombres y mujeres, que sufren eyaculación precoz o frigidez, hipertensión arterial, estreñimiento y úlceras de estómago. Hombres y mujeres torturados por neurosis, y que se convierten en su propio enemigo. *Homo homini lupus*, como se dice en latín. ¿Y sabe por qué?

Negué con la cabeza.

—Pues debido a que dedican demasiado poco tiempo a temas de tipo cultural.

Yo no habría sabido decir de forma más elegante que algunos polis presentes eran unos estúpidos. Mousplède agradeció mi sonrisa cómplice.

—Su metabolismo está falto de cultura. Están estresados, se aburren fuera de su trabajo, se convierten en unos amargados, se ponen celosos, compiten unos con otros, vaya cuadro, ¡sí! ¿Entiende, entonces, por qué quiero interesarme más de cerca por China? ¿Entiende todo lo que he soportado durante todos estos años?

Marc estaba boquiabierto. Mousplède lo aprovechó para arrebatarme la botella y servirnos de nuevo.

—El hombre, por su naturaleza, es una criatura en peligro, no lo digo yo, sino Arnold Gehlen.

Mousplède nos llevaba una buena ventaja. Mantuve un rato mi copa llena para evitar que fuera aún peor. Dos peces gordos, un representante del ministerio y otro de la gendarmería, vinieron a estrecharle la mano antes de irse, comentaron —por quedar bien— el espléndido homenaje que el director del servicio de policía le había rendido, le manifestaron su gran amistad y le desearon mucha suerte. Mousplède se giró hacia nosotros.

—Cuántas zalamerías. Ya podían haberme hecho nueve reverencias. Y ni

una palabra sobre mi vino. ¿Qué opina?

—Es delicioso...

—Bien... ¿Cómo se presenta su investigación?

Le expliqué resumidamente los resultados de nuestras primeras pesquisas. Por la tarde quería ir a los invernaderos municipales, donde Jérôme Gartner trabajaba. Me escuchó con una gran atención y luego me pidió, en tono más bajo: —¿Podría tenerme informado de cómo va todo? Me siento un poco responsable, ¿sabe?

—Lo entiendo...

—¿Le podría ser de ayuda?

—Claro.

—Debo serle honesto, ¡así mantendría un ojo sobre la batalla!

—Perdone...

Mi móvil se había puesto a sonar. Tuve que alejarme. El alboroto hacía imposible cualquier comunicación, a no ser que hablara a gritos. Pero en el pasillo tampoco oía mejor. Eusèbe Cathala tenía la fastidiosa costumbre de hablar a un metro del auricular. Le pedí que hiciera un esfuerzo.

—¿Ahora?

—No te emociones, Félix... Hago lo que puedo con mi brazo... Oye, ¿has oído lo de la historia del desvío del avión en Filipinas?

Suspiré.

—Qué cosas... El tipo ordena al piloto del Airbus que cambie de dirección, quiere ir a Mindanao. El piloto se niega, da como excusa la falta de carburante y pone rumbo a Manila. Al tío lo detienen, pero no es mal tío, creo. ¿Sabes qué hace?

—No, Eusèbe...

—Pues roba a los pasajeros y, cuando el avión está a dos mil pies, va y pide que le abran una puerta.

—¡No!

—El piloto despresuriza el avión. Lo creas o no, el tío tiene un paracaídas, ¿qué te parece? Va, y salta.

—¿Es una broma?

—No... Así que salta, se siente muy orgulloso de sí mismo, por lo menos por un instante, imagino. Ve cómo el avión se aleja, le hace un corte de mangas, una peineta... Los yanquis ya habían hecho algo parecido, pero resulta menos elegante que James Bond. Bien, y ahora, viene lo serio; el tío tira de la lengüeta.

—¿Y?

—El paracaídas no se abre. Debo decirte que lo había fabricado él mismo. Ese es un país de locos. Realmente me salvé por los pelos.

—Supongo que no me llamas para explicarme todas las catástrofes de las que te salvaste durante las vacaciones, ¿verdad?

Masculló y dijo, ofendido:

—Como pudiste constatar, no había rastros de lucha...

—En efecto...

—No hay nada bajo sus uñas. El aire acondicionado mantuvo el cuerpo en un buen estado de conservación, pero estoy seguro de que murió la noche del sábado al domingo, digamos entre las veintitrés horas y la una, los exámenes más profundos lo concretarán. Jérôme Gartner tuvo una relación sexual unas horas antes de su muerte.

—¿Violada?

—Lo siento, Félix, fue una relación consentida. Envío una muestra de espermatozoides al padre Turbé... eso le tendrá entretenido. Pero no es lo más curioso, es por esto que te llamo, de hecho...

Marc se había reunido conmigo. Alcé mis ojos al techo, Eusèbe empezaba a cargarme mucho.

—En su garganta...

—En su garganta, ¿qué?

—He encontrado siete granos de arroz...

—Bueno, habría comido arroz —dije, percatándome enseguida de la estupidez que había dicho.

Eusèbe se echó a reír.

—Siete granos de arroz y siete fragmentos de un metal, parece ser que se trata de plata.

6. Suzanne

· Yakarta-Manila ·

Nos abrazamos, sorprendidas por nuestro deseo repentino, y seguimos así un buen rato. En nuestros gestos había timidez. Lydie cerró los ojos mientras yo la besaba, y luego tomé finalmente su mano, la guie, se puso a acariciarme, yo tenía muchas ganas, y gocé enseguida.

Había imaginado un abrazo menos directo, que nos habríamos tomado nuestro tiempo, que quizá nos habría bastado con acurrucarnos juntas, intercambiar un poco de calor y luego dormirnos. Lydie estaba excitada pero no conseguí hacer que se corriera, quizá porque le costaba más llegar al orgasmo o quizá porque, a pesar de todos sus esfuerzos, la culpabilidad y los miedos le habían impedido relajarse. Finalmente apartó mi mano, se giró en la cama, se quedó un momento tumbada mirando el suelo de la habitación, y luego se levantó para ir al baño, donde al cabo de poco me reuní con ella.

La iluminación del fluorescente era brutal y Lydie mostraba una extrema fragilidad. Su bronceado habría provocado la risa en una playa. Su cuerpo estaba lleno de rasguños y cicatrices. No tenía ni un gramo de más y mostraba unos músculos fuertes, casi demasiado desarrollados. Nuestras miradas se cruzaron en el espejo.

—No llegaré —me dijo—. No te enfades conmigo... Quizá no habríamos debido...

Había tantas cosas que no debíamos hacer, o que nos prohibíamos, sin dejar de desearlas. ¿Y eso nos hacía más felices? ¿Nuestra vida era mejor por ello? Evidentemente, podría haberme preguntado por la razón profunda de mi comportamiento. No se reflejaba solo el cumplimiento de un deseo secreto, oculto durante mucho tiempo. Que Lydie hubiera precipitado las cosas era otro tema. Su intención era más clara, pero igual de dolorosa.

Estreché a Lydie entre mis brazos un instante, volví a tumbarme en la cama y me tapé con la sábana. Cuando Lydie regresó, llevaba una camiseta que le llegaba hasta los muslos. Se acostó a mi lado y nuestras manos se encontraron de nuevo, pero esta vez se contentaron con un apretón febril y

húmedo. Miramos el techo, que, como las paredes, era de un gris muy feo.

—Me sienta bien, ¿sabes? —me dijo.

Sonreí en la penumbra y estreché su mano un poco más fuerte. Empezaba a sentir miedo. Murmuré:

—Quizá hemos elegido sufrir...

—Tú tampoco estás bien, Suzanne.

—Y cada vez será más duro... Lydie, todo lo que has hecho, todo lo que aún harás, no es en vano, aunque no lo creas...

—Dame una razón, una buena razón, para que prosiga con esta lucha perdida de antemano.

—Lo necesito... Si te rindes, mi vida aún tendrá menos sentido...

—Eres una egoísta, Suzanne.

—Es verdad... y tengo miedo.

Y mi miedo creció aún más. Dormí muy mal a pesar de la diferencia horaria, que debería haberme atontado. Sudaba mucho pese al aire acondicionado. Durante mi sueño me pareció que Lydie ponía su mano sobre mi frente.

Mientras el avión sobrevolaba el mar de China, yo temblaba como una hoja. La azafata me ofreció una última bebida y le pedí un *whisky*, el tercero. Por fin, el avión inició el descenso y observé la laguna, parecía de aceite, en ella se deslizaban unas barcas frágiles y estaba rodeada de algunas casas sobre pilotes. Mientras el piloto realizaba sus maniobras de aproximación, descubrí Manila. Aún estábamos muy arriba pero quedé conmovida por la miseria. La alineación aparentemente estricta de los barrios respondía al curso sinuoso de los ríos y en las orillas reinaba la anarquía. En cada orilla, en un *patchwork* en el que dominaban el gris y el marrón según lo gastada que estuviera la chapa ondulada, se desparramaban las viviendas y el agua, entre ellas, estaba estancada.

La sobrecarga anunció el aterrizaje y me agarré a mi asiento, dejé de mirar afuera, pensé, ¿y si Paul no venía a buscarme? ¿Y si Cédric me había mentido? No, la dirección electrónica era correcta. Me habrían devuelto el mensaje. Que Paul no me hubiera contestado lo podía entender.

El avión aterrizó en el Ninoy Aquino International Airport. Mantuve la calma hasta la aduana, donde rellené el formulario de entrada, cambié algunos dólares y luego empecé a asustarme. Paul no estaba. Caminé un rato

por el aeropuerto, mientras vi que otros pasajeros hacían lo mismo. Los vestíbulos estaban sorprendentemente desiertos. Al final me arriesgué, salí al exterior, y entendí que el aeropuerto, a menos que se estuviera autorizado a ello, estaba prohibido a los visitantes, que se amontonaban detrás de las barreras, haciendo señales a los viajeros, al otro lado de la calle. La atmósfera era sofocante, hacía muchísimo calor, y busqué un poco de saliva en el fondo de mi garganta. Unos hombres armados vigilaban con descuido el desfile de taxis. Rechacé a un taxista, sujeté la mochila a mi espalda y eché a andar por el asfalto ardiente. Crucé dos barreras, que marcaban los espacios donde esperar según los pocos medios.

Me abrí paso a codazos entre la muchedumbre, empujaba a gente que, en racimos compactos, cuando no miraban directamente a los viajeros alargando el cuello, intentaban sorprenderlos en las pantallas de televisión. Fui arriba y abajo por las salas de tránsito sin que nadie se preocupara por mí y después, ya cansada, llegué a un torniquete que daba al *parking*. No podía deshacer el camino y mi pánico se acentuó, también porque algunos filipinos me estaban acosando. Todos querían que me montara en su triciclo, o *jeepney*.^[2] Me puse mi máscara de mala leche, decliné sus propuestas una a una. Rendidos, los chóferes acabaron alejándose, mientras que otros, apoltronados en sus asientos, parecían divertirse, convencidos de que acabaría recurriendo a sus servicios. Al mismo tiempo que mi angustia aumentaba, me preguntaba si no había sabido ver a Paul, antes de convencerme de lo contrario. Seguro que le habría encontrado. Un occidental no podía pasar desapercibido. Aunque hubiera cambiado mucho, Paul habría destacado de la multitud del mismo modo que una abeja en medio de una nube de moscas, que un pájaro en una bandada de saltamontes, que un delfín en un banco de sardinas. Notaba que los nervios me fallaban, había perdido la calma. Mi malestar no pasó desapercibido a un conductor de *jeepney*. Con una servilleta alrededor del cuello, se rascaba distraídamente la entrepierna. El acero brillaba. Llevaba escrito jehovah en letras fluorescentes, en gris y rosa, encima del parabrisas estrecho. Algunos pasajeros esperaban pacientemente detrás a que el *jeepney* estuviera lleno, y tenía que estar totalmente lleno o no arrancaría. El hombre me sonrió y eructó.

—Suzanne...

El alivio fue inmediato. Pero no me giré enseguida. Mi respiración se cortó por una fracción de segundo. Noté cómo se me relajaban los músculos. La mochila me cayó por los hombros. No era la voz de alguien que está contento

de volver a verte, tenía más de latigazo que de caricia.

Para estar muerto, Paul tenía muy buen aspecto. Se había dejado crecer la barba. Llevaba unas chanclas, unos *shorts* negros y una camiseta verde. Las gafas de sol le ocultaban los ojos. No sonreía. Parecía quizá un poco mayor para su edad.

Esbocé una sonrisa, pensando que iba a ser menos fácil de lo que había creído, pero Paul ya me había girado la espalda y se dirigía hacia un Kia que estaba aparcado un poco más lejos. Pisó el acelerador, dio un puñetazo al salpicadero, por lo que entendí que el climatizador fallaba, y nos integramos en el tráfico. Paul apretaba los dientes. Con algo de retraso, dije: —Hola, Paul...

En Ninoy Aquino Avenue, costaba avanzar. Los vehículos transitaban como electrones libres, los autobuses esquivaban la muerte en el carril de emergencia, mientras que los *jeepneys*, que aparecían por todos lados, cambiaban de carril constantemente. Aunque estuviera a punto de chocar, Paul no frenaba, como máximo se abría paso en otro carril, aquellos conductores de poca monta que intentaban adelantarnos perdían el tiempo, Paul se paraba en seco y empezaba a tocar el claxon. Intenté en vano encontrar el cinturón de seguridad. Creía que aquello no acabaría nunca, y sin embargo no habíamos recorrido ni dos kilómetros. Tenía la lengua pegada al paladar. Paul ladró: —¿Cédric?

—Podrías haberme puesto al tanto...

—¿Está loco o qué?

—He llorado mucho por ti...

—¿Qué coño vienes a hacer aquí?

No le contesté. Durante un rato, bordeamos el aeropuerto. Había mucha animación. Los niños corrían por todos lados, a veces desnudos, por la calle destripada, en torno a cantinas poco apetecibles, chabolas estrechas que no debían medir más de tres metros de largo y en las que, sin embargo, imaginaba que se alojaban familias enteras. Aunque seguía intensa, la circulación se hizo más fluida. Los *jeepneys* eran menos numerosos, desaparecían delante de los triciclos sobrecargados y ruidosos. Desprendían un humo azulado, hasta tal punto que, en Dona Solidad, se hizo irrespirable, llegó a formar un espeso techo, opaco, como una niebla que podía cortarse con un cuchillo. Cada diez metros, Paul disminuía la velocidad para cruzar badenes que, aunque no se fuera rápido, rascaban los bajos del coche. En cambio, tomaba menos precauciones y no siempre evitaba los numerosos

baches.

¿Qué estaba haciendo ahí? Era portadora de una muy mala noticia. Soltarla no iba a aliviarme. Podía hacerlo enseguida. ¿De qué servía esperar? Era largo de explicar. Para Paul, sería más largo de aceptar. Su comportamiento presente me hacía temer que reaccionara con una extrema violencia, que la pagaría conmigo, de eso no había duda. Así que decidí que era mejor posponer mi revelación para más tarde. Que Paul digiriera en un primer momento la traición de Cédric.

—¿Qué le ha dado?

—Cédric se está hundiendo, Paul...

Paul giró de golpe la cabeza hacia mí, como si le acabaran de amenazar. Luego tocó el claxon y adelantó a un triciclo en un estado lastimoso, antes de evitar a un perro sarnoso que cruzaba la calle. El animal estaba muy flaco, pelado y quemado por el sol. En un solar, unas vacas en los huesos intentaban comer la poca hierba que quedaba. El decorado cambiaba. Las edificaciones eran más sólidas, amplias, rodeadas de jardines. En algunos sitios, entre la vegetación surgían unos depósitos de agua. Ahora el tumulto parecía lejos, detrás de nosotros.

Paul aminoró la marcha al acercarnos a la ciudad. Manila estaba formada por una multitud de pueblos, que eran como ciudades capaces de abastecerse a sí mismas. Estaban rodeados de muros y protegidos por guardias, a menudo armados con fusiles, poco amistosos y con pinta de chantajistas. La mayoría de las veces, si no se contaba con las autorizaciones necesarias, había que evitarlos y realizar decenas de kilómetros inútiles, lo que añadía más embotellamientos a una circulación que volvía a ser infernal. Aunque reflejaban bien la brecha existente entre los ricos y los pobres, los accesos al pueblo en el que vivía Paul no resultaban amenazadores. Tocó el claxon y un guarda desarmado nos abrió la verja con una amplia sonrisa, tras un breve saludo militar. Paul ni siquiera le dirigió la mirada y prosiguió su camino. Aparcó unas calles más allá, delante de una casa de una sola planta que parecía bastante agradable, a la sombra de un seto. Apagó el contacto y siguió mirando el parabrisas con las manos aún en el volante. Sin ablandarse, dijo al cabo de un momento: —Estás empapada. Puedes darte una ducha. La criada no está, ya van tres veces que entierra a su abuela, pero no me decido a despedirla.

—¿No me enseñas la casa?

—La puerta está abierta. Ya te las apañarás.

Salí del coche, cogí mi equipaje del asiento de atrás y vacilé en la acera.

—¿No te apeas?

Paul arrancó de nuevo a toda velocidad. Al cabo de dos horas, aún no había regresado.

Me di una ducha, y más tarde otra. En cada estancia giraba un ventilador que no proporcionaba demasiado aire fresco. No encontré ni rastro de libros ni en el despacho de Paul ni en otros lugares de la casa. Los libros habían desaparecido de su universo y me pregunté cómo era eso posible. ¿Hasta ese punto estaba perdido o herido? Seguro, puesto que ya no era de este mundo. Dudé en encender su ordenador y luego me fui a la cocina. Me preparé un plato de fruta, olí un pescado ya cocinado, renuncié a comérmelo y cogí una San Miguel de la abundante reserva.

Me instalé en el jardín, en una mesa baja colocada bajo un árbol de mango donde estaban suspendidas unas bellas orquídeas. Escuché los gallos hasta que la noche cayó de repente. Había muchas ranas. Su canto había sustituido al de los gallos. Muy charlatanas ellas, hacían un ruido parecido al de una caja de caramelos de regaliz, pero más sonoro y más profundo. Seguro que Cédric habría sido capaz de determinar su especie. Al final me relajé, notaba que el cansancio me invadía. Eran las veinte horas en Manila y las catorce horas en Toulouse. Paul no regresaba. Un hombre al que creía muerto y que lo único que había hecho era exiliarse y que, en cuanto volvía a verle, huía de nuevo. Paul siempre estaba huyendo. Cuántas veces, en medio de una conversación animada, hubiera o no discordia, habíamos visto cómo se levantaba bruscamente de la mesa y regresaba muchas horas más tarde. En general, Jérôme ponía los ojos en blanco, Simon se preguntaba quién se creía que era, Marthe decía que ya se le pasaría, Cédric se servía otra copa de vino y yo pensaba que, de no haber roto, le habría seguido para poder abrazarle. De eso ya hacía mucho tiempo.

Volví al despacho de Paul, era algo más de las veintiuna horas. Encendí el ordenador. Me abstuve de mirar sus archivos, que, la verdad, eran pocos. Los iconos no aportaban mucha idea sobre su contenido. Sin embargo, al haber compartido la intimidad de Paul, y por lo tanto algunos de sus pequeños secretos, me parecía que no había empezado ninguna novela nueva. No me sorprendió, al contrario. Limpié con cuidado el cuello de la San Miguel que había cogido de paso en la nevera e inicié el navegador.

Asunto: Paul

Fecha: Tue, 20 jun 2000 21:13:48 + 0800

De: pg@pacific.net.ph

A: pasko@ffeesbee.ff

Pasko,

P se ha ido no sé dónde. Noche tranquila y ranas abundantes. Observo estado moral satisfactorio. La prudencia, lo mejor. ¿O sabes algo de B? Sí, él volverá. Algún día. Bien. ¡Encuentra mucha fuerza...! Aún.

Diane

Envié el mensaje e inmediatamente borré cualquier rastro. Oí unos ruidos en la cocina.

[\[2\]](#). Transporte público típico de Filipinas. Los primienros eran todoterrenos estadounidenses de la II Guerra Mundial. Los actuales conservan el diseño con llamativas decoraciones. *(N. de la E.)*

7. Marthe

· La Source ·

Cédric me despertó sin querer, me había dormido preguntándome a qué hora vendría a mi cama, o incluso si vendría, y deslicé una mano por su vientre.

—¿No estabas dormida?

—Sí... No estás cansado, ¿verdad?

—No me puedo dormir...

—¿Quieres que hagamos el amor?

Ya le estaba acariciando. Tenía una erección blanda. Cédric se levantó poco a poco y su sexo se me escapó de la mano. Solté un pequeño suspiro.

—Debería ir a mi habitación...

—Puedes dormir conmigo, no te violaré —dije con suavidad.

—Preferiría que Simon no se diera cuenta de nada...

—Lo entendería, Cédric.

—Yo no estoy tan seguro...

Tenía la voz clara, no parecía que hubiera bebido demasiado, sin duda hacía un esfuerzo.

Nuestra relación había empezado tras la desaparición de Paul. Cédric recurrió a mí antes que a cualquier otro, y, aunque nada hasta entonces había dejado entrever una relación amorosa, por muy singular que fuera, su desesperación hizo que me besara por primera vez y que enseguida hiciéramos el amor de forma brusca. Cédric había pasado muchos días cerca de mí en esta casa, desahogándose, llorando, desahogándose de nuevo. Temí que Jérôme apareciera a su vez y que, al mismo tiempo, me hiciera sentir culpable por no poder ofrecerle lo mismo. Cédric me había hecho prometerle que lo mantendríamos en secreto, lo que encontraba ridículo, pero había accedido, teniendo en cuenta las circunstancias, y no traicioné mi promesa.

Me pareció que por unos segundos Cédric se había dormido, y luego me abrazó. Se había lavado los dientes, su aliento era casi fresco, el olor a menta prácticamente tapaba el del vino.

—Haz lo que quieras...

—Marthe, lo mejor de ti es que nunca impones tus deseos...

A costa de mí misma, había acabado entendiendo que para conservar a un hombre, o por lo menos para no perderle muy pronto, no había que obligarle a nada, había que ser un apoyo y no una amenaza. Ello suponía un poco de abnegación, pero como contrapartida, ganaba libertad. No se puede obligar a quien no obliga.

—Deberías intentar dormir...

Cédric me besó furtivamente en los labios y se levantó. En la penumbra, le observé mientras salía de mi habitación. Su cuerpo me alegraba la vista, me gustaba el perfil de sus nalgas, el dibujo de su pubis, me encantaba su sexo también, pero me dije enseguida que, mientras tuviera la moral tan baja, aunque tuviera una buena constitución, no tardaría mucho en deteriorarse físicamente. El alcohol produciría sus efectos devastadores. ¿Me gustaría menos entonces?

Me levanté al mismo tiempo que el sol. Preparé té y café, té para mí y café para el recuerdo. Estuve un buen rato sorbiendo la infusión, hasta que noté una presencia a mi espalda. Giré la cabeza, pero, evidentemente, no había nadie. De todos los momentos del día, era en el desayuno cuando la ausencia de Paul me pesaba más, siempre tenía la impresión de que iba a aparecer, que se llenaría la taza de café y me leería algunos fragmentos que quería corregir durante la mañana. No esperaba mi opinión y yo tampoco se la daba. Me limitaba a escuchar y, cuando me echaba a reír, o solo sonreía, cuando mi rostro no se quedaba impasible por la tensión del relato, me parecía que Paul lo tenía en cuenta, que valoraba su eficacia y pensaba en posibles reajustes. Estos instantes eran de una calidad rara y creo que tenía menos con Suzanne cuando vivía con ella.

Suzanne dormía, y también Jérôme, Simon y Cédric, quizás. La casa estaba en silencio. Me comí unas tostadas y me puse las botas de andar. Sin hacer ruido, salí de la casa, tras haber metido en la mochila una cantimplora, un paquete de pasteles, mis prismáticos y un impermeable por si llovía. Caminé por el césped y cargué el maletero del coche con cajas de botellas que desde hacía semanas me había prometido que dejaría en el contenedor de reciclaje del pueblo, misión que realicé al cabo de pocos minutos. Posteriormente cogí la carretera de la costa, a todo gas hasta Talmont y luego a una velocidad más tranquila.

Crucé Meschers, Saint-Georges-de-Didonne y Royan. La promiscuidad no me habría resultado soportable de no haber tenido estas escapadas.

Necesitaba momentos para mí sola. A veces, me detenía en el arcén para observar el pantano. A menudo, veía alguna cigüeña volando o en su nido y me olvidaba del tiempo, nunca hablaba de ello con nadie. Luego llegué a Marennes y a Brouage. Conduje hasta Moëze, donde tomé la calle de La Rochelle. A través de los campos, llegué a Saint-Froult, luego remonté la carretera de Claires hacia una esclusa que separaba un canal del mar.

Aparqué en el borde. Un viento tímido mecía la mostaza y la achicoria. Durante un momento miré a lo lejos, la Isla de Oleron, que se recortaba vagamente sobre el cielo cubierto, el Fuerte Boyard y la punta de la isla Madame. Luego di la espalda a las granjas de ostras y eché a andar por la grava. Pisé la arena. Ponía en fuga a las gaviotas y a los chorlitejos. Me sentía bien, como si estuviera sola en el mundo. Pronto crucé el cordón de dunas. Una alondra cruzó el cielo. Un buitrón se puso a cantar. Cogí unos brotes de salicor, que crujían bajo los dientes, pero que decepcionaban de sabor. Ahora ya era capaz de reconocer la cola de liebre, el abrepuños, la oruga de mar, la margarita de prado o incluso la verdolaga, todas ellas plantas que Jérôme, a partir de mis descripciones imprecisas y gracias a una guía de botánica, me había ayudado a identificar poco a poco, aunque respecto a algunas seguía teniendo dudas, y con razón. Yo era ante todo ornitóloga. Podía adivinar la presencia de cualquier ave, antes incluso de verla, por la singularidad del medio, distinguir a simple vista la focha común de la polla de agua a más de doscientos metros sin ninguna duda, identificar con toda facilidad los huevos del chorlitejo o de la recurvirostra a pesar de las maniobras de sus padres para que me alejara de ellos, pero en temas de flora seguía siendo una ignorante; salvo raras excepciones, reconocer una flor, a veces incluso de las más comunes, requería de un esfuerzo de memoria terrible, que nunca lograba hacer.

Había adoptado la costumbre de observar las aves a raíz de una estancia en Islandia, en 1986. En aquel momento no tenía mucho dinero, pero recordaba algunos instantes de una belleza indescriptible, como cuando, a orillas del glaciar Vatnajökull, por haberme aventurado demasiado cerca de su prole, unos grandes págalos se las habían tenido conmigo, sus alas me rozaron, corrí detrás de mi gorro, había sentido miedo en ese paisaje extraño en el que los icebergs de color azul turquesa se deslizaban por el lago, donde las rocas, como unos huevos gigantes, se desmoronaban al ponerles las manos encima. Con la cabeza llena de frases del *Plan de la aguja*, de Blaise Cendrars, me había parecido tocar una verdad o, por lo menos, captar el

aspecto ineludiblemente insignificante de nuestra condición. Una noche, me desperté temblando de frío en mi tienda, y me refugié en una iglesia. Serían las dos de la madrugada y era de día. La iglesia era bonita y estaba caliente, los asientos eran cómodos. Un siglo antes, se había salvado de la erupción de un volcán, un milagro si se observaban las lenguas de lava a su alrededor. Me había sentido salvada, yo también, por lo menos durante esa noche soleada, por no sé qué fatalidad, por el futuro que me daba miedo. También en otros sitios había encontrado otros tipos de paz, como cuando rodeaba a pie el lago Myvatn, cuando observaba el falaropo picofino, el cisne cantor o el porrón islándico. De ese viaje de mi juventud, solo me llevé un único recuerdo material, un poco de arena, o más bien de ceniza negra, que había recogido en la zona de Vik, un tesoro ridículo que, al final, diez años más tarde, había regalado a Jérôme.

Subí por una estrecha banda de tierra arenosa, hasta el borde de un estanque en que me tumbé entre los juncos. Un grupo de tarros blancos levantaron el vuelo al acercarme, provocando un alboroto indescriptible, y luego la calma volvió, ya lo había olvidado, no había que sorprenderse de que la naturaleza fuera tan vulnerable. A partir de aquel momento, solo las idas y venidas de un aguilucho rompían el silencio del pantano. Al abrigo de unos cardos corredores, podía saciarme con los movimientos de los patos, los archibebes y las garcetas. Esperaba ver algunos pájaros, como la espátula o la cigüeñuela, pero no se dejaron ver.

Volví al coche, eran casi las doce, nada podía estropear mi buen humor, me hubiera dado lo mismo que el tiempo hubiera sido espantoso, que solo hubiera tenido en la cabeza la imagen de la lluvia golpeando el pantano silencioso, igualmente me habría sentido satisfecha. En el pueblo, compré unos mejillones y unas botellas de vino blanco y me dirigí hacia La Source.

—¿La naturaleza nos perdonará?

Encontré a los demás junto a la piscina. Suzanne estaba echada en una tumbona con los pechos desnudos, Jérôme estaba sentada en el borde, con los pies en el agua. Cédric se ocultaba detrás de sus gafas de sol, apoltronado en una silla de jardín y tenía en su mano una copa de vino rosado. Simon estaba en el borde de la piscina. Con un salvavidas puesto en la cabeza, hacía el tonto, haciendo posturas grotescas, lo que divertía mucho a Suzanne. En el momento oportuno, pensé, y dejé los mejillones encima de la mesa.

—He hecho una ensalada —dijo Jérômine—. ¿Está bien?

—Perfecto... Os propongo unos mejillones a la brasa.

—¡Bien!

—Hablo en serio —gritó Simon, a quien no le gustaba que dejaran de prestarle atención.

—Te escucho —le tranquilizó Suzanne.

Simon tenía unas teorías de lo más descabelladas. Afirmaba, por ejemplo, que hace mucho tiempo los hombres habían vivido en Marte, pero que habían empezado a ensuciar el planeta, hasta el punto de que ya no podían seguir viviendo en él, y que encontraron un medio para irse de allí. ¡Los marcianos no eran los que la gente pensaba! No hubo suerte, descubrieron la Tierra. Un buen sitio, pensaron, y se instalaron aquí. Y empezaron de nuevo con sus estupideces. Seguro que habían perdido la memoria por el camino, ya que ¿cómo era posible que no hubieran aprendido ninguna lección del pasado?

—La Tierra es un ser vivo —afirmó—. Los mares, los océanos, los ríos, las montañas son sus centros vitales. ¡Y va y aparecen los hombres! ¡Qué mal negocio! Al principio funciona, el camino hacia el vertedero es largo. Pero los hombres se reproducen, es una enfermedad que se propaga.

Simon se arrodilló de repente. Abrió los brazos de par en par y se llenó las mejillas de aire, como la rana que quiere hacerse más grande que el buey. Al hacerlo, interrogó con la mirada a Suzanne, a Jérômine y a mí.

—Adivinad quién soy.

—Ni idea —confesó Suzanne.

—Sigamos. Los hombres son como células malsanas, aún son poco numerosas, el peligro es mínimo. Pero las células se multiplican rápidamente. Los hombres construyen ciudades, fábricas, todo ello son tumores mortales. Observad el bullicio de las grandes ciudades, ¿no os recuerda a la sangre que circula por las venas, una sangre impura?

Sin decirlo, estuve de acuerdo con la analogía. Simon seguía con su postura de rana presuntuosa.

—Llega un día, necesariamente, en que la máquina se estropea. La Tierra acaba enfermando. El hombre es un cáncer, una enfermedad de la sangre...

—El hombre es el cáncer de la Tierra —afirmó Jérômine, agobiada.

—El hombre es un puto virus —repitió Simon—, pero morirá con el cuerpo que está pudriendo. ¡Soy un virus!

Tan rápido como se había arrodillado, Simon cayó hacia la piscina, riendo y salpicándonos. Jérômine intentó protegerse sin lograrlo. Suzanne sonrió,

parecía estar seducida.

—Eres un pesado, Simon —masculló Cédric para dar la nota.

—¿Me echas una mano? —le dije.

—Mejor...

Cédric se levantó y se dirigió hacia la bodega.

—Tú eres el sapo y yo soy el virus —exclamó Simon mientras él se alejaba.

—Muy bien, montaremos un dúo, haremos una comedia musical.

Unos segundos más tarde, Cédric ponía la plancha encima de la mesa. La plancha tenía tres clavos en el centro, alrededor de los que enseguida Jérôme, Suzanne y yo empezamos a poner los mejillones, casi de pie, muy apretados los unos contra los otros. La elaboración era delicada, pero, al final, el placer estaba garantizado. Concentradas, llenamos poco a poco la plancha. La madera se borró bajo los mejillones, que, colocados de aquel modo, recordaban el caparazón de una criatura primitiva. Simon seguía actuando como un virus y Cédric, menos frívolo, abrió las botellas.

—No muevas la mesa —le rogó Jérôme colocando el último mejillón.

Miramos con satisfacción nuestra obra y, Suzanne y yo, acercamos con cuidado la plancha a la barbacoa. El papel de las chicas terminaba ahí. Cédric recubrió abundantemente los mejillones con agujas de pino y, al hacerle yo la señal, los puso en el fuego. Era el momento más importante. El montón de hojas ardió enseguida y retrocedimos unos pasos. Yo ya estaba salivando de antemano. Cocidos de aquella forma, los mejillones tenían un sabor indefinible. Simon no se hizo de rogar para unirse a nosotros en la mesa. Cédric los había preparado a la perfección. Pronto teníamos los dedos negros y la delicia en los labios.

Tras la comida, Simon se retiró a su habitación y Suzanne a mi despacho, donde escribió a Lydie durante un buen rato. Simon le rogó que le diera recuerdos de su parte y le transmitiera sus besos cariñosos. Me pregunté si no se estaba pasando un poco y crucé el prado para adentrarme en el bosque.

Cédric vino al cabo de una hora. Yo estaba de pie, desnuda contra un roble, un rayo de sol me acariciaba y Cédric no pudo resistirse. Pero, a pesar de toda su buena voluntad, no logró penetrarme. Al cabo de un rato, le hice una mamada y se corrió en mi boca. Se quedó algo molesto, pero le tranquilicé, me gustaba su sexo, el sabor de su esperma. Le dije que me acariciara un poco con los dedos. Llegué al orgasmo poco después que él.

Simon se ocupó de todo aquella noche, tanto del fuego como de asar la

carne, que sazonó con chalota gris y sal gorda de la Isla de Noirmoutier. A la hora del autillo, estábamos llenos y un poco bebidos. Me pareció que por un momento Simon había cogido la mano de Jérômine, y noté que era más que un gesto amistoso. Cada uno habló de lo suyo. Cédric de un sapo que le hablaba en sueños. Jérômine de sus flores. Suzanne del día en que se sentiría valiente. Y yo del martín pescador que había visto por la mañana en el pantano.

—Marthe, si quieres, un día te acompaño —me dijo Jérômine.

—¿Y tú, Simon? —siguió Cédric.

—Yo...

Bebíamos vino sin parar, las ramas crujían y las llamas proyectaban a lo lejos nuestras lentas sombras detrás de nosotros.

—Voy a contaros una historia...

Nos concentramos en sus labios. El momento era mágico. Simon, de forma imperceptible, se acercó al fuego, en una actitud que sugería la inminencia de la revelación. El autillo seguía cantando, algunos murciélagos volaban alrededor de la casa.

—Hace mucho tiempo —empezó—, un gran espíritu creó al hombre y al perro. El tiempo pasó y el gran espíritu pronto se dio cuenta de que, tras hacer el amor, al hombre y a la mujer les costaba separarse. Cada vez que lo hacían, se quedaban juntos durante tres días y tres noches, lo que no iba bien para la caza, la cosecha y el cultivo. Entonces el gran espíritu ordenó al hombre y al perro que intercambiaran sus penes, para que el hombre no olvidara alimentar al perro.

Simon hizo una pausa, había logrado cautivarnos, rogué para que siempre fuera así.

—¿Y qué pasó? —murmuró Suzanne.

—Pues bien, desde entonces —prosiguió Simon—, es el perro el que tiene más dificultades para separarse de la perra cada vez que mantiene relaciones sexuales con ella, pero es un mal menor, ya que, contrariamente al hombre, no está obligado a realizar ningún trabajo diario...

8. Félix

· Toulouse ·

Había sacado algunas enseñanzas de Élie Verlande. Que no te importe la sintaxis. Ve a lo importante. Reduce lo que tienes ante los ojos a palabras, principios de frase. Aparentemente no tiene ni pies ni cabeza. Abres paréntesis, metes ahí tus impresiones, como mucho sacas conclusiones, pero partes del principio de que todo es provisional. No temas la confusión. Todo acabará ordenándose con lógica. La solución está ante tus ojos, o por lo menos los elementos que te conducirán a ella. Desde el momento en que ves el cadáver, de hecho. Habrá otros, claro está. La caja del rompecabezas está abierta. No es el nivel principiante. Agárrate. ¿Estás preparado?

El método estaba bien. Hacía que los atascos fueran más llevaderos.

Jérôme Gartner. Tendencia bio. Da por comenzado el verano con la llegada de los vencejos (!)... Buena chica. Germaine Jourda. Se ocupa del pequeño Paul (¿Por qué tanta insistencia? ¿Presentimiento?)... Muerta. ¿Desnuda? ¿Vestida? Estrangulada. Los ojos cerrados... Sala de estar. Disposición anormal. Climatizador. 5 ° C. Estantería. Frascos. Arena. Rana, con un niño en las patas. Un monstruo. Grava... M, Diane, Pasko y B. Amigos maravillosos. Java...

M cada miércoles a las diez.

B me aconseja que no me fíe de los espejos...

Siete granos de arroz... Siete fragmentos de un metal...

Había llegado al barrio de Rangueil. Aminoré la marcha en el paseo de la Marne, entré en el recinto y aparqué a la sombra de un magnolio.

El sol pegaba fuerte y los invernaderos brillaban, haciendo la luz más cegadora. Saqué mis gafas de sol de la guantera y salí a aquel horno. La puerta del edificio de recepción estaba cerrada. Dos placas de madera la enmarcaban; a la izquierda, un aviso: «Para cualquier información, se ruega a todas las personas de servicio o ajenas al mismo que se dirijan al despacho»; a la derecha, una gran flecha negra con una simple palabra: «Despacho».

Podría perdonarse a un ciego, no a un miope. En cualquier caso, la puerta estaba bien cerrada y esperé en vano a que me abrieran.

Durante un rato, paseé bajo los tilos, que bordeaban una parcela en la que se alineaban unos macizos de flores. Habían puesto especial cuidado en alternar los colores y las variedades, para crear la ilusión de un arcoiris vegetal. Leí los cartelitos mecánicamente: «alyogine», «scutellaria», «senecior», «diplacus», «tweedia»... Acababa de entrar en un mundo que me era desconocido.

Era capaz de distinguir un gorrión de un estornino, pero no la centradenia de la sanvitalia y, además, pronto olvidaría esos nombres. Creí razonable ahorrar mis sinapsis y observé de nuevo el parque. Habían transcurrido diez minutos y no había encontrado ningún alma viviente.

Los invernaderos municipales ocupaban un territorio de unas dos hectáreas, entre el canal de Midi y las calles Édouard Baudrimont, Midi y Alfred de Vigny, rodeados de casas burguesas y de edificios de los años setenta de los que el más alto tenía unos doce pisos. No sé qué hubiera preferido: vivir en una casa vallada o en una torre que me ofreciera el beneficio de una vista panorámica de un estuche de cristal y verde. Me parecía justo que la pasta no proporcionara todas las ventajas. En cualquier caso, nada cambiaba el hecho de que aún no hubiera visto a nadie; de que el lugar estuviera tan tranquilo y desierto.

Subí por una avenida de arces para meterme en un invernadero moderno, y lo lamenté enseguida. El calor se me subió a la garganta y empecé a perder agua por todos los poros de mi cuerpo. Los ordenadores explicaban la ausencia de humanos. No tardé en entender su funcionamiento y apreté el paso. Llegué a una amplia extensión de tierra desnuda y caminé hacia la sombra de unas encinas que marcaban un límite con el invernadero del que acababa de huir.

Estaba chorreando. Tendría que haber cogido una cantimplora. Pasé por unos carros, unas carretillas. Me acercaba a los invernaderos antiguos. Construidos al estilo Eiffel, eran bajos y redondeados. Las alas se desplegaban en torno a una cúpula cuya entrada estaba marcada con una T, una T de Toulouse, una T como la forma general de la estructura que los añadidos posteriores, como estrechos túneles, no habían desequilibrado. Una pasarela, con unas barandillas elegantemente labradas, pasaba por todas las cristaleras, formaba curvas, se elevaba con escaleras también de hierro forjado y hacían destacar la cúpula. Habían aplicado a los cristales blanco de

España, aunque me recordaba a un pastel cubierto de azúcar glas. Del conjunto se desprendía una impresión de fragilidad, de cristal.

Empujado más por la curiosidad que por la necesidad, entré. Aunque elevado, el calor era menos violento. Crucé las alas con la sensación de estar haciendo un viaje al siglo pasado, al tiempo que me sumergía en un espacio hurtado a la selva tropical. No había mosquitos ni sanguijuelas, pero la humedad era asfixiante, el coeficiente higrométrico seguro que alcanzaba los noventa. Proseguí mi visita en una luz irreal, en medio de ficus, de helechos y de scheffleras. Pero muy pronto noté que me estaba ahogando y decidí buscar una salida.

No cogí el mismo camino. De manera que me encontré en un invernadero más largo y más estrecho que, a tramos regulares, se comunicaba con otros. Salvo algunos bancos llenos hasta los topes de macetas, esa parte estaba vacía de plantas. Me puse a leer mientras me secaba la frente: «Pamela Zambra», «Baby blue», «Lady Jane», «Reina Charlotte», «Marqués de Brazais», «Popy», «Viola Labradorica»... Todas eran variedades de violetas. Por fin salí al aire libre y me tropecé con una carretilla.

—Empezaba a preguntarme si habría alguien en este planeta —me lamenté.

Enseguida me gustó. Alta, morena, se parecía un poco a Anna Karina en sus buenos tiempos. Tenía unos ojos azules magníficos. No había soltado la carretilla y yo me frotaba mi rodilla dolorida, de hecho exageraba un poco.

—¡Hay que estar loco para pasearse por los invernaderos con este calor! —exclamó.

—Pues usted está aquí, señorita...

—Élisa... Élisa Moly... Estoy, pero fuera...

Me quité las gafas de sol, achiné los ojos y observé el paisaje con una mirada escéptica.

—No es Cayena, si es lo que está mirando...

Élisa Moly llevaba un peto, una camiseta ajustada con no sé qué logo y unas zapatillas. No llevaba calcetines y seguía sujetando la carretilla. Esta contenía varias herramientas, y no parecía requerirle mucho esfuerzo llevarla.

—Horarios de verano —se explicó—. El equipo de producción termina a la una, el de decoración a las cuatro y media, exactamente dentro de doce minutos...

—¿Cómo Jérôme Gartner?

—Sí... Pero no ha venido esta mañana...

—¿Son amigas?

—Tampoco tanto... No nos vemos fuera de los invernaderos... Pero, dígame, ¿por qué le interesa Jérômine?

—Debería dejar la carretilla, Éliisa.

—¿Qué sucede? —dijo, alarmada de repente.

Le mostré torpemente mi placa de policía.

—Capitán Félix Dutrey... Jérômine Gartner está muerta.

Soltó la carretilla. Sus ojos se enturbiaron y luego murmuró:

—Qué fuerte...

—Lo siento...

Consciente de haberme comportado de una forma brutal, miré hacia otro lado unos segundos. Éliisa cogió un trapo del bolsillo del peto y se secó la cara. No lloraba, pero el sudor le humedecía la frente. Se mordió el labio inferior emitiendo un pequeño ruido con la boca.

—¿Podría contestarme a unas preguntas?

—Si le puedo ser útil...

—¿Jérômine Gartner tenía familia?

—Si la tenía, nunca me habló de ella. Como le he dicho, no éramos amigas. Hablábamos sobre todo del trabajo, y de plantas, claro...

—¿Cómo era?

—Muy vital... Una chica rara, la verdad. Había estudiado mucho, era muy sabia...

—¿En qué?

—Hizo una tesis sobre Biología en la Universidad de Montpellier, bajo la dirección de Francis Hallé, una eminencia... Siempre hablaba de él y me transmitía un poco de sus conocimientos, o más bien una cierta visión del mundo. Desde que conocí a Jérômine, ya no miro las plantas de la misma forma.

—Sin ofenderla...

—¿Sí?

—Jérômine Gartner estaba doctorada en Biología, podría haber tenido mayores aspiraciones y... ¿trabajaba para el ayuntamiento, como empleada municipal?

—No me ofende, capitán... Estoy de paso... Sí, yo también me hice la misma pregunta.

—¿Y?

—Cada uno tiene su trayectoria. A Jérômine le saldría a cuenta. Además,

en este momento se encargaba de comprobar la nomenclatura de las violetas... Así que sus estudios le servían para algo. Yo he estudiado Farmacia, y no me sirve para nada.

—Las violetas...

—No sé si lo ha visto, pero las violetas crecen de una forma dispersa, hay setenta variedades, es un caos... Una de las ambiciones de este lugar es convertirse en conservatorio nacional de la violeta. Y Jérôme, entre todo el personal, era la más cualificada. Puede pedirme que trasplante o replante, que siembre o que tale, que haga esquejes, que acode o que desyeme. Pero para reconocer la Lloyd Georges o la japónica, soy una inútil. ¿Cómo... cómo ha muerto?

—Estrangulada...

—Es terrible...

—¿Trabajan los miércoles?

—No...

Saqué de mi bolsillo una copia de la fotografía hecha en casa de Jérôme.

—¿Esta cara le dice algo?

Élisa miró la instantánea un momento.

—Me temo que no...

—¿Sabía si tenía amigos?

—No hablaba nunca de ellos...

—¿Vino alguna vez alguien a recogerla después del trabajo?

—Sí... dos o tres veces... un hombre...

Pensé: ¿M, Pasko o B?

—¿Se llama...?

—Cédric...

Nada.

—¿Cédric qué más?

—No lo sé, y lo vi siempre de pasada. No me pida que lo describa. Lo que puedo decirle es que eso la ponía nerviosa.

—¿Muy nerviosa?

—Le molestaba, pero no perdía los nervios, ya sabe...

—¿Cuándo fue la última vez?

—Pues... hace unas semanas... No le puedo decir nada más.

Élisa estaba acusando el golpe. Me dijo que no tenía ánimo para trabajar más. Estaba dispuesta a seguir hablando conmigo, pero fuera. Me gustaba, me parecía de locos, y no culpaba de mi sentimiento a la primavera, que

terminaba al día siguiente; el ascenso de la savia se producía solo durante un momento, tanto para los árboles como para mí.

Mientras Éliisa se cambiaba, paseé por las avenidas. Rodeé un antiguo invernadero totalmente recubierto por una bella glicina y disfruté del frescor que me proporcionaba. Habían puesto a resguardo del sol un montón de plantas y entendí por qué la mayoría de los invernaderos aún activos estaban vacíos. Éliisa me había hecho tilín, me preguntaba si ella me encontraba algún encanto, si no, sería mejor que me concentrara exclusivamente en Jérôme Gartner, y entonces vi a Éliisa cerca de la entrada, con un vestido corto, irresistible.

Por consejo de ella, saqué mi coche del recinto y lo aparqué en la acera. Me uní a Éliisa en el carril bici y empezamos a remontar el canal.

—No se sabe por qué, claro, ni quién... si no usted no estaría aquí...

—Hábleme más de ella...

—Jérôme era sorprendente... Se quejaba continuamente de que no existiera una sociedad protectora de las plantas, ¡del mismo modo que hay una sociedad protectora de los animales! Consideraba injusto que cuando se construía una presa, por ejemplo, se salvaran a los animales, se trasladaran las iglesias, ¡pero no los árboles!

En muchos aspectos, parecía que Jérôme Gartner consideraba que las plantas eran superiores a los animales. Según ella, su presencia proporcionaba paz, bastaba con pasear por un parque para estar de acuerdo con eso. En su opinión, el problema era que el hombre prefería al animal, le provocaba una mayor fascinación. Claro, las plantas eran menos sociables que los animales.

—Jérôme decía que notas una atracción espontánea hacia los animales, pero que a las plantas se aprende a amarlas. Las plantas son más generosas, siempre dan y nunca reclaman...

—Jamás había pensado en eso...

—¡Porque es un hombre! ¡Un poco es culpa nuestra! ¡Deberíamos regalarles flores más a menudo!

Mi sonrisa se mezcló con la suya y siguió explicándome que el interés que mostramos por los animales procede de un sentimiento de identificación. Los animales nos fascinan porque se nos parecen, nos resultan más familiares que las plantas puesto que existe entre ellos y nosotros una connivencia que nos permite entenderlos.

—Usted que es policía, me apuesto algo a que un águila le dice más que

una rosa, ¿me equivoco?

—Veo rosas a menudo, nunca he visto un águila, salvo quizá una vez de niño, en un zoo.

—«Un jardín botánico es a menudo la imagen del Paraíso. Un zoo, por muy bien que se conserve, se parece más bien al Infierno».

—¿Palabras de Jérôme?

—Citaba a su profesor...

Pasamos bajo el puente de Demoiselles. Unas diez barcazas estaban amarradas a la orilla. La mayoría tenían nombre: «Grenouille», «Titaneige», «Fleurette» o «Antje». Menos una de ellas que estaba en un lastimoso estado, parecían todas habitadas. En general, por personas que deseaban huir de ciertas obligaciones de la vida urbana y por artistas, según me informó Éliisa. Vivir en una barcaza alimentaba la esperanza de ir siempre un poco más lejos y levantarse por la mañana con los ojos puestos en algo diferente a lo que se suele ver. Era un buen remedio contra el cansancio, o por lo menos un medio, ya que, después, todo dependía evidentemente de lo que se hacía con ella. Los había que se quedarían toda su vida en el muelle, ¿y acaso era eso diferente a vivir en una casa? Éliisa había comprado su barcaza por cuatro chavos en alguna parte al norte de Mâcon. Enseguida navegó hasta Toulouse.

—¿Sola?

—En parte... ¡Pero todo esto está aún lejos! Toulouse no es mi destino final —prosiguió con una sonrisa—. Tengo problemas con el motor y no tengo dinero.

Su barcaza, con sus colores deslumbrantes, que iban del amarillo al azul, revelaba para mí un temperamento alegre y sutil. Se llamaba Julip.

—Yo también vivo en el canal...

—¿Ah, sí?

—En el puente Guilhemery. Tengo el Tommy's Café bajo mis ventanas.

—¡Así que somos vecinos! —exclamó—. Que bien, cuando haya arreglado el motor y remonte el canal, ¡podrá despedirme agitando un pañuelo desde su balcón! ¿Le apetece una copa?

Acepté, y pisándole los talones por la pasarela, pensé que de repente, mi vida podría dar un giro inesperado. Empezaban a gustarme las flores.

—En estos momentos tenemos problemas con las vías navegables de Francia. Quieren gravarnos con impuestos por cada metro cuadrado, cuando antes la tarifa se calculaba por metro lineal. No dejaremos que se salgan con la suya, se lo prometo. En un minuto estoy con usted en la proa.

Élisa había arreglado con buen gusto un espacio protegido por un toldo. El mobiliario era de madera barnizada. Las sillas contaban con unos cómodos cojines rojos. Una lámpara de petróleo amarilla estaba colocada encima de la mesa. Había velas más o menos consumidas metidas en unos frascos. Varios objetos repartidos por todas partes atestiguaban una lucha incesante contra los mosquitos. Evidentemente, las flores eran abundantes, sobre todo los geranios.

—Ahora que lo pienso...

Élisa acababa de poner encima de la mesa dos copas de cristal, unas galletas y una botella. Una botella de vino blanco de Charente.

—Fue Jérôme quien, un día, me trajo esta botella al trabajo...

—¿No me había dicho que no eran amigas?

—Quería consolarme...

—¿Por qué?

—Pues por... mi última ruptura... Estaba hecha un mar de lágrimas. Entonces me dijo que una amiga suya vivía en Charente-Maritime. Lo había olvidado. Se llama Marthe, Jérôme no me dijo su apellido...

M de Marthe. ¿Marthe y Cédric se conocían?

Por la ligereza con la que ahora hablaba de ella, parecía como si Jérôme no estuviera muerta.

—No consigo hacerme a la idea. Debo parecerle un poco pasota...

—No eran muy próximas, es normal que su desaparición le parezca algo abstracto...

—Es posible que sea eso... ¿Quién lo habría imaginado? No habíamos hablado mucho, es verdad, pero teníamos bastantes cosas en común... Y, además, Jérôme era una de esas personas que alimentan continuamente la reflexión, sin que sea necesario consultar los diccionarios. Para Jérôme, una flor no era solo una flor, no, era más que una flor. ¡Podía hablar durante horas de una ortiga! ¿Sabe? Hacía que fueras mejor persona.

Élisa siguió hablándome de Jérôme. El vino estaba frío y, a la sombra de los plátanos, mientras el final de la tarde proporcionaba algo de brisa fresca, me sentía bien. Élisa tenía unas bonitas piernas. No parecía molestarle que yo fuera un poli. O no tenía prejuicios, o bien quizá sí era un poco pasota. De repente me dijo que eran casi las siete.

—Se queda a cenar, ¿no?

Su propuesta me llegó como una orden y, como buen soldado, no la contradije por educación.

—¿Puedo hacer una llamada?

—El teléfono está en la cabina.

—No pasa nada, tengo mi móvil. A propósito, ¿Jérôme tenía móvil?

—Ese tipo de trastos no iban con ella. ¿No cree que ya tenemos suficientes cadenas que nos atan? Tómese su tiempo. Voy a preparar una ensalada.

A solas, encima del puente, llamé a Marc. Mientras hablaba, dejé vagar la vista y enseguida vi en estribor, protegida de miradas indiscretas, entre las numerosas macetas, una planta sospechosa. Sonreí hacia las aguas turbias del canal.

—¿Has comprobado lo de Pasko?

—Nada...

—Un apodo, seguro... Por mi parte, quizás haya averiguado quién es M...

—¿Sí?

—M es posible que sea Marthe.

—¿Marthe qué más?

—Solo tengo un detalle: vive en Charente-Maritime.

—Es solo una pista...

—Estamos empatados —observé—, en eficacia...

—Pero yo te llevo ventaja, Félix. Jérôme recibió dos llamadas el jueves 15 de junio.

—¿Desde un teléfono fijo?

—Sí. Suzanne Audouy.

—¿Has contactado con ella?

—Lo he intentado. Pero Suzanne Audouy cogió un avión hacia París, aterrizó en Orly Sur el domingo por la mañana. Por la tarde salía de Charles de Gaulle en dirección a Yakarta...

—¿Tienes la fecha de su regreso?

—Solo compré billete de ida.

—Parece una huida...

—No necesariamente. Para algunos, ya son vacaciones...

—... y en vacaciones todo está permitido, lo sé... A ver... Yakarta está en Indonesia, también la isla de Borneo.

—¿Qué es lo que deduces?

—Samarinda es una ciudad de Borneo. En la estantería de Jérôme había un frasco que contenía arena de Samarinda.

—He hecho una comprobación en la embajada de Indonesia en París: Suzanne Audouy no solicitó ningún visado, que es obligatorio para una

estancia superior a tres semanas...

—Supongo que no va a quedarse ahí.

—Yakarta es una etapa.

—Curioso sitio para ir de vacaciones. Tú también sigues la actualidad. Indonesia se va al carajo.

—¿Qué hacemos?

—¿Te apetece dar una vuelta por Yakarta, Marc?

—No, ¡pero podríamos enviar a Mousplède! —dijo riendo.

—¿Y por qué no a Eusèbe?

—¡No querrás que acabe su convalecencia en la isla de Joló!

Me reí con él, y luego Marc prosiguió ya más en serio:

—Bien, Suzanne Audouy es una chica muy interesante, hay pocas como ella. Es una especie de experta científica, lo que la lleva a recorrer el mundo. Su última misión se remonta a más de un año atrás y la llevó a Bosnia para valorar los efectos de la guerra sobre la fauna...

—¿Quién le encargó ese trabajo?

—La UICN. La Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza. Pero también trabaja a veces para el Museo de Historia Natural de París. Pero ya te digo que ninguna organización oficial la ha enviado a Indonesia.

—¿Dónde has conseguido toda esta información?

—Suzanne Audouy vive en la plaza Saint-Sernin. Vive sola y parece que a veces le gusta hablar, sobre todo con su vecina, Anne Colin, una chica encantadora. Es ella quien me lo ha soplado.

—Por casualidad, ¿le habló alguna vez de Jérôme?

—No.

—Has hecho un buen trabajo, Venti.

—Sé que hago un buen trabajo cuando me llamas Venti. ¿Cómo ves las cosas, Félix?

—Todo me parece muy complejo. Hay que esperar. Ya ha terminado la jornada. Me largo. Nos vemos mañana.

—Yo me quedaré hasta las ocho...

—Ánimo...

Colgué. Éliisa subía hacia el puente con una gran bandeja en las manos. Se había vuelto a cambiar. Ahora llevaba una camisa con las mangas arremangadas y unos pantalones cortos que había hecho de unos viejos vaqueros. Iba descalza, estaba muy seductora y yo no llevaba ningún

preservativo en el bolsillo. Avergonzado de pensar en eso, desvié la mirada y, sin querer, miré su maceta de hierba. Ella lo vio pero no perdió ni un ápice de su espontaneidad. Solo dudó un poco, burlona, con la actitud de quien controla la situación: —¿Fumas?

—Nunca mientras estoy de servicio...

Se echó a reír. Finalmente me relajé. Éliisa enseguida empezó a liar un porro y, mientras yo abría una botella de Tariquet, le dirigí mi sonrisa menos razonable.

La hierba era excelente y el vino también. Cuando ambos hicieron efecto, no tardé en ver colibrís en los geranios. Pero comí con buen apetito: salmón con eneldo, ensalada con pepino, tomates *cherry*, manzana verde y mozzarella. Éliisa lio un segundo porro. Al cabo de un momento, dijo pensativa: —La movilidad...

—¿Eh?

—Tú te mueves, yo me muevo, pero esos geranios no se mueven...

—Es una evidencia...

El rótulo del supermercado Casino, muy cerca, daba color a la noche. No pasaban muchos coches por el bulevar Griffoul-Dorva. Éliisa encendió la lámpara de petróleo y la vela que tenía más cerca; yo me encargué de las demás y llené las copas. Éliisa había replegado las piernas y yo imaginaba mi mejilla contra su piel, seguro que no había nada más suave en el mundo.

—Solo es una apariencia... Las plantas son fijas, pero eso no quiere decir que no se muevan.

Eché un vistazo a los geranios, como si esperara verlos salir de su maceta y zambullirse en el canal, antes de subir de nuevo al puente y secarse con unas toallas. Éliisa, concentrada, achinaba los ojos. Los colibrís aleteaban cerca de sus cejas. Prosiguió: —Tienes un perro. Tienes un jardín. ¿Crees que tu perro se mueve más que tu jardín?

—Más que mi muguete,^[3] me parece.

—¡Apariencia! La lila viene de Irán, la glicina, de China. ¿Crees que las plantas no se mueven? Si introduces una planta exótica en un parque acabará colonizando toda la región, créeme. Si metes un mono en un zoo, ¿acaso tendrás muchos al cabo de poco tiempo en los árboles?

La hierba era realmente buena.

—Y si algunas plantas son tan bonitas, huelen tan bien, ¿no es porque tienen una idea en la cabeza?

—Me gustaría saber cuál es...

—¡Viajar, Félix, viajar! Las plantas han encontrado un medio para seducirnos, para gustarnos, ¡para que nos las llevemos!

—Así pues, no se mueven por sí mismas.

—Claro, ¡nosotros somos su medio de transporte!

—Qué listas que son...

—Nunca cortarías el pelo de tu perro para regalárselo a tus amigos. En cambio, les puedes regalar brotes de tu muguete. En cierto modo, tu muguete irá más lejos que tu perro...

Me quedé pensativo un momento. Éliisa se columpiaba ligeramente, con lo que su sombra se perdía en el follaje de los plataneros. El silencio entre nosotros no era pesado. Al cabo de poco, se levantó haciendo huir a los colibrís, se dirigió a proa y se puso a contemplar el canal con los brazos cruzados. Inclina un poco el cuello, como si temblara.

—No tengo perro —dije, un poco tarde.

Era medianoche. Quizá me estaba pasando. Éliisa sonrió y yo también. Me levanté acariciándome la nariz. Aún podía andar. Debería ir con cuidado al bajar al muelle, eso era todo. ¿Dónde estaba mi coche? Ah, sí. Éliisa continuó: —Julian Huxley escribía que un hombre es como un barco gobernado por varios capitanes. Todos estos capitanes están en la pasarela a la vez. A veces, llegan a un acuerdo, pero a menudo son incapaces de hacerlo, así que el barco queda desprovisto de un mando razonable...

¿Cuántos capitanes había en la pasarela del asesino? Seguramente en un determinado momento el tono de la discusión había subido y se habían peleado. Jérôme había pagado el pato. Los capitanes de ella habían tenido que rendirse. El barco se había hundido.

—Bien —dije sin convicción—, no es que me aburra pero tengo que volver a casa...

—No...

—¿No?

—Deja tu pistola encima de la mesa, capitán, y vamos a acostarnos...

[3].El muguete es una planta vivaz de la familia de las liláceas. (*N. de la E.*)

9. Bonobo

· Al sur de la ciudad ·

Bonobo aguantó un buen rato, luego eyaculó y mojó el cuello de Réjane, sus pechos, su vientre... Réjane murmuró «¡Qué rico, qué rico!» y Bonobo se levantó, con la vitalidad intacta. Había una confesión en la mirada turbia de Réjane, ningún hombre, nunca, la había follado tan bien, y estaba dispuesta a que siguiera un poco más. Réjane había llegado a su tercer orgasmo.

—Eres una golosa —dijo él en tono de reproche, con una vaga mueca.

Bonobo se puso los calzoncillos, cogió una cerveza de la nevera y salió a la varenga. El sol le hizo entrecerrar los ojos. Abrió la botella y vertió solemnemente algunas gotas a sus pies. La cerveza se coló entre los bambús y Bonobo se puso a mirar el cielo como si esperara una señal.

—¿Me dejas que tome el sol un rato?

Réjane no esperó su respuesta y, con una toalla en la mano, se deslizó, desnuda, con prudencia, por el tronco lleno de muescas. Pareció dudar, y luego se dirigió con paso más seguro hasta unos bananos cuyas grandes hojas enfermas proporcionaban una sombra irregular. Réjane extendió la toalla y se tumbó boca abajo. Al instante no podía apreciarse otra cosa que la belleza de su culo. Pero Bonobo desvió la mirada.

Durante un rato estuvo observando las gallinas que, no muy lejos de Réjane, rascaban la tierra bajo el ojo vigilante e impetuoso de su macho. Bonobo lo había bautizado como Mangrove. Desde hacía unos días, Mangrove estaba más vigilante que nunca, proporcionando a sus hembras una seguridad excesiva. En sus bruscos accesos de cólera, a veces se enfadaba con ellas, y el mensaje era claro: «¡No olvidéis, pollitas, quién es aquí el que manda!». Mangrove mantenía los ojos abiertos. Mangrove estaba muy preocupado. Un gallo más joven, venido de no se sabía dónde, se movía por la zona. El mocosito no le podía igualar en magnificencia, pero aunque tuviera un aspecto menos robusto, parecía querer poner a prueba su talante belicoso. Mangrove se preparaba para el combate, pero también lo temía, su cresta estaba más roja que nunca y miraba sin parar y muy irritado la jungla de

neumáticos.

Mangrove sabía que el joven gallo llegaría, del mismo modo que Bonobo sentía que la policía aparecería cualquier día. Pasko le había llamado por la mañana. No le dijo nada bueno. Ya empapado de alcohol a las once de la mañana, le había hablado con frases incoherentes: «Tengo miedo, estoy preocupado, no puedo más...».

—Pero ¿qué pasa?

—No puedo más...

—¡PASKO!

Tono de fin de llamada.

Bonobo volvió a contemplar el paisaje a su alrededor: las gallinas, Mangrove y Réjane, parecía que un poco de su semen le brillaba entre los muslos. Se terminó la cerveza y bajó de la choza. Torció a la derecha por un pasillo sinuoso idéntico a muchos más, largo y que se ensanchaba; habría podido tocar los neumáticos solo alargando los brazos. Llegó a una parcela, un huerto. El gallo joven estaba rascando el suelo entre las plantas de calabacines. Enseguida echó una mirada vanidosa y arrogante hacia Bonobo. Encima, aquel pájaro despeinado se puso a cantar, pero el canto le quedó ahogado en el gaznate. El gallo quedó en ridículo y Bonobo sonrió para sí mismo, no pierdes nada por esperar, podrías ser un buen estofado, ven hacia aquí. El gallo se alejó, cacareando, débil.

Más allá del huerto se elevaba otro refugio encima de pilotes. Los primeros peldaños estaban excavados en la propia pendiente y luego continuaban en forma de escalera de madera. Bonobo levantó la trampilla. La pieza era espaciosa, la luz entraba abundantemente por un amplio ventanal. Parecía una torre de control. Desde allí arriba Bonobo a menudo había soñado y reordenado en su cabeza lo que, antes de que lo heredara, no era más que un depósito de neumáticos, una empresa que estaba en apuros, una forma de ironía, un regalo envenenado. Muy pronto entendió que no le sacaría provecho y había actuado según sus fantasmas, disimulando las barricadas de aceite viejo, los barriles de carburante, colocando los neumáticos de un modo exuberante. Su jungla.

Bonobo se arrellanó en el cómodo sillón. Durante un segundo acarició distraídamente la mesa de mezclas. Cada cursor ponía en funcionamiento un magnetófono de banda. Había diez colocados en unas estanterías justo detrás de él, regulados para funcionar en bucle, por lo que había diez cursores numerados del uno al diez. Con un botón podía decidir difundir el sonido por

los altavoces repartidos por los meandros de su propiedad o bien solo en sus cascos. Todas las combinaciones estaban permitidas, menos una. La acción conjunta de los cursores uno y siete provocaría la detonación de seis cargas de explosivos, y la principal estaba junto a muchos barriles de gasolina.

Bonobo se puso los cascos en las orejas y apretó el botón. Luego pulsó el cursor 2 y unas ranas empezaron a croar inexorablemente. Con el cursor 3 añadió enseguida el canto del gecko. El lagarto tenía algo del joven gallo. Afirmaba, como condenado a la obstinación, estirando la última modulación de su melopea repetitiva. Con los ojos cerrados y con la cabeza descansando en el respaldo, Bonobo accionó otros reóstatos y cantos más comunes, menos exóticos, se intercalaron, el del archibebe y el del autillo, al mismo tiempo que se mezclaban mil zumbidos de insectos y risitas de monos. Bonobo iba regulando los volúmenes, como un director de orquesta que estuviera dirigiendo un mundo olvidado, solo conocido por él mismo. Al ser incongruentes, las asociaciones no eran armoniosas. El archibebe alzó el vuelo lejos y el autillo enseguida se calló. Les sucedieron unos cotorreos misteriosos, luego unos trinos melódicos, luego unos zumbidos insistentes, luego unos gorjeos tímidos, unos ladridos sordos, y luego...

Jérôme. Bonobo nunca había querido llamarla de otro modo. Jérôme le quedaba muy bien. Jérôme... Se habían amado en secreto, aunque Bonobo enseguida se dio cuenta de que Thornton sospechaba algo. Thornton seguramente no habló de ello con los demás. Seguro que ella se alegraba, sinceramente. Bonobo amaba a Jérôme y, luego, en enero, ella de golpe había impuesto una distancia. Solo se veían de vez en cuando. A veces, Jérôme permitía que hicieran el amor. Se lo tomaba como si fuera la última vez. Jérôme.

Sus risas dominaron poco a poco todos los demás sonidos, algunos incluso se apagaron del todo, como retirándose a toda prisa por temor a estropear una alegría demasiado bonita. Más que las risas, lo que mejor recordaba a Bonobo aquellos momentos tan agradables, no, maravillosos, eran las fotografías. Jérôme tumbada en la hierba. Jérôme subida a un árbol. Jérôme zambulléndose en las olas. Jérôme entre las sábanas. Jérôme...

Réjane sorprendió a Bonobo de aquel modo, con lágrimas en los ojos. Ella solo podía oír el ronquido de los motores, el movimiento de las bandas. Evidentemente se abstuvo de decir ni una sola palabra. Por lo menos hasta que Bonobo colocó con una mano los cursores en su posición inicial, se quitó los cascos con la otra, y la miró.

—Te he buscado por todas partes, Bonobo. Ha habido follón...

Bonobo pareció no haberla oído. Le dijo, como ausente:

—Quiero que te vayas, Réjane. Quiero que te vayas ya...

Réjane se había puesto el vestido, su piel de un bonito tono dorado hacía juego con el color amarillo. Mientras le buscaba, solo podía pensar en las circunstancias en las que se habían conocido. Una noche, a ella se le había pinchado una rueda no muy lejos de allí. Un acontecimiento en sí muy banal. Las consecuencias lo eran menos.

—Volveré...

—Sí... te lo agradezco...

—¿Quieres que vuelva?

—Sí, me gustará...

Más tranquila, Réjane sonrió. Se fue de puntillas, aún bajo la impresión de haber subido una escalera y de haberse salvado del riesgo de romperse el cuello. ¿No era anormal sorprenderse por algo así?

De nuevo solo, en el silencio, Bonobo se recuperó poco a poco de sus emociones. Luego dejó que la trampilla cayera encima de él y bajó lentamente la escalera.

El sol estaba terminando su recorrido, enrojecido. Unas nubes de mosquitos se formaban aquí y allá por encima de las columnas de neumáticos, que parecían estar a punto de fundirse. Un colirrojo se desgañitaba por allí cerca. El calor era como una mano viscosa que se deslizaba sobre la piel.

Bonobo vio las plumas ensangrentadas enseguida. Los restos de sangre conducían a una cisterna de agua a la que daba sombra una magnífica catalpa. Más contrariado de lo que Bonobo había creído, Mangrove había tomado la delantera. El joven gallo yacía en el polvo, el ojo medio cerrado, la cresta destrozada y el pecho destripado. Respiraba a duras penas. Mangrove no lo había rematado y Bonobo sintió tristeza.

El joven gallo no paraba de dar sacudidas y Bonobo tomó la decisión que se le imponía. Caminó hacia la choza y volvió con un cuchillo bien afilado. Acarició al joven gallo y luego, hablándole, le decapitó. El joven gallo no luchó, apenas emitió un cloqueo. Su ojo, ya poco móvil, se fijó al azar y Bonobo le abrió cuidadosamente las entrañas. Con las manos llenas de sangre le extirpó la molleja y los intestinos. Los dejó delicadamente cerca de él, cavó un agujero al pie del árbol, donde los metió antes de recubrirlos de tierra.

Bonobo retrocedió en el sol moribundo y levantó los ojos hacia la catalpa.

En voz baja, murmuró:

—Que los espíritus maléficos se alimenten y nos dejen en paz...

**SEGUNDA PARTE: «ESTAMOS CONDENADOS A
SEGUIR SIENDO LO QUE SOMOS». Stephen Jay
Gould**

10. Félix

· Toulouse ·

Pasé por la morgue. El día no podía empezar mejor, y no podía seguir peor. A ver...

No eran ni las nueve y me encontré a Eusèbe en su madriguera leyendo *Silencios africanos*, de Peter Matthiessen, con las piernas cruzadas encima de su escritorio y un botellín de San Miguel vacío en sus dos terceras partes al alcance de su mano sana. Eusèbe se parecía un poco al gorila de la cubierta del libro. El gorila seguro que no bebía cerveza tan pronto por la mañana.

—¿Quieres tomar algo?

Eusèbe se tocaba los dedos dañados. Su bata, mal abrochada, estaba cubierta de manchas diversas y resultaba menos blanca que sus piernas lampiñas.

—¡Pura nostalgia! —dijo—. ¡En Filipinas nos zampábamos dos docenas al día! ¡Y no tuve cagaleras!

—¿Me haces un café?

—Tienes lo que necesitas en el armario... Perdóname, pero el estado de mi brazo me impide ser un buen anfitrión, lo siento...

La cafetera era de otra época y su tapa recordaba a esa especie de sombreros que se colocan en los fustes de las chimeneas para que no les entre el agua de la lluvia. Me las arreglé como pude y, mientras se calentaba el agua, colocaba el filtro, ponía el café y salía la intensa infusión, Eusèbe volvía a estar inmerso en su libro.

—No iré al África ecuatorial —dijo—, ¡no iré a África!

Tomé un sorbo de café y acabé de despertarme.

—¿Me das detalles?

—Matthiessen está en un lugar de mierda, perdido en medio de la inmensa jungla, hay una tormenta, y joder, ¡es infernal!

—Me refiero a Jérôme Gartner...

—¿Crees que aguantaría este trabajo sin una cierta dosis de humor?

—Qué pena... ¿Me das un pañuelo?

—No tienes ninguna sensibilidad.

—La próxima vez te traeré flores, te lo prometo...

Lo dejé ahí. Si apretaba más el botón, Eusèbe se cerraría como una ostra, y solo me diría, sin convicción, que me enviaría su informe cuando hubiera terminado el libro, es decir, tras haber leído cien veces sus fragmentos preferidos. No estaba dispuesto a esperar tanto tiempo.

Para acabar con mi paciencia, Eusèbe leyó unas líneas más, repitió que no volvería a África ni por toda la cerveza del mundo y después me dirigió una mirada vaporosa con la que, debido a las pocas horas que había dormido, la mía podía rivalizar fácilmente. Me terminé la taza.

—Bien —dijo—, tu clienta falleció el domingo entre las cero horas y la una de la madrugada, más bien hacia la una. La climatización ralentizó el proceso de descomposición. Puedes felicitarme por mi sagacidad.

El asesino esperaba retrasar el descubrimiento del cuerpo y, quizá, a la vez, crear confusión. El asesino no había tenido en cuenta el papel de Germaine Jourda. Suzanne Audouy había salido del aeropuerto de Blagnac unas horas más tarde.

—Te felicito, Eusèbe.

—Gracias. El examen toxicológico no ha revelado nada especial.

—Bien.

—Especial no quiere decir que no haya revelado nada de nada.

—Ah...

—Mucho alcohol... suficiente para poner al propio Charles Bukowski de cuatro patas.

—Bukowski está muerto.

—Bueno, estar vivo tampoco arreglaría su estado...

Sonreí al pensar que, a nuestra llegada al piso, no había indicios de que hubiera estado bebiendo. En la entrada había cajas de botellas vacías, lo que reflejaba una preocupación ecológica, en la lógica del personaje. ¿Qué más se podía deducir? Nada. En cuanto a las copas, el asesino las había lavado, incluso había aprovechado para pasar la bayeta. El asesino y Jérôme se habrían emborrachado en la cocina. O más bien, el asesino había empujado a Jérôme a emborracharse. Él mismo no había bebido mucho. Luego la había estrangulado. La había desnudado y transportado hasta la sala. Se había llevado su ropa. Jérôme seguramente había vomitado encima de ella. Ah, sí, y Jérôme había tenido una relación sexual consentida. ¿Con el asesino? En

este caso, él había cometido un error: no había usado preservativo. Murmuré para mí mismo: —Están los granos de arroz y los trozos de metal...

—Félix, no soy ginecólogo, ¡no leo los labios!

—Los granos de arroz, los trozos de metal —repetí más fuerte sonriendo por su broma.

—Siete.

—Ni dos, ni cuatro, ni seis, sino siete.

—Y además hay paridad: siete granos de arroz y siete trozos de metal.

—Eso no me dice nada bueno... ¿Una serie que empieza?

—O que continúa...

Me estremecí.

—Tranquilízate, Félix, no se me habría escapado seis veces, y además tampoco hago tantas autopsias, por lo menos vinculadas a este tipo de casos... En cambio...

—¿Qué?

—El asesino podría empezar por siete, y proseguir en orden decreciente...

—No llames al mal tiempo...

—Insisto, no es por casualidad que se respete la paridad...

—Sí, pero, desde cualquier ángulo desde el que considero el tema, siempre llego a la misma conclusión.

—¿Se trata de un enfermo?

—Seguramente...

—Entonces, puedes temer que sea una serie.

La intuición me decía que de momento negara ese temor. Simplemente, me parecía que el asesino intentaba decirme algo.

En la comisaría, se hablaba del Países Bajos-Francia que se jugaría esa noche en Ámsterdam —partido sin importancia—, de la fiesta de la música —que impediría a muchos ver el partido, aunque no fuera importante— y del tiroteo de la noche anterior, que el partido —el mismo— quizá haría olvidar a quienes se habían pasado la noche de guardia, a condición, claro está, de que no estuvieran —ya era mala suerte— de guardia por la fiesta de la música. Todo se sostenía.

El lunes 19 de junio, hacia las nueve y media de la noche, dos jóvenes

gilipollas de Tarn-et-Garonne se trincaban una botella de *whisky* en las avenidas Franklin-Roosevelt. Llegaron otros gilipollas, hacía calor, seguramente tenían sed, pero los primeros no se dejaron intimidar. Corrieron hasta su coche, un Ford Orion. Se armaron con una escopeta, dieron varias vueltas a la plaza, hasta que encontraron a sus atacantes a la altura de los cines UGC y empezaron a disparar. Dieron a uno en las piernas. Hubo más víctimas, aunque no por impacto de bala. El dueño de la *brasserie* Le Cardinal había visto a una mujer derribada con unos treinta perdigonazos en la espalda. En total, se habían llevado a cinco al hospital Purpan.

—Gracias a eso —dije—, el asesinato de Jérôme pasa casi desapercibido...

—Una cortina de humo...

—Un tiroteo es más espectacular, aunque solo produzca heridos de poca gravedad... Podemos trabajar en paz.

Marc daba pétalos de rosa al pequeño Paul, que parecía mostrarse confiado. Se hablaba de nuestro asesinato en la página dieciocho de *La Dépêche*, el texto incluía la foto de la víctima que entregamos a la prensa para hacer un llamamiento a posibles testigos, no podía pedir más.

—¿Has pasado una buena noche, Félix?

—Más bien sí —dije sin poder reprimir una sonrisa.

—¿Qué te pasa?

Le expliqué mi paseo por los invernaderos municipales. Nuestra investigación había dado un salto significativo.

—¿Y no te la has follado?

—No...

—No te creo.

—Digamos que no he tomado la iniciativa...

Aparte del tiroteo y el asesinato de Jérôme Gartner, el periódico contaba la desgracia de una mujer violada bajo un porche la noche anterior, en pleno centro de la ciudad, y los sinsabores del Clandé, instalado en un antiguo burdel del barrio de los Chalets. El Clandé alojaba a asociaciones alternativas y actualmente estaba amenazado de expulsión por el propietario del lugar, la Liga contra el cáncer. Pasé por alto las páginas dedicadas a la Champions League y también rápidamente por las que anunciaban la próxima inauguración del Museo del Matadero.

Unos minutos más tarde, Patrick Moncollin me hizo llamar. Su despacho estaba desordenado e intentaba disimular como fuera los feos rastros dejados

en las paredes por los cuadros que su predecesor se había llevado. Por un momento, tuve la impresión, agradable y tranquilizadora, de que Mousplède iba a aparecer en la butaca, que estaba riéndose. Expuse la situación mientras Moncollin colgaba sus propios cuadros.

—Así está mejor —dijo colocando bien una fotografía de caballos de Mérens con las crines al viento.

Moncollin llevaba bien los cuarenta, pero su traje y su corbata no tanto. Su actitud demostraba la energía y el nerviosismo que provoca un ascenso. El tono de su voz era acorde, cordial e imperativo.

—Un amante. No busque más lejos —me aconsejó—. Ella le habrá rechazado y la situación habrá degenerado.

—Entonces, ¿por qué quiso mantener una relación sexual?

—Un último favor, eso es todo.

—En efecto, podría ser un gesto de generosidad —admití—. Pero algo me dice que Jérôme Gartner no llegó a irse el fin de semana, como tenía previsto.

—Y entonces por qué... ¡Ay!

Moncollin soltó el martillo y se sopló los dedos.

—Uff... ¿Entonces, por qué confió la...?

—Iguana, comisario.

—Sí, la iguana... ¿a Germaine Jourda?

—Para estar tranquila. Esperaba a alguien.

—Al amante.

—No sé... Tenía previsto irse enseguida.

—Entonces, habría podido esperar a entregar la iguana. Una iguana no debe molestar mucho...

—No si pensaba irse por la noche.

—¿La noche del día siguiente?

Me agaché para recoger el martillo, pero Moncollin fue más rápido. Sentí agujetas e hice una mueca. Moncollin no lo notó, ya estaba concentrado, con más prudencia, en el siguiente clavo. Cogí un cuadro del montón que había encima del escritorio y se lo di: otro caballo.

—Estoy de acuerdo —proseguí—, los acontecimientos parecen haberse producido de una forma curiosa...

Diez jamelgos ya nos observaban y Moncollin los miraba con una actitud cariñosa.

—¿Se siente con fuerzas, Dutrey?

—Sí, comisario.
—Perfecto. Tiene carta blanca.
—Por cierto, respecto a Suzanne Audouy...
—No cuente conmigo para autorizarle a visitar su piso, no en el estado actual de la investigación.
—Esperaré a que vuelva.
—Seguro que no se trata de una coincidencia.
O de una diversión, pensé.
—¿Qué ha hecho con ella?
—¿Con quién?
—Con la iguana.
—Bueno —dije dudando—, el pequeño Paul está en mi despacho.
—Tiene suerte —dijo mirando los caballos—. Él, por lo menos, es de carne y hueso.

Pasamos la tarde analizando la situación, sin avanzar mucho. Corregimos el informe que Marc había redactado mientras me esperaba, formulamos hipótesis inconsistentes, pusimos negro sobre blanco nuestras certezas, pocas, y dimos vueltas a vagas impresiones. De vez en cuando, Marc o yo mirábamos el teléfono. Cuando sonó, hacia las siete, tuvimos el mismo gesto impaciente. Lo cogí yo por los pelos. No podía perder todas las partidas.

Había explicado a Marc mi charla con el comisario y sonrió, como buen jugador.

—En dos días empezarán a llamarle *el Caballo* —dijo.
—Todo el mundo menos nosotros... ¿Diga?
—Tengo novedades —me anunció Serge. Cogí papel y boli.
—Karim se ha encargado del ordenador. El disco duro ha sido destruido del todo.
—Vaya...
—Aparte de las huellas de la víctima, hemos encontrado de tres tipos diferentes, en la habitación y en la sala, pero ninguna corresponde a una huella registrada en nuestros archivos.
Le pregunté, y me importaba un pito que Serge refunfuñara:
—¿Has consultado el FAED?
—Estoy esperando... Me temo que los dactilotécnicos de allí son peores que los nuestros.

—¿La grava?

—La hay en todos los caminos de los parques públicos, y en muchas canteras cerca de Toulouse. No puedo decirte nada más sobre eso.

—Sigue.

—Estamos extrayendo el ADN del esperma recogido en la vagina de la víctima. Después nos encargaremos de las manchas en las sábanas. Habrá que comparar.

—Y eso llevará una eternidad —me quejé.

Serge se rio un poco y luego me tranquilizó:

—Hay muchas posibilidades de que el asesino sea alguien cercano, Félix.

Una evidencia, pensé, demasiado evidente, y de golpe tuve una idea.

—Serge, vuelve al piso y recoge las cajas de botellas que hay en la entrada.

—¿Qué quieres que haga con ellas?

—Las llevas al contenedor de cristal.

—Estás de coña.

—Sí. Mete la nariz en el polvo. Mejor, analiza los cuellos de las botellas que no tengan polvo.

Colgué y me giré hacia Marc. El pequeño Paul caminaba por las rejas de su jaula.

—Se emborracharon. Puede ser que no usaran copas. ¿Lo entiendes?

—Y el asesino simplemente dejó las botellas vacías en la entrada, ¿por qué cargar con ellas?

—...y olvidar que había bebido a morro.

—Si es que había bebido a morro.

—Nunca se sabe... Serge encontrará saliva...

—Imagínate que la huella genética sea la misma que la del esperma...

—Es exactamente lo que deseo saber.

—En este caso, ¿qué deducirías de ello?

—Pensemos...

Subí el bulevar de Minimes con un ligero dolor de cabeza y ganas de olvidarlo todo. El oficio de poli es muy jodido. Un caso nunca deja de preocuparte. Solo lo olvidas unos pocos segundos. La cara de la víctima te persigue en sueños. Durante el tiempo en que se desarrolla una investigación, estás ligado a la muerte por unos hilos invisibles, pero tan sólidos como los clavos de la tapa de un ataúd. Volver a casa no basta para poner distancia, el

pensamiento sigue funcionando, la tensión está ahí, aprietas los dientes.

Las calles estaban llenas aunque la fiesta de la música aún no había llegado a su momento culminante. Por fin logré aparcar en la calle Potiers y llegué a mi edificio atajando por la plaza Dupuy. Reconocí a Éliisa en la acera de enfrente, salía del Tommy's Café, venía hacia mí, radiante, con un ramo de flores en la mano. Yo también me alegré mucho y empecé a acojonarme.

—Es la primera vez —balbuceé— que una mujer me regala flores...

—Entonces, ¡estás salvado! —exclamó—. ¿Puedo subir?

No nos dijimos nada en el ascensor, pulsé el botón del segundo piso. Me sentía un poco ridículo con mi ramo. También algo molesto. Después de la noche que habíamos pasado juntos, debería haberlo pensado. Y además... tenía ganas de ella. No de cualquier forma. No a cualquier precio. De pronto me quedé sin saliva.

Éliisa se paseó por el piso sin decir nada sobre el desorden. Mientras me daba una ducha, me preguntaba si por fin se estaba acabando ese largo periodo de placeres solitarios, lo que acentuó una especie de aprensión que me invadía, notaba un nudo en el estómago.

Sin sentirme demasiado seguro de mí mismo, me reuní con ella en el balcón. Se había servido una copa de vino rosado y parecía subyugada por la vista, que, en realidad, no era nada excepcional. Con los años, el puerto de Saint-Étienne había cambiado de aspecto. Habían derribado los edificios antiguos para construir otros sin un verdadero carácter, pero con una pinta aceptable si se comparaban con la mayoría de las construcciones de los años sesenta y setenta. Éliisa seguramente estaba admirando el canal.

—¡Me veo aquí! —dijo—. ¡Es fantástico! ¿No dices nada?

—Eh...

—¿Qué te pasa? ¡Estás muy pálido!

—Éliisa...

Mi voz estaba alterada por la emoción. Ella no pareció asustarse.

—Quería decirte... sobre la noche pasada...

Éliisa guardó silencio, la sonrisa no se le borraba de los labios y su mirada decía «a ver, capitán, ¿te decides o qué?». Me sentía como un niño pequeño. Respiré profundamente y me lancé:

—Es que no querría que...

—¿Que qué?

—Que la cosa se quedara ahí.

Se echó a mis brazos y se puso a reír. Me dijo con suavidad:

—Pero ¿qué creías?

—Soy poli.

—Bien, me chiflan los uniformes...

—No bromees... ¿Qué edad tienes?

—Treinta años.

—Yo tengo treinta y ocho. Y no soy muy de mar...

—¡Pues me pareció todo lo contrario!

Un momento después, le susurré:

—Tienes unos pechos preciosos, Éliisa.

No tenía ni idea de que Cédric Sauvage iba a llamar a la comisaría, a las diez horas treinta y dos minutos exactamente, la mañana siguiente.

11. Suzanne

· Manila-Talísay ·

La lluvia empezó a caer fuerte sobre la galería. A través de la mosquitera, veía cómo inundaba el césped. Bastaron pocos segundos para que se formaran unas zanjas llenas de lodo. Las gotas de agua movían las hojas de los bananos, seguramente hacían felices a las ranas y rebotaban sobre los muebles del jardín produciendo mucho ruido. Ese estruendo, junto con el de la nevera y el ventilador, obligó a Paul a hablar en un tono más fuerte del normal, y su voz me pareció algo alterada por la borrachera.

—Los trópicos —dijo como quien habla de algo sin sentido.

Volvió a servirse una copa, tres dedos de Tanduay y un poco de Coca-Cola. Antes, bebía poco para beber bien, no se metía ron del malo. Creía estar viendo a Cédric. Era curioso que en tan poco tiempo Paul hubiera caído en lo mismo. Cédric no era más que la sombra de sí mismo. No hacía más que beber de la mañana a la noche. ¿A causa de qué dolor? Marthe había aceptado la situación. ¿Qué otra mujer lo habría hecho? El drama, ciertamente, era que Marthe no hubiera tomado antes aquella buena decisión. Yo no habría reaccionado del mismo modo.

—¿Qué hacías en mi despacho?

—Escribía a Lydie...

—Lydie...

—No te preocupes, no he mirado tus documentos.

—Me aseguraré de ello.

—He borrado el mensaje... ¿Ya no confías en mí?

—Nunca he confiado en ti...

Intenté mostrarme inmutable. La Coca-Cola estaba caliente y renuncié a servirme un vaso.

—Lydie, la aventurera...

—Has bebido demasiado, Paul...

—¿Quién eres tú para sermonearme? ¿Te he pedido que vinieras? ¿Te gustaría que te pusiera de patitas en la calle?

—No, por favor...

—¿Querías comprobar que no estaba muerto? ¿Te pensabas que Cédric deliraba?

—Paul...

Vació la copa de un trago y lo llenó de nuevo de Tanduay, esta vez sin añadirle Coca-Cola. ¿Era porque estaba caliente? ¿O porque quería incomodarme? En ese caso, se equivocaba. Habíamos hecho juntos una parte del camino pero ya no sentía nada por él, nada que pudiera parecerse al amor, ni siquiera ese *algo* que para algunos es como una sospecha de esperanza.

—En el fondo... es gracias a Lydie que he escrito...

—No digas tonterías, Paul.

—Sí...

—Cada vez que te oigo, y te he oído demasiadas veces, dices que todo lo que haces siempre es por culpa de otros... Como si nunca hubieras actuado por tu propio placer. Como si tu satisfacción personal dependiera, y se justificara, por una especie de combate contra nosotros...

—Querías hacer como Lydie —continuó, siguiendo con su idea fija—. Te ibas semanas, meses. ¿Querías que me hiciera pajas?

—Qué grosero te pones —dije riendo.

—Puedes reírte... Pero es lo mismo... Escribir es como meneársela... ¡Y me llevo la palma!

Ahora se miraba los dedos, apretaba su copa. Paul malinterpretaba las razones de mi visita. No me parecía el momento más adecuado para quitarle esa idea de la cabeza. Creía que había ido a pedirle cuentas. Ignoraba todo el tiempo que había pasado sin él. Me dije a mí misma, pobre tipo, pobre egocéntrico. Y pensar que había vivido con él. Qué ciega estuve.

—Y, claro —continuó—, están todos al corriente, ¿verdad?

—Marthe no lo está, y Simon tampoco...

—Ah... ¿Y eso qué cambia?

—Poca cosa, me imagino...

—¿Qué éramos? ¿Nihilistas? ¿Hedonistas? ¿Gilipollas?

Se echó a reír y limpió su copa.

—Paul. Tu hermana...

—No vale más que vosotros...

De repente, me sentí muy cansada. Me senté frente a él. La lluvia no dejaba de tamborilear sobre la galería. El sudor empapaba la frente de Paul. Se llevó una mano a la cara. Suspirando, empezó a frotarse la nariz, las

mejillas y la barbilla. Se estiró la piel del cuello, chasqueó la lengua y achinó los ojos.

—Paul, ¿por qué has venido a buscarme al aeropuerto si te comportas de este modo?

—Te veía poco orientada...

—Lo habría logrado. He viajado, ¿sabes?

—Oh, sí, ya sé... Pero no has conocido el infierno, porque esto es el infierno...

Nos quedamos en silencio unos minutos y luego le pregunté:

—¿Por qué? ¿Por qué huiste?

Me miró, como me miraba a veces antes de dejar explotar su cólera, cuando tenía un nudo en el estómago. Noté que el aire se cargaba de electricidad y lloré. Por un momento temí que no pudiera reaccionar como entonces, que me hundiera. Pero Paul mantuvo la calma, parecía buscar las palabras, y por fin —por su manera de hablar no podía imaginar que lo que decía era fruto de una larga reflexión— dijo: —Empiezas a escribir, te sientes fresco, espontáneo, es tu esencia, toda tu riqueza, ni siquiera lo sabes... y luego coges oficio, y pierdes, pierdes tu alma...

—Podrías haberlo dejado, simplemente...

—Sí... pero quizás... quizás era más importante de lo que pensaba, era preciso que me destruyera, y no me sentía con la valentía suficiente... y además...

—¿Y además?

—Y además... no tenía ganas de decepcionaros...

No me esperaba ese arranque de sinceridad. La confesión me dejó sin voz por un momento. Profundamente afectada, al final murmuré:

—Nos has hecho daño, Paul.

—Lo sé... lo sé...

—Quizá le pediste demasiado a Cédric...

Tenía los ojos anegados en lágrimas, pero enseguida quiso disimularlo: se llenó de nuevo la copa, la vació y pareció quemarle.

Volví a ver el infierno al día siguiente, a primera hora, al final de Dona Solidad, a orillas de la autopista.

El sol ya quemaba y, en medio de los triciclos ruidosos, los míseros intentaban salvar lo poco salvable, nada que pudiera tener valor para un

blanco, incluso pobre: un barreño agujereado, una caja de botellas vacía, un montón de trapos, unas cazuelas sucias, unas herramientas ridículas. Tres niños empujaban un sillón de barbero mal colocado sobre una carreta y observé su mirada, a pesar de todo, sonriente. La multitud se amontonaba en torno a los edificios aún de pie a lo largo de la avenida. Más allá, hasta los pilares del *skyway*, el metro elevado de Manila, los buldóceres habían arrasado con todo, hecho tabla rasa. Lo que más me extrañó fue la ausencia de policías, no aparecieron ni para identificar a los que, descalzos, deambulaban entre el lío de basura, restos de chapa, lodo y cartones. Estábamos atrapados en el atasco y Paul tocó el claxon, aunque no tuvo ningún efecto. Yo miraba las caras sin leer en ellas ningún tipo de desesperación. Al observar el comportamiento de todas estas personas, pensé que había más peldaños de los que creía en la parte baja de la escalera. El consuelo de los filipinos, al revés que el sueño americano, debía consistir en encontrar a alguien más miserable que ellos.

—¿Dónde irán? —pregunté a Paul, que, indiferente, bebía de su botella de Tanduay.

—A veces vienen de muy lejos. Vienen a Manila para hacer fortuna y la mayoría de las veces mueren aquí, nunca muy viejos.

—¿Qué les impide volver a su pueblo?

—Se sentirán demasiado avergonzados... Mañana reconstruirán sus chabolas en este mismo sitio o un poco más allá, entre dos vías de ferrocarril. Cada día mueren niños arrollados por los trenes.

Paul logró colarse entre dos *jeepneys*, se metió en el cruce a pesar de las quejas de un agente, cuya falta de eficacia era patente, y por fin llegamos a la vía principal. Habíamos salido hacía más de una hora y no habíamos recorrido ni dos kilómetros, pero después del peaje, la circulación mejoró, puesto que los *jeepneys* y los triciclos fueron sustituidos por coches de lujo, a su lado, el Kia de Paul no quedaba muy bien. La riqueza, como la pobreza, era relativa.

—Por cinco pesos, eres el rey, pero hay todo tipo de reyes.

—¿Por qué elegiste este país? No va mucho contigo...

—A saber... Aquí encontré la verdad... Damos mucha importancia a cosas que, en la mayoría de los países del mundo, ni siquiera llegan a suceder. Al principio, comparas lo que tenías con lo que tienes, echas de menos la vida que llevabas; y luego, te das cuenta de que vivías en un error. ¿No me harías una mamada mientras conduzco?

- Estás como una cabra...
- Te recordaría buenos momentos...
- Eres un imbécil, Paul.

Se echó a reír con ganas, tragó un sorbo de ron y estuvo a punto de ahogarse. Habíamos llegado a Zapote y, al mismo tiempo que el tráfico volvía a ser infernal, el cielo, que se había vuelto de color ceniza, se rasgó de golpe. Paul puso en marcha los limpiaparabrisas, pero con escaso resultado. Sin embargo, no pareció preocuparle el peligro. Aceleró y yo intenté no demostrar mis nervios. Era razonable pensar que tal diluvio haría huir a la gente. Pues no, salían de todas partes, de las chozas, de las tiendas y de los mercados. Repartían cubos, toneles y cualquier otro recipiente para recoger el agua. Algunos incluso se duchaban vestidos, como una joven que contemplé y que, con un placer evidente, aprovechaba un toldo hinchado por la lluvia. A su alrededor, otros niños lo pasaban en grande. Paul dejó de reír y pensé, en el momento en que volvió a hablar, antes de empezar a sentirme mal, que por fin le gustaba que hubiera roto su soledad.

—En enero, Jérô habló de venir a verme, por lo menos unas semanas... Pero ya sabes cómo es: va a venir solo cuando se haya cascado por lo menos trescientos libros sobre la flora tropical...

—En enero...

—No puede aceptar la idea de no saber poner un nombre a una planta. En el fondo, no sabe sentirse satisfecha por la simple belleza de las cosas.

Se me oprimió el corazón y le pregunté, con voz temblorosa:

—¿La echas de menos?

—No echo de menos nada ni a nadie... ¡Eh! ¿Qué te pasa? ¿No estás bien?

—El calor...

—¿Quieres que paremos?

—No... pero te agradezco que te preocupes por mi bienestar... Quizá siempre queda ese algo...

Paul clavó un puñetazo en el salpicadero.

—¿Qué estás diciendo?

—Está todo bien —le tranquilicé y puse furtivamente mi mano sobre su antebrazo—. Estoy bien, te lo prometo.

Paul me miró desconcertado y luego se sumergió en sus pensamientos. La lluvia ahora estaba detrás de nosotros. La carretera se había ensanchado. La circulación era más tranquila, pero no te podías confiar: las tiendas de flores se sucedían hasta la calzada y, para conducir, la destreza de unos dependía

tan solo de lo atentos que estuvieran los otros. Habíamos pasado por Dasmaringas y Silang y, en algún arrozal, un campesino guiaba indolente su carabao, el búfalo estiraba el cuello por el esfuerzo, agobiado por el peso del hombre y un arado rudimentario.

Llegamos a Tagaytay al final de la mañana. La historia contaba que el presidente Marcos había hecho construir en las alturas una residencia cuyo nombre, *Palace in the sky*, ya dejaba adivinar su aspecto suntuoso. La leyenda decía que, con motivo de una revuelta contra el dictador, el ejército filipino se había apoderado del palacio y había repartido el botín entre la gente de la región. Según Paul, lo más probable era que los rebeldes solo hubieran pensado en sí mismos.

Tagaytay no parecía una ciudad. Los bancos, las tiendas, el mercado y los hoteles estaban dispersos entre los campos de flores y las plantaciones de cocoteros. Paul fue a un supermercado y yo me quedé cerca del coche. Cuando regresó, con los brazos cargados de botellas de alcohol y de cartones de cigarrillos, me sentí mucho mejor. Había comprado unos mangos en una tienda y había recuperado la calma.

Paul me dedicó una sonrisa, aunque forzada, y almorzamos cerca de allí, en un bar que no estaba del todo mal. La comida era mediocre, pero las vistas sobre el lago Taal eran encantadoras.

Paul apenas comió nada. Fumaba y su forma de mirarme me perturbaba. Mientras me comía un ala de pollo insípida, mi mirada le esquivaba. El lago era inmenso y el centro del volcán desaparecía a veces bajo las nubes. Sospechaba la vida que tenía que haber a nuestros pies, una abundancia. Paul dijo finalmente: —Tienes autobuses. Aún puedes volver a Manila.

—Voy contigo, Paul.

—Todavía tienes elección.

Quizá no. Pensé que debía esperar el momento adecuado y Paul limpió con una servilleta de papel el cuello de su cuarta San Miguel.

Durante todo el descenso, crucé los dedos. La jungla producía ruidos sorprendentes y a veces Talisay, unos cientos de metros más abajo, aparecía a través de la vegetación exuberante. La pista estaba llena de baches, interminable. El Kia nos daba cobijo, las ruedas traseras patinaban y Paul mantenía la trayectoria Dios sabe cómo. A la vuelta de una curva en forma de horquilla, me quedé estupefacta. Un olor inmundano nos llegó enseguida, así como una nube de mosquitos que parecía tan fuerte como para romper el parabrisas.

—Mira...

Las inmundicias ensuciaban el paisaje y los árboles eran de un verde brillante. Una improbable choza estaba colgando justo encima del vertedero. Paul no aminoró la marcha y me sorprendió que una mujer delgada, de pie en medio de la pista, no intentara detenernos para pedirnos unos pesos. Llevaba una gorra, una camiseta, unos *shorts* y unas chanclas. Su rostro era impenetrable y una úlcera purulenta le devoraba una pierna. Sentí náuseas. Unos cachorros bastante gordos brincaban entre la basura. Un niño, que apuntaba a los pájaros con un tirachinas, suspendió su gesto. Abyecto, el olor persistía, y persistió un buen rato después de recuperar la humedad de la jungla.

—Estamos lejos del jardín de Edén, ¿verdad, Suzanne? ¿Y querías que me gustara lo que hacéis gente como Lydie o tú, o bien Simon o Cédric?

—No siempre has pensado así.

—Ya, pero antes de llegar a este país, no me daba cuenta de que el hombre era también una especie en peligro, y que todos nuestros buenos principios no se aguantaban por ningún lado. Cuando la gente no tiene nada que llevarse a la boca, no puedes darle lecciones de ecología...

—Me recuerdas a Simon. Os habéis convertido en unos cínicos.

—Vaya, ¿él también ha cambiado? Cínicos... o lúcidos.

Recordé a Simon haciendo de virus. A diferencia de Paul, Simon no veía al hombre como una prioridad. El hombre era la lepra. La lucidez de ambos, si es que la había, coincidía en una misma certeza: estábamos al borde de un abismo. Yo también estaba convencida de ello, pero por lo menos no disimulaba tras una postura, lucharía hasta el final, aunque solo fuera para demostrar que el hombre no podía ser peor en todo.

—Todo es importante, Paul... No puedes preservar la naturaleza sin preservar lo humano, y al revés.

—Tú tampoco has pensado siempre así. Hubo un momento en que habrías dejado morir a un hombre por salvar un saltamontes.

—Nunca tuve ese dilema.

Mentía. Paul prosiguió:

—¿Y de haberlo tenido? Entre el último íbice^[4] de los Pirineos y un hombre, uno entre otros muchos, ¿a quién habrías salvado?

—Siempre lo coges todo por donde más quema —dije, molesta.

—Es ahí donde se ponen a prueba las convicciones, y se aplican, si no, son paparruchas. ¿Qué respondes?

—Deja de joderme, Paul.

Paul se echó a reír.

—Alcánzame una cerveza de ahí atrás, venga...

Cuando se hubo tragado la mitad, prosiguió:

—Ya lo ves, en veinticinco años, en Filipinas, el ochenta por ciento de la selva tropical ha sido destruida. ¿Qué supone eso en la escala geológica? Un microsegundo.

—Lo sé.

—Ya, pero no lo ves todos los días. Estás en Europa y te indignas, es muy loable. A veces metes las manos en la mierda, pero nadie te obliga a ello. Tienes todas las comodidades y, a lo sumo, asumes riesgos calculados, al fin y al cabo, relativos. Tus acciones son el resultado de tus fantasmas. Crees que tienes la conciencia limpia.

—¿Vas a estar mucho más rato metiéndote conmigo?

—No lo niegas.

—Por favor...

Paul no iba a excusarse, pero suavizó el tono:

—Por el valor de un pez no mayor que mi meñique, aquí extraen el coral con dinamita. Para intentar mitigar la hambruna, solo para calmarla, se mata al último mono que se paseaba por la jungla.

—¿Y luego?

—Luego esperan que pase. ¿Y si tuviera que ser siempre de este modo?

—Solo somos nosotros los que lo decidimos así.

—¿Y qué cambia? Quizá esté escrito así...

—Entonces, ¿dejamos hacer?

—Bebo para olvidar, para olvidar muchas cosas, incluida esta... Hace unos meses, estaba en la jungla de Palawan, o lo que queda de ella. Conocí a alguien... Una bella luz bañaba las lianas y me sorprendían las formas increíbles que adoptan las raíces de los árboles. Había subido más allá de precipicios hostiles y lujuriosos. Pensaba en mi hermanita y, de repente, noté que alguien me miraba. Me giré lentamente y, en efecto, un macaco, un viejo macho, me observaba desde una roca. Parecía como si me esperara, como si tuviera algo que confiarme. Yo estaba más molesto que él. Toda la vida recordaré su mirada, me decía...

—¿Qué?

—Hice un gesto desafortunado y se metió en la sombra, seguro que yo no era digno de su confianza.

—Pero ¿qué te decía?

—Que estaba jodido, Suzanne, que estaba jodido...

Nos acercábamos a Talisay. Paul conocía un buen *resort* en San Roque Beach. Unas chozas agradables surgían en medio de los cocoteros. Por un momento observé un águila de cabeza blanca que planeaba por encima de la jungla. Representaba, sin duda, un poco de esperanza. Sonreí, melancólica, y Paul me sorprendió, había leído mis pensamientos: —Piensas en Marthe, en la buena de Marthe...

[4].El íbice es una cabra salvaje en peligro de extinción. (*N. de la E.*)

12. Marthe

· La Source ·

Todos nos echamos a reír. Nos recuerdo inclinados hacia las llamas, aún oigo los ruidos de la noche a nuestro alrededor, la lechuza que emitía su grito, el crepitar del fuego, tengo aún en la memoria todas las palabras, los tonos de voz. Creo que esta velada marcó el verdadero giro. Al caer la noche, mucho más que durante el día, notaba la presencia de Paul, le echaba de menos, sentía que estábamos a su sombra.

—Tu historia es muy graciosa —dijo Jérôme.

—Pero ¿dónde vas a buscarlas? —preguntó Cédric.

Simon echó un tronco al fuego.

—No las he inventado...

Jérôme pareció decepcionada, se sirvió una copa de vino tinto y pasó la botella a Suzanne. Cédric estaba algo apartado, tenía su propia botella y bebía a morro a intervalos regulares. Simon se aclaró la voz.

—Aún hoy, en los confines de China, del Tíbet y de Birmania, en una tierra excesivamente salvaje, hay un pueblo que se merece toda nuestra atención...

De lejos, Simon era el más excéntrico de todos nosotros, pero quizá también el más cultivado. Cada día nos daba pruebas de ello, sin fanfarronería, como si se tratara de algo muy natural. Tenía en común con Cédric que estaba muy intrigada. Lo más sorprendente era que eso iba dejando huella en nosotros, como si él quisiera llevarnos discretamente a una mejor comprensión de nosotros mismos. En mi opinión, era más o menos voluntario. Nuestra memoria es selectiva y lo que retenemos, a medida que pasan los años, solo vale por el hecho de que nos habla íntimamente. No veo cómo, además, Simon podría hablar de sí mismo sin hablar de nosotros.

Simon nos cautivó durante una hora, quizá dos.

—Somos como esos lisus —dijo.

—Pensaba que eras un virus —contestó Cédric con un deje de sarcasmo.

—¡Cédric! —suspiró Suzanne—. Simon no bromea, tiene razón, nos

parecemos mucho a ellos.

Que Suzanne se pusiera de su lado y lo manifestara no me sorprendió mucho. Simon le dedicó una sonrisa casi triunfal y prosiguió:

—Los lisus afirman que, en el origen del mundo, todos los hombres eran estúpidos, mientras que todas las mujeres eran inteligentes...

—¡Es cierto! —exclamó ella.

—También creen que un hombre rico es necesariamente deshonesto, ya que la gente solo se enriquece a expensas de los demás.

Simon se había girado hacia Cédric, que, por suerte, estaba bebiendo. Le lancé una mirada de aviso. Tanto por la mueca que hizo como por sus palabras, Simon me dio a entender que lo había captado:

—Los lisus arreglan sus diferencias a través de la mediación y no por un juicio coercitivo...

—Como los bonobos —constató Jérômine—. ¡Hacer el amor, no la guerra! Cada vez me gustan más tus bonzos, oye.

Jérômine se había acercado a Simon. Ahora ya no había lugar a dudas: esos dos se acostaban. ¿Cédric estaba al corriente de ello? Pensé que no. En virtud de no sé qué justicia, esperaba que Suzanne también lo ignorara. Hubo una época en la que no teníamos secretos los unos con los otros, siempre había sido así desde el día en que nos conocimos, con motivo de los acontecimientos de Golfech. Formábamos un grupo solidario y la relación que yo mantenía con Cédric habría sido inconcebible. La desaparición de Paul había cambiado radicalmente la situación. De repente, me sentí cansada. No tenía nada que ver con un presentimiento, aunque la vida me había enseñado que nada bueno podía surgir de una situación como aquella. Intenté apartar aquel mal pensamiento.

—Los mitos están en el centro de su vida...

—¿Qué explican? —pregunté.

—Se trata de explicar un mundo en el que habría una profunda armonía entre los humanos, la naturaleza y lo sobrenatural... Los lisus creen en los espíritus de la naturaleza, y los hay de todo tipo. Creen, también, que contamos con muchos espíritus vitales, y que las enfermedades están causadas por espíritus maléficos u ofendidos por descuido... Sus historias relatan todo esto y las comparten por la noche bebiendo mucho.

Los lisus realmente lo tenían todo para gustarnos. Les dominaba una feroz independencia. Además, la libertad era total, en el respeto por los usos, debido a la ausencia de cualquier forma establecida de autoridad. Las

decisiones importantes debían tomarse por consenso. Nadie tenía el derecho ni el poder de juzgar a los demás. No se podía hacer nada si no se había llegado a la unanimidad. Y además, sobre todo, era preciso respetar la naturaleza. Los lisus tenían una visión global del universo, que incluía el mundo animal, el mundo vegetal y el mundo mineral, así como el mundo sobrenatural, y debían mantener a toda costa unas relaciones armoniosas con los espíritus.

—Somos como los lisus —murmuró Jérôme con emoción.

—Me estáis hinchando las pelotas —refunfuñó Cédric.

Cédric se levantó y se fue vacilante hasta la casa. Paul nos había acostumbrado a salidas mucho más espectaculares, así que eso no provocó ningún malestar. Simon tan solo se encogió de hombros y comentó:

—«Se necesitan por lo menos tres buenas peleas para que una fiesta sea un éxito». Proverbio lisu. ¡Por nosotros, Suzanne!

—No lo eches todo a perder, Simon... además necesito un baño. ¿Quién viene?

—Votemos. Suzanne, te podrás bañar si estamos todos de acuerdo...

Nos echamos a reír y Suzanne se alejó. Miré cómo se desvestía y se zambullía desnuda en la piscina. Al contrario que yo, tenía unas bonitas piernas y unos pechos pequeños. Cada una de nosotras tenía unas ventajas que explicaban la forma que teníamos de vestirnos, por encima de las rodillas ella, casi tocando los pies yo, salvo quizá en el pantano, donde no me importaba llevar *shorts*, teniendo en cuenta que ahí solo me observaban las aves. Había superado la edad de tener complejos, pero era un hecho que Suzanne era más atractiva y que todas las veces que habíamos ido juntas a un bar, las primeras miradas habían sido para ella. Para que fuera de otro modo, hubiera tenido que pasearme con las tetas al aire. Había leído en algún sitio que, en el cine, algunas actrices tenían a sus dobles de piernas. De ello había deducido dos cosas: por un lado, había chicas cuyas piernas podían salir en el cine por sí mismas, lo que debía ser frustrante pero, por lo menos, les daba dinero; y por otro lado, que las pantorrillas gruesas no impedían tener talento.

—¿No os vais a dormir? —pregunté.

Fue más fuerte que ellos. Jérôme y Simon intercambiaron una breve mirada. Jérôme se sonrojó pero yo fingí que no me había dado cuenta. Ella me dijo que tenía razón, que se estaba haciendo tarde. Poco convincente, dio a Simon un sonoro beso. Al pasar, me apretó cariñosamente el hombro. Simon se puso a revolver entre las brasas y luego recogió las copas

esparcidas por la hierba.

No esperé realmente a Cédric. No sabía qué estaba esperando ni que se me haría tan largo. Finalmente, oí unos ruidos ahogados, unas risas reprimidas, y rodé en la cama para pegar mi oreja contra la pared. Me alejé enseguida, con una sonrisa en los labios, cuando Simon rogó a Jérôme que se girara y cuando sus susurros fueron sustituidos por gemidos voluptuosos. No escuché nada más y, muy contenta, salí de mi habitación de puntillas. En mi despacho, puse en limpio mis observaciones de la velada. Me sentía bien y cogí un cigarro de la caja de Paul. Vi que quedaban seis y pensé que, a razón de uno por mes, acabaría la caja en enero. Imaginé su cara. Su hermanita se dejaba ir y además ponía todo su corazón en ello. Conocía lo bastante a Paul para saber que reaccionaría como un imbécil. Nunca había admitido que ella había crecido. La tenía muy dominada. La ahogaba.

Seguro que Jérôme no se habría sentido cómoda con Simon bajo este techo, si su hermano hubiera estado aún en este mundo. Dije en voz alta:

—Paul, realmente te pasas...

—¿Ahora hablas sola?

—Cuando fumo los cigarros de Paul, me pasa eso...

La lluvia había despertado a Suzanne. Había cometido la equivocación de dejar las ventanas abiertas. Miré hacia fuera, en efecto estaba lloviendo.

—No sabía que los había dejado... Así que le hablas...

—¿No te pasa a ti?

—Pues no... ¿Me permites sentarme?

Cogió una silla, me observó mientras me fumaba el cigarro y reprimió un bostezo.

—¿Estabas escribiendo?

—Escribo el diario de mis observaciones, no es muy literario que digamos...

—Es extraño, ¿no te parece?

—¿El qué?

—El ambiente...

Miró distraídamente el Peterson colocado bajo la lámpara. Me habían regalado aquella guía en 1974, ni siquiera era una adolescente. Los mapas ya no eran válidos, el papel se había puesto amarillo, pero le tenía más cariño que a cualquier otra guía. Estaba abierta por la página de la avoceta, las picudillas, los sarapicos y las canasteras. Suzanne replegó sus piernas debajo de la guía y se estiró el pijama para cubrirse las rodillas.

—Cédric que se le va la cabeza... Nosotros... Noto como un fuego que se está gestando...

—Echamos de menos a Paul...

—Es el segundo verano sin Paul. No, no creo que su ausencia sea lo importante. Hemos cambiado. Podríamos evitar lo peor.

—¿Qué quieres decir?

—Un presentimiento, no lo sé...

No iba a mezclar mi mala impresión con la suya. Me pregunté si Suzanne notaba algo o si solo deseaba ponerme a prueba. Por un momento estuve a punto de hacerle una confidencia, que por lo menos supiera lo de Cédric y yo, sería un mal menor, pero me abstuve. Suzanne estaba sola. Pero, como un buen lisu, no me permitía juzgarla. Además, era solo parcialmente responsable. El propio Paul admitía que ella había perdido un tiempo precioso con él. Suzanne realmente era digna de lástima.

—Quítate estos malos pensamientos de la cabeza, Suzanne.

—Ya lo intento... Creo que, para mí, va a ser el último año... Quería que lo supieras. No te enfadarás conmigo, ¿verdad?

—Siempre he creído que cada uno debe sentirse libre de hacer lo que le venga en gana, ya lo sabes.

—Gracias... Y además... me habría gustado saber si...

—¿Si?

—Entre Paul y tú... Eras tan amigos...

—Creo que esto nunca nos afectó, Suzanne.

—Joder, este tío nos revolucionó la vida, ¿verdad?

Al día siguiente, encontré a Jérôme en el otro extremo del prado, arrodillada, con la nariz casi metida en el bello parterre de serpol que yo mantenía con gran esmero. Era un lugar de la propiedad por el que nunca pasaba el cortacésped. Solo vigilaba que las zarzas no ganaran demasiado terreno y, de este modo, ciertas variedades se desarrollaban libremente. También gracias a eso nadie podía sorprendernos desnudos alrededor de la piscina.

Un busardo gritaba en alguna parte del bosque. Miré a mi alrededor intentando ver la abubilla, que aún no había visto ese año. Jérôme se interesaba por las abejas y los abejorros que libaban en los cálices. Parecía subyugada delante de una inmensidad salvaje. Tenía los ojos brillantes.

—Estos insectos —dijo— solo tienen una idea en la cabeza: comer y comer. Es una idea fija. Las plantas les retienen por eso, por el vientre. Se atiborran sin saber que, al fin y al cabo, las plantas les manipulan. Han desarrollado todas las astucias, todos los subterfugios, para atraerlos hacia ellas. Son inteligentes. Créeme, no puede ser una casualidad, ya que lo que hacen es evidente: se sirven de ellos para ejercer su sexualidad...

—¿Y sin las abejas?

—Siempre habría algo de viento... En cambio, si no hubiera flores, todas las abejas estarían condenadas a muerte. El animal ya depende de las plantas porque necesita respirar. Si la tierra se privara de plantas el propio hombre no tardaría en desaparecer. Las plantas nos necesitan menos que nosotros a ellas. Por desgracia les falta el lenguaje para comunicárnoslo. De otro modo, no quemaríamos los bosques.

—Actuaríamos por vanidad...

—Debido a un cruel sentimiento de superioridad, y la estupidez no está lejos...

Jérôme sonrió.

—A mi profesor le gustaba repetir que no deberíamos perder de vista que el hombre ha logrado llegar a la Luna, y que puede sentirse orgulloso de ello con razón, pero sería incapaz de fabricar una brizna de hierba.

—Te echaría de menos —dije.

Jérôme me miró con curiosidad. Pero yo ya me estaba alejando, reprimiéndome las ganas que sentía de provocarla. Añadí riendo:

—No me esperéis para la comida, guapa.

Saqué el Land del granero y conduje rápidamente hasta Saujon. Crucé con más tranquilidad Le Gua y Saint-Sornin. Llegué a la torre de Broue a las doce y me quedé un rato al pie de las ruinas.

Comí un tomate y un sándwich vegetal. Contemplé el pantano que se extendía ante mí. Solo había unas pocas construcciones, unos bosquecillos para detener el viento. No podía hacerme a la idea de un mundo sin árboles ni flores. Sin ellos no existirían las garcetas inmaculadas, la cigüeña al acecho, el aguilucho errante, las golondrinas turbulentas, no, nada de eso existiría y se me helaba la sangre. Cuando piensas en lo peor, imaginas una guerra o una catástrofe nuclear. No piensas en que ya no hay hierba, aunque las consecuencias serían igual de trágicas: los herbívoros morirían de hambre, los carnívoros no les sobrevivirían mucho tiempo, y pronto no habría más que un espantoso olor a podrido. Aunque no creyera en Dios, si las plantas se

extinguieran, estaría segura de la existencia del Diablo. Seguramente éramos una expresión de él. Me sentía indignada, cada desastre provocado por el hombre a lo largo de los años, me reafirmaba en esta certeza. Pertenecía a esta especie, debía admitirlo. El hecho de que, a título individual, tuviera una actitud honorable no iba a atenuar el mal cometido colectivamente. Teníamos un cerebro y, por lo tanto, ninguna excusa para no preservar lo que un día había sido un paraíso. Del paraíso, por lo menos, quedaba una parcela, un bello camafeo de verdes que tenía ante mis ojos, habría llorado de emoción. Tanta belleza. Tanta fragilidad. Tan emocionante. Tan lejos de la estupidez general. De los especuladores. De los cínicos. De las sanguijuelas. De los que excavan las tumbas a todos. ¿Cómo podíamos seguir viviendo?

Bajé por el sendero y me aventuré en el pantano. Pronto me alejé de la torre. Avancé, curvando la espalda, al abrigo de bajas elevaciones de tierra. Iba contra el viento y los pájaros se hacían conscientes de mi presencia a una distancia fatal, la que no podría protegerles de un fusil. Así, molesté a unas zancudas blancas que, lanzando su grito de alarma, empezaron a girar a mi alrededor. Me agaché, protegiéndome con las hierbas altas, pero ello no bastó para calmarlas. Desencadenaron un alboroto infernal y dos archibebes también tiraron la toalla. Me consolé con un pardillo que se columpiaba en una romaza y luego...

Me había tumbado y usaba mi mochila como almohada. Tenía ganas de disfrutar de la belleza del cielo y quizá también adormilarme un poco. Pero, de repente, un importante reagrupamiento de pájaros por encima de la torre me intrigó. Pensé primero que se trataba de gaviotas, pero enseguida me di cuenta de que eran demasiado grandes para ser gaviotas, y salté para coger mis prismáticos. Temblando de emoción, me rendí a la evidencia. Solté un grito de alegría. No estaba soñando. Con eso bastaba para que ese día fuera maravilloso, y al diablo Suzanne si tenía la intención de apartarse de nosotros, al diablo Cédric, supongo que no pensaba que iba a sentir lástima por su suerte.

Sí, estaba temblando, y del mismo modo que uno se regala la vista delante de una pastelería apetecible, saqué la lengua, salivé, conté cincuenta, sesenta, ¡sesenta y siete cigüeñas! Ya sabía que algún día de julio las crías de cigüeñas se juntarían para irse solas a África, antes de que sus padres se les unieran unos dos meses más tarde, pero nunca había observado ese misterioso fenómeno. Veinte años antes, ese espectáculo en este lugar habría sido un espejismo, y por ello aún me sentía más emocionada. No nos

equivocábamos al estar preocupados, pero, a veces, la vida ganaba puntos. Se lo contaría a Lydie, quizá fuera un bálsamo para su corazón.

Las cigüeñas siguieron girando por encima de las ruinas y luego se separaron. En pequeños grupos, empezaron a tomar la dirección hacia el oeste, hacia Brouage. Las seguí hasta que solo fueron unas rayas negras en mis prismáticos. Creo que contuve la respiración durante todo ese rato. En la landa me encontré con un paseante. Dado que también llevaba prismáticos, le pregunté si lo había visto, ¿si había visto aquello!

—Sí —dijo con un tono altivo—, pero soy herpetólogo y estas cosas tampoco me entusiasman...

Me eché a reír, sinceramente decepcionada. Y durante todo el camino de regreso, sonreí al parabrisas. Tenía prisa por compartir mi alegría, y la compartiría con todo el mundo, esto pasaba una vez en la vida, ¡y les invitaría a champán!

Pero estaban todos cerca de la piscina con cara de entierro. Todos. No había muerto nadie, entonces. Pero perdí la sonrisa de forma instantánea.

—¿Qué os pasa?

Simon se levantó de su tumbona y vino hacia mí. Me puso la mano sobre el hombro y me dijo muy serio:

—Es terrible, Marthe.

13. Félix

· Toulouse ·

—¿Apostamos a si es culpable o inocente?

Me reí y aparqué el coche en un lugar autorizado, en el lado impar de la calzada.

Sin ser impresionante, el edificio imponía, tanto por sus formas corbusianas como por los materiales con los que se había construido: metal oxidado, cristal y hormigón. Desde el punto de vista arquitectónico, estaba más próximo a Rem Koolhaas que a Urbain Vitry. De todos modos, aunque estaba rodeado de chalés construidos la mayoría a principios del siglo XX, se insertaba de forma armónica en el paisaje. Quería ser atrevido sin ser molesto, por lo menos me pareció captar esta intención. El hecho era que no estábamos muy acostumbrados a ver este tipo de edificios en Toulouse, una ciudad más bien inclinada a rechazar la modernidad, sobre todo en el campo de la arquitectura. Se prefería hacer cosas nuevas con lo viejo, se refrenaba la inventiva, se pensaba que así se cuidaba la burguesía y, en el noventa y nueve por ciento de los casos, se construía cualquier cosa. Era para llorar.

Con estas consideraciones estéticas que solo me afectaban a mí —Marc decía que de haber vivido en Brest o Saint-Nazaire habría hecho un análisis muy distinto—, cruzamos el césped.

El letrero, discreto, rezaba: «Cédric Sauvage, arquitecto». Abrimos las puertas de cristal y nos encontramos en el vestíbulo. De hecho, todo el vestíbulo era de cristal, los muebles incluidos, y, al ver cómo fruncía el ceño la chica encaramada en un taburete alto detrás de una especie de escritorio semicircular, pensé que el inmueble era más moderno que funcional, no se puede tener todo. En estas condiciones, una minifalda habría sido la señal de un carácter desvergonzado. A diez metros, se le habrían podido ver las bragas. Así pues, la chica había optado por unos pantalones de tela fina, de color gris antracita, nada acorde con sus zapatos negros de suelas gruesas y una camiseta sin mangas de un malva muy de moda en el ambiente *techno*.

Sin moverse de sitio, habría necesitado un brazo extremadamente largo para llegar al teléfono y al ordenador, que estaba apagado. Como su taburete no tenía ruedas, podía deducirse que el trabajo no era lo que la agobiaba. La chica nos miró y Marc, condescendiente, le enseñó su tarjeta. «A falta de otra cosa», habría observado hipócritamente el bueno de Claude Mousplède.

—Su jefe nos espera —dijo.

La chica realizó un vago movimiento con la cabeza y entendimos que teníamos que meternos en un amplio tubo de cuyas paredes colgaban lianas. Pensé en Éliisa, empezábamos bien, mientras que Marc preguntaba:

—¿Nos podría acompañar?

—¿Y qué más?

Marc la mató con la mirada, pero la chica ya no nos hacía caso. Estaba escribiendo en un papel. Puse mala cara y Marc insistió:

—¿Hay pegamento en su taburete?

—Está al final del jodido túnel —dijo ella, ya harta.

—Muy amable.

—Mi amabilidad —dijo, y notamos que se estaba conteniendo las ganas de tirarnos el manuscrito a la cara— es proporcional a lo que me importa. Quéjense a quien deban hacerlo...

—¡Eh! —dije—. No tenemos nada contra usted.

—Ya, pero no quieren dejarme en paz. Mierda, ya está bien...

Su respuesta nos dejó atónitos. Recogió el manuscrito, se lo puso debajo del brazo, cogió su bolso y se largó. El vestíbulo, de golpe, se hizo extrañamente silencioso. Y no eran más que las once y unos minutos de un día laborable.

—Muy nerviosa, la chica —observé.

—Y muy mal pagada...

—Qué ambiente...

—No nos podemos imaginar a cuánta gente no se le paga lo suficiente. Uno de mis amigos, uno de esos jodidos por la reforma de las treinta y cinco horas, cobra menos de seis mil francos al mes, tiene todos los diplomas necesarios, antigüedad, y la empresa en la que trabaja va bastante bien, de hecho, su jefe tiene un buen coche, una casa de puta madre, *etc.* ¿Y sabes qué?

—No.

—Su jefe es de izquierdas.

—Un jefe, Marc, al ser un jefe, en el fondo nunca es realmente de

izquierdas.

—Se lo diré. Quizá le consuele.

—No te proporcionaré la vaselina...

Me pregunté si, con su perorata, Marc quería disimular sus nervios, si el túnel, aunque fuera corto, no le estaba recordando imágenes insoportables. Pero con pocos pasos cruzamos aquel invernadero tropical. Daba a una sala amplia y luminosa. La decoración era austera. Las mesas de dibujo, signo de los tiempos, eran menos numerosas que los ordenadores. No había ni un alma y compartimos nuestra sorpresa con la mirada.

El despacho de Cédric Sauvage se encontraba en el otro extremo. Antes de entrar, miramos el suelo transparente que dejaba ver el césped unos metros más abajo. Nos parecía estar en la proa de un barco de cristal. Las vistas eran magníficas.

Cédric Sauvage nos daba la espalda. La mayoría de muebles eran de Siporex, los asientos tenían una forma extravagante. Encima del escritorio, había un ordenador tipo PC, un cenicero en forma de rana, una botella de vino bastante vacía, una copa casi llena y *La Dépêche* del día anterior abierta en la página del crimen.

—¿Señor Cédric Sauvage?

Entré en la estancia, asegurándome discretamente con el pie de la solidez del suelo, Marc también entró, mientras Cédric Sauvage hacía girar lentamente su butaca.

—Capitán Dutrey.

—Teniente Ventimiglia.

—Siéntense, por favor. Me imagino que mi empleada no les ha acompañado. Lo he sabido por la prensa. Estoy conmocionado.

Conmocionado y lleno de alcohol. Tendría unos cuarenta años. El rostro atormentado, la mirada perdida, el pelo despeinado y la palabra vacilante. Mediría un metro ochenta y pesaría unos noventa kilos. Un hombre abatido y ajado.

—Enseguida me he puesto en contacto con ustedes —dijo.

Parecía estar a punto de llorar. Pero se recuperó refugiándose en su copa de vino tinto, que empezó a hacer girar. Insensible tanto a la incomodidad de su asiento como a la tristeza de nuestro hombre, Marc inició la conversación.

—Se lo agradecemos, señor Sauvage. ¿Qué relación tenía usted con Jérôme Gartner?

—Jérôme...

—Sí...

—Jérôme... Les he contactado enseguida.

No era moco de pavo. Alguien se había manifestado, alguien susceptible de hablarnos de la víctima, y no nos lo ponía fácil.

—¿Su relación con la víctima? —insistió Marc, impaciente.

Como me esperaba, Sauvage echó balones fuera. Cada cosa a su tiempo y seguro que de forma dispersa. Marc no pareció molesto y yo guardé silencio, empecé a hojear mi cuaderno.

—El 7 de enero...

—¿Qué pasó el 7 de enero?

—Fue la última vez que la vi...

Mentía. Según Éliane, y no había ninguna razón para poner sus palabras en duda, un tal Cédric había ido a buscar a Jérôme a los invernaderos por lo menos dos veces en las últimas semanas.

Eso la había puesto nerviosa. En su agenda, además, Jérôme no había escrito nada en la fecha del 7 de enero. Quizá un olvido. O bien que el encuentro tenía para ella una importancia secundaria. Marc repitió su pregunta.

—Estábamos consternados. El día anterior, el último íbice de los Pirineos acababa de morir, y a nadie le importaba. Y luego hablamos mucho rato de los árboles de Marthe que la tormenta acababa de derribar, ella lloraba...

—¿Marthe qué más?

—Morraineau.

—¿Era ella con quién Jérôme quedaba todos los miércoles?

—¿Qué dice! ¿Por qué Marthe vendría a Toulouse? Está demasiado bien en su casa, Marthe.

—¿Dónde vive?

—En un lugar llamado La Source. Cerca de Royan...

Sauvage dio un trago de vino, y prosiguió, parecía haber olvidado la razón de nuestra presencia y una arruga amarga le deformaba los labios:

—Qué desgraciados... Los árboles consumen más CO₂ cuando están creciendo que cuando se están descomponiendo. De modo que Francia podrá disminuir sus esfuerzos para hacer menguar su producción de gas carbónico de origen industrial y automovilístico, responsables del efecto invernadero. El protocolo de Kyoto sobre los cambios climáticos permite a los estados tener en cuenta los aumentos de capturas de CO₂ si son de tipo voluntario. ¿Lo entienden?

Como alumnos atentos, negamos con la cabeza.

—Es muy simple: un país que planta árboles puede contabilizar esta acción en sus esfuerzos de reducción. El gas metano producido por el bosque que se pudre no será bueno para el efecto invernadero, pero Francia no hará nada, puesto que una tormenta es un hecho natural.

—¡Ah!

—La replantación es voluntaria, por lo tanto, sus efectos no se contabilizan. Para Francia, esa tormenta es un golpe de suerte. Así que afirmo que nuestros gobernantes son unos hipócritas y unos desgraciados.

Todo aquello era muy interesante pero se alejaba de nuestro tema. Marc continuó:

—Así que Marthe Morineau nunca viene a Toulouse. Pero se trata evidentemente de una amiga...

—Una amiga muy querida. Pero ya casi no nos vemos. En verano pasábamos casi todas las vacaciones juntos. Tiene una casa muy grande. Todo cansa, ¿verdad?

—¿Quiénes?

—Marthe, Jérôme, Suzanne y yo.

—¿Suzanne Audouy?

—Sí, Suzanne...

Sauvage no nos dijo nada sobre Suzanne Audouy que no supiéramos. No sabía dónde estaba en aquel momento. En cuanto a Diane, no podía decirnos nada, porque no la conocía. No avanzábamos mucho. M no era Marthe y en la persona de Cédric Sauvage me costaba imaginar a un amigo maravilloso. Pero intuía que no estábamos perdiendo el tiempo.

—El artículo no da muchos detalles. ¿Cómo...?

—Estrangulada.

—Dios mío...

Miré el cenicero en forma de rana en el escritorio, y luego el césped bajo mis pies, lo que en una situación normal no habría tenido nada de sorprendente. Marc levantó una ceja hacia mí y tomé el relevo. Me quedé con las ganas y decidí volver a abordar lo del 7 de enero y darle una segunda oportunidad. Tanto si fue consciente o no de su error, invirtió las cosas. Se llevó de nuevo la copa a los labios y cambió de opinión.

—Jérôme vino a comprobar la alimentación de agua del invernadero tropical por el que acaban de pasar. Fue Jérôme quien controló toda la instalación y eligió las variedades. Fue la última vez que vino aquí.

El matiz era importante.

—Después, volvimos a vernos, pero en otro sitio...

—¿Cuándo?

—En abril y en mayo...

—¿Cuántas veces?

—Tres, me parece. Iba a buscarla a su trabajo.

Bien jugado. Lo más inquietante era que concordaba con la agenda, con una diferencia notable...

—¿Por qué?

—Teníamos que arreglar unos asuntos.

—¿Qué asuntos?

—¿Estoy obligado a hablar de ello?

—Me temo que sí.

—Bueno, al final lo acabarán sabiendo. Era por su hermano.

—¿Su hermano?

Sus ojos se abrieron como platos, con incredulidad, hasta el punto de que pareció que todo él ganaba en seguridad, como si se hubiera metido en un combate y ahora llevara ventaja.

—¿No sabían que Jérôme Gartner era la hermana de Paul, Paul Gartner?

Gartner, ya decía yo que me sonaba de algo. Paul Gartner estuvo en el candelero durante diez años. Como escritor, habiendo hecho el esfuerzo de empezar uno de sus libros, no me gustaba. Como hombre, al haberle oído en aquella época en varios programas en los que hablaba sin pelos en la lengua, había sabido seducirme. Imaginé que se había hecho de oro.

—Y un día, se fue en su barco, hubo una tormenta, y nunca volvió.

—Fue en 1997, ¿verdad?

—En marzo de 1997.

Sauvage se acarició la nariz. Nos miró con tristeza. Marc prosiguió:

—¿Tenía un seguro de vida?

—Sí.

—¿Jérôme era su beneficiaria?

—Jérôme y yo.

Le miré fijamente.

—El mar devolvió el barco, pero no el cuerpo. No me mire así. El seguro no pagó nada.

—Y esos asuntos que tenían que arreglar...

—Bien, Paul había escrito libros, claro, pero también había hecho muchas

traducciones y algunas adaptaciones. Tres años después de su muerte, siguen generando derechos, es fluctuante pero nunca mucho.

Sauvage cogió una carpeta de un montón. Sacó una hoja que me tendió. Se trataba de un testamento hológrafo. En una letra muy bonita, Paul Gartner hacía a Cédric Sauvage su principal derechohabiente.

—Paul tenía un carácter ansioso, había tomado precauciones. Había llegado a un acuerdo con su editor, François Guérif, para que, si le sucedía alguna desgracia, todos los derechos los cobrara yo, y yo debía pagar el cincuenta por ciento a Jérôme...

—¿Y el otro cincuenta por ciento?

—Era para mí. Yo era su mejor amigo...

—Es de suponer —dije—. Pero me cuesta entender por qué no decidió hacer lo contrario.

—Paul no confiaba en su hermana, creía que ella no se enteraba de nada. Pensaba que tenía un gran potencial y cuando decidió colgar sus estudios para no ser más, decía, que una funcionaria municipal, se le cayó el alma a los pies. Supongo que quería ponerla a prueba, pero no dejarla sin dinero.

—¿Y ella aceptó?

—No tenía más opción.

Por rencor o por ironía, Jérôme había bautizado a su iguana con el nombre de su hermano.

—¿Quién estaba al corriente de esto?

—Aparte de su editor, evidentemente nadie. Ni Marthe ni Suzanne sabían nada...

—¿Por qué crees que se lo ocultaba al resto?

—Porque formábamos un grupo compacto y Paul no deseaba provocar celos. Al fin y al cabo, ¿por qué yo, y no Marthe o Suzanne?

Tenía que quedar en secreto. Seguramente era mejor así. Pero pensé que el gusano estaba dentro de la fruta. Seguro que Jérôme se sentía desilusionada. ¿Cómo creer que no hubiera hablado de su decepción con alguna de sus amigas? ¿Con las dos? ¿Con alguien más? El secreto inducía a la mentira. Podía ser que el cansancio no fuera la única razón de la dispersión de aquel grupo tan compacto.

Sauvage cedió finalmente a la tentación. Cogió su copa. Evitó la mirada de Marc y la mía.

—La muerte de Jérôme es otra desgracia más.

No dijimos nada hasta llegar al coche, y luego dejamos que pasara un rato

más.

Marc iba a conducir. Miré mis mensajes y encendí un cigarrillo. Di tres caladas y lo puse en los labios de Marc. No dejábamos de mirar hacia la casa. Mi tripa gritaba de hambre y Marc me echó la bronca, no era bueno no desayunar, o era cosa del amor...

—¿Has vuelto a verla?

—Sí...

—¿Y qué tal?

—Bien...

—¿Estás enamorado?

—Sí...

—Solo nos faltaba eso —dijo riendo, y puso la llave en el contacto. Detuve su gesto.

—No tenemos casi nada, Marc.

—Ya...

—Pero ahí hay algo. La pasta podría ser un buen móvil. ¿Cómo has visto al tipo?

—No muy bien. No anda muy bien de la cabeza. Pero nos ha demostrado una gran sinceridad, nada le obligaba a darnos tantos detalles.

—¿Y si se tratara de una maniobra?

—No puede descartarse.

—Me parece que su empresa hace aguas. Comprueba cómo le van las cosas. Llama al editor de Paul Gartner, necesitamos detalles sobre ese acuerdo. Llama también a la comisaría de Royan, pide si tienen algún informe sobre Marthe Morineau. Todas las piezas del rompecabezas acabarán encajando.

—¿Has leído a Paul Gartner?

—Unas líneas, y tuve bastante. Me había olvidado completamente. No sé cómo no supe ver la relación.

—Debe ser terrible caer en el olvido.

—Me temo que a un muerto no le importa mucho. La verdad es que un artista tarda mucho más en subir al firmamento que en bajar de él.

—Conozco al comisario de Royan, estaba bajo sus órdenes en Bergerac.

—Perfecto. ¿Por qué sonríes?

—Rémi Pradère. Un tipo curioso... Un día, un chico le llama, le dice que su gato ha muerto y que va a suicidarse por eso. Pradère solo era inspector por aquel entonces y se va corriendo a casa del chico. Le encuentra de pie en

pelotas en medio de la cocina...

—¿Y?

—Se estaba follando a su gato. Parecía que el gato estuviera vivo.

—¿No?

—Sí. El chico lo tenía encima de su polla y, con el movimiento, el gato abría los ojos y la boca. Además, al cabo de un momento, el gato se puso a hablar...

—¿El tío era ventrílocuo o qué?

—No.

—¿Y qué decía?

—«Si te lo crees, ¡te la meto por el culo!».

Nos reímos hasta las lágrimas. Sauvage se nos podía haber escapado delante de las narices sin que nos diéramos cuenta. Marc me dio un codazo.

—Mira... ¿Le seguimos?

—Nos podemos pegar a él sin que nos lleve a nada. También podemos mandar a dos hombres y tener el mismo resultado. En ambos casos me dirás: «Me importa una mierda, el contribuyente paga».

Me sequé las lágrimas.

—¿Tienes una idea mejor?

—Sí.

—Estás enamorado, ¿eh?

—¿Y qué tiene que ver?

—Cuando estás enamorado, solo sabes decir sí, tu vocabulario está limitado.

—Soy más charlatán entre sus brazos.

—¿Y si la puerta está cerrada?

—Hay un ventanal detrás.

—Perdona, pero hay más.

—Sí, pero no todos están abiertos.

—Vas mejorando...

Dimos una vuelta por el edificio. Miré un momento el escritorio por debajo, había polvo bajo los muebles. Marc pasó delante y subimos una escalera de acero.

—No creo que pase nada —se tranquilizó Marc.

Yo ya estaba hurgando en sus carpetas y ponía esmero en cerrarlas bien. La botella de vino había desaparecido, pero, desde que habíamos dejado a Sauvage y hasta que él había salido, se había zampado dos Carlsberg.

Buscamos sin éxito la agenda telefónica de Jérôme Gartner. Volví a leer el testamento. Suspiré, preocupado. Por su lado, Marc, imperturbable, seguía clicando en los iconos. Al final fui junto a él.

—¿Y?

—Nada de nada... ¿Miramos su *e-mail*?

La situación empezaba a excitarnos de verdad. Estábamos impacientes. Yo estaba acalorado. Marc se ensañaba. Si Sauvage volvía estaríamos jodidos, pero que nos dejara unos minutos.

Marc hizo clic en el Netscape Communicator y una nueva página se abrió en la pantalla del ordenador. Empezó a clicar de nuevo. Las carpetas «bandeja de salida», «borrador», «plantillas», «enviados», «papelería» y «bandeja de entrada» estaban vacías.

—Mierda —dije.

—Limpia sistemáticamente sus buzones y...

—¿Qué?

—Me pregunto: ¿cuándo borró sus mensajes por última vez? ¿Hoy? ¿Ayer? ¿Hace una semana? ¿Antes o después del crimen?

—¿Y?

—Pues —dijo muy excitado—, lo podríamos mirar en el *e-mail*.

—¿Y a qué esperas?

—Hay un riesgo: Sauvage igual no está muy lúcido, pero se dará cuenta.

—Pensará que ha sido su encantadora recepcionista.

—Y la va a despedir.

—¿Crees que ella lo lamentará?

—No.

—Pues adelante, Venti.

Marc se conectó a Internet y apareció una pequeña ventana en la pantalla.

—Me lo temía. Necesitamos la puta contraseña. Me sorprendería que la chica la supiera... Necesitaríamos horas, y deberíamos tener mucha suerte. ¿Qué escribo?

Pensé rápido. La solución estaba en la agenda de Jérôme, en los tres encuentros de abril y mayo. Notaba cómo me subía la adrenalina. Contuve el aliento. Me mordisqueé los labios. Marc estaba esperando.

—¿Qué escribo, Félix?

—Escribes... escribes...

—Venga.

—Pasko.

Marc hizo correr sus dedos en el teclado.

—No sirve.

—Vuelve a empezar. Ponlo en mayúsculas.

Marc gritó de alegría y levantó los brazos al cielo, lo que no era una metáfora, ya que el techo también era de cristal. Yo tampoco me lo podía creer. Marc se apresuró en bajar sus mensajes y yo le daba masajes en los hombros. Joder.

Había unos treinta mensajes nuevos. A medida que los sobres aparecían, Marc clicaba encima y los mensajes se abrían. Aquel desorden no nos estaba aportando nada. Teníamos que encontrar algo, nos estábamos arriesgando mucho. Marc estaba furioso.

—Hay tantas soluciones a nuestro problema como pelos en el culo de una rana... ¡Eh!

—¿Qué?

—Mira esto...

Me incliné, casi tocaba la pantalla, y sonreí a Marc mientras le decía:

—Me da la impresión de que Sauvage no nos lo ha contado todo, Venti.

14. Suzanne

· Lago Taal ·

Habíamos cenado unos pescados planos como mi mano y arroz sin sal. Antes, me había bañado en el agua negra. Había nadado hasta una casa sobre pilotes situada a un centenar de brazas de la playa. Me quedé allí un buen rato, apoyada en la balaustrada. Una débil brisa arrugaba la superficie del lago, desierto a aquella hora, e intenté captar los contornos de la isla que parecían comprimir las nubes. Me habría quedado un rato más, pero el sol ya declinaba, llegué al *resort* nadando hasta perder el aliento, dominada de repente por un miedo irracional. Había imaginado que la distancia se iba ensanchando cada vez más mientras que el volcán se despertaba de repente y desencadenaba su furor. Sonreí con alivio cuando por fin mis pies alcanzaron la orilla. Saqué del agua un puñado de ceniza y pensé en la colección de Jérôme. ¿Se acordaría Paul de mandarle alguna muestra? Estaba sentado en el borde del embarcadero. Se echó a reír sin razón y salí del lago, sorprendida por no haber cambiado de color. Mi puerta no cerraba con llave, no había mucho espacio para circular en torno a la cama y una gran araña estaba tan tranquila en las baldosas del baño. Me acerqué a ella pero no se movió, y la estuve mirando todo el rato mientras me lavaba, usando solo la mitad del agua del cubo reservada para este uso.

—No vas a picarme, ¿verdad?

La araña movió suavemente sus mandíbulas.

—Bien.

Volví a la habitación, vacié mi mochila y me tumbé. Puse en marcha el ventilador, pero no bastó para alejar los mosquitos, me puse crema y una cosa llevó a la otra, me acaricié un poco, sin buscar llegar al orgasmo, solo para acabar de relajarme. Tras un rato, me vestí con ropa limpia, un pantalón ligero, debido a los mosquitos, y una camiseta escotada —quizá me di cuenta demasiado tarde—, para provocar a Paul.

—Pareces una zorra —dijo.

—¿Te gusta?

—Me gustaba.

Sin dejar de mirarme, se llevó la botella de Colt 45 a sus labios. Me había terminado mi pescado plano. Mucho menos segura de mí misma de lo que parecía, miré a lo lejos. La iluminación era mediocre, pero a través de la puerta mosquitera del comedor, vi un saltamontes enorme agarrado a la pared blanca del otro lado del camino. Un geco se puso a cantar y encendí un cigarrillo.

—Deberás decirme...

—Te diré, Paul.

—No que aún me amas.

—Ya no te amo, Paul.

—Bien.

Había dicho lo mismo a la araña, en el mismo tono. Seguro que Paul nunca había visto más que una amenaza. Y me aceptaba, allí, delante de él, como yo dejaba con vida a la araña, puesto que sabía que en cualquier momento la podía aplastar si al final acababa siendo un peligro. De repente, me pareció que no había medido bien mis fuerzas.

Había dormido mal. Me desperté totalmente sudada. Paul estaba sentado a mi lado, me miraba. O lo había soñado. En cualquier caso, mi puerta estaba abierta y el viento no podía haber sido. No me moví, aceché un ruido que provenía del baño. Pero solo era el silencio. Entonces aparté la sábana, me levanté y, en vez de volver a cerrar la puerta, salí fuera.

Dos metros me separaban del bungalow de Paul. La noche estaba en silencio, solo roto por el ruido de un generador y el canto de los sapos, muy lejano. Pegué la oreja a su puerta y después, conteniendo el aliento, abrí el pestillo.

Las cortinas se movían lentamente. La habitación estaba vacía y no lo dudé, entré. Medía lo mismo que la mía y la disposición de los muebles era idéntica, de modo que conseguí llegar hasta la mesilla de noche sin chocar con nada. Encendí la lámpara. La sábana aún estaba caliente. Paul había colocado parte de sus cosas encima de la mesa. Se había bebido la mitad de una botella de *whisky* y se había fumado un paquete de cigarrillos entero, en el aire aún se notaba el humo. No buscaba nada, pero no pude evitar hurgar.

¿Qué esperaba encontrar? Un bloc de notas, seguro que no. Unas cartas, tampoco, Cédric y Jérôme se comunicaban con él de otra forma. Tampoco

había preservativos, ni crema de afeitar ni quinina. Por asociación de ideas, me pregunté qué tipo de vida sexual llevaba, y si solo llevaba una, ¿con la criada que había enterrado tres veces a su abuela? ¿Con algunas de aquellas pobres chicas que salían por la noche de su suburbio e iban a exhibirse medio desnudas en los bares de Manila?

La foto se cayó de un mapa de carreteras. La recogí y me impactó. Estábamos todos: Jérôme, Marthe, Cédric, Simon y yo. Era del año anterior. ¿Cómo olvidar aquel momento? ¿Y por qué la tenía Paul? Ya tenía algo: él sabía más de lo que yo creía, pero ¿cuánto? Podía ser que Jérôme se la hubiera enviado. No creía que hubiera sido Cédric. Esa foto significaba un montón de cosas. Para Paul, ¿no era, como nos hubiera gustado a todos más que un momento entre amigos captado por la película fotográfica? Y si lo sabía todo...

Simon hacía el payaso, sujetando una pala de forma cómica. Jérôme estaba pegada a él, en una postura no menos absurda. Por su lado, Cédric llevaba los cubos y, al ir muy cargado, solo se le veía la cara y su mirada oscura que destacaba toda la gravedad de la situación. Yo estaba de pie, entre Jérôme y Cédric, como concentrada y con las manos juntas como si estuviera rezando.

En cuanto a Marthe, había corrido tras haber activado el autodesparador y se había tumbado a nuestros pies, con la cara congelada, un brazo y las piernas en el aire, y un dedo en guisa de cañón de revólver apuntando hacia el objetivo.

Oí un ruido, Paul subía por el camino. Puse la foto en su lugar y apagué la lámpara. Paul tropezó con los escalones, pero yo ya no podía salir. Me escondí en una esquina, cerré los ojos y pensé, siempre puedo encontrar una excusa, le diré que tenía miedo; no sería mentira: tenía miedo. También esperaba que no se le ocurriera la idea de volver a mi habitación, entonces no se fiaría.

Cuando abrí los ojos, seguía estando oscuro. Paul se había derrumbado pesadamente sobre la cama. Se tiró unos pedos y dio un puñetazo a la almohada. Hacía mucho ruido al respirar. Yo pensaba en la foto, en Jérôme, que diría ¿no crees que es una oportunidad extraordinaria? Y Simon habría metido otra moneda en la máquina, ¡por fin vamos a hacer algo bien en la vida, chicos! A pesar de todo, yo creía que necesitaban convencerse. Había olvidado la discusión que había tenido con Marthe la noche anterior, Marthe estaba conmigo como siempre, no estaba enfadada. O bien había mentido, se

había acostado con Paul, se había salido con la suya. Debería haberla llamado, decirle que Paul no estaba muerto. Cédric había guardado el secreto. Le creía. Más tarde, me fui a mi habitación a hurtadillas.

Cuando se hizo de día, tuve la sensación de que solo me había adormilado. Colgado de una rama muerta encima de nuestros bungalós, un martín pescador tan grande como una paloma lanzaba sus trinos monótonos. Le observé un rato y luego crucé el jardín. Las copas de los cocoteros se doblaban debido al viento. El jardín estaba espléndido, como si estuviera fuera del tiempo. Desprendía un potente olor a crema de almendras. Unos quetzales toqueteaban las flores. Las losas llenaban el césped verde y raso como un tapiz de billar. Nunca había visto una buganvilia tan bella, frutas tan grandes en un árbol de jaca. Y los helechos, los crotones o todas esas plantas que normalmente se regalan el día de la madre parecían irreales, ¡algunas de ellas habrían ocupado todo el espacio en mi salón! Winna servía el desayuno. Su sonrisa era tan brillante como el sol de aquella mañana.

—*Magandang araw* —dije.

Pareció divertida de que me dirigiera a ella en tagalo y, para acabar de burlarse de mí, me contestó con un «Good morning» menos exótico.

—¿Desea desayunar?

—Esperaré a mi amigo, gracias...

Winna se echó a reír, seguramente para darme a entender que nunca entendería a los occidentales, siempre hacíamos lo que nos daba la gana. A pesar de todo, seguí sonriéndole como una tonta y ella señaló el lago con una mano. Unos segundos más y la habría estrangulado.

—Se ha ido —me dijo riendo.

La puerta mosquitera se cerró a mi espalda. Corrí hasta el embarcadero. El hombre al timón, hizo rugir el motor y Paul me miró burlón, parecía que me retara a saltar. Que se metiera su risa en... Me tendió la mano, pero salté a la canoa sin su ayuda. Me di un golpe en las costillas contra el casco e hice una mueca de dolor. Con la respiración entrecortada, me recuperé como pude y por fin pude sentarme en el banco.

—¿Te habrías ido sin mí? —pregunté jadeando.

—Te presento a Gadiel, y este es Larry.

Gadiel estaba al timón. Larry estaba simplemente dando la espalda a la isla y me miraba con una sonrisa, debía ser una enfermedad contagiosa.

Gadiel tenía unos sesenta años. Iba con el torso desnudo y, debido a la forma de su cráneo, su calvicie y sus gafas redondas, su parecido con Henry Miller era sorprendente. Larry era mucho más joven. Tan delgado como el otro, llevaba sin embargo una camiseta de talla XXL. Una gorra en la que se leía «Hollywood», unos pantalones cortos de fútbol, unas chanclas y unas gafas de sol de cristales reflectantes completaban su atuendo. Cuando Paul me dijo que Larry iba a ser nuestro guía, miré con escepticismo sus chanclas.

- ¿Y puede saberse adónde vamos?
- Al corazón de las cosas, Suzanne...
- ¿Y Larry va a ser nuestro guía?
- Siempre te has dejado llevar por las apariencias.

El ruido del motor cubría nuestras palabras. Los balancines de la canoa chocaban violentamente con la superficie del agua, nos salpicaban, estaba empapada pero por lo menos el dolor de las costillas se me iba pasando. Ahora que rodeábamos la isla, el lago parecía no tener límites. Los relieves estaban totalmente cubiertos de vegetación. En ningún sitio afloraban las rocas. Se trataba de bosques profundos, parcelas de cocoteros y vetustas chozas pegadas a las orillas, corroídas por las lluvias tropicales. Unos pescadores surcaban el lago en embarcaciones ancestrales. La ola que producíamos a veces les hacía tambalearse y aquello no perturbaba lo más mínimo a Gadiel, que trazaba su surco. Cuando no contemplaba el paisaje, observaba a Paul por el rabillo del ojo. Parecía feliz, incluso era posible que nunca le hubiera visto tan feliz. Eso me hizo sentirme mal, confundida. ¿Nunca le había proporcionado una alegría como aquella? Tampoco era para ponerse a llorar. Ninguna mujer habría podido llenarle por completo. Nada ni nadie, creí en su momento.

- No me digas que nunca has tenido ganas de escribir sobre todo esto...
- Nunca... Te hablaba de una verdad, Suzanne...
- ¿Cuál es?
- Es una verdad múltiple. Tiene que ver con el tiempo que pasa. Una lenta velocidad, o una velocidad lenta, no puedo definir lo que siento.
- Así eres tú...
- No se trata tan solo de una figura estilística. En este tiempo que transcurre lentamente, no hay lugar para las palabras. De todos modos, me fallarían. Y además, ¿para qué? El mínimo gesto te supone todo el sudor de

tu cuerpo. En esta zona te mueres a los cuarenta años, con suerte. No puedes dejar una gran obra.

Cogió un botellín de San Miguel de su mochila y sonrió hacia el agua negra del lago.

—Además, no hay librerías dignas de este nombre en este país. Y solo llegaría a unos pocos ricachones. Los libros no mejoran la vida de todos los que ves aquí. Más bien podrían hundirles un poco más en su mierda... Otro privilegio de haber nacido en casa buena...

—La situación no era muy diferente en Europa no hace tanto tiempo...

—¿Y crees que realmente ha cambiado en el fondo? El acto de escribir es un puro reflejo burgués.

Paul hizo una pausa y prosiguió, sin convencerme:

—Escribir no tiene sentido...

—¿Te acuestas y esperas tu hora?

—Sí, te acuestas y esperas tu hora...

Lo peor o lo mejor de todo, no lo sé, es que Paul parecía sincero. Y yo me preguntaba si no habría preferido enamorarme de este hombre más que de aquel otro que era evidente que había hecho trampas, se había mentado a sí mismo. ¿Me habría amado mejor?

—He vivido bajo los *flashes* de las cámaras. Unos tíos me perseguían con sus micros, tenía ganas de metérselos por el culo. No puedes imaginar qué alivio cuando aterricé aquí. Todo lo que había sido mi vida, todo lo que creía necesario para mi vida, ahora ya solo me interesaba a mí. Eso me facilitó las cosas. De no haberme largado, siempre habría habido alguien que hiciera que siguiera teniendo la ilusión y me sintiera culpable por ello.

—Y aquí estoy...

—Como un mal presagio...

Gadiel se dirigió hacia una ensenada, a través de los cercados de bambú que en algunos sitios llenaban el lago. Nos acercamos a Alas-as: unas chozas minúsculas hechas con bambú y nipa, un tipo de palmera. Paul se metió en el agua y Larry le imitó, antes de ayudarme a bajar. Enseguida nos rodearon unos niños enclenques y unos perros sarnosos. Una mujer se nos acercó con una bandeja de plátanos que no tenían muy buen aspecto. Le compré uno y casi me ahogué. Colgada a su cintura de avispa, también llevaba una nevera portátil, por comodidad seguramente. No sabía de donde habría sacado el hielo puesto que la aldea no tenía electricidad. Sacó un refresco y me lo tendió riéndose, me hizo buen precio, había estado hábil y yo era una presa

fácil.

Paul discutía con Gadiel y parecía que no iban a terminar nunca. Pretendía que Gadiel nos esperase sin coste extra. Para Paul, era algo razonable, pero Gadiel no daba su brazo a torcer, fingía estar molesto, las cosas no estaban yendo como se había previsto y quería ganar más pesos. Larry y yo observábamos la escena. Yo sospechaba que, en el momento oportuno, encontraría la forma de sacarnos más dinero.

Al final nos pusimos en marcha. Yo estaba empapada de sudor. Paul se puso en cabeza. Invité a nuestro guía a pasar delante, pero lo rechazó de forma obstinada. Dejé de insistir y, de vez en cuando, echaba un vistazo hacia atrás y le miraba, Larry nos seguía de forma indolente, mordisqueando una brizna de hierba. Aún no era consciente de que estábamos encima del volcán. Pronto nos hundimos entre hierbas altas, donde a veces aparecían vacas salvajes, ya no podía ver el cielo y dejé de ver a Paul.

El sendero era estrecho. Las costillas me dolían pero eso era lo más soportable. Pensé que si no bebía un poco de agua enseguida, me moriría. Para ponerlo más difícil, tuvimos que empezar a escalar. La vegetación era más abundante y por fin llegué a la cima. Paul ya estaba bajando por la ladera del otro lado y le vi desaparecer entre los árboles. Recuperé el aliento esperando a Larry. Llegó al cabo de un momento, muy tranquilo él, y le pregunté por qué el cráter estaba lleno de agua y si sabía dónde nos encontraríamos con Paul. Me explicó que, debido a una fisura, no se sabía si el lago estaba dentro de la isla o la isla dentro del lago. Respecto a Paul, solo tenía que seguirle.

Desde hacía treinta y cinco años el Taal no había entrado en erupción y una flora lujuriosa había llenado de verde los flancos del cráter. Unas fumarolas aparecían en el borde del agua. El silencio era excepcional, nunca había disfrutado de un silencio de aquella calidad, daba la sensación de estar a la vez tranquila y amenazada; si de repente el volcán se despertaba, solo podría encomendarme a alguna voluntad divina. Y antes de eso, sería preciso que tuviera el alma en paz.

Aún anduvimos durante unos veinte minutos a buen paso. En un momento dado, aproveché la excusa de un bello pájaro en un bosquecillo para aminorar el ritmo. Pregunté a Larry de qué especie se trataba.

—Un pájaro, ¿no?

No había duda. Era rechoncho como un pardillo, aunque de mayor tamaño, de un verde casi brillante, y tenía la frente y la garganta de color bermellón.

La vegetación era cambiante, como el cielo en aquellos momentos. El viento hacía moverse los cocoteros y los árboles de papayas. El calor difuminaba los contornos. Caminaba a duras penas en aquel horno, y mientras seguíamos hundiéndonos en el cráter, recordaba a Jérômine, con los ojos llenos de lágrimas. ¿Me ayudarás, Suzanne? La había cogido de las manos, no quería llorar, ni tampoco decirle que sabía lo de Paul, que Cédric y ella nos habían engañado a todos, no, iba a omitirlo.

Cédric me había llamado el sábado hacia las once, estaría bien que fuera a visitar a Jérômine antes de irme. Ya tenía en el bolsillo mi billete de avión con destino a Yakarta, Lydie estaba avisada. Respecto a Paul, aún no lo había decidido, pensaba mandarle un correo electrónico aquella tarde. Me había informado acerca de los vuelos Yakarta-Manila. Le anunciaría mi llegada y siempre estaría a tiempo de cambiar de opinión en el avión que me llevara a Indonesia y, eventualmente, comprar un billete en el aeropuerto de Yakarta. A las doce, estaba en casa de Jérômine, ella estaba entre mis brazos. Esperaba que me confesara que Paul no estaba muerto, me lo esperaba todo menos lo que iba a decirme. Eso había despejado todas mis dudas. El martes, como muy tarde, estaría en Manila.

—¡Sobre todo, no te quedes en pelotas! —se rio Paul.

Larry se puso a la sombra y sacó de su mochila una Coca-Cola y un bocadillo. Me dejé puesta la camiseta y los *shorts*, solo me quité los zapatos y, nadando, llegué hasta donde estaba Paul. El agua olía a azufre, estaba a la temperatura del aire y picaba los ojos. No lo pude aguantar y subí a la superficie.

—Si te hubiera hecho algo como esto antes, habrías estado enfadada conmigo durante tres días...

No contesté nada. Dejé que mi cuerpo flotara. Oía como un rumor que venía del fondo, un zumbido, el eco del magma en fusión. Paul estaba alegre.

—¡Estamos en el corazón de las cosas, Suzanne!

Yo flotaba, con los brazos en cruz, entrecerrando los ojos.

—¡*Malibog ako!*

—¿Puedes traducirlo?

—¡Me empalmo, Suzanne, *malibog ako*, sí, me empalmo!

15. Marthe

· La Source ·

De todos, Cédric era el que estaba más conmovido, tenía la mirada triste, parecía incluso de odio. Pero, con una voz débil, casi moribunda, dijo:

—Leto transformó en ranas a los pastores de Licia...

—¡Por Júpiter! —le interrumpió Simon con ironía.

Estaba de acuerdo en que esto no era aceptable, pero, al creer que me oponía decididamente a la operación de salvamento, Simon, inquisidor, daba vueltas a mi alrededor, intentando convencerme.

—¿Participarías en el genocidio, Marthe?

Aún me estaba haciendo a la idea, necesitaba algo más de tiempo. El peligro era ridículo, *a priori*, pero yo vivía a menos de cinco kilómetros del pantano. Cada primavera, miles de batracios venían para la puesta. Era una estación en la que algunas noches evitaba coger el coche para no atropellarlos en la calzada. Al caer el día, sus cantos se mezclaban con los del carricero. Me gustaba este sitio y soñaba con que el avetorillo pudiera anidar en él. Cinco kilómetros planteaban un problema. Podría huir, pero no desplazar mi casa. Pero, ¿qué podía imaginarme?

—¿Quieren construir un supermercado?

—Secar el pantano —confirmó Cédric—, y poner una losa de hormigón.

—Más hormigón sobre la Tierra... ¡Eso impide que la Tierra respire! —exclamó Simon, grandilocuente.

—Hay que salvar a las ranas cueste lo que cueste —dijo Jérôme.

—Hay que evitar que echen el hormigón encima de las ranas —aseguró Cédric, y vació la copa de vino.

El odio le proporcionaba algo de energía, pero no le impedía seguir bebiendo. Triste, pensé que estaba dispuesta a poner mi tranquilidad en peligro, solo por él, si eso le ayudaba a salir de su letargo.

—¿Con una canción de comedia musical? —pregunté con una sonrisa.

—¡Con alegría pero con determinación! ¡Seremos unos buenos guerreros!

—¿No crees que es una ocasión extraordinaria?

—Por fin vamos a hacer algo útil en nuestra vida.

Me giré hacia Suzanne.

—Y tú, ¿qué piensas?

—Pienso que no he esperado a hacer cosas útiles en mi vida, Simon habla por él...

—Suzanne, ¡no quería ofenderte! ¡Mil excusas!

—Pero la verdad es que hace mucho tiempo que no nos lo pasamos en grande juntos, y además Paul se sentiría orgulloso de nosotros.

—Nos acompañará en nuestra expedición —nos aseguró Jérôme, melancólica.

—Salvaremos a las ranas, eso es todo, ¿de acuerdo?

—¡Te lo prometemos! —gritaron a coro.

—A las ranas y a los renacuajos —balbuceó Cédric inmediatamente después.

—Ya lo sabes, Cédric, ¡no podremos salvar a todos los renacuajos! — Jérôme le había hablado como a un niño y Suzanne se echó a reír.

—Bien —dije—, aún tengo que pensarlo...

Pero mi decisión estaba tomada. Jugaba con el suspense. Simon me puso una mano sobre el hombro y me miró fijamente.

—La unanimidad depende de ti, Marthe, tienes que estar de nuestro lado —dijo solemnemente, y prosiguió pronunciando bien las palabras—: «Árbol solitario en la montaña no puede durar, familia fuera del pueblo no puede morar».

—Palabras de lisis...

—Sí. Tenemos que estar juntos, Marthe.

Me retiré a mi despacho. Al final no les había dicho nada de las cigüeñas. Apunté mis observaciones en el diario y luego mandé un *e-mail* a Lydie.

...se han vuelto locos, querida Lydie. Nos sienta bien. Debería estar triste ante la perspectiva de ver desaparecer el pantano, pero otro sentimiento me invade. Me siento, no sabría cómo decirlo, aliviada. Quizá es una oportunidad para Cédric, su oportunidad. Tiene una pésima opinión de sí mismo. Todos tenemos que pensar en él. Pero Simon se siente afectado, y también Jérôme. Sé que Simon, cuando vino por Pascua, hizo unas grabaciones en el pantano. Fue allí una noche con un magnetófono y una antena parabólica. Me dijo que sobre todo no le dijera nada a Cédric. Seguramente Simon quiere darle una sorpresa, su

cumpleaños es en septiembre.

Cédric había mencionado a Leto, Leto a quien Juno, como siempre tan zorra, había condenado a no poder parir en ningún lugar donde el sol pudiera brillar. Por suerte, Poseidón había intervenido, había creado una bóveda líquida por encima del oleaje y, de este modo, Apolo había venido al mundo. No sabía que Leto había convertido a pastores en ranas, me preguntaba qué quería decir Cédric con eso.

De forma sucesiva, pensé que ninguno de nosotros quería tener hijos y que nunca los tendría. Si hubiera dependido de nosotros, el mundo quedaría desprovisto de la especie humana, y seguramente le iría mejor. Nuestra demografía es la peor de las amenazas. Entonces, ¿por qué procrear? ¿Para quedarse tranquilo? ¿Para tener la esperanza de que lleguen días mejores? ¿Los habrá? Las cosas irán de mal en peor. Los millones de años que nos separan de la muerte del sol van a tener una duración superflua. ¿Por qué crear a un niño en medio del desastre? ¿Nos lo perdonaría? Un día, deberíamos decirle que las cosas habrían podido ser bellas a su alrededor.

Me sobresalté, no le había oído llegar. Cédric me besó en el cuello, me acarició las nalgas y vi en sus ojos una luz que no creía que nunca se reavivara. Aproveché la ocasión.

—Aquí, ahora —dije acaramelada.

Su mano se deslizó por mi escote, mis senos estaban duros y Cédric me los acarició con suavidad.

—Simon me espera, vamos un momento a Royan, no tardaremos mucho...

—Como quieras...

Me deshice nerviosamente de su abrazo.

—Podéis coger el Land.

—Simon prefiere que cojamos mi coche... Él conduce.

—¿Me vas a follar esta noche?

Cédric rio. Oí cómo sus pasos se alejaban por el pasillo y luego el rugido del Volvo en el patio. Me pareció que Simon le dejaba el tiempo justo para cerrar su puerta y un poco de gravilla fue a parar a las jardineras.

Estuve un rato ordenando la casa. Recogí la ropa sucia e hice las camas. Cambié las sábanas de la habitación de Simon. Más tarde, Jérôme se sentiría molesta, evitaría mi mirada. Bajo la cama, encontré un preservativo usado envuelto en un pañuelo de papel. Lo dejé en su sitio para no empeorar las cosas. Pensé que Simon podría haberse hecho la vasectomía.

Puse una lavadora antes de ir con las chicas. Suzanne dijo que a veces iba muy bien que los chicos tuvieran la buena idea de irse un rato. Le contesté que ojalá Cédric encontrara con Simon el nivel de intimidad al que había llegado con Paul.

—No sé si Simon tiene muchas ganas —dijo Jérôme—, y entonces empezaron a salpicarme.

Hice como que me quejaba y me quité toda la ropa. Salté en medio de ellas y, como unas tontas, empezamos a croar.

Hice algunos largos, Suzanne y Jérôme jugaron a la pelota, y luego nos sentamos en el borde. Estuvimos moviendo las piernas enérgicamente y riendo y, luego, nos quedamos calladas un buen rato. El chapoteo del agua apenas turbaba el silencio. Si hacía unos días más de buen tiempo nos podríamos bañar de noche sin coger frío. Todas estábamos absortas en nuestros pensamientos, y Suzanne y Jérôme cerraban los ojos. Yo miraba en dirección al bosque, a aquella hora el sol destacaba todos los matices del verde, pensé que debería coger leña para el invierno, que quizá Simon podría venir en otoño a echarme una mano. Cédric podría matarse con la motosierra. No había sido fácil sin la ayuda de Paul. Por suerte, el último invierno no había sido muy riguroso. Pensaba en todo menos en la larga noche que nos esperaba. Estábamos tan inmóviles y silenciosas que una golondrina pasó muy cerca por encima de la piscina, creí que iba a coger agua, tal y como sugería su actitud, pero finalmente se dirigió hacia las viñas.

—Me siento bien —dijo Jérôme.

—Me sorprendes...

Lo decía sin ningún deje de ironía. En ese contexto, yo misma habría usado un tono menos neutro, miré a Suzanne, que seguía sin abrir los ojos:

—No hace falta que lo digas para que nos demos cuenta. ¿Y tú, Marthe?

¿Yo, qué? ¿Suzanne se hacía la inocente? ¿La abstinencia le afectaba más de lo que parecía? ¿Quería que le dijéramos que todo iba bien? E incluso que le diéramos detalles, de los que se dan las mujeres, porque los hombres son así, ¡los hombres ni se lo pueden imaginar! Olvidaba que Jérôme no tenía por qué saber lo mío con Cédric, ni yo lo suyo con Simon, y lo de Suzanne con todos... Como si de repente la dejara a un lado. Noté malestar en el ambiente. Pero, al fin y al cabo, ella había tenido su momento. Hubo una época en la que Paul solo tenía ojos para ella, y si ella le hubiera hecho caso, quizá él aún estaría entre nosotros. Sí, Paul tenía un carácter infernal, podía mostrarse odioso, pero era un hombre a quien yo amaba profundamente.

¿Qué habría pasado si yo me hubiera abierto de piernas antes que ella? Que no se quejara. Es verdad, en condiciones normales, nos habiéramos puesto a parlotear, las confidencias habrían salido solas de nuestros labios. Pero las condiciones ya no eran las normales. Y seguía habiendo la regla número dos. Así que dije, sin demostrar mi incomodidad repentina, que además no me explicaba: —Que no nos digan que la vida no es bella...

Los chicos volvieron, la tarde tocaba a su fin y aún teníamos el pelo húmedo. Corrimos hasta el coche para ayudar a descargar el material. Simon se vio obligado a decir que se habían parado a medio camino para tomar algo. Cédric apenas se sostenía en pie y estuve a punto de cabrearme con Simon.

Sacamos del coche unos barreños y unos cubos, cinco salabres, uno para cada uno, cinco lámparas frontales, guantes de caucho y botas. Reí, un poco como todos, y luego fui a buscar mi cámara de fotos a mi despacho, immortalicé aquel instante, estábamos de lo más ridículos.

Cenamos bajo los tilos. A Suzanne le tocó hacer la comida y nos hizo sus escalopas a la crema. Vaciamos cuatro botellas de vino tinto. Tal y como estaban las cosas, yo sería quien conduciría. Simon no paraba de hacer el idiota. Cédric se había dormido, con la cara entre los brazos, no había comido nada. Jérôme recogió los platos y las velas y desplegó el mapa de carreteras encima de la mesa. Fingí que me interesaba lo que decía sobre los posibles itinerarios. Ningún camino en torno al pantano tenía salida y era mejor no cogerlos, habría que tener cuidado con el barro y las roderas. ¿Sería capaz de conducir marcha atrás?

—Con los ojos cerrados —contesté.

—¿Y qué hacemos con las ranas? —preguntó Jérôme.

—¡Nos las comemos! —exclamó Simon.

—¿Y por qué marcha atrás?

Simon evitó la pregunta. Me levanté como cada noche después de la cena, mi actitud no podía ser otra que las ganas de estar un rato sola.

Entré en la oscuridad. En medio del prado, ya no podía distinguir las siluetas, salvo la de Cédric, que, aunque estaba inerte, era fácilmente identificable. A los demás no les veía. La mayoría de las velas se habían consumido o solo arrojaban unas débiles llamas. Únicamente las voces me daban alguna indicación, pero también parecían confundirse. ¿Se trataba de una ilusión o de una señal real de comunión? Me prometí que pensaría en ello más tarde. Me senté en la hierba para oír al ruiseñor, que esa noche solo estaba dispuesto a hacer unos lentos *crescendos*. Pero, al cabo de un rato,

enriqueció su melodía triste con gritos más breves, más sonoros y más variados. Cambiaba de registro en el momento en que noté un movimiento a mi izquierda.

—Estoy aquí...

Desde que había hablado, Jérôme ya no había dudado, vino directa hacia mí.

—Tienes ojos de lechuza, Marthe.

—Siéntate aquí...

Se sentó, puso la cabeza en mi hombro y le pasé la mano por el pelo.

—Este canto es magnífico. Es un ruiseñor, ¿verdad?

—Un ruiseñor común.

—¿Qué dice?

—Hace un momento, seguramente compartía mi melancolía. Y ahora avisa a sus congéneres de que no tienen ninguna intención de compartir su territorio, que lo tengan claro.

—En resumen, es bueno y es amenazador.

—¿Te parece paradójico?

—No mucho, las flores más hermosas a veces son las más peligrosas. ¿No estás bien?

—Más o menos...

—Te parece que no estás bien. Ya lo verás, la aventura de esta noche nos va a distraer.

—Presiento el final, Jérôme. Suzanne me ha dicho que este será su último verano aquí, y además creo que no voy a soportar a Cédric por mucho más tiempo.

—Yo voy a venir siempre.

—¡Eso espero!

—¿Solo te pasa esto?

—Es de locos, no dejo de pensar en tu hermano.

—Yo también pienso a menudo en él.

—¿Y?

—Me consuelo diciéndome que está ahí arriba en el cielo, entre las estrellas.

—¿Nos mira?

—No está totalmente muerto, Marthe.

—¿Y aprueba nuestro comportamiento?

—Paul está al cien por cien con nosotros.

—Debería ser un poco creyente.

Nos quedamos en silencio un rato y luego Jérôme cogió mi mano.

—Ahora, ven, Simon nos quiere a todos en la cocina.

Parecían los preparativos de una sesión de espiritismo. Por todos lados había velas encima de los muebles, y en algunos sitios unos bastones de incienso encendidos. Simon estaba entre Cédric y Suzanne, a un lado de la mesa. Nos sentamos delante de ellos. Simon tenía un puño cerrado, como si tuviera unos dados dentro. Había colocado un cuenco en el centro de la mesa. Nos miró uno a uno, estábamos tranquilos, el silencio se hacía extraño. Simon murmuró: —Debemos consultar a los espíritus. ¿Estáis de acuerdo?

Al unísono y enseguida, Suzanne y Cédric, a quienes era evidente que Simon había puesto al tanto, dijeron que sí. Jérôme y yo les imitamos y, como un maestro de ceremonias que contaba con la devoción de todos, Simon se inclinó solemnemente y sus ojos reflejaban un brillo poco habitual.

Simon volvió a mirarnos y abrió el puño. Tenía unos granos de arroz en la palma de la mano. Sin dar ninguna explicación, los puso encima de la mesa. Con un gesto, con una precaución exagerada, cogió el cuenco para cubrirlos. Teníamos los ojos fijos en el cuenco y, de repente, Simon se puso a salmodiar unas palabras incomprensibles. Aquello duró unos minutos durante los que hice un llamamiento a no sé qué. Profundamente conmovida, después de un lapso de tiempo indeterminado, me di cuenta de que Simon se había callado. Como en ralentí, levantaba el cuenco.

Aguantamos la respiración. La satisfacción le iluminó la cara. Los granos de arroz no se habían movido. Me pregunté cómo podría haber sido de otro modo, con qué truco, con qué juego de manos. Satisfecho, Simon declaró: — Los granos de arroz no se han movido.

—Los granos de arroz no se han movido —repitieron Suzanne y Cédric.

Simon esperó a que Jérôme y yo confirmáramos también aquella evidencia, y prosiguió:

—Hemos consultado a los espíritus. Los espíritus no tienen ninguna objeción. Nos queda una cosa por resolver.

16. Félix

· Toulouse ·

Extracto de la conversación telefónica entre François Guérif, editor de Paul Gartner, y Marc Ventimiglia, oficial de la policía judicial. 22 de junio de 2000.

Pregunta: ¿Manténía buenas relaciones con Paul Gartner?

Respuesta: Ya lo creo. Paul Gartner era un hombre formidable. Su muerte me afectó muchísimo.

Pregunta: ¿Cómo estaba económicamente en el momento de su desaparición?

Respuesta: Creo adivinar el principal motivo de su llamada, teniente. Le ruego que vaya al grano.

Pregunta: De acuerdo. Estamos al corriente del acuerdo que hacía a Cédric Sauvage el principal beneficiario de los derechos de autor de Paul Gartner. ¿Cómo reaccionó usted a esta decisión?

Respuesta: Nunca me he metido en la vida privada de mis autores. A decir verdad, me divirtió.

Pregunta: ¿Por qué?

Respuesta: Cuando Paul formuló ese deseo, estábamos en el año 1995, y estaba lleno de salud. Habría podido vivir por lo menos cincuenta años más. Lo vi un poco prematuro. Así pues, me pareció gracioso y pensé que siempre podría replantearse su decisión. Evidentemente, los hechos no me dieron la razón.

Pregunta: ¿Es un procedimiento normal?

Respuesta: No. Pero Paul no era un hombre normal. Tenía un talante bastante atormentado.

Pregunta: Volvamos, por favor, a su situación económica.

Respuesta: 1997 fue un buen año. Habíamos sacado una novela que funcionaba muy bien, y que funcionó aún mejor —eso ya pasa— después de

la desaparición de su autor. Todas sus novelas se vendieron muy bien ese año.

Pregunta: ¿Y le había pagado en consecuencia?

Respuesta: Paul había cobrado un adelanto por su último libro, y superó ampliamente nuestras expectativas. La verdad es que lo mejor estaba por venir.

Pregunta: ¿Qué debo entender?

Respuesta: Usted es escritor, teniente, vende un libro hoy, 22 de junio de 2000. Si el anticipo que usted ha cobrado queda cubierto, usted cobrará la parte que le corresponda en abril de 2001, es decir, cuatro meses después del cierre del ejercicio que se fija tradicionalmente el 31 de diciembre de cada año.

Pregunta: Entonces, ¿fue a Cédric Sauvage a quién pagó usted los derechos en abril de 1998?

Respuesta: Claro.

Pregunta: ¿A cuánto ascendía la suma?

Respuesta: Debería comprobarlo con nuestro departamento de contabilidad, pero creo que fueron alrededor de seiscientos mil francos.

Pregunta: Uff... Y, evidentemente, ¿imagino que siguió pagando los derechos a Cédric Sauvage, aunque fueran menores?

Respuesta: Las ventas no bajaron en 1998. Además, aquel año el libro empezó a dar sus frutos en otros países. En 1997, habíamos negociado bastantes contratos y las traducciones se habían sucedido, con fortunas diversas. Sin embargo, los libros de Paul cosecharon un enorme éxito en Italia y en Alemania. Los anticipos se sumaron a liquidación de derechos en Francia. En abril de 1999, creo que pagamos a Cédric Sauvage algo como setecientos mil francos. Luego la cifra bajó un poco, pero no demasiado gracias al éxito en Italia y Alemania, y a las ventas de derechos para las adaptaciones a la televisión. En abril de 2000, pagamos a Cédric Sauvage unos quinientos mil francos.

Pregunta: ¿Ha visto en persona a Cédric Sauvage?

Respuesta: Nunca.

Levanté los ojos y Marc me sonrió, no podía disimular su satisfacción.

—No creo —dijo— que sepa que Paul Gartner, con bastante probabilidad, sigue con vida.

—Se quedará pasmado.

—Sauvage se embolsó un millón ochocientos mil francos en menos de tres años.

—No está mal.

—¿Recuerdas lo que nos dijo? Sigue habiendo beneficios, son fluctuantes, pero nunca son muchos.

—Ya, pero paga el cincuenta por ciento a Jérôme...

—Le queda una buena suma.

—¿Jérôme sabía que su hermano no estaba muerto?

—¿Y Sauvage seguro que pagaba su parte a Jérôme?

—¿Por qué hacer creer que estaba muerto?

—Si estaba harto, Gartner simplemente podía haber dejado de escribir, ¿no?

—No lo sé...

Pensamos en todo ello un rato. Hasta que sonó mi móvil. Era Élisabeth. Marc me guiñó un ojo y me fui a dar una vuelta por el pasillo.

Nos dijimos unas palabras cariñosas y luego le dije que lo sentía mucho, pero que el día iba a ser muy largo.

—Será mejor que me acostumbre enseguida —dijo sin la sombra de ningún reproche.

—Eres un sol, Élisabeth.

—¿Estáis avanzando?

—Fue Cédric quien vino varias veces a buscar a Jérôme a los invernaderos.

Cédric era Pasko. Estos encuentros estaban anotados en la agenda de Jérôme.

Sin embargo, era curioso que ella no hubiera anotado el del 7 de enero, y eso que se trataba de una reunión de tipo profesional. Daba igual. De momento, Cédric Sauvage estaba libre. Habíamos difundido su descripción, así como el número de matrícula de su coche, un Volvo de color gris metalizado. Dos hombres estaban de guardia delante de su domicilio. Había liado al comisario Moncollin y al final habíamos decidido realizar un registro. Eras las dieciséis horas cuarenta y dos.

—Te quiero —dijo ella.

—Yo también te quiero.

—Esta noche, ni retiraré la pasarela, por si acaso...

Cuando volví junto a Marc, estaba terminando una conversación con la

comisaría de Royan. Seguramente me había alargado más de lo que creía. Colgó y me dijo:

—Pradère no tiene nada sobre Marthe Morineau. Mañana irá a su casa para hacerle unas preguntas.

—¿Le comunicará el asesinato?

—Si Pradère cree que ella le contesta adecuadamente a las preguntas y no hay ninguna duda de que ella no pudo estar en Toulouse la noche del crimen. Nos mantendrá al corriente. Pero puede ser que Sauvage ya le haya dado la noticia.

—Todo es posible.

Mientras Marc alimentaba al pequeño Paul con pétalos de rosas, me senté de nuevo a mi mesa.

—No podemos quedarnos con este animal lunático.

—Mmmmm...

Releí de nuevo el *e-mail*.

Asunto: Paul

Fecha: Tue, 20 jun 2000 21:13:48 + 0800

De: pg@pacific.net.ph

A: pasko@ffeesbee.ff

Pasko,

P se ha ido no sé dónde. Noche tranquila y ranas abundantes. Observo estado moral satisfactorio. La prudencia, lo mejor. ¿O sabes algo de B? Sí, él volverá. Algún día. Bien. ¡Encuentra mucha fuerza...! Aún.

Diane

Inicié mentalmente un análisis del texto y llegué a algunas deducciones. «Pg» eran las iniciales de Paul Gartner. Pg@pacific.net.ph era la dirección electrónica de Paul Gartner. Paul Gartner no estaba muerto, lo que quedaba confirmado más adelante: «P» se ha ido no sé dónde.

Estábamos en horario de verano y había, pues, una diferencia de seis horas, claramente «ph» correspondía a las Filipinas. Suzanne Audouy había volado hacia Yakarta el domingo 18 de junio. Las Filipinas no estaban muy lejos de Indonesia. ¿Audouy había cogido otro avión? ¿Suzanne Audouy era Diane? Era posible. Cédric Sauvage seguro que era Pasko. Había una cierta lógica. El *e-mail* se había enviado el martes 20 de junio, es decir, el día en que se había descubierto el cuerpo de Jérôme Gartner. ¿Una coincidencia? A las quince

horas y unos minutos, hora francesa. En aquel momento yo estaba yendo a los invernaderos municipales.

—Sauvage/Pasko no esperaba recibir este mensaje —dije en voz alta.

—Habría mirado su *e-mail*.

—Esto podría significar que Suzanne Audouy no tenía nada que ver. Simplemente habría metido la pata.

—En este caso, hay que agradecérselo.

Me quedé en silencio. «Noche tranquila y ranas abundantes». ¿Qué quería decir con eso? A ver. En casa de Jérômine había una rana que tenía un niño en las patas. Una rana hacía las veces de cenicero en el despacho de Sauvage. B. Ver la agenda. «¿O sabes algo de B?» ¿Se habían enfadado? «Sí, él volverá». B es un hombre. «Algún día». ¿Por qué? ¿Por qué motivo? «Encuentra mucha fuerza... Aún».

La redacción era cuanto menos extraña. No se trataba de frases propiamente dichas. Tampoco se trataba de un estilo puramente telegráfico.

—¡Mierda, va cambiando de tema todo el rato!

Marc vino a mirar por encima de mi hombro.

—Escribió este mensaje de forma apresurada —dijo.

—Sí, y porque «P» se ha ido no sé dónde.

—¡Ella no sabe nada!

—¡Sí! —exclamé.

De pronto, lo entendí. Casi le grité a Marc. ¡Mira, míralo bien! Me miró como si me hubiera vuelto loco, cogió la hoja y se concentró en el cuerpo del mensaje.

—Es un puto juego de pistas, Marc.

—No lo veo, lo siento.

«P se ha ido no sé dónde». «Noche tranquila...» ¡Fíjate en las mayúsculas iniciales!

—P... N... ¿Y?

—¡Sigue! ¡Fíjate en todas!

—P...N...O...L...O...S...A...B...E.

—¡P NO LO SABE! Y como iba pillada de tiempo, supongo, añadió «Aún», un atajo.

—«Paul no lo sabe aún...»

Marc meneó la cabeza.

—¿Y no crees que se trata de una casualidad?

—Sería muy fuerte.

—Habría podido hacer un simple...

—No si temiera que otro pudiera ver el mensaje. Tenía razón.

Él seguía mostrándose escéptico.

—Entonces, ¿ella habría ido a ver enseguida a Paul Gartner para comunicarle que su hermanita estaba muerta? ¿Antes de que descubriéramos su cuerpo?

—Ella lo sabía. Había participado.

—¿Y va a ver enseguida al hermano? —insistió—. No me cuadra.

—Ya —suspiré—, estoy de acuerdo, no cuadra. Pero el mensaje está claro. Entonces, ¿qué no sabe Paul?

Cédric Sauvage no tenía donde caerse muerto. Eso daba muy mala imagen a un arquitecto.

Durante la siguiente hora, estudiamos más de cerca su situación. Cédric Sauvage había diseñado los planos de su inmueble futurista en 1997. Había contratado a dos empresas privadas para construirlo en un terreno que Sauvage había comprado mucho antes, gracias a una herencia. Aunque, en 1998, Sauvage les había pagado un total de quinientos mil francos, es decir, casi el equivalente del ingreso por los derechos de autor que había cobrado ese año, los empresarios seguían esperando que les pagara el resto de las facturas, que ascendían a tres millones seiscientos cincuenta mil francos. Los empresarios se cansaron de esperar e iniciaron un procedimiento judicial por estafa. Cédric Sauvage declaró su empresa en quiebra y, naturalmente, el proceso judicial aún no había terminado; los empresarios se estaban esforzando para nada. Cédric Sauvage tenía a otros acreedores detrás de él: el paisajista, los técnicos de climatización, *etc.*

Debido a estos problemas, todos los proyectos que había iniciado nunca vieron la luz. El estudio había fracasado en dos concursos públicos y, además, aunque se habían iniciado negociaciones serias, los inversores privados habían acabado por echarse atrás. Muchas de las personas con las que había contactado por teléfono dijeron que la principal razón era que el señor Cédric Sauvage no era un interlocutor que inspirara confianza, eufemismo que significaba que preferían no tratar con un borracho. Era fácil deducir que todos esos fracasos no habían ayudado en nada a mejorar el estado moral y físico del arquitecto, todo lo contrario. Además, la situación le había obligado a despedir poco a poco a todos sus empleados, no siempre

siguiendo las normativas, por lo que muchos le habían denunciado ante el tribunal laboral. La copa estaba a rebosar. ¿Qué nos faltaba para trincar a nuestro hombre? Un pequeño empujón del destino.

Ese jueves, Magali Lopez, teniente de policía, salió del trabajo a las dieciocho horas. Se sentía mal. El trabajo, aunque a veces fuera poco agradable, la había ayudado, a pesar de todo, a olvidar durante la jornada una realidad que le resultaba mucho más insoportable. Unos días antes, el hombre con el que mantenía una relación estable le había dicho que la amaba y que quería que se planteara que vivieran juntos. Evidentemente, no era por eso que se sentía mal. Ella también amaba a ese hombre, y sus caracteres y sus horarios parecían ser compatibles, no creía que fuera a equivocarse. La propuesta de su novio tendría que haberla hecho feliz, y la verdad es que había sido muy feliz, por lo menos durante unas horas. Puesto que, el mismo día, su madre le comunicó que tenía cáncer. La verdad era que su madre tenía ese cáncer desde hacía mucho tiempo. Quería evitar el disgusto a su hija mientras fuera posible, hasta que ya no le fue posible dar el pego. Vaya día había elegido. Ya no podía echarse atrás, debía comunicarle que seguramente no sobreviviría al verano.

Magali, al volante de su coche, pensaba que a veces los días pasan durante meses sin que suceda nada excepcional y luego parece que, de repente, se produce como una avalancha en que lo peor y lo mejor se disputan el sitio. ¿Por qué en un solo día?

Magali apretó los dientes mientras aparcaba en la calle Pont-Saint-Pierre. Necesitaba tomar algo y fue hacia La Loupiote, en la calle Réclusane. La Loupiote era un bar de barrio de los de toda la vida. El ambiente era agradable. No ponían música *techno*. A veces había artistas actuando. Una noche, por casualidad, Magali había escuchado a Berni. Era un acontecimiento, la estrella del barrio de Carmes había ido con su insolencia más allá del Pont-Neuf. Había cantado canciones de Fréhel, acompañada a la guitarra por Nounours. Magali se emocionó hasta las lágrimas.

Magali pidió una cerveza y empezó a bebérsela. En la barra, otras dos personas hacían lo mismo. Magali pensaba en su madre. Cincuenta y tres años, mierda. ¿Qué iba a ser de su padre? Magali siempre había pensado que él solo había conocido a su mujer, que sin ella no sabría hacerse ni un par de huevos fritos. No hacían nada el uno sin el otro. Magali nunca les había visto

discutir. Cuando, a menudo, se besaban, la enternecían. Magali dudaba que actualmente la gente pudiera amarse durante tanto tiempo, con tanta constancia. El hecho de haber elegido la profesión de poli acentuaba esa duda. ¿Cómo saldría adelante él? ¿Y ella? Magali estaba a punto de echarse a llorar y Olivier, su jefe, la miró.

—¿Tienes algún problema?

—Ya ha llegado el verano —dijo ella en voz baja.

—¿Y eso te pone en este estado?

Magali se encogió de hombros y Olivier la invitó a otra cerveza, él pagaba. Ella aceptó y le dirigió una sonrisa forzada. Hacía mucho calor y, mirando el ventilador, pensó: iré a bañarme en el lago de la Ramée, así me quitaré de encima toda la suciedad del día, y luego iré a ver a mi madre.

Magali salió de La Loupiote a las dieciocho horas cuarenta y cinco. Un hombre subía por la acera. Había espacio suficiente para cruzarse sin tocarse, pero se acabaron rozando. El hombre, sin darse cuenta, había chocado contra ella. Tenía la cabeza en otro sitio, pero esa cabeza, tanto si estaba en otro sitio como si no, dijo vagamente algo a Magali. Ella le miró mientras él se excusaba y dio unos pasos más por la acera. Ella se giró y le observó entrar en La Loupiote. Rebuscó en su memoria y llegó al coche. Se puso al volante, decidida a tomar la dirección hacia la Ramée, llevaba un bañador en el maletero, así que no tenía que volver a pasar por su casa. Pero, en el mismo momento, echó un vistazo al asiento de atrás, donde se amontonaban unas revistas. Sobre el montón, había colocado sin pensar el retrato de Cédric Sauvage que Félix Dutrey había hecho difundir unas horas antes a todas las unidades. Magali se convirtió enseguida en Magali Lopez, teniente de policía. Se dijo que el baño lo dejaría para otro día y cogió su pistola de la guantera.

TERCERA PARTE: MATADME LENTAMENTE

18. Suzanne

· Lago Taal ·

El corazón de las cosas a veces está atormentado. No me había fijado en las nubes que se acumulaban. Salí del agua al mismo tiempo que empezaba a llover. Mis pechos se veían claramente a través de mi camiseta y Larry desvió la mirada. Durante tres horas, se había quedado sentado sin moverse, sin decir nada. El cielo se había oscurecido de golpe. Las nubes se habían pegado a la cima, se deslizaban por ella, se deformaban, se elevaban un poco, como si hubieran querido coger carrerilla para lanzarse al lago, tan densas e imprevisibles como burbujas de mercurio. El espectáculo era asombroso. Me estremecí, mientras que a Larry le entraba el pánico: —Tenemos que irnos. Enseguida.

Paul también salió del agua, se reía, me dijo:

—Larry se acuerda de un alemán que un día cruzó a nado el volcán. Llegó al otro lado, donde se elevan las fumarolas. Sus pies se quedaron pegados. El chico era tan tonto como valiente. Regresó a pesar de las quemaduras, no tuvo más remedio, Larry no habría ido a buscarle.

—¿Y luego?

—Supongo que volvió solo a Alas-as, caminando sobre las manos. Larry debe creer que los malos espíritus se ensañan con él.

Un trueno tapó nuestras últimas palabras y la lluvia se intensificó. El suelo ya estaba inundado de agua bajo los árboles y no se veía nada a diez metros. Larry desapareció en la vegetación y corrí detrás de Paul.

—¿Y nosotros? —pregunté casi sin respiración.

—Si aún crees en algo, cree mucho, pero no nos servirá de nada.

Se echó a reír de nuevo. Paul parecía más alto de lo normal y cuando los relámpagos cruzaban el cielo encima de él, parecía también que su rostro hubiera cambiado de forma y de consistencia. Supongo que yo también estaba deformada por el esfuerzo. Por lo menos me esperaba, no hacía el idiota. Si hacía falta, incluso me daba la mano, así me arrastró poco a poco por la pendiente. Una deflagración cercana estuvo a punto de hacer que me volviera loca. Evitaba ponerme a llorar. Resbalaba por el barro. La hierba

alta, ahora mojada, me arrancaba la piel de los muslos. A cada paso, me decía que no continuaría, que me quedaría allí y rezaría.

Una serpiente entre mis pies me disuadió de ello, grité y Paul me hizo dar un salto que despertó el dolor de mis costillas.

—Unos metros más —me dijo.

Llegamos por fin a una cumbre. Me giré para mirar el cráter totalmente obstruido. El lago ya no era visible. Olía a azufre. Parecía una caldera humeando y habíamos salido de ella sanos y salvos.

—¿Dónde está Larry? —grité en medio del trueno.

—En el pueblo, seguramente.

—¡Estás hablando de un guía!

—Tendremos suerte si Gadiel no se niega a venir a buscarnos...

Recuperé el aliento. Para ser un hombre que no estaba bien del hígado y de los pulmones, Paul se recuperaba mejor que yo. Me miró sonriendo y le dije:

—No eres tan malo como parece...

—Podría ser que este momento sea lo más intenso que hayamos vivido nunca juntos, ¿no te parece curioso?

En mi fuero interno, me dije que hubiera podido prescindir de ello. Pero Paul tenía razón. Podía incluso pensar en el aspecto dramático de la situación.

—No lamento nada —dije.

—Yo sí.

Caminaba ya por el sendero. A partir de ese momento el riesgo de perderme era mínimo. A medida que nos acercábamos al pueblo, me sorprendía que el viento y la lluvia no lo hubieran hecho trizas. Rodeamos las chozas y por fin llegamos a la orilla. Gadiel estaba en el lugar de encuentro. Intentaba mantener la canoa cerca de la inestable pasarela. En la marejada, Larry hacía de ancla, tiraba con todas sus fuerzas del amarre para fijar la embarcación. Paul me retuvo cuando estaba a punto de lanzarme hacia el pequeño malecón de bambú, ya muy estropeado, que no habría resistido mi peso. Nos tiramos al agua. Hacia el sur, la tormenta rugía aún con más rabia. Parecía como si quisiera abalanzarse sobre nosotros. Los relámpagos eran deslumbrantes, de vez en cuando blanqueaban una oscuridad que todavía era más completa debido al agua negra del lago y la ceniza. Sin embargo, aún no se había hecho de noche. Tras unos estallidos como aquellos, no me habría sorprendido que el mundo no hubiera sido el mismo al día siguiente.

Trepamos a bordo. Gadiel encendió el motor, una espesa humareda blanca salió de él, y Larry soltó la amarra antes de subir él también. La canoa se

alejó sola de la pasarela. Durante unos instantes, Gadiel observó el oleaje, dio gas y las olas empezaron a chocar contra el casco. El toldo que tenía que protegernos del sol amenazaba con rasgarse debido a la borrasca. Los balancines parecían torcerse. Mis dientes castañeteaban. Al cabo de un rato, Paul sacó una capa de su mochila, me tapó con ella y yo me acurruqué contra él.

—Más mojada ya no puedo estar.

—Te protegerá un poco...

La lluvia le goteaba de la barba. También sacó de su mochila una San Miguel, que compartimos a pequeños sorbos nerviosos y en silencio. Las olas se nos venían encima continuamente. Larry se secaba una y otra vez los cristales de sus gafas de sol, que no se había quitado ni un minuto. Gadiel puso dirección al *resort*; podríamos haber estado en medio del océano, nuestras vidas no valían gran cosa. Yo ya solo miraba a Paul. Pensaba en lo que me había dicho al salir del cráter. ¿Qué era lo que lamentaba? De repente, todo en él me enternecía.

Unos sapos de gran tamaño, como si fueran centinelas, levantaron la cabeza a nuestro paso. La lluvia caía con unas gotas tan grandes que podía pensarse que iba a matarlos. Nos acribillaba las caras salvajemente. Pero estábamos exhaustos y anduvimos despacio, el uno al lado del otro, hasta los bungalós. Habíamos abandonado los zapatos llenos de barro en la hierba. Me encontraba en un estado lamentable pero, de repente, sentía unas ganas incontrolables. Entré en mi habitación y enseguida, sin ningún pudor, me quité los *shorts*, las bragas y la camiseta y los lancé contra la pared. Paul permanecía inmóvil, dudaba. Para que el mensaje fuera aún más claro, me acerqué a él y, por fin, me miró, largamente, de pies a cabeza. ¿No era deseable? Con mi pelo enmarañado. Mis mechones pegados a la frente. Mis muslos y mis senos blancos. El barro empezaba a secarse en el resto de mi cuerpo y la piel me tiraba un poco.

Sí, me estaba entregando. Debido quizá a una curiosidad malsana. Y, sobre todo, porque no me parecía que hubiera una mejor forma, en aquellas circunstancias, de expresarle mi agradecimiento. Y, además, ¿no era legítimo esperar de un hombre, con el que has vivido y has terminado por las buenas, que te folle llegado el caso sin hacer un drama? ¿Eso no debería facilitar las cosas? De algún modo, me lo debía, ¿no?

—Reaccionas a la tormenta de una forma muy curiosa.

—He pasado mucho miedo.

—No has cogido ni un gramo de grasa.

—Siempre tan halagador. ¿Vienes?

Se mordisqueó los labios. Yo valía tanto como un cigarrillo o una copa de *whisky*. Eché un vistazo a su entrepierna. Una erección le deformaba los *shorts*.

Nunca me había preguntado cómo sería si un día volvíamos a hacer el amor, más que nada porque le creía muerto. Ahora quería hacerlo y sabía perfectamente lo que él estaba pensando. Pero que se tranquilizara, no arriesgaba nada, ya no nos amábamos. Pensé en los orangutanes de Lydie, prisioneros de la jungla en llamas. Pronto hablaré de Jérôme. Digamos que había que guardar las formas. Después, que se las apañara. Después, yo estaría lejos.

—Me muero de ganas. No me digas que has olvidado todo lo que me gusta. Y si te piensas que luego me voy a imaginar que todo puede ser como antes, te equivocas. Lo necesito, eso es todo. Si no me volveré loca. ¿Tan enfadado estás conmigo? ¿No te sales nunca con la tuya? Ya no escribes, pero ¿follas?

—*Malibog ako.*

—¿Lo ves?

Una sonrisa le bailaba en los labios. Cerró la puerta tras él y empezó a desabrocharse los botones de su *short*. No se quitó la camiseta. Me tiró encima de la cama casi con violencia y le ofrecí mi cuello para que me lo mordiera.

Me abrí. Nuestros cuerpos habían conservado la memoria. Recuperamos los gestos, las posturas, nuestras secuencias preferidas. Cerraba los ojos, con las manos arrugaba la sábana mientras él se me tiraba enérgicamente. Paul no amainó y, después de un rato, me deshice de su abrazo, me puse a cuatro patas, arqueé los riñones y le supliqué que me la metiera en el culo. Me preparó con su lengua y luego me penetró suavemente, solo un poco. Con una sacudida, le hice entrar del todo y no tardé en correrme. Enseguida él eyaculó también y, durante unos segundos, no oí más que la lluvia que seguía cayendo furiosamente.

Se secó con la sábana y rodó hacia un lado. Alargué los brazos y puse en marcha el ventilador. No había nada que explicar, nada que justificar, el silencio entre nosotros podía eternizarse, durante todo el tiempo que durara ese diluvio, daba igual si duraba días, semanas. Mi corazón empezó a latir a su ritmo normal. Me quedé un rato así, sobre mi vientre. Miré hacia fuera. No

notaba sus ojos en mí. Si yo no hubiera actuado solo para mi propio placer, quizá hubiera lamentado que, una vez consumado el acto, no tuviera un gesto amable, una caricia, para demostrar su satisfacción. Podía ser tan triste.

Me adormilé un rato. Cuando me desperté, Paul seguía allí. Se había puesto unos calzoncillos, fumaba, bebía, y su mirada se fijaba duramente en mí.

—¿Estás enfadado conmigo? —le pregunté.

—Me tomo las cosas como vienen. Tu culo o cualquier otra cosa...

Cogí el cigarrillo entre sus dedos. Di una calada. El cielo aún soltaba agua a chorros. ¿Aquello no acabaría nunca? Antes, en la canoa, recordé el día en que Marthe me había anunciado que el velero de Paul había naufragado. Había imaginado la tormenta. Había quedado como algo abstracto. En realidad, no sentí mucha pena. Después, me sentí liberada, totalmente libre en mis elecciones, como si, a pesar de nuestra separación, Paul siguiera desempeñando un papel en mi vida, como si aún no hubiera sabido de verdad librarme de él. Cédric no se lo quería creer. Tuvimos que cuidar de Jérôme. Aún me cuesta admitir que ella se hubiera prestado a aquella farsa. Seguramente fue idea de Paul y Cédric. Eran un par de cerdos.

19. Félix

· Toulouse ·

Encontré a Magali Lopez en el pasillo, daba patadas a la máquina de las bebidas sin ningún resultado.

—Esta máquina aún está averiada, joder.

—Quería darte las gracias, Magali. Has hecho un buen trabajo.

Parecía muy cansada. Había procedido al arresto en solitario y yo habría podido llamarla al orden. Di una patada a la máquina y por fin salió un vaso. Magali hizo una mueca, como para decir que aquel no era su día, y apretó uno de los botones luminosos. El líquido salió y miramos el vasito, esperábamos verlo fundirse, romperse o derramarse. Parecía Coca-Cola. Estaba caliente. Sin ni siquiera probarlo, lo tiró a la basura y simplemente se encogió de hombros.

—Eres muy amable, Félix. Seguramente eres el único que me da las gracias cuando hago algo bien.

—¿Qué pasa?

—El hombre no opuso ninguna resistencia.

—No hablo de eso.

—Estoy hecha polvo, mi novio se muere de ganas de vivir conmigo y mi madre...

Entornó sus bonitos ojos.

—Estoy bien, Félix, me he dejado llevar. Sauvage me ha seguido sin montar ningún jaleo. Se ha mantenido tranquilo en el asiento de atrás. He tenido que pararme en varios semáforos rojos y habría podido largarse. Por un momento me ha parecido que lloraba. Pero quizá me equivoco. ¿Qué tienes en contra de él?

—Fuertes presunciones.

En aquel momento Marc salió de mi despacho y vino hacia nosotros. Antes de que llegara, Magali me dio un golpecito en el hombro, empezó a alejarse y dijo agitando la mano:

—Quizá no sea vuestro hombre, chicos.

Marc llegó hasta donde yo estaba.

—¿Qué quiere decir?

—Intuición femenina, seguramente.

—Esta chica la tiene.

—Tiene todo lo que necesita.

—Si intentas casarme, Félix...

—No te preocupes, ella no te necesita. ¿Querías hablar conmigo?

—Sí, antes de que nos ocupemos de Sauvage, Mousplède ha llamado.

—Le había prometido que le tendría al corriente del asunto.

—Ya me he ocupado de ello, y quiere hablar contigo. Me ha contado una cosa, pero preferiría que la escucharas tú directamente. ¿Este tío es normal?

—De un modo ejemplar. Le llamaré más tarde.

Cédric Sauvage no se había movido de la silla en la que le habíamos hecho sentarse. Durante el breve momento que estuvimos con él, no pareció interesarle para nada la iguana, que se había puesto a montar jaleo en su jaula. Quizá el pequeño Paul había reconocido en él una silueta o un olor familiar. Desde que Lopez nos había llamado, había dicho a Marc que la primera mirada que Sauvage dirigiera al reptil sería muy reveladora. Pero le había ignorado. Sin embargo, yo había creído que el pequeño Paul le provocaría alguna reacción. Cualquiera otro en el lugar de Sauvage habría sentido, por lo menos, curiosidad.

—¿No saludas al pequeño Paul? —pregunté.

Sauvage miró al reptil y pareció que, de repente, tomaba conciencia de algo. Se hundió en la silla.

—Viernes 16, Jérômine decide irse de fin de semana, deja su animal de compañía a su vecina, siempre hace lo mismo. ¿No te sorprendió su ausencia en el piso la noche del sábado al domingo? Mírame cuando te hablo.

Levantó los ojos. Tenía la cara lívida. Marc se puso ante mi ordenador, como si no nos hiciera caso.

—No entiendo qué me está diciendo, y... no me gusta que me hable en ese tono.

—Tendrás que acostumbrarte, Sauvage. Mataste a Jérômine Gartner.

—No.

—¿No? ¿No fuiste a casa de Jérômine el sábado?

—No.

Saqué nuestra vieja caja de zapatos del armario. Contrastaba con el

elegante diseño del ordenador. Mousplède me había dicho un día que el hombre había demostrado todo su ingenio para vendimiar la uva, había creado máquinas más propias de la Luna, con lo que se dejaba a unos pobres tipejos en el paro, dicho sea de paso, pero que el sacacorchos siempre sería el mejor medio, simple, eficaz, para abrir una botella de vino. Había herramientas que eran fundamentales, nunca deberíamos olvidar lo fundamental. Nuestro sospechoso, si le hablábamos de sacacorchos, seguramente no tendría nada que objetar. Puse la caja encima de mi escritorio y volví a sentarme.

—Estás en detención preventiva.

—¿Por qué razón?

—Asesinato.

Se echó a reír tristemente.

—Los cordones, las joyas, todo lo que tengas en los bolsillos, sin rechistar.

Mientras lo hacía, procedí a la inspección. Luego puse el magnetófono en marcha.

Un cuarto de hora más tarde, Sauvage ya estaba maduro. Dijo que tenía sed y Marc fue a buscarle un vaso de agua. Sauvage miró el vaso y luego sonrió a Marc. Se agarraba las manos para impedir que temblaran y sudaba mucho. Desprendía un olor agrio.

—Necesito otra cosa —dijo.

—¡Ah, bueno! Marc, ¿podrías ir a buscarle una cerveza?

—Podría...

—Pues ve.

Marc suspiró y volvió a levantarse, fingiendo estar exasperado. Sauvage soltó:

—Bebo y eso no es problema suyo, capitán.

Al cabo de unos minutos en que solo estuve mirándole, Marc volvió con una Heineken. Puso el botellín encima del escritorio y se sentó de nuevo ante el ordenador. Sauvage lo cogió y ni siquiera intentó quitarle el tapón. Me lanzó una mirada que significaba que me había entendido. A pesar de todo, dijo: —Necesito un abridor para esta botella.

—¡Vaya! Marc, te has olvidado de coger un abridor.

—Qué lástima —dijo—. Ahora, me gustaría trabajar en paz. Tengo que enviar ese mensaje a PG. Le pido que se ponga en contacto con nosotros, ¿es así?

—Haz como habíamos quedado —le contesté, fingiendo no estar muy

interesado en nuestro sospechoso—. Sé amable, ¿eh?

—Claro...

Miré a Sauvage por el rabillo del ojo. No parecía haber entendido nuestra conversación. De hecho, estaba convencido de que ni siquiera nos había oído. Apretaba el botellín. Refunfuñó:

—Son unos cerdos...

—¿Qué has dicho?

—No la puedo abrir con los dientes...

—Vas a contestar a mis preguntas, me demuestras que eres inocente, o me confiesas que eres culpable, e iremos a buscarte un abridor. Dado que mi colega aquí presente está muy ocupado, iré yo mismo, lo haré por ti.

—Eso es sádico.

—Llámalo como quieras...

Su reacción fue inmediata. De repente, Sauvage levantó el brazo y golpeó la botella contra el borde del escritorio. La violencia y la precisión del gesto me cogieron desprevenido. La botella se rompió, de manera limpia, en la base del cuello. Algunos trozos de cristal y parte de la cerveza salieron despedidos, pero el resto de botellín quedó intacto. Sauvage se lo llevó a los labios y, evidentemente, se cortó. Empezó a beberse el contenido del botellín, parecía que iba a zampárselo de un trago. Marc saltó y tiró a Sauvage de su silla. Le cogió por el cuello, no sé cómo lo hizo, pero al cabo de un momento Sauvage estaba de nuevo sentado, en la misma posición que tenía antes, pero con el detalle añadido de que aspiraba el aire a grandes bocanadas y que la sangre le brotaba de los labios y le goteaba por la barbilla.

—¡Imbécil!

Marc recogió los trozos y los tiró a la papelera. Secó un poco el suelo y el escritorio. Inició el gesto de darle un puñetazo en la cara y luego fue a buscar el botiquín.

Esta había sido mi idea. Marc había propuesto un avance más directo. Había varias formas de tener a alguien en vilo. No era demasiado tarde. Sauvage se había quedado dócil y nadie había oído nada. Cuando Marc acabó de curarle, constaté que Sauvage sentía más miedo que dolor. Un tío borracho tiene todas las probabilidades de cortarse los labios afeitándose.

—¿Estaba buena?

—La necesitaba. Soy alcohólico...

—Eso se cura...

El pequeño Paul se movió en su jaula. Me incliné y sonreí a Sauvage.

—Bien, ¿podemos continuar?

—Si quiere...

Dócil, muy dócil. Pero continuó:

—Necesito a un médico...

—Tendrás a un médico cuando estés entre rejas.

—Quiero a un médico enseguida. Noto que se me están hinchando los labios.

—¿Eso te impide hablar?

—Me quejaré.

—En veinticuatro horas, volverás a estar bien. Marc, cierra la puerta.

Estuve en silencio un momento y continué:

—Tienes problemas de dinero, problemas graves.

—Es asunto mío.

—Y asunto de Jérôme Gartner.

—Ya les he explicado de qué se trataba. Le pagaba el cincuenta por ciento de los derechos.

—Lo comprobaremos, y si vemos que nos has mentado, puedes creerme, te va a caer una gorda.

—Pensaba que ya me había caído una gorda.

—Vaya lucidez —observó Marc.

—¿Nos hablas de tus negocios?

—Ya lo saben todo, ¿o me equivoco?

—No. Entonces, volvamos al sábado. Tenías una relación con la víctima, una relación amorosa. El sábado hacéis el amor, bebéis un poco, un poco demasiado, se te va la olla y la estrangulas. A Jérôme. La hermana de tu mejor amigo.

Empezó a mirarse los zapatos. Había llegado el momento de apretar el acelerador.

—Quizá no eres consciente de lo que estás haciendo. Puede que te durmieras, que te sumergieras en el coma, y luego por la mañana vieras que estaba muerta... No sería premeditado. Maquillas el crimen.

—Tonterías...

—Entonces, ¿qué hiciste el sábado?

—No lo sé. Lo he olvidado. Bebía. Llega un momento en el que ya no me acuerdo de nada. Pero no estaba con Jérôme.

—Vale. ¿Cuándo hablaste con Paul Gartner por última vez?

—¡Vaya pregunta!

—Contesta.

—Antes de su muerte, claro.

—¿Quién es Diane?

—Ya les dije que no lo sé.

—¿Quién es Pasko?

—Tampoco lo sé.

Marc y yo nos miramos. Nuestros labios dibujaban la misma sonrisa.

—Pasko eres tú —dije a Sauvage, y luego a Marc—: Lee un poco en voz alta, para refrescarle la memoria.

Marc cogió la carpeta que estaba en mi escritorio, la abrió sin prisas y empezó a leer. Desde el principio del mensaje, Sauvage se quedó pálido, sus labios heridos empezaron a temblar. Balbuceó:

—Todo eso está preparado.

—Lo siento, pero encontramos este mensaje en tu ordenador. Paul Gartner no está muerto.

—Diane envió este mensaje el día 20 —prosiguió Marc—. Y mira, qué casualidad, es el día en que se encontró a Jérômine. Muerta.

Sauvage acusó el golpe. Le dejamos en paz unos minutos. Tenía las manos apretadas contra su vientre, como si tuviera espasmos. Respiraba con dificultad. Marc hizo rodar su silla de forma que le hablaba casi al oído. Le dijo con suavidad: —Nos da lo mismo Paul Gartner, Cédric. Elige desaparecer, desaparece, no es de nuestra incumbencia. Pero, ahora, sabemos por qué el disco duro del ordenador de Jérômine fue destruido, porque *tú* lo destruiste. Dicho esto, debo comunicarte que le hemos enviado un *e-mail*, debe saberlo, ¿lo entiendes?

—La mayor parte del tiempo, Paul está en la jungla...

Dijo aquello para tranquilizarse, ya que era evidente que estaba siendo presa del pánico. Marc insistió:

—Debe saber lo de su hermana, Cédric.

Sauvage explotó, parecía tener convulsiones:

—¡Yo no la timé! Paul había ahorrado suficiente dinero.

—No nos importa vuestro acuerdo, Cédric. Pero ¿qué hay de este mensaje? Nos has mentado. Entonces, ¿cómo quieres que te tratemos ahora? Ponte en nuestro lugar.

Se calmó tan rápido como se había alterado. Marc mantenía el mismo tono cautivador. Su método daba frutos. Sauvage confesó en voz baja:

—Conozco a Diane.

—Se trata de Suzanne Audouy, ¿verdad?

—Sí.

—Bien. Se trata de un apodo, como el tuyo es Pasko.

—El verano pasado, en casa de Marthe, hicimos el tonto. Nos dimos otras identidades. Queríamos rehacer el mundo. Nos hubiera gustado ser unos héroes. Era entre nosotros, como una broma. Suzanne había elegido Diane, por Dian Fossey.^[5] Yo elegí Pasko, sí.

—¿Nos explicas por qué?

La pregunta solo pretendía seguir desarmándole. De este modo, le atacaríamos en el momento en que menos lo esperara. Aún teníamos un as en la manga. Me mantuve sobre aviso. Puse una nueva cinta en el magnetófono. Sauvage se tocó los labios.

Pasko, Gregori Pasko, era oficial del ejército ruso y periodista de uno de sus órganos de prensa. Había hablado de algunos peligros ecológicos a través de numerosos artículos. Tenía el permiso de sus superiores. Estos últimos, cuyo honor había quedado ultrajado debido al estado de decadencia en que se encontraba el ejército, no se mostraban descontentos con que una cabeza de chorlito removiera la mierda. Pasko no se planteaba preguntas, la censura validaba su trabajo, era aceptado en todos los casos, y él seguía levantando liebre tras liebre. En un documental titulado *La zona del peligro extremo*, había mostrado un barco derramando residuos nucleares líquidos en el mar de Japón. El audiovisual armó un gran escándalo en ese país, luego fue difundido en 1993 en un programa sobre ecología de una cadena rusa, lo que había provocado las acusaciones de traición por parte del FSB, la antigua KGB. En noviembre de 1997, a Gregori Pasko, capitán de fragata de la marina rusa, periodista del *Boevaia Vakhta*, con treinta y cinco años, le metieron en la cárcel. Su juicio se inició dos años más tarde, en Vladivostok, a puerta cerrada. Podían caerle veinte años de reclusión.

—Me habría gustado tener los cojones que tuvo él... ¿Qué he hecho con mi vida, yo? ¿Qué he hecho que sea útil? ¿Eh? Estamos aquí, creemos que el cielo es azul, que el agua es pura, Dios mío, ¿vamos a mentirnos durante mucho más tiempo?

Estaba maduro. Marc me hizo señal de que cogiera el relevo.

—Suzanne Audouy fue a ver a Paul Gartner a Filipinas. Se fue el domingo, unas horas después del asesinato.

—¡Pura coincidencia!

—¿Crees que vamos a tragarnos eso?

—Es la verdad. Suzanne no sabía que Paul no estaba muerto. Ella fue su mujer. Se lo dije la semana pasada.

—¿Por qué?

—Me pareció que debía saberlo.

—¿Tres años después de su desaparición?

—Tendría que haberlo hecho antes, tenía todo el derecho a saberlo.

—Bien. Hay muchos secretos entre vosotros, ¿no crees?

—Paul lo quiso así. No me eche a mí toda la culpa...

Sauvage estaba al límite, cada vez hablaba más bajo, daba lástima.

—Entonces le dices la verdad y va a verle, ¿es eso?

—Había previsto verse con Lydie, una amiga, en Indonesia. Imagino que cambió sus planes de golpe.

—¿Porque pensaba que le mentías?

—¡Y yo qué sé!

—Porque mientes, Sauvage.

Marc me tendió la copia del *e-mail*. Lo releí y se lo puse debajo de la nariz.

—Lee esto.

Estaba temblando. Alejó la hoja, entornó los ojos. Necesitaba gafas.

—¿Y?

—Este mensaje está codificado, Sauvage. Oh, sí, nos dice que no tienes noticias de B... Pero lo esencial no es eso. Entre líneas dice que Paul no sabe nada... aún. Paul no sabe que su hermana está muerta. Y dado que Audouy envió este mensaje el día en que se descubrió el cuerpo...

Mantuve el silencio unos segundos. Evidentemente, me estaba echando un farol. Como Marc, pensaba que Suzanne Audouy había ido a ver a Paul Gartner para algo que no estaba relacionado con el asesinato. Si no, su procedimiento habría sido aberrante. Había que aprovechar la confusión. En el estado en que se encontraba Sauvage, ya no controlaba nada. Había perdido pie, se ahogaba.

—Por una razón que vas a contarnos, estrangulaste a Jérôme Gartner, con la complicidad de Suzanne Audouy.

—¡NO!

Hizo caer su cara entre sus manos y se puso a gemir, No, no...

—Pero, ¿por qué envió este mensaje? ¿Por qué?

—Nunca se es lo bastante prudente. No recobré la sobriedad hasta el martes... No me lo esperaba.

Se echó a llorar.

—Yo no la maté, deben creerme, deben creerme...

—Entonces, ¿quién?

Balbuzeó algo.

—¿Qué dices?

—¡Fue B quien la mató! ¡B!

—¿Quién es B? —pregunté, y luego le dije al oído a Marc—: Ve a buscarle una cerveza, y esta vez no te olvides del abridor.

—Tienes uno en el cajón...

De nuevo me dirigí a Sauvage. Le puse una mano en el hombro.

—Venga, ¿nos lo dices?

—Bonobo, fue Bonobo.

[5]. Dian Fossey (1932-1985): Zoóloga estadounidense reconocida por su labor científica y conservacionista de los gorilas de espalda plateada. Autora de *Gorilas en la niebla*. (N. de la E.)

20. Marthe

· La Source ·

—Pasko significa Navidad en tagalo...

Vete a saber por qué, Cédric fusiló a Jérôme con la mirada. Bonobo hizo una mueca y soltó:

—También significa mierda en finlandés.

—Todo para mí —gruñó Cédric.

Bonobo quiso arreglarlo:

—¡Gregori Pasko es un santo! Cédric, así pues, tú serás Pasko. ¿Y tú, Jérôme?

—Yo...

Hizo una sonrisa radiante.

—Viola Labradorica, es una variedad de violeta... Viola, ¡me llamaré Viola!

—Perfecto. ¿Suzanne?

—Diane. Por Dian Fossey...

—Un homenaje a Lydie, vaya...

Bonobo no lo pudo evitar, se echó a reír levantando exageradamente las cejas.

—¿Qué pasa? ¿Te molesta? ¿Quieres que votemos?

—No, no...

—Quieres que adopte un nombre de guerra, y este me va muy bien.

—Tú misma... Pero supongo que no quieres parecerle a ella, ¿no? Era incorregible.

—¿Y por qué no?

—Fossey hizo mucho por nuestros primos, es cierto, pero despreciaba a los africanos, no sentía ningún afecto por los seres humanos, incluso aterrorizaba a los miembros de su propio equipo.

Diane se envaneció.

—Si no fuera por ella, ya no habría gorilas hoy en día.

—No se puede amar a los animales si se detesta a los hombres, y

viceversa. Fossey hacía que los cazadores furtivos se desnudaran, les mandaba azotar, les humillaba delante de todo el mundo. Cuando estaba borracha, disparaba contra la gente...

—Vaya, así que sugieres que tuvo su merecido.

—Sí, se arriesgaba a eso.

—¡No es verdad!

—Tuvo unos inicios brillantes —insistió—, pero acabó de una forma lamentable, Diane.

—¡Ya está bien! —intervino Viola—. No hace falta que os peleéis ahora. Las ranas están en grave peligro. Preguntemos a Marthe qué nombre ha elegido ella.

Diane suspiró, exasperada. Pasó un ángel. Para mí iba a ser Thornton. A los cuarenta y cinco años, Allan Thornton dirigía la EAI (Agencia de Investigación Medioambiental). Hombre de gran temperamento, tráfugo de Greenpeace, era una especie de detective ecologista. A través de su página web, enviaba investigadores a África, acumulaba fotos insoportables y asediaba a la prensa anglosajona con escándalos.

—Otro personaje —dije mostrando a Diane una sonrisa de connivencia.

Aún nos quedaba por designar a nuestro animal tótem. La elegida, evidentemente por unanimidad, fue la rana.

Nos vestimos con atuendos de colores oscuros. Desempolvé un pasamontañas para Bonobo y, para los demás, unos gorros. El aire refrescaba y nos irían muy bien. Viola insistió en ponerse sus botas y se dio cuenta de que le iban demasiado grandes. Se rio y, para evitar que le salieran ampollas, le di uno de mis mejores pares de calcetines de montaña. Estaba un poco bebida y se hizo un lío, lo que provocó una carcajada general. Incluso Diane sonrió. Su gorro llevaba un pompón, en sí no tenía nada de ridículo, pero Viola no podía más, dijo que tenía muchas ganas de mear y había que hacer una pausa técnica. Y seguía riéndose, sola, en el baño.

—¡En ruta! —ordenó Bonobo.

Pasko ya había dejado todo el material en el maletero. Cogí el volante. Diane se sentó a mi lado, se puso el mapa de carreteras encima de las rodillas y probó su linterna; me iba a guiar durante todo el trayecto. Por el retrovisor vi que Viola se sentaba entre Pasko y Bonobo. Las puertas se cerraron y nos pusimos en marcha.

Era una noche sin luna. No muy lejos de la casa, vi un tejón que corría junto a la carretera. Aunque nunca había visto ninguno en libertad, lo

identifiqué enseguida, no podía ser otra cosa. Aceleré para llegar hasta él, pero siguió corriendo, como si nada. Aminoré la marcha. Casi me detuve, mientras el tejón cambiaba por fin de trayectoria y se metía en un maizal. Controlando mi excitación, dije a los demás que lo miraran, una observación como aquella era poco frecuente, y el animal giró su cabeza hacia nosotros, nos observaba para intuir nuestras intenciones. Pareció tranquilizarse y se metió lentamente en la vegetación.

—¡Una señal! —dijo Bonobo.

—Tus espíritus adoptan unas formas sorprendentes —se burló Diane.

Atravesamos bosques y viñedos, llegamos a un lugar llamado Chez Mothay y remontamos la carretera del gran hito. En el coche había un silencio sepulcral.

—¿A quién enterramos? —pregunté.

—Tienes razón, Thornton —dijo Viola—. ¿Y si cantásemos?

—Nos vamos de excursión —propuso Diane sin convicción.

—¡No! —protestó Pasko—. Preferiría que Bonobo nos contara una historia.

Pasko se había recuperado bien. Asíá firmemente su salabre telescópico, acompañaba sus movimientos en las curvas, parecía necesario para su equilibrio y hacía caras graciosas con la red. Yo pensaba que, en una relación normal, él habría encontrado la forma de deslizar una mano entre la puerta y el asiento para tocarme el vientre o un pecho. Se habría aprovechado de la oscuridad y los demás no se habrían dado cuenta de nada.

Bonobo ya se había puesto el pasamontañas, se había colocado la lámpara frontal apagada que hacía las veces de diadema de pacotilla. Viola le puso una mano sobre el muslo.

—¡Una historia, Bonobo! ¡Una historia, Bonobo!

Sacó la lengua a través del pasamontañas. Le brillaban los ojos. Se aclaró la voz. Aminoré la marcha para oírle mejor y, quizá también, para retroceder cuando estuviéramos a orillas del agua. En las curvas, los cubos y barreños se movían en el maletero. Empezó a contar: —Hace mucho, mucho tiempo, en la época de nuestros ancestros, un hombre y una mujer vivían en medio de la selva con sus hijos. Un día, el hombre se fue con ellos hasta una parcela que había desbrozado. Llevaban trabajando buena parte de la jornada cuando apareció un mono. El hombre lo mató. El hombre metió al mono en un saco. Dejó a sus hijos trabajando solos y regresó a su casa. Abrió el saco y su mujer examinó el cadáver. Las manos del mono eran parecidas a las humanas y la

mujer empezó a gritar de dolor. El hombre no conseguía sacarla de su error. Le decía que solo se trataba de un mono, que sus hijos estaban vivos, que estaban trabajando duramente la tierra, pero ella no quería oírle, solo lloraba y gritaba.

Bonobo marcó una pausa. Muy atentos, esperábamos a que prosiguiera. Pasko fue el primero en impacientarse:

—¡Venga, Simon! ¡Siempre nos haces lo mismo!

—Bonobo —le corrigió—. Ahora soy Bonobo, métetelo en la cabeza. Habrá un antes y un después de esta noche. Esta noche, seremos grandes...

—Estamos llegando —dije.

Bonobo se humedeció los labios. Era nuestro mago, nuestro brujo, nuestro guía. Nos miró uno tras otro, como si estuviera a punto de revelarnos un secreto, una verdad fundamental:

—La desesperación de la mujer llegó a oídos del gran espíritu. Este tuvo piedad de ella y envió al murciélago a la tierra para consolar a la mujer. El gran espíritu dijo al murciélago: «Ve a consolar a esa mujer y di al hombre que no morirá antes de que sus dientes hayan llenado tres grandes cestas». El murciélago bajó a la tierra pero mintió: «¡Moriréis todos! ¡Que se mueran los jóvenes! ¡Que se mueran los viejos! ¡Que se mueran todos!...». De regreso a los mundos celestiales, el murciélago no se sentía muy tranquilo. El gran espíritu le preguntó si había llevado a cabo su misión correctamente y le dijo la verdad. La cólera del gran espíritu fue terrible. Golpeó al murciélago en la cara y le arrancó la boca. Es por esta razón que hoy en día el murciélago tiene la cara aplastada y las comisuras de los labios le llegan a las orejas. También es por esto que los hombres deben morir...

Así pues, por haber matado al mono, el hombre había sido condenado a ser mortal. Este cuento suscitaba una extrapolación. Muchas especies de primates estaban a punto de quedar extinguidas. Es decir, si su suerte ya estaba echada, ¿había que ver en eso un mal presagio para toda la humanidad? Tras el pesado silencio que se produjo, observé: —Nos has regalado historias más alegres...

—Morir quizás no sea lo peor.

—Ve a la derecha —me dijo Diane.

Me metí con el Land por el estrecho camino de tierra entre viñedos. Llegamos a una pradera en la que maniobré para tomar un sendero marcha atrás. Entramos en un bosque. Una oscuridad más profunda se nos tragó. Los retrovisores no me servían para casi nada y Viola se puso de rodillas en el

asiento para guiarme. Conducía muy despacio. El sendero se estrechaba. A pesar de la poca velocidad, las ramas causaban daños en la carrocería. Curvábamos la espalda como si nos pudieran herir. Y luego llegamos a un claro.

La noche era muy oscura y silenciosa. Enseguida noté que faltaba algo en ese silencio, pero no dije nada. Con los demás, en la luz difusa del habitáculo del coche, acabé de equiparme. Nos ayudamos mutuamente a ponernos las lámparas frontales y a encenderlas. Y estuvimos listos. Cerré el coche con llave y me puse los guantes de caucho.

Dejamos que Pasko encabezara la fila de forma natural. Diane le pisaba los talones. A continuación, estaban Viola y Bonobo y yo cerraba la marcha.

Anduvimos un rato al azar, cargados con los cubos y los salabres. Íbamos a montar una buena. ¡A por las ranas! Quizá habría que vigilar a Pasko, vi que podría irse por las ramas, esperaba que Bonobo le tuviera vigilado. Recordaba un invierno que había estado helando durante mucho tiempo en el que mi curiosidad estuvo a punto de ser fatal para mí. Me había aventurado en los juncos. Había comprobado el hielo y había recorrido las charcas, que parecían tan planas y resistentes como pistas de hielo. Parecían ojos que yo no veía y de los que imaginaba que, más tarde, en primavera, saldrían volando las cercetas.

Tuve una gran alegría al descubrir las huellas de un avetoro. Y, de golpe, el hielo se rompió bajo mis pies. Ya no sabía dónde estaba, me entró el pánico, pero gracias a la ayuda de un cazador solo perdí una bota. No capté hasta más tarde la ironía de la situación.

No habían elegido ir hasta el pantano por el camino más evidente y me pregunté si se habría hecho de día cuando regresáramos al coche. Formábamos una curiosa cuadrilla. Nuestras lámparas emitían unos haces de luz estrechos y potentes y, a medida que avanzábamos, inundábamos con ellos la noche de un modo confuso. Habíamos dejado atrás el bosque y pensé que nuestra fila sería visible a kilómetros de distancia. Rodeamos una charca y Pasko se negó a pararse.

—Más lejos —dijo—, más lejos...

21. Suzanne

· Lago Taal ·

Dije a la araña que nunca sería tan cruel, y ella movió las patas. No sé por qué le dije eso. Luego acabé de asearme con la poca agua que aún contenía el cubo. Un año antes, llevaba un cubo como ese en el pantano. Lo tendría que haber olvidado.

—¿Te das prisa?

Me vestí rápidamente y fui con Paul. La tormenta se había alejado, su estruendo ya tan solo era un rugido sordo, pero la lluvia seguía cayendo con unas gotas enormes. En el haz de luz de la lámpara que empuñaba Paul, parecían dibujarse unos hilos de agua continuos en que habría bastado con meter la mano para que la luz se disolviera. Si esto fuera una pesadilla, soñaría que, de repente, se abrían millones de grifos encima de nosotros.

Salimos del *resort* y remontamos la carretera un centenar de metros. Me pegué a Paul, pero me guiaba más por el ruido que hacía su chubasquero que por el círculo de luz a sus pies. Yo caminaba con la cabeza gacha y solo la levanté al ver pasar un *jeepney* a tumba abierta. Oí el ruido del motor cuando ya casi estaba encima de nosotros. Nos rozó y nos salpicó de barro. Sus faros brillaron un instante en la oscuridad y la vegetación me pareció más extravagante que nunca. Nos metimos en ella poco después, caminando lentamente por un sendero lleno de ramas y de hojas de banano que crujían bajo las suelas. Cogí a Paul de la manga.

—¿Estás seguro de que es absolutamente necesario?

—Para Larry es importante. Le he pagado muy bien y él quiere darnos las gracias. Si fuera solo, no lo entendería.

La aldea estaba en silencio. Apareció tras una modesta plantación de árboles de cacao. Nos dirigimos hacia la choza más grande. Unos cerdos de color negro y rosa estaban atados a los pilotes. Cerca de la escalera, el haz de nuestra lámpara pilló a un gallo de un blanco inmaculado, acurrucado en un palo atado al tronco de un cocotero. Un poco de humo se desprendía de los intersticios de las paredes de nipa, formaba como una larga serpiente algodonosa que ondulaba entre los árboles y que la noche y la lluvia

absorbían con avidez. Subimos los peldaños. No sin un cierto orgullo, Larry nos esperaba en la varenga.

—¡Eh, Joe! —dijo risueño.

Nos quitamos los zapatos y los chubasqueros. Larry dio un abrazo a Paul y yo les seguí hacia el interior.

Los muebles eran escasos y rudimentarios. Una estatuilla de una Virgen y algunos iconos llenaban un altar, en realidad una caja de Red Horse vacía en la que habían dispuesto una chapa cuadrada. Unos cirios de iglesia iluminaban débilmente la pieza común. Tres familias se apiñaban en la vivienda. Los niños estaban dispersados, en pequeños grupos. Nos miraron cabizbajos, un poco como si nos hubiéramos caído de la luna. Una niña tenía el labio leporino y se reía ocultándose la boca con las manos. En el espacio de la cocina, unas mujeres se movían alrededor de una marmita que requería toda su atención. El aire estaba lleno de humo pero no picaba a los ojos.

Paul se sentó delante del anciano sentado con las piernas cruzadas en medio de la estancia. Tenía los músculos nudosos, el pelo cano y una cara que parecía más suramericana que asiática. Un hombre más joven, Donald, estaba a su derecha. Larry se sentó a la izquierda del anciano y me hizo una señal para que tomara asiento entre él y Paul. Todos iban vestidos a la occidental, aunque muy modestamente. Aún nadie había dicho nada. Delante de cada uno de nosotros había una escudilla vacía, arroz pegajoso encima de unas hojas de banano, unos mangos verdes y, en unos cocos huecos, unos fideos con verduras.

Paul y el anciano hablaron un poco en tagalo. Reflejando una actitud de profundo respeto, Paul bajó la cabeza y me dijo en voz baja:

—La familia de Larry es del norte. Van a hacernos un gran honor.

El anciano llenó las escudillas con una bebida amarillenta cuyo aspecto y olor eran desagradables. La sirvió con lentitud. Luego cogió su escudilla, se levantó y anduvo hasta la varenga, donde vertió unas gotas encima de los bambúes. Larry se inclinó hacia mí y me dijo al oído: —Los ancestros solo beben agua. ¡Podrían enfadarse!

Se echó a reír mientras el anciano se volvía a sentar. Entonces, todo el mundo pudo beber. Al llevar la escudilla a mis labios, me acordé de Simon y aquellos buenos tiempos, un poco como aquel momento en que nos contaba historias de los lisus. Siempre salía ganando. Estábamos locos, y lejos aún de saber hasta qué punto.

El sabor de aquel brebaje me trajo al presente. Estuve a punto de escupirlo

todo y hubiera vomitado hasta la primera papilla de no haber sido por la mirada de Paul. Lo tragué, se me revolvió el estómago de inmediato, sudé la gota gorda y me imaginé cualquier maceración innombrable. ¿Sapo? ¿Geco? El anciano llenó de nuevo las escudillas. Paul no había ido con las manos vacías. Mostró a la luz de los cirios las dos botellas de *whisky*, el cartón de cigarrillos, y nuestros anfitriones se regocijaron todos a la vez. Abrieron los paquetes, haciendo OK con el pulgar: era buena mercancía. Nos acabamos el infecto brebaje y el anciano abrió volando una botella de *whisky*.

Nos llenaron las escudillas una vez tras otra. No sé cuánto duró todo aquello. Larry ya estaba bastante entonado. Me lanzaba unas miradas que me costaba interpretar. ¿Burla o concupiscencia? Al cabo de un momento, se levantó y desapareció. Y pasó un buen rato.

Cuando Larry volvió, un gallo rojo pataleaba cloqueando al final de su brazo. El anciano lo cogió y se lo puso entre los muslos. El ave estaba en un estado lamentable. Su cresta, tumbada a un lado, exangüe, parecía roída por las ratas. Había sido destripado y una mano inexperta lo había recosido de forma torpe. Abría y cerraba los ojos mientras su pico entreabierto dejaba ver una pequeña lengua jadeante. Larry me dijo: —Luchó el domingo. Perdió. Pero salió vivo. Gallo malo.

Eso no auguraba nada bueno para el pobre gallo. Estuve a punto de levantarme y salir. Lancé una mirada asustada a Paul y él me contestó con una risa ligeramente agria. Repitió:

—Nos hacen un gran honor, Suzanne. Quédate sentada.

El anciano había cogido una especie de maza. Empezó a golpear poco a poco al gallo. El ave emitía unos sonidos algo raros que reflejaban su sufrimiento. No era más que una sucesión de cloqueos interrumpidos, como un hipo, unos gemidos abortados. Los golpes le iban cayendo al mismo ritmo y el gallo no mostró casi ninguna reacción cuando Donald alargó el brazo y le arrancó un puñado de plumas. Con eso pretendía hacernos reír. De golpe, me puse nerviosa: —¿No puede matarle ya de una vez?

—Los filipinos tienen mucho sentido del humor.

—¿Qué quieres decir?

—«Pink Pikan», es decir, «matadme lentamente», es el nombre de esta práctica. Cuanto más tiempo se golpea al gallo mejor es su carne. El gallo muere cuando su sangre queda coagulada en su interior.

La agonía del gallo rojo se eternizó, luego una mujer se separó de la marmita y vino a buscarlo. Lo desplumó junto a las demás mujeres y lo metió

en la marmita para cocerlo. Entonces Larry me dijo:

—*Sana o.k. ka lang.*

—¿Qué me está diciendo?

Paul sonrió y llenó de nuevo las escudillas de *whisky*.

—Espera que estés bien.

—Muy gracioso.

El corazón me latía como un loco en el pecho. Estaba mareada. Más tarde, sola, mirando la lluvia que caía desde la varenga, aún no me había recuperado del todo. Detrás de mí, los hombres se reían; mientras estaba entre ellos solo intercambiaban dos o tres palabras entre vaso y vaso, pero ahora se reían de cualquier cosa, o de nada.

La intensidad de la lluvia por fin fue aminorando. Unas ranas empezaron a croar aquí y allá. Cuando Paul vino a desplomarse cerca de mí, le fusilé con la mirada, y luego miré hacia otra parte, no quería hacerle más reproches. Se habían pasado al Tanduay, Paul se había tragado una botella. Me preguntó si quería. Negué con la cabeza.

—No has tocado la carne —dijo, burlón.

—He comido arroz y verduras.

Era el momento. En aquel momento me sentía con fuerzas. De nuevo se burlaba.

—Me han preguntado por qué no has comido carne.

—¿Y qué les has contestado?

—Que eres vegetariana...

—Gracias.

—Se han tronchado de risa.

—¡Lo contrario me habría sorprendido mucho!

—Eso les supera. No comen carne todos los días. Esta noche, era como si nos invitaran a la cena de Nochebuena. El padre piensa que debes ser rica para no tomar carne.

—Por lo menos no les he ofendido, ¿verdad? Respetan a los ricos, eso les pierde. Y además así habrá más para los mocosos.

Dio un sorbo al ron y miró, como yo, hacia los árboles. Tras un rato, dijo:

—Has hurgado en mis cosas...

Había hablado sin enfado, pero retuve el aliento.

—Me da igual... Estabais muy bien en esa foto...

¿Cómo debía tomármelo? Al cabo de unos segundos, pregunté:

—¿Tú... lo sabes todo?

—Cédric me lo contó.

—Menudo imbécil —dije entre dientes.

—Me molesta que hayan metido a Jérômine en todo esto.

—No ha hecho nada.

—Me molesta igual.

—Paul...

Era el momento, sí. El sueño había caído en la choza. Unos ronquidos espantosos hacían temblar el bambú bajo nuestras nalgas. Empecé:

—Realmente estás en tu hogar aquí, quizá has encontrado tu sitio, el que todos buscamos.

—Es posible...

—¿Cuándo volverás a Manila?

—Algún día...

—Debes volver a Manila...

La sonrisa de borracho, que hasta entonces se le dibujaba en los labios, se le borró de golpe. Estaba a punto de llevarse la botella de Tanduay a la boca. El brazo le volvió a caer y giró lentamente su mirada hacia mí, como si estuviera sobrio de repente.

—Jérômine está muy enferma, Paul.

Antes de que pudiera ponerlo en duda, y seguro que lo haría, proseguí mi perorata. Sin mirarle, le dije todo lo que Jérômine me había contado el sábado por la tarde. De no haber sido por eso, le dije, no habría intentado volver a verle. Eran palabras vanas. ¿Por qué no se lo había dicho antes? Bueno, al fin y al cabo, solo hacía tres días que estábamos juntos, tres días después de que durante mucho tiempo le creyera muerto, y además él no me había dado pie y estaba esperando el momento oportuno. Hacía un momento, el suplicio del gallo me había convencido de que ese momento había llegado. Lo sentía mucho, lamentaba ser portadora de aquella terrible noticia. Que no pensara que eso me aliviaba. Y ahora, si quería, podía descargar toda su cólera en mí.

El tono de su voz me indicó que no me haría nada. Se pasó una mano por la cara y se la apretó suspirando.

—¿Y desde cuándo lo sabe ella?

—Hace unos meses. Va a ver a un médico cada miércoles. Pero no hay remedio alguno.

—El síndrome de Werner, ¿dices?

—Provoca una degeneración precoz y, al cabo de un tiempo, un cáncer tras otro...

Cánceres y tumores para los que existían palabras, palabras desagradables, como sarcoma, schwannoma, meningioma, mioma o linfangioma. Quise evitar el lenguaje médico. Paul estaba pálido.

—¿Y en qué estadio se encuentra?

—El miércoles, antes de irme, su médico no pudo ocultarle que la enfermedad pronto entraría en una fase activa.

—No lo soportará.

—Yo también lo creo.

—¿Y la has visto... deteriorarse?

—Desde el verano pasado no nos veíamos mucho. Me parecía que había adelgazado, que quizá las cejas le clareaban, pero, como había cambiado de peinado, quería hacer régimen y no se quejaba, ¿qué podía imaginar yo?

—Pero ¿por qué nunca me habló de ello?

—¿Por qué? ¿Me preguntas por qué? Pues porque nunca has estado cerca de ella. Porque siempre la has aplastado. Porque, a pesar de todo, ella te quiere...

—...y me fui sin pensar en ella...

—Ella sigue admirándote...

—¿Te habló de mí?

—No, guardó el secreto. Pero la conozco bien, ¿sabes?

—Joder...

El dolor le atenazaba. Podía leerse la culpabilidad en sus ojos. Se levantó, se tambaleó. Se metió la botella de ron en el bolsillo y dio unos pasos por la varenga. Pensé que volvería para decirme algo. Solo me miró y, al final, saltó por encima del niño que dormía allí, encima de una estera. Recogió sus zapatos y bajó la escalera aún descalzo. Un pensamiento que enseguida me avergonzó se cruzó por mi cabeza: la vida acababa de regalarme una revancha. Era terrible y asqueroso. Paul ya estaba atrapado en la noche, el ruido de sus pasos se ahogaba en la lluvia.

Winna mató la araña mientras yo desayunaba. No esperaba volver a ver a Paul. Winna me confirmó que se había ido, que había pagado las habitaciones y las comidas. No le pregunté por qué había matado la araña.

Anduve a paso rápido hasta la pista. Muchos chicos en moto salieron de ninguna parte, deseosos, por unos pesos, de ponerse a mi disposición. Incluso uno se atrevió a más: saltó de su máquina infernal y quiso descargarme de mi

mochila. Me enfadé y anduve más rápido, con la cabeza gacha, sin ni siquiera mirarles. Se cansaron antes que yo.

Empecé a trepar y, muy pronto, los sonidos de la jungla sustituyeron a los de Talisay. La lluvia había excavado unas roderas profundas; dudaba que Paul se hubiera ido por allí. Seguramente en otra parte habría una carretera más practicable. Paul me la había jugado bien. Fiel a sí mismo, necesitaba dar mil vueltas antes de manifestar lo que sentía. A menudo por mi desgracia. Además, era evidente que había encontrado su lugar. Había ido al final de algo. Yo aún no había llegado tan lejos. No me sentí nunca lo bastante valiente.

De repente, entre la espesura de la vegetación, creí entrever una forma. Pensé en un mono. Me quedé inmóvil un buen rato escrutando los follajes, pero no pasó nada. Lydie ya lo habría visto si hubiera habido algo que ver. De todos modos, reanudé mi avance con el sentimiento de que la selva, toda ella, como una conciencia bondadosa, velaba por mí. Seguro que Lydie conocía esta impresión. Lydie también había encontrado su lugar. No era un paraíso, pero no volvería, estaba segura de ello.

Estaba pensando en que podría reunirme con Lydie en Borneo cuando llegué a la choza colgada sobre el vertedero. Al cabo de un momento, aguanté la respiración, aquel olor me era insoportable. La mujer de la úlcera purulenta estaba sentada bajo una vieja sombrilla. Desmenuzaba unas bananas de piel negra. Me miró sin manifestar ningún interés particular, mientras los cachorros vinieron a lamerme los zapatos, ladrando. El niño del tirachinas hurgaba entre la basura. Los mosquitos eran de una voracidad extrema, se abalanzaban sobre mí desde todas las direcciones y yo no tenía manos suficientes para espantarlos. El niño levantó la cabeza y pareció decidir que no valía la pena correr detrás de mí, yo ya me alejaba y la limosna no recompensaría el esfuerzo. Volvió de nuevo a hurgar en la basura.

El águila calva planeaba por encima de la jungla. En cuanto tuve el viento a mi favor, me giré y contemplé el lago. El volcán Taal permanecía visible, pero no Talisay. Un poco de mí había muerto allí. O bien había renacido como otra cosa. Con la sonrisa en los labios, reanudé la marcha. A pesar del calor, aceleré el paso. Me gustaba pensar que la jungla estaba llena de monos.

22. Félix

· Toulouse ·

Llegué a la circunvalación. Eran las veintidós horas dieciséis minutos, ya diecisiete, conducía despacio. La radio del coche crepitaba. El cansancio se me caía encima y yo resistía. Intentaba formarme una idea de los trópicos, imaginaba a Paul Gartner en la jungla. Era posible que no abriera nuestro *e-mail* hasta al cabo de varias semanas. Paul Gartner y Suzanne Audouy en la jungla. Un reencuentro. ¿Feliz? El calor era insoportable. Me daba la sensación de estar bañándome en pegamento caliente. Recordé que me había ahogado en los invernaderos. Una cosa llevó a la otra y llamé a Éliisa con el móvil. Pronto saldría de la circunvalación.

—¡Félix! —dijo alegre, sin aliento.

—¿Qué estabas haciendo?

—Me tomaba una naranjada, miraba mis plantas.

—¿Será pronto la cosecha? —insinué.

—Habrá que esperar a septiembre, cielo.

—De todos modos, ten cuidado, Éliisa.

Se echó a reír y me preguntó:

—¿Vas a venir esta noche?

—Aún tengo trabajo que hacer. Pero estoy pensando en detener el coche en un arcén y dormir un rato, un cuarto de hora...

—¿Dónde? Me lo dices y voy para allá, te ayudaré a relajarte...

Éliisa sabía hacerme sonreír. Murmuré:

—Te echo de menos.

—¿Cómo?

—Tengo ganas de ti.

—¡Oh! ¡No tan rápido! Soy un pequeño cangrejo. Hay que pelarme con delicadeza para apreciar mi carne.

Unos minutos más tarde, recibí la llamada de Serge Turbé. Me preguntaba qué podíamos creernos de las confesiones arrancadas a Sauvage, teniendo en cuenta su estado. Por fin sabíamos quién era B: Bonobo, alias de Simon Crouzet. Ya no nos faltaba más que M. La comisaría de Royan nos había mandado por fax su informe. Marthe Morineau estaba fuera de toda sospecha. El fin de semana del asesinato constaba en el programa de un coloquio organizado en Lille por el GON, el Grupo Ornitológico Norte. Había participado de forma activa en numerosos debates. Su conferencia, «Explosión demográfica de la cigüeña blanca, *Ciconia ciconia*, en el pantano de Charente», había sido muy bien recibida. Más de un centenar de personas la habían aplaudido.

Serge empezó a quejarse. El FAED no había llegado a nada. Y además, según él, me dedicaba demasiado tiempo. Dijo sin dejarme hablar:

—Parece que tienes a un sospechoso...

—Marc sigue trabajando en ello.

—Tengo novedades, Félix. Tienes olfato, no puedo negarlo.

—¿Y? —pregunté sin ganas.

—Seis botellines de Carlsberg.

Me hubiera encantado tomarme un trago bien fresco en el puente de la Julip. Hubiera dejado que Élisabeth nos liara un porro.

—He encontrado dos tipos de saliva. Uno pertenece seguramente a Jérôme Gartner. Queda por saber si el otro se corresponde con el esperma recogido. Tendrás los resultados el martes lo antes posible.

Aunque seis botellines pudieran constituir una prueba, Cédric Sauvage había mentido de nuevo. Había pasado una parte del sábado en casa de la víctima. ¡Había recibido a mucha gente aquel día! De todos modos, creía a Sauvage cuando decía que no había mantenido relaciones sexuales con ella. Esto excluía un posible móvil. No descartaba totalmente la hipótesis de que fuera el asesino. Pero daba algo más de peso a sus últimas declaraciones.

—Debes someter a tu hombre a un examen, Félix.

—Está en el programa.

Pasé una serie de rotondas y me crucé con varios gendarmes escondidos.

Por fin vi la farmacia y giré a la derecha. Entré en Plaisance-du-Touch. A pesar de ser de noche, un cortacésped rugía en alguna parte. Oí unos gritos de niños que jugaban a saltar en una piscina. Mientras subía por la avenida Guis, un Transall sobrevoló los chalés a baja altura, solo distinguí sus luces, el avión militar se preparaba para aterrizar en el aeródromo de Francazal.

Dirigí el coche hacia el camino de tierra. La casa parecía deshabitada. Las puertas del garaje, que alojaba un Peugeot 206 rojo y un Golf C blanco, estaban abiertas. Unos aspersores giraban lentamente sobre el césped. Claude Mousplède me había dicho que nunca sería demasiado tarde. Me pregunté cómo sería su mujer.

Dado que la parte delantera del chalé estaba en la oscuridad, me dirigí hacia la parte trasera. Entonces vi una veranda débilmente iluminada. Confiado, avancé por el césped. Demasiado confiado. Quería entrar y preguntar si había alguien. Fue solo una intención. Di unos golpecitos en la puerta vidriera. Pensaba que estaba abierta, pero estaba cerrada. Toda la galería vibró por el impacto. Dije una palabrota al tiempo que veía las estrellas y la huella de mi frente en el cristal y a la señora Mousplède que me miraba con dureza. Hacía un momento no estaba, y ahora sí. Tendría unos cincuenta años, la mirada penetrante y el pelo corto oxigenado.

No daba la impresión de querer compadecerse. Me masajé la frente mientras ella abría el ventanal.

—Está muy limpio este cristal —dije a modo de excusa—. Capitán Dutrey, soy un colega de su marido.

—¡Que sea poli no me sorprende nada!

¿Qué quería decir con aquello? Le sonreí como un tonto.

—Él me está esperando, señora...

—Llámeme Ida, y que eso no le impida ponerse las zapatillas...

Seguí su mirada y observé un par de zapatillas entre los zapatos y los patucos alineados como si fuera un desfile.

—Muy bien, señora —dije.

Se echó a reír.

—Si quiere me quito los zapatos...

—¿Lleva los calcetines limpios?

No habría podido jurarlo, así que seguí a Ida moviéndome encima de las zapatillas.

Cruzamos la casa bajo las miradas indolentes, aunque divergentes, de tres gatos siameses. Dejé las zapatillas delante del despacho. Claude Mousplède estaba ante su ordenador, jugando al solitario. Llevaba una camiseta en la que podía leerse «No pasarán», un pantalón corto de color arena y unas chanclas de caucho negro, del tipo que van bien para el agua y sostienen bien el pie, ideales para cruzar un torrente.

—¡Félix! —exclamó y se giró para estrecharme la mano con afecto.

—¡Buenas noches, jefe! —le dije sinceramente contento de volver a verle.

Miré la biblioteca y no oculté mi admiración. Había miles de libros sobre Asia.

—¡Eh! ¿Lo he oído mal o mi mujer te ha hecho el truco de la veranda? Ida pone sus trampas...

Ida le lanzó una mirada en la que se mezclaban ternura, indulgencia y algo más. Sus finas cejas se arquearon. Puso los ojos en blanco. Del mismo modo que hubiera hecho de haber estado reunidos en la comisaría, cogí asiento enseguida. Pensé que en diez años Mousplède nunca me había tuteado. Debía ser un efecto de la jubilación. En servicio, de haberlo decidido, habría podido tutearle yo mismo. Ahora no sabía si, por mi parte, podía justificarse una familiaridad como aquella. Sería algo que llegaría de manera natural, o no.

—¿Tienes hambre, Félix?

—Un café me iría bien.

—No digas tonterías —dijo, y luego se dirigió a su mujer—: Ida, querida.

—¿Qué quieres, Claude?

—¡Una jubilación placentera! ¡Qué risa! ¿Podrías prepararnos unas tapas y un vinito de Rioja?

—Estás a régimen, no lo olvides. ¡El otro día llegaste en un estado...!

—¡La botella, querida, la botella!

Cuando Ida hubo desaparecido, se inclinó hacia mí y me dijo en voz baja:

—Me encanta esta mujer. ¡Hace lo que quiere conmigo! Por cierto, ¿conoces la diferencia entre una hechicera y una bruja?

—No...

—¡Diez años de matrimonio!

Se rio casi hasta ahogarse, rojo como un tomate. Al poco, Ida volvió con una bandeja con tapas, dos copas y una botella de Rioja, pero también con una taza de café y azúcar. Sabía lo que se hacía. Se lo agradecí con una sonrisa y se fue.

Me tomé el café para combatir el sueño y luego me dejé llenar la copa tan solo por agradecer la hospitalidad. Mousplède hizo rodar el néctar por su boca, hizo una elocuente gesticulación y se lo tragó con satisfacción. Malicioso, me acercó un bol lleno de «cojones de marciano», es decir, aceitunas verdes. Volvió a soltar una carcajada. Llenó de nuevo su copa pero esta vez la mantuvo a distancia. Me miró con seriedad.

—Descubristeis el cuerpo el martes por la mañana. Estamos a jueves. Has hecho un gran trabajo, Félix.

—Gracias.

—Te acercas a la resolución del caso...

—Yo no estoy tan seguro.

Con un movimiento de la mano quiso borrar mi pesimismo. Me di cuenta de hasta qué punto admiraba a aquel hombre y cuánto le debía. Me había enseñado el sentido de la moderación, del que derivaba una cierta forma de paciencia. En nuestro medio, además de evitar el sarcasmo, era una buena baza, quizás me permitiría acabar mi carrera sin el cerebro hecho jirones.

—¿Ventimiglia te habló de nuestra conversación?

—De una forma fragmentaria. Habíamos detenido a Cédric Sauvage.

Dejé de justificarme. Era inútil, no se le podía engañar. Frunció el entrecejo e hizo un ruidito con la boca.

—¿Sabes quiénes son los lisus?

Confesé mi ignorancia.

—Bien, ¿cómo te lo puedo explicar?

Los lisus vivían en una región muy apartada, en el extremo oriental del Himalaya. Se hablaba del país lisu, y ese país de montañas muy escarpadas estaba cruzado por la Salouen, es decir, la Muerte. Desde siempre, los lisus habían resistido al invasor chino, de modo que Pekín nunca pudo someterlos.

—Los lisus son gente curiosa. Por la noche, ante el fuego, beben y se cuentan historias.

El café no me había hecho ningún efecto y me costaba mantener los ojos abiertos. Interrumpí a Claude:

—Claude, estoy hecho polvo y...

—Ahora te recuperarás. Si me dejas un momento... Los lisus se organizan en clanes que toman su nombre de un animal o una planta. Te evito los detalles. Bien... Vamos a las choas...

—¿Cómo?

—Choas, c-h-o-a-s. Una c-h-o-a, dos c-h-o-a-s.

Estaba bostezando tanto que iba a dislocarme la mandíbula. Con ganas, hubiera pedido otro café. Pero enseguida prosiguió y, aunque sus revelaciones eran descabelladas, le escuchaba con atención creciente. Mousplède me sorprendería siempre. Moncollin nunca tendría su temple.

—Los seres humanos poseen varias choas, que son indispensables para su salud mental y física. Las choas tienen la facultad de vagar en los nueve mundos celestes, los siete mundos subterráneos y en el mundo terrestre. Los lisus explican así los sueños. Si, antes de despertarse, las choas no regresan al

cuerpo, se producen enfermedades físicas o mentales... Los nueve mundos celestes y los siete mundos subterráneos estaban superpuestos. Los mundos celestes eran el reino de seres con facultades sobrehumanas pero con reacciones humanas. Los mundos subterráneos estaban habitados por dragones, una multitud de seres ctónicos y duendecillos. Algunas choas seguían el cuerpo al que estaban asociadas y se manifestaban en forma de sombras. Una de ellas, la sombra neta, tenía una influencia positiva: empezaba a despertarse cuando el ser humano se dormía, se levantaba cuando él caía y recuperaba el ánimo cuando él estaba abatido. Cuando llegaba la muerte, la sombra positiva se quedaba junto al cadáver durante tres días y tres noches, exhortándole a levantarse. Una vez pasado ese plazo, la sombra elegía domicilio en el altar familiar, con la condición de que hubiera niños de sexo masculino para honorarle, si no erraría por el mundo terrestre o en los espacios infinitos del País de los Muertos.

Hizo una pausa para que me empapara bien de todo aquello. Asentí con la cabeza.

—Es bello, ¿verdad?

—Son unos poetas estos lisus...

—Están lejos de Descartes, es cierto. Pero prefiero esta visión del mundo. Descartes y Jesús nos han metido en la mierda hasta el cuello, si quieres saber mi opinión. Pero no quiero desviarme. Ya te imaginas que no cuento todo esto por la simple belleza del relato. Nueve mundos celestes y siete mundos subterráneos, ¿ves a dónde quiero llegar?

—No —dije, pero sabía que iba a darme la clave.

—Los lisus hacen una distinción muy clara entre mala muerte y buena muerte. Los cuerpos de quienes mueren por causas consideradas sobrenaturales, incluyendo a las víctimas de asesinatos o accidentes, son incinerados y las cenizas se entierran rápido. Si una persona fallece de muerte natural, como tras una enfermedad, y tiene un descendiente directo de sexo masculino, hay una ceremonia que precede la inhumación. Puede ser un hijo. Bien, este mete en la boca del muerto unos granos de arroz descascarillados para alimentar a los espíritus durante su viaje, así como unos fragmentos de plata, que permitirán pasar los peajes que dan acceso a los ríos que jalonan el Camino de los Muertos y pagar el derecho de entrada al País de los Muertos.

Me incorporé en mi asiento, atónito. Claude sonrió de satisfacción.

—¿Ya te estás despertando?

—¿Cuántos?

—Se necesitan siete granos de arroz y siete trozos de plata para una mujer. ¿Había un gong en el piso de Jérôme Gartner?

—Sí, sí...

—Entonces sirvió para expulsar los espíritus de los animales que había matado Jérôme durante su vida terrestre, ya que podrían obstaculizar su camino hacia el País de los Muertos...

—Dudo que Jérôme matara a muchos animales.

—Matamos a miles de insectos con solo cruzar un césped. Tenía los ojos cerrados, ¿verdad?

—En efecto.

—Los lisus creen que si los ojos están abiertos, significa que el muerto no está contento de irse, y aquello asustará a los supervivientes.

—Es de locos.

Permanecí en silencio un instante. Reflexionaba sobre todo aquello. Maquinalmente, cogí la copa de vino y me la llevé a los labios. El sueño había desaparecido. Claude temblaba de impaciencia.

—¿Qué deduces de todo ello?

Tomé un sorbo y asentí con la cabeza.

—El asesino se inspiró en las creencias de los lisus.

—Muy bien.

—Pero hay algo que cojea. Jérôme falleció de muerte «sobrenatural».

—El asesino no es más lisu que tú y yo. No domina del todo esas creencias y, quizá sin querer, se desvió del ritual. Además, no incineró el cuerpo.

—Habría sido un gran problema.

Seguí reflexionando. Claude pareció leer mis pensamientos.

—Sí, no pega con el personaje de Cédric Sauvage.

—Por lo que me dijo Ventimiglia, pienso lo mismo.

Había llegado a la neutralidad, ni tú ni usted. Mientras salía de Plaisance, pensaba que mis choas estaban bien colocadas. Me ayudaron a no meterme una buena castaña. Me hacían respetar los límites de velocidad, los semáforos y las prioridades de paso. Me daban un extra de energía. Me hacían dar un puñetazo al volante, ¡joder, qué historia! Me sorprendí riéndome solo, era una risa nerviosa, y llegué a la autovía, donde pisé el acelerador.

Marc y yo nos pusimos de acuerdo en no decir nada a Sauvage de los siete granos de arroz y los siete fragmentos de plata. Era nuestra principal baza, nuestro as en la manga. Teníamos que trabajarnos a Sauvage, actuar con tacto, y estar convencidos de que no había metido arroz y plata en la garganta

de Jérôme. Lo que, de forma incontestable, daría fe de su inocencia. En mi opinión, demasiadas cosas agobiaban a nuestro hombre. Ahora debíamos creer en la existencia del otro. Bonobo.

Sí, pero Marc estaba tan hecho polvo como yo, y Sauvage podía hacerle perder los estribos, se le podría soltar la lengua y la duda subsistiría, a costa de Sauvage. No, debía confiar en Marc. Tenía oficio. No había razón para que se dejara llevar. De acuerdo, pero ¿y sus choas? ¿También le eran favorables? ¿No intentarían hacerle sentir mal? ¿No le incitarían a relajar su atención? ¿A liarse? ¿A dejarse embaucar? Estaba seguro de Marc, pero no de sus choas. Nervioso, llamé al número del despacho.

El teléfono sonó un buen rato. Y al final alguien descolgó. No reconocí la voz de Marc. O bien es que estaba imitando a una mujer. Él no hacía esas cosas. No era momento para reírse. Se oía trajín al fondo. No era necesario, pero gritó a través de mi móvil: —¿Quién está al aparato?

—Lopez.

—¿Qué coño haces ahí? ¿Por qué nadie contestaba?

—Estaba en el baño...

—Pero ¿qué dices? ¿Qué ha pasado?

—Sauvage se ha escapado.

—Pásame a Marc, rápido.

—No puede, Félix.

23. Marthe

· En el pantano ·

Más lejos, entendí lo que le faltaba al silencio. El silencio es una noción relativa. El silencio nunca es totalmente el silencio. Y allí, de repente, en el pantano que conocía tan bien, faltaban algunos ruidos de los que lo llenaban habitualmente: el chirrido que producen las ramas de los sauces, el goteo de las hojas de los álamos y el rumor de los juncos acariciados por la brisa.

El pantano era lo bastante vasto para que una pareja de aguiluchos anidara en él cada verano. Sus crías, incapaces de volar aún, seguramente estaban muertas, enterradas o destrozadas. ¿Dónde se habían metido mis rascones, mis ruiseñores bastardos, mis buscarlas, mis escribanos y mis mosquiteros?

Los buldóceres habían empezado a devastar el paisaje. Sus siluetas amenazadoras se dibujaban ante nosotros. No pude reprimir las lágrimas. Viola me apretó la mano. Todos soltamos los cubos.

Durante un buen rato, nos quedamos inmóviles. Luego Bonobo sacó de su bolsillo una linterna y observamos con mayor claridad el desastre. Barrió el perímetro a nuestro alrededor y su haz de luz pilló una rana agarrada a una mata de juncos que emergía de la tierra removida. Chapoteando entre los charcos de agua sucia, Viola caminó hacia ella como una sonámbula. La rana saltó y, tras haberse dado un golpe con una lata de conserva, se quedó de espaldas nadando en el vacío. Con un gesto tan seguro como ridículo, Viola la atrapó para meterla en su cubo.

—Aquí, aquí... —dijo con un nudo en la garganta.

De todos modos, la rana intentaba salir del cubo. Durante un rato solo oímos el ruido desagradable que producía al saltar y arañar el plástico.

—Ilumínala, eso hará que se tranquilice.

Viola se agachó. Se quitó su lámpara frontal y la dirigió de forma que deslumbrara a la rana, que se calmó enseguida.

—¡Mirad!

¡Como si estuviéramos ciegos! Diane señalaba la evidencia, el horror. Habían empezado a llenar los pantanos con desechos. También parecía que

hubieran vertido toneladas de botellas que deberían haber sido recicladas. Por lo que podíamos ver a la luz de nuestras lámparas, las apisonadoras ya habían trabajado en una amplia extensión. Las obras se desarrollaban sin ningún sentido. No habían realizado el secado del pantano con rigor. No daba ni cinco años al pavimento de hormigón que iban a verter encima, no pasaría mucho tiempo antes de que se agrietara. Pero ya no había marcha atrás. ¿Y si no era por culpa de un supermercado? ¿Y si solo querían abrir un nuevo vertedero? Se hablaba de cerrar el antiguo, que estaba lleno a rebosar desde hacía tiempo. Los políticos se lo planteaban, lo había visto en el periódico. Quizás habían encontrado la solución. ¡Y nos habían engañado a todos!

—¿Alguien lo sabía? —pregunté.

Bonobo negó con la cabeza.

—En el pueblo, oí que decían que las obras iban a empezar, no que ya habían empezado.

—¿Ha habido alguna encuesta de utilidad pública?

—Ni idea, Thornton...

Le ponía nervioso. Pero no me gustó que me contestara como a una subordinada. Más tarde lo pensé: mi actitud no había arreglado las cosas. Bonobo me diría después que era como si el barco hubiera naufragado, todos hubiéramos acabado en el agua y de repente yo me pelease por el mejor sitio en el bote salvavidas. Me puse terca: —¿Y crees que alguien estará lo bastante loco como para edificar un supermercado ahí encima?

—Solo añadiría más basura...

—¿Ese es todo el efecto que te produce? ¿Y tus espíritus? ¿Qué coño están haciendo, puedes decírmelo?

Nos habíamos dispersado, pero no había más de cinco metros entre cada uno de nosotros. Diane se me acercó y me cogió del brazo. Me dijo en voz baja:

—Cálmate, te lo ruego.

Pasko nos daba la espalda a todos y aún no había dicho nada, era el único que no había pronunciado ni una palabra. Nos habíamos lanzado a aquella aventura por él. No habíamos tenido necesidad de ponernos de acuerdo. Estaba segura de que cada uno había pensado que sería una forma de ayudarlo, obedeceríamos sus órdenes como buenos soldados, soportaríamos sus cambios de humor sin rechistar. Le habría ido bien. Le habría recordado sus años mozos, sus sueños. Ni siquiera yo, que estaba tan íntimamente ligada a aquel sitio, vivía tan cruelmente aquella situación. Pensé que si nadie

se decidía a ir a consolarle era porque todos nos temíamos que ya no podíamos hacer nada por él. Mejor dejarle sufrir en paz, quizás llorar. Había que respetarlo. Pero Diane me dijo al oído: —Creo que te necesita...

¿Por qué a mí? ¿Había intuido algo Diane? No pude planteármelo por mucho tiempo, ya que, de repente, Pasko lanzó un grito glacial, interminable. Echó la cabeza hacia atrás. Tiró al suelo el salobre y el gorro. Gritaba como un demente. Se me hizo un nudo en el estómago y noté la mano de Diane, que me apretaba más fuerte el brazo.

Pasko dio unos pasos a la izquierda, luego a la derecha. Así empezó a recorrer la distancia que nos separaba del buldócer más próximo, unos treinta metros. A medida que se acercaba, arrancaba las estacas de los agrimensores. Se giraba sobre sí mismo y las lanzaba al aire. Las estacas caían siempre cerca de él. Con rabia, daba patadas a las que se le resistían. Y seguía gritando, hasta perder la voz.

—¡Bonobo! —grité— ¡Haz algo! ¡Acabará herido!

—Ya está herido.

Bonobo iluminaba la escena. Pasko se cayó en una charca. Su lámpara ya solo emitía una luz intermitente. Volvió a tropezar. Lleno de rabia, arrancó más estacas. Y con la cabeza gacha embistió el buldócer. Empezó a golpearlo a ciegas con los puños. La máquina estaba inclinada hacia nosotros. La pala, llena de basura, estaba levantada. Pasko escaló por la oruga.

—¡Eh!

Un chico salió de detrás. Su aparición no me sorprendió, que estuviera solo y sin perro, sí. Habíamos hecho todo lo posible por llamar su atención. Además, debido al vandalismo, hubiera sido extraño que las máquinas de las obras se quedaran de noche sin vigilancia, ya lo sabíamos. El chico pasó por debajo de la pala tranquilamente. Nos iluminó con su linterna y se giró hacia el buldócer.

Pasko estaba subiendo por la escalera de acceso a la cabina.

—¿Qué coño estás haciendo ahí? —gritó el chico.

Pasko lanzó su codo hacia el parabrisas y lo hizo añicos. El chico no se lo esperaba. Imaginaba que solo éramos una pandilla de jóvenes haciendo el tonto. Una buena bronca y a casa. Por unos segundos tuve la impresión de que se quedó boquiabierto. Y luego soltó varios tacos, amenazando a Pasko con que iba a ganarse varias patadas en el culo. Ató su linterna en el cinturón y, con una agilidad que no dejaba suponer su corpulencia, trepó por la máquina. Se cogió a la escalera, subió dos travesaños, pero Pasko dio una

patada al azar. No podíamos mover ni una pestaña, estupefactos e impotentes ante el espectáculo al que asistíamos. Había empezado a caer una lluvia fina. Las siluetas parecían tener otra consistencia. Me pregunté si Bonobo actuaría. Viola lo temía. Pasko ya no era él mismo. Seguramente no se daba cuenta de lo que estaba haciendo.

Sorprendido, el chico resbaló y soltó la escalera. Se cayó de espaldas encima de la oruga. Emitió un gruñido. Su linterna se soltó del cinturón y rodó a su lado. Intentó cogerla pero se cayó al suelo y desapareció en el lodo. El chico no se levantaba. Intentaba hacerlo pero no lo lograba. Pasko entró en la cabina y se instaló en el asiento. Puso el contacto. El motor diésel roncó. El chico empezó a gritar, pero el ruido tapaba sus gritos. Intentaba desesperadamente soltarse. Su pierna había quedado atrapada entre la oruga y la cabina. Pasko hizo rugir el motor. Parecía como si hablara para sí mismo, pero quizá le decía al chico que se largara, rápido. Encendió los faros. Bajó la pala. Se puso en marcha. Demasiado tarde, Bonobo echó a correr.

El cuerpo del chico se estiró al mismo tiempo que la oruga pasaba por las ruedas. Por un instante pareció que iba a partirse en dos. Pero, por fin, su pierna quedó liberada. Por desgracia, el buldócer no podía parar. El hombre hizo el gesto de incorporarse y no de tirarse hacia un lado. Cometió un error fatal. Lo atropelló. La oruga le aplastó la mitad del cuerpo.

Bonobo vino hacia nosotras. Quizá pensaba que nos precipitaríamos. Para ello habríamos necesitado que alguien nos diera fuerzas. Lo poco de su cara que se podía entrever bajo el pasamontañas mostraba que estaba muy pálido. Tenía los ojos fijos. Reprimió las náuseas. Viola, al borde de la histeria, preguntó si el hombre estaba muerto.

—Yo me ocupo de todo...

—¿Está muerto?

Las lágrimas le inundaban los ojos. Y Bonobo, como si tuviera que convencerse a sí mismo, repetía: «Yo me ocupo de todo, yo me ocupo de todo». Y luego se dirigió a mí:

—Id al coche. Vais directas a casa. Nunca habéis salido de allí...

—Dinos si...

—¡Nunca habéis salido de allí! —gritó, y se fue rápidamente hacia el buldócer.

El motor seguía en funcionamiento pero la máquina se había detenido. Pasko tenía la cabeza hundida entre sus brazos, aún encima del volante.

Bonobo se giró para asegurarse de que nos poníamos en marcha. Diane

recogió los cubos. Viola apretaba el suyo contra ella, era el que contenía la rana, y tuve que empujarla. Habíamos llegado a la parte del pantano aún preservada. Apagué mi lámpara frontal y Diane hizo lo mismo. Habíamos formado una fila. Me concentré en el camino.

Viola tropezó y Diane la ayudó a levantarse, pero, en su caída, había dejado escapar la rana. Se puso a rebuscar por la hierba a su alrededor.

—Date prisa, Jérô.

—¡Viola! —me riñó.

—Se han acabado las tonterías.

—¡La rana, estoy buscando la rana! —dijo, como anonadada—. La rana...

Se puso a sollozar y Suzanne le dio una bofetada. Prefería no pensar en lo que estaba haciendo Simon en aquellos momentos. Comprobé que nos enfrentábamos a lo peor, si es que no lo habíamos hecho ya, al preguntarme si Cédric llevaba puestos sus guantes de caucho al subir a la cabina.

Intensifiqué la vigilancia. Pero, por un momento, pensé que nos habíamos perdido.

Y por fin distinguí la silueta del 4x4. Suzanne y Jérômine me seguían como si fueran zombis. El contacto con el acero frío me alivió. Jérômine subió al coche. Tendí las llaves a Suzanne.

—¿Quieres volver allí?

—No. Coge tú el volante...

Abrí el maletero. Siempre dejaba allí algunas herramientas, como un azadón, que podía servirme para excavar un agujero en el suelo. Me tapaba con una red de camuflaje y esperaba durante horas al pájaro raro.

—¿Me quieres explicar qué...?

—Conduce por los lados, encima de la hierba. Voy a intentar borrar los rastros de los neumáticos.

Encendí de nuevo mi lámpara frontal y empecé a cavar. Más tarde quemaríamos las botas. El sudor empezó a picarme en los ojos.

CUARTA PARTE: «AQUÍ ES COMO EN OTRAS PARTES, ES COMO LA MEMORIA, TODO CUANTO SE ALEJA ADOPTA EL COLOR DEL NEGRO». Richard Desjardins

24. Bonobo

· Toulouse ·

Bonobo se acordaba de un bello día de julio. Era la vigilia de aquella terrible noche en el pantano. Una vez más, había intentado provocar a Suzanne antes de retirarse a su habitación. Había esperado a que la casa estuviera en calma. A través de la ventana, había visto a Marthe metiéndose en el bosque. Luego, discretamente, había ido junto a Jérôme, que tomaba el sol casi en el límite de la propiedad.

Bonobo se había desnudado y se habían revolcado entre las hierbas altas. Tras haber retozado, él le había hablado de algunas cosas. Le había contado lo de las choas, la sombra límpida y la sombra borrosa. La sombra límpida permitía curarse cuando se estaba enfermo. En cambio, la sombra borrosa tenía una influencia negativa y la enfermedad acababa siendo fatal. Bonobo se había apresurado a decirle que tenían buenas choas, y que su sombra límpida, hasta que se demostrara lo contrario, obligaba a su sexo a levantarse para hacerle de nuevo el amor.

—¡Gracias a Dios! —exclamó ella, ávida.

Y él se tumbó encima de ella y habían reído. Bonobo había sacado del bolsillo de su pantalón un dictáfono y había grabado sus risas. Y luego, a su vez, Jérôme le había contado cosas que él desconocía. Le había explicado los extraños comportamientos de un mono, que, se nos parecía más aún que el orangután o el chimpancé. Como los humanos, los Bonobos practicaban la copulación cara a cara o la masturbación, admitían todas las combinaciones de parejas, les gustaban las posiciones más variadas y hacían el amor sin preocuparse por garantizar su descendencia. En la sociedad Bonobo, no se hacía la guerra, el sexo sustituía la agresividad que, en otros primates, a veces provocaba la muerte. Bonobo, que aún era Simon, pensó que aquellos monos eran extraordinarios y que sin duda teníamos algún parentesco con ellos.

De repente, se puso de rodillas, desnudo, con el sexo aún duro y, golpeándose el pecho, había declarado al cielo que era un Bonobo.

—¡Un mestizo! ¡Mitad Bonobo, mitad lisu!

Al cabo de poco más de un mes se cumpliría un año de todo aquello. Podría haber sido siempre todo tan bonito. Jérôme había decidido otra cosa. Bonobo lo había pasado muy mal. Que ella tuviera ganas de él de vez en cuando no atenuaba su dolor. El sábado por la tarde había ido a casa de ella. Jérôme le había llevado hasta su cama. Parecía haber llorado. Bonobo le había preguntado la razón de su tristeza. Suzanne había pasado por allí hacía menos de una hora. Suzanne se iba hacia los trópicos. Habían hablado de Lydie. Echaría de menos a Suzanne. Escéptico, Bonobo había mirado a Jérôme. Pero ella ya reflejaba un gran entusiasmo. Y cuando él quiso ponerse un preservativo, ella dijo «hoy no, no me quedaré embarazada, me gustaría tenerte dentro de mí durante más tiempo».

Bonobo apretó el volante. No podía existir la casualidad. Pasko había perdido los estribos. Tenía que encontrar a Pasko... Pasko no iría a él. Una certeza.

Sin embargo, Bonobo no conducía deprisa. Dejó la nacional y se metió en el camino de tierra. Llegó a la cerca que había dejado abierta, bajó la rampa y solo aceleró en las curvas. Levantó una espesa nube de polvo al derrapar delante de la choza. Asustadas, las gallinas se dispersaron batiendo las alas. No todas. Bonobo había embestido al grupo, no había intentado evitarlas y, tras el choque, al mismo tiempo que el polvo que caía de nuevo lentamente, algunas plumas rojizas se le pegaron en el parabrisas. Bonobo observó a la gallina muerta y a Mangrove, que huía a través de los pilotes, y saltó del *jeep*.

La ira no se vislumbraba en sus gestos, o muy poco. Sin prisa, trepó por el tronco lleno de muescas. Luego se preparó un té. En la terraza, se bebió tres grandes tazas mientras contemplaba su jungla de neumáticos. No se sacrificaría a los ancestros. Los ancestros no vendrían a ayudarle. Sus pensamientos erraban, eran oscuros. Bonobo se preguntaba si realmente podía confiar en Réjane. Pronto serían las siete y media de la tarde. Se duchó, se puso ropa limpia, afiló durante un buen rato su cuchillo Laguiole y, finalmente, cogió una cuerda suspendida a una viga.

Réjane vivía en el número 163 de la calle Férétra, en la cuarta planta de una casa de los años veinte. Se trataba de dos edificios gemelos diseñados por Jean Montariol, de líneas cuidadas y cuyas entradas estaban decoradas con mosaicos. Un portal unía los inmuebles y daba al parque Calvaire, que, teniendo en cuenta el modesto césped con algunas acacias enfermas, parecía

más bien una plaza. Unas cuerdas de tender ropa lo bordeaban a derecha e izquierda, mientras que, delante, unos peldaños llevaban a otro inmueble más abajo que, a pesar de su encanto, no podía hacer olvidar los bloques del barrio de Empalot que se levantaban a lo lejos.

Réjane tenía alquilado un piso de tres habitaciones. Estaba bien. Dado que la cocina, en la que solo pasaba el tiempo necesario para preparar la comida, estaba orientada al oeste, no tenía que soportar mucho la vista siempre desagradable de los barrios desfavorecidos. El salón daba a la calle Férétra, una zona muy animada, sobre todo al caer la tarde.

Réjane pasaba largos ratos mirando por las ventanas. No observaba nada en particular en aquel momento. Esperaba a que la bañera acabara de llenarse. Un colirrojo cantaba en lo alto de una chimenea. Unos vencejos, frenéticos y gritones, se perseguían entre las fachadas. Le llegaban sonidos de voces del bar El Rincón. El aire era suave. Réjane se sentía inquieta y sabía perfectamente por qué.

¿Por qué no había leído la prensa? ¿Por qué, su vecina de rellano, que nunca le dirigía la palabra, le había hablado esa mañana del asesinato de Jérôme Gartner? ¿Y por qué Réjane enseguida había asociado ese asesinato con la promesa que le había hecho a Bonobo?

Réjane se apartó de la ventana y no vio el *jeep* procedente de la calle Colonel-Briant. Se fue al baño y cerró los grifos.

¿Y si llamaba a los polis? Le preguntarían si tenía razones de peso para sospechar de su amante. No se creerían su historia. Seguro que se burlarían de ella. Se quitó la camiseta y el sostén.

¿Y si simplemente llamaba a Bonobo? Le tiraría de la lengua. Ya encontraría la manera. ¿Se había acostado con un asesino? No. Bonobo quizá se dedicaba a traficar con algo, nada grave.

Réjane se quitó las bragas y se metió en la bañera. Se sumergió en el agua tibia y cerró los ojos. Le hubiera gustado que su malestar se difuminara. Le hubiera gustado no haber sentido nunca ese malestar. ¿Era concebible que Bonobo estuviera implicado en un asesinato y la usara a ella? Se conocían tan poco, hacía tan poco tiempo. Aún no. No la habría utilizado a ella. ¿Por qué a ella?

Réjane por fin empezó a relajarse. Pero la angustia volvió a aparecer por un breve instante. Ya que, de repente, alguien llamó a su puerta. Y ella supo enseguida que se trataba de él.

Réjane se sobresaltó. Se cogió a los bordes de la bañera pero sus manos

resbalaron. Por un segundo pareció que iba a ahogarse. Cayó un poco de agua en las baldosas. Mientras recuperaba el equilibrio, pensó en si había cerrado la puerta. Había que saber el código para entrar en el inmueble. ¿Alguien se la había dejado abierta? Bonobo no tenía el código. En el buzón solo estaba su apellido. ¿Le había dicho su apellido? Sí, Réjane se lo había dicho y se estremeció. Volvieron a llamar.

Réjane aguantó la respiración, atenta al menor ruido. Pasaron un minuto o dos y luego salió de la bañera. Intentaba mantener la calma. Tenía miedo. Cerró la puerta del baño y se quedó pegada a ella, jadeante. Ya no volvieron a llamar.

Con el pie, reunió su ropa esparcida por el suelo. Se dejó caer contra la puerta y la recogió. No se puso el sostén. Mientras intentaba ponerse la camiseta, dio un golpe a la puerta, que pegó contra el marco y, por la confusión en que se encontraba, no se dio cuenta de que otra puerta en el mismo instante acababa de abrirse y de cerrarse.

La puerta de su piso.

Réjane tragó saliva. Al salir del baño, las piernas le flaqueaban, el corazón le latía como un loco. Se habrá ido, pensó. Me imagino demasiadas cosas. Pero ¿qué cosas se me ocurren? Se habrá ido. Réjane se había puesto un albornoz. Tenía sed. Le quedaba una cerveza en la nevera. Iría a comprobar que su puerta estaba cerrada con llave. Así se sentiría mejor.

Por desgracia, Bonobo no se había ido. Peor, estaba sentado en el sofá. Llevaba unos vaqueros y una camisa de manga corta. Le mostraba una sonrisa forzada.

Réjane se quedó paralizada. El instante parecía eternizarse. Pensó que cualquier mujer en su lugar se habría sobresaltado en un primer momento, y luego habría ido a echarse al cuello de su amado, confusa, pero contenta, por aquella sorpresa. Réjane sí se sobresaltó mucho pero se quedó inmóvil, le faltaba la respiración y notaba los labios secos. Entonces pensó que Bonobo lo había entendido: tenía miedo, miedo de él.

—Ven —dijo él.

Ella sonrió a su vez, pero solo quería dar el pego, no era una sonrisa muy convincente. Sin embargo, con un nudo en la garganta, obedeció. Bonobo le cogió la mano y tiró de ella. Ahora, debería arañarle y morderle para separarse de él. Habría tenido que largarse por la puerta. Era demasiado tarde.

—¡Vaya sorpresa! —dijo ella.

Sonó muy falso. Y además, tendría que haberle dicho otra cosa. ¿Cómo has

entrado? ¿Qué haces aquí? ¡Me has dado un susto de muerte!

—No me esperabas, ¿verdad?

Cómo lo podía imaginar...

—Tu corazón late muy fuerte... ¿Qué te pasa?

Su voz no era amenazadora. Pero Réjane estaba pegada a él y notó algo en su bolsillo, era demasiado largo para ser un mechero. Bonobo no fumaba. Ella miró en dirección a su móvil, encima de la mesa. Él siguió su mirada pero no hizo ningún comentario. Hundió su cara en su seno y le abrió el albornoz. Olió profundamente su camiseta, sus pechos, bajo sus axilas.

—Me gusta el olor de tu sudor...

Ella fingió reírse.

—¿Sales del baño y te vuelves a poner una camiseta sucia?

—Te gusta, es una suerte...

—Ya, pero me imaginaba que saldrías desnuda del baño...

Bonobo calló y Réjane hizo lo que habría hecho sin la duda, sin el miedo. Le deslizó una mano por el pelo. Le abrazó. Formulaba oraciones silenciosas. Era muy consciente de que no actuaba como convenía. Y entonces se llevó una buena sorpresa.

El propio Bonobo, un instante antes, no habría creído que se echaría a llorar. Réjane le abrazó más fuerte. Ya no sabía qué pensar. Le acariciaba. Le dijo al oído:

—Llora, llora si te va bien, y no pasa nada si no me dices por qué lloras...

Bonobo se abandonó como un niño y entre sollozos balbuceó:

—Me gustas mucho, Réjane...

Réjane notó un gran alivio. Un niño, sí. Bonobo le subió la camiseta para notar su piel. Sus labios buscaron un pezón y lo encontraron. Réjane notó las lágrimas. Una ola de placer la invadió. Echó la cabeza hacia atrás.

—Llora —dijo otra vez—, llora.

25. Félix

· Toulouse ·

Me esperaba lo peor. Había una camilla en medio del pasillo. Dos tipos del SAMU hablaban en voz baja. Uno de nuestros hombres holgazaneaba no lejos de allí. Dirigí una vaga señal a todos. Pasé por encima de la camilla. Pensé que quizá era por precaución, como en el fútbol, el jugador se hace daño, hace comedia, los camilleros acuden, el adversario se relaja, y tres minutos más tarde el chico corre como una liebre, la Virgen María le ha ayudado e incluso le permite marcar un gol.

Había pasado un huracán y Marc no marcaría un gol, a menos que estuviera solo en el terreno de juego. Me presenté al médico, que me dijo secamente:

—Su compañero acaba de recuperar la conciencia.

Marc estaba lívido. Le costaba respirar. El médico le tocaba con cuidado el brazo derecho.

—El hombro está roto —dijo—. Respecto a la cabeza, veremos después del escáner.

Marc estaba vivo. Aliviado, bromeé:

—Mañana no podrás jugar al *ping-pong* con Eusèbe...

Marc hizo una mueca de dolor. Le dije:

—No debes tener muy buenas choas...

Magali levantó la ceja. Luego se apresuró a hacer lo que iba a hacer antes de que yo apareciera. Cogió la jaula del pequeño Paul que, como otros muchos objetos, había caído al suelo del despacho. La iguana permaneció tranquila durante toda la operación. Se montó enseguida en la rama y abrió la boca varias veces. No sé qué en su forma de mirarnos me hizo pensar que era consciente de haberse salvado de una buena. El ordenador aún estaba por el suelo, así como el magnetófono. Sauvage se había llevado las cintas. Puse bien una silla y me senté al lado de Marc. El médico parecía haber terminado.

—Me duele horrores...

—¿Qué ha pasado?

—Se ha vuelto loco, Félix. Saltaba de un tema a otro. Ha acabado hablándome de la tormenta de diciembre... ¿Puedes creértelo?

El médico quiso intervenir pero le detuve con un gesto. Marc prosiguió:

—Dijo que esto nos daría una lección. Así ya sabríamos que aquello no solo les pasaba a los demás, en Bangladesh y no sé dónde más. Quizá así se dejaría de hacer el tonto, de jugar a los aprendices de brujo. Nos enseñaría a vivir...

—Sauvage nos tenía acostumbrados a este tipo de digresiones, Venti...

—Ya. Solo que esta vez he pensado en Béatrice. Y me he encendido.

—¿Os habéis peleado?

—Me he dejado engañar como un pardillo.

Se le había atravesado, como si nada peor pudiera ensuciar la memoria de su hermana. Suspiró.

—Tenía muchas ganas de darle un puñetazo. Pero me he aguantado, te lo prometo, Félix. He ido hacia la ventana. Le he dado la espalda. Y de repente se ha levantado. ¡No deseo a nadie que le tiren un ordenador encima!

—¿Alguien le ha visto irse?

Magali contestó por Marc. Parece ser que Sauvage se había escapado de la vigilancia de los chicos de la entrada o lo mejor aún estaba por el edificio.

—Soñar es gratis...

—Es como si se hubiera volatilizado —se justificó—. He encontrado a Marc sin conocimiento. He decidido llamar enseguida al SAMU.

—Has respetado el procedimiento. Has actuado bien.

Pregunté a Marc:

—¿Algo más?

—Nada importante.

Al médico se le acabó la paciencia.

—Su compañero tiene que ir al hospital, capitán, lo antes posible.

—Un momento, doctor —le dijo Marc en un tono algo seco—. No sé qué me duele más, mi hombro o no haber podido echar el guante a ese desgraciado...

—En ese caso, me espero fuera...

Marc hizo una mueca de dolor, casi lloraba.

—Simon Crouzet vivía en una antigua cantera que servía para almacenar neumáticos usados.

—¿Dónde?

—Al sur de la ciudad.

—Eso no es muy concreto.

—No sé nada más. Si hay que creer a Sauvage, Crouzet está fuera de onda. Vive en otra parte... Solo podremos cazarlo por casualidad. Sauvage ha ido alguna vez allí, no lo niega, pero dice que siempre se encontraba con Bonobo en Venerque y que este le obligaba a hacer parte del trayecto con los ojos vendados. Qué estupidez.

—Un depósito de neumáticos no pasa desapercibido...

—Hay muchas canteras, Félix.

—Podríamos consultar a la gendarmería de Auterive —sugirió Magali.

—Deja a los gendarmes fuera de esto —refunfuñó Marc.

Magali puso mala cara.

—Tardaremos días en explorar el sector —dijo ella.

—¿Y?

—Nada, Marc.

Pensativo, dije:

—En coche tardaríamos días. Pero no en helicóptero...

Magali volvió a ordenar cosas. Era más de medianoche.

—No toques la papelera —dije.

—De acuerdo.

Llamé al laboratorio. Serge nunca tenía horarios y, aunque a veces contestaba de malos modos cuando le pedías algo, en eso se parecía mucho a su colega forense, yo estaba seguro de que si allí había algo, lo descubriría él.

—Te necesito, Serge.

—¿No puede esperar?

—Las mujeres de la limpieza pasan a las seis —dije, y colgué sin dar más explicaciones.

Serge apareció unos minutos más tarde. Esperaba encontrarse a Sauvage sentado en una silla y miró a Magali con un ademán burlón.

—¿El asesino ha cambiado de sexo?

—Ocúpate de la papelera, por favor.

—Esto ya empieza a ser una manía.

Cogió la papelera para ponerla encima de mi escritorio. Se puso unos guantes y abrió su maletín. Sacó unas pinzas y una bolsa de cierre hermético.

—¿Qué debo analizar?

—Los trozos de un botellín de cerveza. Encontrarás en ellos restos de sangre.

- Entendido. ¿Me permites una reflexión?
- Claro.
- Un poco más de tiempo y serás un buen poli.
- Me halagas.
- Tendrás todos los resultados el martes.
- Para entonces el asesino estará entre rejas.
- El fiscal te felicitará.

Cuando Serge se marchó, dije a Magali:

- Moncollin me da carta blanca.
- ¿Qué quieres decir?
- ¿Quieres entrar en el caso? Te aviso: puede ser bastante bestia.
- De acuerdo.

Durante más de una hora, le di todos los detalles. Hablé de los personajes de la pandilla que, por razones que no sabíamos, se había hecho añicos en el verano de 1999. De todos modos, Paul Gartner, al elegir tirar la toalla, había tomado una decisión llena de consecuencias.

En mi opinión, había sido la gota que colmó el vaso. Los demás habían empezado a vivir en la mentira. Estaba el problema de los derechos de autor, claro, del arreglo entre Gartner y Sauvage, pero no creía que el dinero fuera el móvil. No sabía por qué Suzanne Audouy (Diane) había ido a reunirse con su examante en las Filipinas. Ella y Marthe Morineau (Thornton), en cualquier caso, estaban fuera de toda sospecha. El asesino sabía que podía aprovechar la confusión. Cédric Sauvage (Pasko) le ayudaría, lo quisiera o no.

—Sauvage es un capullo —concluyó ella—. No es una prioridad.

—Estoy de acuerdo. Le atraparemos tarde o temprano. Hay que ocuparse de Bonobo. Bonobo es el asesino.

—¿Y el móvil?

—Quién sabe, quizá solo se trata de una historia de cama que acabó mal. Eso le encantaría a Moncollin.

El cansancio me aplastaba y propuse a Magali que descansáramos un rato. Ella se instaló en el suelo en una esquina de la habitación y cerró los ojos. Yo me quedé sentado ante mi escritorio y me dormí enseguida, con la cabeza en el hueco de mis brazos.

Cuando me desperté, aún era de noche. Fui al baño, meé y me refresqué la cara. Cogí de la máquina dos cafés bien cargados. Puse uno cerca de Magali y, tomándome el mío, me senté a un metro de ella contra la pared. Enseguida se estiró y, bostezando, cogió su vaso.

—No imaginaba —dije— que acabaríamos pasando una noche juntos...

—Esta sí que es buena...

Miré por la ventana.

—¿Tienes problemas graves, aparte de lo de tu novio? —le pregunté.

—Mi madre está muy enferma.

—Lo siento...

—Hay momentos en los que me gustaría dejar de ser de este mundo.

—No digas tonterías...

Magali no quiso extenderse y me preguntó qué le había sucedido a la hermana de Marc. Le expliqué la tragedia y guardamos un momento de silencio.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó.

—Esperemos a que salga el sol.

26. Bonobo

· Toulouse ·

Bonobo subió por la calle Férétra. No estaba tranquilo. Se había hecho de noche. Tenía ganas de gritar. Había gritado. Bonobo esperaba que los vecinos hubieran oído a otro. Réjane había llorado con él. En el bulevar de Récollets, esperó el semáforo. Cogió su móvil de la guantera. Marcó el número de Réjane. El semáforo se puso en verde. Giró a la derecha.

—Réjane —dijo.

Réjane se sorprendió al oírle. Bonobo llegó a la avenida de la URSS. Subió por el bulevar Delacourtie y luego por la avenida Crampel. Veía a lo lejos el puente Demoiselles.

—Me hacías sentir muy bien...

El silencio de Réjane reflejaba su ansiedad. El miedo había desaparecido, pero presentía la ruptura, la temía. En la avenida Saint-Exupéry, Bonobo cogió la primera calle a la izquierda después de la vía del tren. No se trataba del trayecto más directo. Llegó a la avenida Jean-Rieux. Cogió otras calles tranquilas.

Tenía que encontrar a Pasko...

—¿No estás enfadada conmigo?

—No, Bonobo, no... Pero... ¿no quieres que volvamos a vernos?

—Lo siento, Réjane.

Se alarmó.

—Pero ¿por qué?

—Será mejor así...

Bonobo murmuró un adiós antes de que todo fuera demasiado doloroso. Apagó su móvil. Volvió a ver la lluvia.

Puta noche...

Pasko seguía prostrado en el volante del buldócer. Bonobo se había subido a la cabina. Pasko se había echado a reír. Su risa era convulsiva. Bonobo había intentado sacarle de allí. Pero Pasko se le escurría como una anguila.

—¿Qué has hecho, joder?

—Recuerda a los viejos tiempos, ¿verdad?

Reía. Se ahogaba. Bonobo intentó de nuevo cogerle por la chaqueta, pero Pasko se agarró al volante.

—No me jodas...

No saldría de allí a menos que le cortara las manos. Notaba cómo la sangre le latía en las sienes. Diane, Thornton y Viola estaban lejos. Confiaba en Thornton para que llegaran sanas y salvas a la casa. Thornton era buena. Diane quizá ahora sería menos tonta. Viola. No había que pensar en ella.

Regresar donde estaba el tipo. Hacer algo. Pero ¿qué?

Bonobo bajó del vehículo. Aparentemente, no era tan horrible. Podía parecer que el chico tenía la mitad del cuerpo hundido en la tierra, no destrozado bajo la máquina. De más cerca, se veía bien el abdomen y el lugar exacto en que la oruga le había cizallado, de una forma rectilínea y neta.

Bonobo se sorprendió de que ya no saliera sangre. El hombre seguía con vida. Tenía el busto elevado, los hombros hundidos. Rascaba la tierra con los dedos. Parecía un cangrejo intentando salir de la arena. Si conseguía salir de la máquina, dejaría sus vísceras detrás. No tendría fuerza para ello.

Bonobo se agachó.

—No siento nada...

—Mejor.

—¿Cómo es?

—No muy bonito.

—No quiero vivir sin piernas.

Sus pies se veían al otro lado de la oruga, quizá ya no estaban unidos a los tobillos, o solo por algunos trozos de piel, algunas esquiras. El chico estaba bien jodido. En el momento en que Bonobo le vio dar vueltas supo que estaba jodido. Debería haber muerto. Caía la lluvia. El chico tenía los ojos vidriosos, aturcidos. La voz le tembló: —Tengo cigarrillos en mi bolsillo interior...

Bonobo bajó la cremallera.

—Mi mujer me regaló esta chupa por Navidad.

Bonobo cogió el paquete de cigarrillos y el mechero.

—¿Por qué no te quitas el pasamontañas? Me gustaría saber con quién tengo que vérmelas.

Bonobo se quitó el pasamontañas. Le desenganchó la lámpara frontal y se la puso en la cabeza. Pero dirigió el haz de luz hacia un lado y el hombre le miró. Bonobo encendió un cigarrillo y se lo puso entre los labios. El hombre no conseguía dar caladas y la lluvia hizo silbar la punta incandescente. El

cigarrillo no estuvo encendido por mucho tiempo. Bonobo intentó sonreír al chico. No tenía que haber pasado todo aquello. El cigarrillo se le cayó de los labios y fue a parar a la chupa. La lluvia le mojaba la cara.

Bonobo se puso el pasamontañas en el bolsillo.

—Hubiera perdonado a unos jóvenes gamberros... Pero ¿por qué, Dios mío?

Bonobo buscó una respuesta adecuada. Podría haberle hablado de la fatalidad. Al final le dijo:

—Es por culpa de las ranas...

—¿Las ranas?

—Había muchas en este pantano.

—¿Voy a morir por culpa de unas ranas?

Al elevar la voz sintió más dolor. Sus manos se contrajeron en el suelo.

—No estás muerto.

El hombre negó con la cabeza.

—Piénsalo, tío. Si saliera con vida de esta, ¿crees que podría olvidar tu jeta?

—No...

—Pues ya lo ves, no tienes elección.

—Tiene razón —dijo Pasko—, no tienes elección.

Pasko saltó de la oruga. Bonobo le lanzó una mirada asesina. El hombre dijo:

—Tu amigo está de acuerdo conmigo.

—Mi amigo está enfermo...

Al oírle, Pasko se echó a reír y Bonobo se puso hecho una furia. Fue hacia él de un salto, le propinó un puñetazo y Pasko cayó de espaldas sobre la basura. Braceó en el aire y se cayó pesadamente. Debido al golpe dejó de reír. Abrió los ojos como platos, no se lo podía creer, ¡no entendía nada! Se recuperó y se frotó la barbilla. Había un brillo de desafío en su mirada y demencia y ni un gramo de remordimiento. Bonobo estaba asqueado. ¡Que no se le ocurriera volver a reírse! Veía en su cara que estaba a punto de hacerlo. El hombre, en la oscuridad, lanzaba unos gemidos insoportables. ¡Que no se echara a reír! Pero Pasko entendió el peligro y giró sobre sus talones. Dio una patada a una estaca. Por despecho, de mal humor, empezó a arrancar más estacas.

Cuando estuvo de nuevo cerca del hombre, Bonobo entendió que ya no era el mismo. No quería pensar. El hombre balbuceó:

—Por culpa de las ranas, mierda...

No reflexionar. Viola era guapa. Amaba a Viola. Había que proteger a Viola. Bonobo quiso volver a ponerse el pasamontañas pero el hombre le detuvo.

—Espero que estés bromeando...

Silencio.

—Puedes dejarte los guantes, pero quiero verte la cara.

Silencio.

—¿A qué esperas?

Bonobo hubiera debido estrangular de paso a Pasko.

El momento era propicio, el barrio estaba tranquilo y Bonobo decidido. Algunas ventanas estaban iluminadas, pero, en su mayoría, las fachadas se confundían con la vegetación de los jardines. En el aire se olía el perfume de la glicina y de la hierba recién cortada. Ningún paseante. El silencio. Una forma de paz.

Bonobo aparcó el *jeep* en una calle adyacente. Tomó algunas precauciones. Anduvo un rato por delante de la casa. Las farolas se reflejaban en los ventanales. Aparentemente, no había ningún signo de vida, solo algunos tipos de guardia en los alrededores. No sabía si aquello tenía que alegrarle. Inspeccionó bien cada coche aparcado cerca. Quizá eso significaba que Pasko ya había caído en manos de los polis. Pero se negó a pensar en esa posibilidad.

Pasó por los ventanales. Entró en el edificio por la parte trasera. Adaptó su mirada a la oscuridad y, sin dificultad, llegó al despacho de Pasko. Esperó el tiempo necesario. Se preguntó si sería prudente encender la luz. El techo de cristal y el mobiliario no le dejaban muchas posibilidades de pasar desapercibido. La verdad, no tenía ninguna. Si encendía la luz, alguien podría verle desde alguna casa vecina. Aunque eso podría no suponerle ninguna consecuencia real.

Bonobo bajó al máximo la lámpara del escritorio. Dio la vuelta a la alfombrilla del ratón y lo puso debajo. De este modo, la lámpara daría muy poca luz. Le dio al interruptor y se sentó. El cenicero rana le provocó una sonrisa amarga. En la mesa también había un vaso sucio, unos bolígrafos y un montón de carpetas: proyectos hechos con mal gusto, facturas impagadas, avisos de acreedores, citaciones ante el tribunal. A Pasko le seguían yendo

mal las cosas. En su lugar, seguramente Bonobo se hubiera dado por vencido, *bye bye*.

Una hoja cayó del montón y Bonobo reconoció enseguida la letra de Paul. Leyó el texto sin emocionarse.

Yo, el abajo firmante, Paul Gartner, en pleno uso de mis facultades físicas y mentales, designo, en el caso de tener una desgracia, a Cédric Sauvage como mi albacea, para que gestione mis derechos de autor presentes y futuros, bajo todas sus formas, y los reparta tal como le he indicado, a partes iguales entre mi hermana Jérôme y él.

Etc.

Bonobo hizo una mueca. Pobre Jérôme. Eso explicaba bastantes cosas. Jérôme nunca le había hablado de ese testamento. Se lo había guardado para ella y Bonobo entendía mejor por qué, el último verano, ella no se había preocupado mucho por Pasko. Con esto hubiera bastado para estropear el buen rollo. ¿Cómo se lo podían haber ocultado? Quizás eso también explicaba, en parte, el estado de Pasko. Paul le había hecho un regalo envenenado. ¿Paul confiaba en él hasta ese punto? ¿Paul podía imaginarse que Pasko se hundiría? ¿Lo había previsto? ¿Perversidad? Pobre Jérôme... Paul era un capullo. Pero Bonobo no iba a compadecerse ni de Paul ni de Pasko. ¡Qué desperdicio! Entendía algunas razones profundas. Imaginaba el rencor. Sospechaba la sucesión de los hechos, la escalada. La verdad. La única salida.

Bonobo oyó un ruido. Localizó los pasos. Alguien cruzaba el invernadero tropical. Bonobo apagó la luz y se agazapó detrás de la nevera.

27. Félix

· Al sur de la ciudad ·

Corrimos bajo las hélices. Magali se subió detrás mientras yo me sentaba al lado del piloto, que dejó de consultar el mapa que tenía encima de sus rodillas y me estrechó la mano con fuerza.

—Han llegado casi a la hora...

Me vi obligado a cumplimentar una tonelada de papeles. Le dije que habíamos trabajado duro, que habíamos sudado la gota gorda y asintió con la cabeza, comprensivo.

—Allí arriba no hace la misma temperatura. Léonard.

—Félix.

—Pero todos me llaman Ronaldo, soy un as del fútbolín.

—¡Ah!

Ronaldo era más bien bajito. Con su casco con micro y sus gafas de sol, parecía un díptero aberrante. Jovial, hizo un gesto con la mano a Magali, el movimiento del rotor se aceleró y le pregunté inocentemente:

—¿Cuántas horas de vuelo tiene?

—No las cuento...

Magali se equipó y cogió la carpeta de mi asiento. Ronaldo me pasó el mapa. Consultó su reloj y notificó nuestra salida a la comisaría central.

—Ronaldo a Zidane. Pido autorización para despegar.

—Autorización concedida.

Eran las ocho horas y cuarenta y tres minutos y el suelo se hurtaba bajo los patines.

La Ardilla^[6] se elevó con suavidad, como un ascensor bien engrasado, realizando una vertical perfecta sin que lo pareciera. Me estaba peleando con mi cinturón de seguridad y cuando alcé la vista ya estábamos por encima de los inmuebles. Ronaldo me guiñó el ojo y renuncié a abrocharme.

Empezamos por sobrevolar el centro de la ciudad. Durante un momento pensé en los estragos que causaríamos si nos estrellábamos. Nuestras pálidas

existencias se olvidarían más rápido que la basílica de Saint-Sernin o la iglesia de los Jacobinos, que podríamos tachar del mapa. Esperaba que Ronaldo aún tuviera ganas de jugar al fútbol. De todos modos, debía haber una norma que prohibía un vuelo prolongado encima de la ciudad, puesto que empezó a seguir el río Garona. A partir de entonces, pasara lo que pasara, infarto cerebral del piloto, fallo técnico o malas choas, había mayores posibilidades de que acabáramos en el agua. Sería un buen titular, pero enseguida se olvidarían de nosotros. Le tengo cariño a la vida y el temor desapareció enseguida. Tenía anclado en mí un sentimiento altruista del que no sabía que estaba tan bien provisto.

Empezamos a remontar la corriente. Los puentes se sucedieron, Pont-Neuf, puente Saint-Michel. Pude observar de pasada las ventanas de Jérôme Gartner y enseguida el estadio apareció a mano derecha. Nos dirigíamos hacia el sur a casi ciento cincuenta kilómetros por hora. Ronaldo desvió la trayectoria cuando llegamos a la mitad del brazo superior del río. Así nos quedamos a una distancia respetable del complejo químico. Ronaldo era un hombre razonable. La cordillera de los Pirineos era visible, en el cielo apenas había nubes, mostraba un azul magnífico, y un sol generoso chocaba contra el cristal de la cabina. Durante un rato exploramos un territorio comprendido entre el río Ariège, el canal de Midi, el pueblo de Calmont y el lago Thésauque. En aquella zona, la mayoría de las canteras de arena estaban activas. Las que no, formaban unas extensiones de agua de contornos mal definidos cuyas orillas estaban inundadas por una vegetación lujuriosa. La naturaleza retomaba obstinadamente sus derechos, parecía tener cada vez menos espacios en los que hacerlos valer. A las nueve horas doce minutos ya habíamos cubierto esa primera zona. Habíamos evitado Cintegabelle por el primer ministro Jospin y sobrevolamos el Ariège, que dibujaba sus meandros en paralelo a la carretera RN 20. Ronaldo me preguntó: —¿Qué buscan concretamente?

—Montañas de neumáticos...

—Un vertedero, entonces.

Se dirigió hacia el nordeste poniendo mala cara. Nuestra segunda zona estaba comprendida entre la nacional, el Garona y una línea imaginaria que iba de Cintegabelle a Carbonne. Ronaldo realizaba una parcelación rigurosa del terreno. Me giré un momento hacia Magali. Su cazadora estaba hinchada por el viento, se le veía la culata del arma y parecía mirar el paisaje con un aire pensativo. Me sorprendí al pensar que la encontraba más guapa allí que

en tierra firme, es decir, excesivamente guapa, como si la belleza pudiera variar según la altitud. Seguramente era preferible que Marc siguiera siendo mi ayudante. Grité: —¿Estás bien?

Levantó el pulgar. Y su rostro se iluminó de forma agradable.

No lo entendí de inmediato, estaba preparado para búsquedas más largas, o incluso abocadas al fracaso. Cédric Sauvage nos podía haber contado cualquier cosa. Empecé a preguntarme si había tomado una mala decisión. Me tranquilicé diciéndome que Sauvage no sería tan loco como para volver a su casa, tras haberse fugado de una comisaría. Era tan idiota como pensar que Magali de repente se derretiría por mis huesos y que, con solo mirarla, ella se pondría cachonda. Magali señalaba un lugar más allá a la derecha de la cabina. Seguí su gesto. Ronaldo soltó un taco: —Si se trata de montañas de neumáticos, juro que besaré el culo de un jugador del PSG, ¡el de cualquiera!

Silbé entre dientes. Parecía un geoglifo^[7] como los que habían dibujado los habitantes de Nazca, aunque menos misterioso. La cara, que recordaba un dibujo de Jean Cocteau, solo podía verse desde el cielo. Bonobo había concebido una obra tan loca como colosal, y no podía evitar preguntarme cómo lo había logrado.

—¿Nadie había visto esto nunca?

—A nuestra espalda, hay un corredor reservado al ejército. Sus aviones no se apartan de él. En cuanto al sector que estamos sobrevolando, no es muy seguro. No sé si ves todos esos postes... ¡No es una zona para estos trastos!

La fineza de los rasgos se atenuaba a medida que nos acercábamos al objetivo y era evidente que las líneas estaban formadas por columnas de neumáticos, pero el parecido era sorprendente.

—La quería muchísimo —observó Magali—. Toma el cielo como testigo. Le rinde homenaje.

—Está como una cabra —dijo Ronaldo.

—No —dije—, está en otro mundo...

—Tiene toda la pinta...

Ronaldo refunfuñó e hizo bajar el helicóptero una decena de metros.

Dimos vueltas por encima de la cara, ya mucho menos reconocible. En el interior, no había ningún sitio donde aterrizar con seguridad. Ronaldo decretó que, tanto si vivía en este mundo como si no, nuestro hombre había perdido la razón y que había unos riesgos que no iba a asumir, a saber si el cabrón no habría tendido unos cables o había excavado agujeros en el suelo. De todos modos, le pedí que se acercara a las chozas, unas manchas oscuras que, de

lejos, nos habían parecido unas pupilas, una ilusión perfecta. A pesar del polvo que levantamos con el helicóptero, no detecté presencia alguna. Miré de nuevo los alineamientos de neumáticos que dibujaban la melena y que formaban una sucesión de estrechos pasillos. Los más largos llegaban hasta los extremos de la hondonada, hasta sus límites, la cima del cráneo. Algunos se comunicaban entre sí.

En algunos sitios, se enmarañaban. A algunos no les detenía nada y otros terminaban de forma prematura, llevaban a un charco, formaban un foso, cruzaban un bosquecillo o unos bambúes, todos ellos componentes naturales que revelaban una bella variedad de verdes, pero que, hasta entonces, no había tenido en cuenta, por lo subyugado que estaba por la cara que emergía de todo aquello. Bonobo había inmortalizado a Jérôme con el pelo más largo de lo que lo tenía a su muerte, tampoco estaba muy bien peinada, y aquello no favorecía el acercamiento.

—En el suelo, parece que la cosa está complicada —dije, y añadí sin pensar—: ¿Nos sueltas?

Ronaldo gritó un «no» categórico. No entraba dentro de sus atribuciones, y yo no era Bruce Willis.

—Y si queréis un paracaídas, ¡tendréis que pasar por encima de mi cadáver!

—¿Deduzco que hay un solo paracaídas?

—¡Vaya pregunta!

Ronaldo maniobró el aparato de modo que nos dirigimos hacia una pradera situada en el borde del vertedero. No había mucha elección. Unas líneas de postes eléctricos rodeaban a medias la hondonada. Un bosque, en un tercer lado, también habría complicado las cosas. Ronaldo bajó con la flexibilidad de un cernícalo y aterrizó sin problemas.

—Indica nuestra posición —le dije—. Y que nos manden a la caballería.

Nos alejamos del aparato. El ruido de las hélices se amortiguó hasta desvanecerse por completo. La temperatura en tierra firme era mucho mejor. Eran las nueve horas treinta y tres minutos. Encontramos la brecha en la cerca y bajamos la rampa. El sol empezaba a calentar y el aire, en la hondonada, era más enrarecido. Magali caminaba delante de mí. Su culo atraía mi mirada. Tenía un buen culo. En conjunto, estaba bien hecha. Magali se giró y dijo: — Estás muy callado, Félix...

Concentrémonos.

—¿Cuántos crees que hay?

—Cientos de miles.

Una muralla inverosímil. Ocho metros de alto, cincuenta de largo. No parecía haber aperturas. Las vimos cuando ya estábamos muy cerca. Había dieciocho en total. Propuse que las probáramos una tras otra.

—Tenemos nueve para cada uno...

—No creo que sea muy juicioso separarnos... y no tenemos el hilo de Ariadna.

Dicho esto, Magali se dirigió hacia la apertura más alejada, a nuestra izquierda. Se agachó y observó el suelo. Luego pasó a la siguiente, y así sucesivamente hasta la número trece.

—Ven a ver...

Fui con ella y observé las huellas. La grava marcaba menos que la tierra, pero los surcos hechos por los neumáticos eran evidentes.

—Pasa por aquí —dijo ella—. No se puede por ningún otro sitio.

Tenía razón. Pero un laberinto se diseñaba para desorientar a quien se aventurase en él, no para mostrarle el camino trazado. Como si hubiera leído mis pensamientos, Magali me dio una explicación plausible.

—No se ha tomado la molestia de volver a tapar la cerca. También habría podido borrar estas huellas. Se fue con urgencia.

—No presiento nada bueno...

—Quizá no vuelva.

—Pues es un incordio.

Ya se estaba metiendo por la apertura.

—¿Quieres hacer otra cosa?

El pasillo formaba primero un recodo, lo que explicaba que de lejos hubiéramos tenido la impresión de una masa impenetrable, ya que la propia naturaleza del material impedía la perspectiva, y luego seguía serpenteando moderadamente. Magali iba delante y yo me sentía oprimido. Cuando las mujeres toman la iniciativa no es necesario entender cómo ni por qué. Nos fundíamos con los neumáticos, habían acumulado calor y me calentaban la espalda. El paso tenía una amplitud regular, suficiente para un coche. Si Bonobo aparecía, teníamos pocas posibilidades. Ni siquiera podíamos pensar en la opción de trepar por los neumáticos, no había ningún agarradero y, además, nos podían sepultar si Bonobo no nos destrozaba antes. Estaba preparado para desenfundar. De vez en cuando miraba por encima de nosotros. El cielo se reducía a un retazo. El tiempo giraba. El olor a caucho se metía en la garganta. Así recorrimos un centenar de metros. Y luego Magali

aceleró el paso. Acababa de ver el final. Yo también lo vi y respiré, aliviado. Llegamos a un patio. Miré los bananos y la catalpa. Vi una cisterna de agua. En el montón de neumáticos a nuestro alrededor, me costaba imaginar el dibujo de un labio o de una nariz. Seguramente, más allá de la choza, podía pensarse que se trataba de una ceja. Unas gallinas se largaron en cuanto aparecimos en la melena. Se encarnizaban sobre una de sus compañeras que yacía en el polvo. Con el pie empujé el despojo sanguinolento y me giré. Por ese lado, había menos aperturas. Diez. Nos hubiéramos podido perder ocho veces, y quizá no volver nunca. Consideré que era mejor esperar al equipo técnico. Magali no tenía esa opinión.

—Estamos en el corazón de la cosas —dijo.

Comprobó la estabilidad del tronco que, en el lugar donde tendría que haber habido una escalera, unía el suelo con la choza, y trepó por allí. Llegó hasta arriba con agilidad y me decidí a seguirla.

El interior estaba oscuro. Solo había una gran pieza prolongada por una especie de galería accesible pasando una cortina. Al no haber ninguna ventana, y dado que la luz que filtraban los bambúes no proporcionaba una visibilidad suficiente, encendí una lámpara. Entonces vi el altar, los bastones de incienso y una copa llena de granos de arroz. Magali me dirigió una mirada de entendimiento y empezamos a registrar.

—La nevera está llena —dijo ella—. Desde el exterior parece muy cutre, pero tiene todas las comodidades, excepto la cama: una simple estera. A pesar de todo, seguramente no pasa aquí el invierno.

—Mira esto...

Acababa de encontrar una fotografía en un cajón, en medio de varios folletos. Dije pensativo:

—Son seis.

Magali cogió la foto, la estudió y frunció el ceño.

—Solo veo a cinco.

—Paul Gartner está ahí, solo que no se le ve.

Hizo una mueca dubitativa.

—Reconozco a Jérômine y a Sauvage.

—Debe ser del año pasado. Después, la pandilla se separó. En menos de un año, Sauvage ha envejecido muchísimo. El otro hombre, pegado a Jérômine, es Bonobo.

—Parece no haber roto nunca un plato.

—De todos ellos, parece el más feliz.

—Jérôme oculta su alegría.

—Hay algo entre ellos. Se esconden... Las otras dos chicas son Suzanne y Marthe. Diría que Marthe es la protagonista.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Hace el payaso, pero no sé, está su mirada, parece que está en su casa, quiere demostrarlo, la acción se desarrolla según su voluntad.

Un registro más profundo no nos aportó nada más y salimos. Vacilamos un poco pero, al final, llegamos sin muchas dificultades a la segunda choza. Tras unos minutos cruzamos un huerto y esta vez nos encontramos al pie de una escalera normal y corriente. Subimos los peldaños y, tomando por fin la iniciativa, levanté una pesada trampa.

—Cada vez mejor...

La pieza, decorada como un estudio, era mucho menos amplia pero tenía ventanas. La luz entraba a raudales. Desde ahí se tenía una vista espectacular sobre aquel sitio. La mesa de mezclas y los magnetófonos eran modelos antiguos. El asiento parecía más bien cómodo. Me senté, me puse los cascos y accioné un cursor al azar, el 9.

Unos monos empezaron a parlotear en mis oídos, lo que habría podido sorprenderme, divertirme o dejarme perplejo. Pero un pensamiento desagradable me cruzaba la mente. A pesar de las apariencias, en el fondo esperaba que Bonobo no hubiera huido. Estaba obligado a reconocer que, sin él, estábamos en un callejón sin salida. Bonobo no volvería y solo Dios sabía dónde estaba en aquel momento. Me preparé para las complicaciones. Estábamos fuera de nuestra jurisdicción. Eso no habría tenido mucha importancia de haber detenido al asesino. Hubiera tenido que actuar junto con la gendarmería. El resultado de nuestra expedición quedaba más que mitigado. Bonobo y Sauvage seguían en libertad. Para colmo de males, Marc estaba en el hospital. Mierda y más mierda.

—¿Puedo probar?

Magali me zarandeaba el hombro. Me quité los cascos y apreté varios botones hasta encontrar el correcto. Los gritos llenaron el estudio pero también se difundieron en el exterior.

—Ronaldo debe poner una cara... —dijo alegremente—. ¿Y si empiezas por el principio?

Puse el cursor 9 en su posición inicial y empujé el 1. En el 1, no había nada. El silencio. Esperé un momento, desactivé el 1 y accioné el 2.

—Unos monos, y ahora unas ranas...

—Qué locura...

No reconocimos al animal que vino a continuación. Su canto era profundo y repetitivo, decía «geco gecko», era casi envolvente, e interminable. También eran así de monótonos los cantos en el 4 y el 5 que Magali, para mi sorpresa, identificó con los del archibebe, «tiek tiek», y con el autillo, «tiu tiu». En el 6 estaban las abejas. En el 7... Nos sorprendimos los dos. Magali murmuró: — Jérôme...

Risas, mezcladas o interrumpidas a veces por un leve crujido, un ruido de oleaje o de insectos zumbando. Más risas, instantes puros de alegría, de felicidad.

—Risas después del amor...

Magali estaba seria. La miré por el rabillo del ojo y sonreí para mí mismo. Puse en marcha el cursor 8. El canto del ruiseñor se mezcló con las risas de Jérôme. Observé:

—Todas las combinaciones son posibles...

—Es bonito.

—Pero esto no nos hace avanzar mucho.

Bajé el cursor 8 y activé el 10. Los latidos de un corazón. Una cara, unas risas y ahora un corazón. La pulsación era regular y armonizaba bien con las risas. Magali miró su reloj. Puse el cursor 10 a 0 y dijo:

—Son casi las once. Los refuerzos deberían estar a punto de llegar. Voy para allá.

Sin estar realmente preocupado, le pregunté:

—¿Sabrás encontrar el camino?

—Confía en mí...

Los pasos de Magali se alejaron, crujiendo en la grava. Aún no había bajado el cursor 7. Solo, mientras Jérôme seguía riendo, imaginé a Bonobo. No había ninguna duda de que la amaba. La amaba terriblemente. Habían hecho el amor a menudo. Bonobo había grabado las risas. Bonobo inspiraba esas risas. La cinta giraba, parecía no acabar nunca. ¿Nunca hablaban después de hacer el amor? Oí las risas de Jérôme y me pregunté por qué el silencio estaba en el 1.

Moví mis dedos por la mesa de mezclas. Toqué el cursor.

[6]. Coloquialismo con el que en Francia se refieren al modelo Eurocopter AS 350 Écureuil. (*N. de la E.*)

[7]. Figura construída en la planicie utilizando la técnica de adición de piedras más oscuras, a

modo de mosaico. (*N. de la E.*)

28. Bonobo

· Toulouse ·

Pasko abrió la nevera. Entonces se percató de la silueta que estaba agazapada. Quiso librarse de la mano que le agarraba. Le cogió y le soltó enseguida. Como un elástico que se suelta, Pasko se cayó hacia atrás. Rebotó contra el cristal. Toda la estructura tembló. Gruño, soltó tacos. A cuatro patas, presa del pánico, puso la mano encima del escritorio. Jadeaba. Bolígrafos y carpetas volaron, por fin cogió la lámpara. En un mismo movimiento, se levantó y la apuntó hacia el intruso. Encendió el interruptor. Bonobo se incorporaba, tranquilo, muy tranquilo. Era Bonobo, ¡mierda! Pasko no se lo podía creer. Sonrió a pesar de su labio hinchado. Sonrió y su alegría era sincera.

—¡Eres tú! Joder, ¡eres tú!

—¿De dónde vienes?

Pasko dejó la lámpara, se tocó el labio, hizo una mueca de dolor, y se tocó también el pelo y la frente, el sudor le goteaba.

—No vas a creerme...

Su voz no estaba alterada ni por el reproche ni por la cólera, quizá ya había olvidado el miedo y la violencia, quizá no podían afectarle tras la prueba por la que había pasado. Se trataba de Bonobo y no de un fantasma o un poli. Pasko se dirigió de nuevo a la nevera, sin desconfiar.

Bonobo dejó que se bebiera una cerveza. Pasko abrió dos más y se las tragó con el mismo alivio. Tras ello, dijo:

—Estoy contento de verte, de verdad.

—¿De dónde vienes?

—¡De la comisaría! ¡Me he escapado!

Su cara se iluminó como la de un loco y añadió:

—¡No nos pillarán!

No nos... Bonobo se puso en guardia. En la penumbra, su cara parecía un astro amenazador.

—Pero ¿qué haces aquí?

—¿Qué querían de ti?

Bonobo cerró la nevera, como para poner fin a una charla idiota, y fue a por él. Pasko se protegió la cara con el brazo, pero Bonobo atacó el estómago. Pasko se dobló en dos, con la respiración cortada. Cayó de rodillas, eructando.

—¡No he dicho nada, Bonobo! ¡No he dicho nada!

Pasko vomitó un poco de cerveza. Bonobo le levantó con una patada y su labio sangró de nuevo.

—No he dicho nada del pantano... mierda, no puedo hacer nada, ¡fuiste tú quien estranguló a aquel tipo!

Bonobo no controlaba su fuerza. El vómito, la sangre dejaban unos rastros horribles en el suelo transparente. Las sombras en el césped parecían las de un hombre arrastrando un saco, un saco de mierda. Bonobo le levantó y le empotró contra el ventanal, le apretó la mandíbula con la mano y los ojos de Pasko se hicieron más grandes por culpa del terror que sentía. Bonobo rugió: —¿De qué estás hablando?

—Para, te lo ruego... ¡Suéltame!

Le soltó. Bonobo miró cómo Pasko se caía a sus pies, sacudido por los sollozos, que era lo único que le diferenciaba de un saco de mierda. Luego empezó a registrar las carpetas esparcidas por el suelo. Recuperó el testamento. Lo dobló en dos en sentido longitudinal.

—¿Es por esto?

Bonobo le pegaba con el documento. ¿Es por esto? ¿Es por esto? A cada palabra le daba una bofetada. Pasko gemía. Se acurrucó y se tapó la cabeza con las manos.

—Quería que esperara aún un poco. Me iba a recuperar, ¡ella tenía que crearme!

—¿La mataste por dinero?

Pasko no la quería matar. El sábado no había ido a verla con aquella intención. Había llegado hacia las cinco de la tarde a la plaza Fer à Cheval. Había intentado en vano aparcar cerca del edificio. Había dado varias vueltas y se había metido por el paseo Dillon. Pasó por varios badenes y al final encontró un sitio. Subió la avenida andando y entonces vio el *jeep* de Bonobo.

Pasko reflexionó. Jérôme no le esperaba. Algo antes, seguramente había recibido la visita de Suzanne. Suzanne quería oír de boca de la propia Jérôme que Paul seguía con vida. ¡Eso cambiaba mucho las cosas!

Jérôme no se encontraba bien. Eso debió afectarla. Quizá la conmovió. Sí, quizás. Pero Bonobo no estaba previsto en el programa. Puesto que Suzanne ya conocía el secreto, ¿Jérôme había considerado que Bonobo también debía saberlo? ¿Le había llamado? ¿Le estaba contando la verdad? ¿Cómo reaccionaría Bonobo?

Pasko no quería encontrarse con Bonobo. Esperaría a que saliera. Vigilaría hasta que se fuera. Pasko debía mucho dinero a Jérôme. No le había pagado ni un céntimo. Había tenido mala suerte. Todo le había caído encima a la vez. Hasta entonces, Jérôme no le había exigido nada. Pasko había llegado a pensar que ella nunca aceptaría dinero de su hermano, que eso la habría humillado. Entonces, ¿por qué ahora?

Por fin, Bonobo apareció. Pasko esperó aún un rato. Se metió en una tienda de la avenida Muret. Compró algo de beber. Todo se arreglaba con una copa. Jérôme le recibió con una sonrisa y nada sucedió tal y como Pasko había imaginado.

Mientras Jérôme trasteaba en la cocina, Pasko echó un vistazo a la habitación. Vio que a cama estaba deshecha. Hizo algo más que echar un vistazo, entró en la habitación y le pareció ver una mancha húmeda en la sábana bajera. Bonobo y Jérôme se habían acostado. Ya lo sospechaba. La sospecha se confirmaba. Observó la mancha y fue a la cocina con Jérôme. Abrió una botella.

—¿Te quedas a cenar?

—¿Qué estás preparando?

Jérôme parecía no querer presionarlo. Quizá se había preocupado demasiado. Respiraba mejor. Llenó dos copas y enseguida se bebió la suya.

—Una ensalada mixta... Si quieres, también tengo pollo.

—No tengo mucha hambre...

—¿Ya no brindamos?

—Perdona...

Se sirvió otra copa y brindaron. Ella le dijo:

—¡Por nuestros buenos momentos!

Unos minutos más tarde, Pasko preguntó:

—¿Ha venido Suzanne?

—Sí... se va a los trópicos...

—¿No te ha dicho nada?

—Suzanne sobre todo me ha escuchado. ¿Pasa algo?

Pasaba de todo. Pero él negó con la cabeza. Y bebieron más. Y Jérôme

estaba borracha. Pasko, de repente, pensó en el provecho que podía sacar de la mancha húmeda de la sábana. Hablaron de Marthe. Se le haría raro este año. Pasko dijo que Marthe se burlaba de ellos y que no contara con él para llenar su soledad. Jérônime le contestó que era muy duro con ella. Ella era así y prefería que no le hablara más de Marthe.

—¿Tú vas a ir?

—No, no iré.

Ella lo dijo con un tono extraño, como si él no dependiera de ella. Pasko no le prestó atención. Estaba contento por cómo iban las cosas. Jérômime se mostraba en buena disposición hacia él. No le pondría un cuchillo en el cuello. Había cambiado de opinión.

Sí, ella había cambiado de opinión. Pero no como él creía. De repente, le miró por encima y le preguntó en voz baja y de forma amable:

—¿Me debes mucho dinero, Cédric?

Él la miró sorprendido. Balbuceó:

—Bastante... cientos de miles de francos... No lo sé con exactitud... Como no me preguntabas nada... Lo tendría que ver en detalle...

—Es una buena suma...

—¿Los... necesitas?

—No... no...

—Entonces, ¿qué quieres?

Se le escapó. Casi gritó. Ella pareció alegrarse.

—Estoy muy enferma, Cédric...

Eso no le conmovió. Pensaba en la mancha de la sábana bajera. Pensaba en sus acreedores. Pensaba que si le daban una oportunidad, podría recuperarse, sí. Una sola oportunidad. Y empezaría de nuevo con buen pie. Pero que Jérômime pudiera esperar un poco. ¡No le podía hacer aquello!

—Pero no tengo la valentía suficiente para suicidarme...

Pasko no captó el significado de sus palabras de inmediato. Con las manos temblorosas, se llenó de nuevo la copa. La botella estaba vacía. Abrió otra. Bebieron en silencio. Y aún bebieron más. Cuando se terminaron el vino, bebieron cerveza. Y luego Jérômime dejó caer: —Tendrás bastante con pensar en el tipo bajo la oruga...

—Quieres...

—Eso bien vale unos cientos de miles de francos, ¿no? Si es que no son más...

—Me pides...

—Estoy preparada.

—Ella me lo pidió, ¿lo entiendes?

Pasko sollozaba, los mocos se mezclaban con la sangre y los vómitos en su cara. Bonobo le miraba desde lo alto.

—¡Me lo suplicó! ¡Y yo no quería! Pero empezó a pincharme. Con lo amable que había estado justo antes. No podía creer que ella pensara todo lo que estaba diciendo. ¿Es verdad? ¿Os doy lástima? ¿No formábamos una buena pandilla? ¿No éramos como hermanos y hermanas? ¿Os daba lástima? Dime...

Pasko seguía cubriéndose la cabeza. Bonobo no le contestó. Bonobo le miraba como algo sucio en su memoria.

—Ella me dijo que yo no era más que una ruina, y se reía, y dijo: «Todos estaremos de acuerdo en decir que fuiste tú quien mató a aquel pobre hombre en el pantano, porque a ver si te crees que aquello no saldrá a la superficie algún día».

Como en un arrebato de dignidad o un reto a sí mismo, Pasko bajó los brazos y levantó el rostro. Dijo con tranquilidad:

—La estrangulé en la mesa de la cocina, entre los platos, y casi no luchó.

Pasko se guardó el resto para él. Actuó de una forma inconsciente. La desnudó y la llevó al salón. Sin saber muy bien por qué, desplazó el sillón. Se llevaría su ropa, se desharía de ella más tarde. Dejó las botellas para tirar. Lavó los platos. Limpió la cocina. Le estropeó el ordenador. Y luego volvió a pensar en la mancha de la sábana bajera. Paulatinamente se acordó de las choas, las historias que contaba Bonobo. ¿Quién, aparte de Bonobo podría tener esa idea? Tuvo ese momento de lucidez. Sacrificó la correa de su reloj. Sin hacerse daño, con unas tenazas para carne, cortó el cierre y obtuvo así siete fragmentos de metal. Encontró arroz en un armario. También lo contó: siete granos de arroz.

Se hacía de día. Bonobo se apartó de él. A su espalda, Pasko gimió, repitió las palabras que había pronunciado unos meses antes en el pantano:

—¿Qué será de nosotros?

Bonobo hizo una mueca hacia el sol que despuntaba. ¿Por qué no se había quedado con Jérôme el sábado?

—Deberías dormir un poco —dijo.

—¿Y luego?

—Luego iremos a ver a los polis...

—No, no quiero... no...

—Necesitas dormir, Pasko. Después tendrás las ideas más claras.

—Entonces... ¿me perdonas? ¿Me perdonas?

—Duerme, Pasko, duerme...

29. Félix

· Toulouse ·

Empujé el cursor y la tierra empezó a temblar, pensé que se trataba de la erupción repentina de un volcán. Me agarré a la mesa de mezclas. Pero el suelo se hundía. Cuando resbalé del asiento, fue como si alguien tirara de él bruscamente, entendí que todo el estudio se estaba tambaleando. El asiento se cayó por la pendiente haciendo un gran ruido. Salí disparado hacia abajo, patas arriba, y fui a parar contra la pared del fondo violentamente. Algunos magnetófonos ya se habían caído de las estanterías. Un neumático en llamas hizo explotar el ventanal. Estuvo a punto de arrancarme la cabeza. Pero aún no había terminado su alocada carrera. Rebotó sobre la mesa de mezclas y chocó contra el techo. Varios trozos de cristal me acribillaron la cara. El techo se hundió. Jérôme ya no reía, ya no reiría nunca más. Por fin el neumático tocó el suelo. Se puso a girar como una peonza y las llamas se fueron propagando. Los magnetófonos que seguían en su sitio empezaron a fundirse. Lo mandarían todo a paseo en dos o tres segundos. No habían pasado más de veinte. Una bobina me cayó en la cabeza y quedé atrapado en la cinta magnética. Di una patada al neumático. Parecía que iba a por mí. El neumático se alejó pero enseguida rebotó y volvió hacia mí. Los magnetófonos se hicieron añicos. Me agarré a algo, no sé, a unos palos, a un bambú. Lo solté. Era el horror: el estudio no acababa nunca de inclinarse. Una oportunidad: estaba en el lado bueno. Por fin me recuperé. Una vuelta y estaría en cuclillas. Sin pensar, me lancé encima del asiento trabado en el marco. Al final de su carrera, el neumático por fin se quedó en horizontal y lo único que hacía era resbalar. Pero el asiento no resistiría a la presión. Me caí bajo la escalera. Trepé bajo las vigas enmarañadas. El asiento cedió. Voló por encima de mi cabeza. El neumático tampoco pasó muy lejos. Seguí arrastrándome. Otros neumáticos habían segado los pilotes. Me abrí un paso y grité mientras el fuego rugía, era poco probable que mi voz llegara al infierno: —¡Magali!

¿Cuántas explosiones había habido? ¿Tres, cuatro? ¿De qué color era el cielo? Me puse de pie mientras el estudio se derrumbaba a mis espaldas, como tragado por la tierra. Hubo otra explosión. Los neumáticos estallaban como antorchas proyectadas por una catapulta y llovían a trozos. Los evité por muy poco. Caminaba a ciegas. Tosía. Los ojos me picaban. Movía los brazos como para apartar el humo. Y seguía gritando cuando no tosía.

¿Cuánto tiempo aguantaría? Tropecé. Me caí de bruces sobre la grava. No aguantaría mucho tiempo más. Mi mano tocó algo, mierda, ¡una gallina! ¡Asada viva! ¡De pie! ¡Magali! De repente, me pareció que el humo era menos espeso. Di unos pasos más y la cortina se rasgó. ¡El cielo estaba azul! Pero el incendio seguía extendiéndose. La choza pronto no sería más que un montón de cenizas, el fuego había llegado también a aquella parte. El calor era menos intenso, pero los bananos se marchitaban visiblemente. Las llamas bloqueaban todas las salidas, o las entradas, daba igual, eso no cambiaba mucho las cosas. El viento nos era favorable en aquel momento. No duraría mucho. El cielo de nuevo se taparía y las llamas nos rodearían.

Respiré el aire a grandes bocanadas como si pudiera hacer una reserva. Tosí. Escupí. Respiré más aire. Y luego corrí hasta Magali.

Magali yacía en el suelo, inconsciente, boca abajo. Me quité la chaqueta para apagar las llamas que bailaban encima de su espalda. Luego la arrastré hasta el centro del patio, lo más lejos posible de las llamas. Su ropa aún estaba humeando. Seguramente no tenía ningún sentido, quizá hacía lo peor más que lo mejor, pero empecé a quitarle la ropa. La despojé de los trozos de su chaqueta, su jersey, su camiseta y su sujetador.

Magali estaba gravemente quemada pero respiraba. Su espalda era una inmensa llaga. Su nuca también estaba herida. Ya no tenía pelo en la parte de detrás del cráneo, pero su cara estaba intacta. Seguramente era mejor que siguiera sin conocimiento. Me senté, saqué mi arma del estuche, la puse a mi lado y, con sumo cuidado, cogí a Magali entre mis brazos. Había fracasado por completo. ¿Me sentía responsable?

La trampa se cerraba encima de nosotros. Miré cómo desaparecía el azul del cielo. Nos di cinco minutos antes de morir asfixiados. Magali no sentiría nada. Miré mi arma. Cogí mi arma. Estaba a punto de adormilarme. El ruido infernal me impedía oír mi propia respiración. Me dormí. Cogí mi arma. Abracé a Magali contra mí. Cerré los ojos. Me pareció que algo me rozaba la espalda y abrí los ojos. Nos estábamos cociendo. Tenía ganas de vomitar. Vomité. Gemí. Encontraría a Bonobo en el infierno. Nos veríamos las caras.

Dios mío, ojalá Magali no se despierte. Acerqué la pistola a mi boca. Cerré los ojos. El sudor me quemaba los ojos. Estaba a punto de apretar el gatillo. Pero algo me tocó la espalda. ¡Algo me había tocado la espalda! De forma clara me había empujado hacia delante. No... No era posible...

Mi imaginación podía jugarme esas malas pasadas. Pero, pude oír otro ruido, y noté que el humo estaba sometido a otra fuerza, que se moldeaba como bajo la acción de una centrifugadora. Miré a mi alrededor. Y de repente, directa hacia nosotros, una cesta cruzó el espeso humo negro. No podía crérmelo aún y la miré primero sin reaccionar. La cesta pasó una y otra vez columpiándose. No me había creído que era lo que realmente era hasta que por fin conseguí agarrarla. Quería vivir.

Un bombero soltó la cesta e hizo una seña a Ronaldo para que aterrizara más lejos. Dos bomberos más cogieron a Magali en brazos y la transportaron hasta la ambulancia. Salí de la cesta. Me tambaleaba. Decenas de hombres me rodeaban, polis, gendarmes, bomberos. Estos últimos eran los más numerosos. Habían desenrollado sus mangueras, pero se contentaban con observar el siniestro.

—Sería lo mismo que escupir en él —dijo uno de ellos—. Ninguno de mis muchachos va a ir a quemarse el culo a esa marmita.

—Esperamos a los hidroaviones —dijo otro.

—No será bueno para el efecto invernadero...

—No diremos nada a los ecologistas...

Reconocí al teniente Sylvain Brugnera, un tonto quizá algo menos tonto que otros, pero seguía siendo un tonto. Ronaldo apareció. Serge Turbé me sonreía, me animé un poco. Sus chicos irían a hurgar en las cenizas por cumplir, y tampoco de inmediato. Tahir mascaba una brizna de hierba. Un bombero se rascaba la barriga, otro su casco, como si eso pudiera calmar su comezón. Y Brugnera me hablaba. El alboroto era tal que leía sus labios más que le escuchaba, y dado que realmente no sabía leer los labios, no entendía lo que me estaba diciendo.

—Te pones... equipo... triste...

—Pensé que era un ataque de monos —expliqué a Ronaldo casi gritando, y él me apretó cariñosamente el hombro.

—Eres el mejor —dije casi hipando.

—Me encanta. ¡Cuando quieras!

—Te debo una...

—Una partida de fútbol —me interrumpió.

—De acuerdo, pero si juegas con los ojos cerrados.

—Chócala, Vieira.^[8]

—... estado... No te compadezco...

—Brugnera, ¡mierda! ¿No ves que está muy tocado?

Brugnera no aguantó la mirada de Serge. Un médico quería examinarme pero le envié a freír espárragos. Dije a Serge:

—¿Qué está diciendo?

—Ni le escuches, Félix.

—Digo —continuó Brugnera—, que nadie está a salvo bajo tus órdenes. ¿A cuántos más vas a mandar al hospital?

—A ti...

Ya no me sentía con fuerzas para darle un puñetazo. De todos modos, Brugnera se alejaba a grandes zancadas. Empezó a discutir con un gendarme.

—¿Un cigarrillo? —me ofreció un bombero riéndose.

Estallaron otras risas cuando pregunté si alguien había avisado a Moncollin. En aquel momento, un hidroavión llegaba a la zona y la mayoría de hombres regresaron al borde del caldero para asistir al espectáculo.

Rodeé el helicóptero y crucé el campo. Más abajo vislumbré las siluetas borrosas de un hombre y de un caballo. El hombre le acariciaba los ollares. Me paré un momento a vomitar y mirar cómo la ambulancia, con la sirena a todo volumen, subía por el camino de tierra.

El caballo estaba empalmado. Me pareció ver un poco del incendio en su gran ojo. Eso no se me olvidaría en mucho tiempo. Moncollin no me diría gran cosa. No se había girado. Yo no tenía el cuerpo para sermones. Dijo en voz tan baja que pensé que le hablaba al caballo: —Tenía una pista, ¿me equivoco?

A las quince horas, estaba de regreso al centro de la ciudad. Serge no me agobiaba. Conducía tranquilo, primero por obligación —en la RN 20 muchos conductores se habían detenido de cualquier forma en los arcones para contemplar la columna de humo—, y luego porque era evidente que no tenía ninguna prisa por volver a su laboratorio. Le estaba agradecido por haberme apartado de las burlas y era consciente de que él me quería tratar bien. Al llegar a la circunvalación, le mostré la foto del grupo y le pregunté si podía retocarla para conseguir la imagen de Bonobo; iba a dar un aviso de búsqueda y captura en cuanto la tuviera.

—No sueltas prenda.

—¿Puedes dejarme en el puente Demoiselles?

—Quieres su cabeza...

—¿Me dejas ahí?

Serge no insistió. Me dejó en la esquina de la avenida Demoiselles y la Crampel. Crucé la calzada, subí por el carril bici hasta la Julip y atravesé la pasarela.

¿A qué hora acababa de trabajar Éliisa? ¿A las cuatro o a las cuatro y media? Comprobé que no estuviera tomando el sol en una tumbona y me metí en la barcaza. No recordaba que fuera tan cómoda y, en cuanto al mobiliario, bastante parecido al de una vivienda normal, salvo por los ojos de buey. Me desplomé en un sillón e intenté no pensar en nada. ¿Le gustaría encontrarme allí? ¿A mí me gustaría este tipo de sorpresa? Al fin y al cabo, solo tenía que cerrar la puerta. Tenía ganas de abrazarla, de notar su calor, necesitaba consuelo. El descanso de un tipo hecho polvo.

Intentaba no pensar en nada y no lo conseguía. Me dolía la cabeza, un guante de crin me frotaba el córtex. En la cocina, me bebí una botella de agua con gas, me comí tres rábanos y cinco fresas, metí el dedo en una salsa que no sabía de qué era, lo chupé, y luego regresé al salón. La caja en la que Éliisa guardaba su hierba parecía burlarse de mí. Con la esperanza de relajarme de una vez, me lie un porro. Fumé tranquilamente mirando el techo. Ya me sentía mejor. Después, llamaría a Marc, preguntaría cómo estaba Magali, y... avisaría a su madre.

Aplasté la colilla y eché maquinalmente un vistazo al correo que estaba encima de la mesa, facturas de gas y de electricidad, sí, como una vivienda normal, facturas a nombre de Éliisa Moly. M seguía siendo un misterio. M de misterio. M los miércoles por la mañana. M de Moly.

Simple coincidencia.

Estaba molido, la tensión había bajado y no servía de nada luchar. Renuncié a ducharme, pero me refresqué la cara. Me reí solo al recordar la broma de Ronaldo. Estaba negro y me costaba entender las cosas. Froté fuerte y, bajo la máscara de Patrick Vieira, apareció enseguida la de Robert Pirès. Era muy malo jugando al fútbolín. Necesitaba dormir. Puse el guante de crin con la ropa sucia. Fui a la habitación y, sin quitarme los zapatos, me tumbé encima de la colcha.

M de Moly.

Por el ojo de buey, vi cómo las ramas de los plataneros se mecían al viento.

Una hoja se desprendió de una rama. No había llegado al canal cuando ya me había dormido.

Nada me despertó, pero a las cinco en punto abrí los ojos. Éliisa no había vuelto. Quizá no volvía a casa directamente. Quizá se había retrasado un poco trabajando en los invernaderos. El martes fue la última en irse. Seguramente el trabajo le gustaba. Claro, ella no sabía que la estaba esperando. Y yo no podía estar más tiempo sin hacer nada. Encontré papel para dejarle una nota y luego cambié de opinión. Estaba a cuánto, ¿cinco minutos andando? Ni eso.

Salté al muelle y subí junto al canal. Esperé a haber pasado bajo el puente Demoiselles para llamar al hospital Purpan. Caminando, cruzándome con ciclistas y patinadores, hablé un momento con Marc.

—Ha venido Eusèbe. Te da una impresión rara estar en una cama de hospital y ver aparecer al forense.

Marc se echó a reír, pero sin ganas. Me dijo que habían comparado sus escayolas y que Eusèbe prefería la suya. Ese libertino había sacado un rotulador y Marc no había desconfiado de él. Ahora tenía frases muy soeces por todo el brazo. Ya no se atrevía a mirar a las enfermeras a la cara.

—Tendría que haber ido con cuidado, Félix... Todo es culpa mía.

—¿Quieres que te rompa el otro brazo?

—Magali está mal herida, ¿verdad?

—Tardaremos en verla en biquini. Pero lo superará. Es fuerte.

No vi el *jeep* enseguida. El coche estaba aparcado en el lado izquierdo de la avenida Marne, entre dos plataneros, sin ninguna consideración hacia los arbustos. Parecía sacado de un cementerio de coches.

—Y tú, ¿cómo estás?

La puerta estaba cerrada, pero no del todo. Me mordisqueé los labios. Miré el *jeep* y luego de nuevo la puerta, y así estuve un rato. Marc se impacientaba:

—¿Félix? ¿Qué pasa?

—Lo que pasa es que... ¡Joder! Te llamo luego...

Volví sobre mis pasos. El capó del *jeep* estaba frío. La guantera contenía una lámpara frontal, una llave inglesa, una caja de bombillas y varios mapas de carreteras.

Las llaves estaban en el contacto.

Con los sentidos en alerta, me incliné para cogerlas y crucé la calzada.

—¿Éliisa?

¿Me pasaría toda mi vida llamando a mujeres que no contestaban?

El parque estaba anormalmente silencioso. El sol se reflejaba en los ventanales de los inmuebles de los alrededores. Entorné los ojos. Quizá era el instinto o que presentía que sería allí donde todo acabaría resolviéndose.

Anduve hacia los invernaderos monumentales. Habría podido apreciar una vez más la delicadeza y la armonía de las formas. Habría podido preguntarme con qué habilidad se habían pintado de modo tan uniforme los cristales con blanco de España. Ni siquiera me pregunté cómo Cédric Sauvage se había colgado en la pasarela. Su cadáver se mecía a la entrada de la cúpula. Pensé que aquello era un símbolo.

—Cada mañana, Jérômine pasaba un buen rato en el invernadero tropical. Luego se ocupaba de las violetas. Este lugar estaba hecho para ella...

Bonobo estaba sentado sobre un cubo boca abajo, a pleno sol, a pocos metros de Cédric Sauvage.

Me miró de pies a cabeza sin un interés real. Su voz era pausada; su mirada, intensa. Hizo una mueca. Evidentemente yo no me había cambiado y él entendió lo que había pasado, sabía que yo venía del infierno. Su mímica expresaba admiración y una sospecha de pesar.

—¿Dónde está Éliisa?

Bonobo hizo un gesto vago.

—Está todo bien. La encontrará en un trastero, por allí. Está sana y salva. Como usted.

—Tengo buenas choas...

Sonrió y asintió con la cabeza.

—Eso me gusta. ¿Qué opina de ello?

Su pregunta me sorprendió, pero intenté que no se me notara. Miré de nuevo al ahorcado. Volvió a preguntar:

—¿Soy culpable?

El hombre era inteligente y no tenía miedo. Estaba tranquilo. No iba a ponerle las esposas.

—Eres culpable del asesinato de Jérômine Gartner.

—No.

—Has matado a Pasko.

—Sí.

—Si me sigues...

Señalé el cadáver.

—Lo descolgarán más tarde.

Aún tenía dominio sobre mí. ¿Tenía que creerle? Tenía ganas de terminar.

Podía pensar que mentía, que por su culpa Marc y Magali estaban en el hospital, que yo mismo había estado a punto de dejarme la piel, que Éliisa estaba en peligro. No sabía cómo hacer para no ponerle las esposas a Bonobo y correr a liberar a Éliisa.

—No voy a seguirle.

—¿Por qué?

—Porque una noche, maté a un hombre, no a este... a otro...

—Me explicarás todo esto en la comisaría.

—Sería demasiado largo y, además, ¿de qué serviría?

—Voy a detenerte.

—Le voy a decepcionar.

—Y si te dijera que Paul Gartner no está muerto.

Asintió de nuevo.

—Antes de que usted llegara, ya imaginaba otra sandez de este tipo.

—¿Estabas seguro de que alguien vendría?

—Tenía todo el tiempo del mundo...

Bonobo miró el cielo, luego al ahorcado, y dijo:

—Espero que esto le proporcione remordimientos.

Se levantó. Tranquilamente, dio algunos pasos. Me daba la espalda. Se alejaba.

—Quizás vas a necesitar las llaves del coche, ¿no?

Movió la mano como para decir que no, que no las necesitaría. Desenfundé mi arma. Luego recordaría una extraña sonrisa en su cara. Primero apunté a sus piernas, luego más arriba. Ciao, Bonobo.

[8]. Patrick Vieira: exfutbolista francés nacido en Senegal.(*N. de la E.*)

30. Marthe

· La Source ·

Recuerdo una historia lisu que explicó Simon una noche de julio de 1999. Hace mucho tiempo, en la época de nuestros ancestros, un gran espíritu encontró los despojos de un hombre y los de su perro.

Ambos habían sido asesinados. Al constatar que el corazón del hombre ya estaba podrido mientras que el del perro aún estaba bien, el gran espíritu sustituyó el corazón del hombre por el del perro, y luego moldeó un nuevo corazón de arcilla para el perro. Después les dio un golpe en las manos y se levantaron, el hombre muy enfadado con el gran espíritu, el perro meneando la cola, lleno de gratitud. Esta es la razón por la que, hoy en día, los hombres son malvados: tienen corazones de perros.

No creo que ni Jérôme ni Simon, ni siquiera Cédric tuvieran corazones de perros. De todos modos, están muertos. Por cobardía, no intenté saber dónde, cómo ni quién les había enterrado. Me cabreo conmigo y luego me convengo de que es mejor así. A menudo no puedo contener las lágrimas. ¿Qué es lo que podría no recordármelos aquí? Que siempre me negara a que nadie me acompañara en mis salidas ahora resulta de lo más beneficioso. Camino por el pantano. Solo entonces la nostalgia y los remordimientos se difuminan.

Hace varias semanas que estudio a las cigüeñas en su nido, en la torre de Broue. Ayer hice otra observación importante, la de un águila culebrera que planeaba muy arriba en el cielo y llevaba una serpiente en su pico.

Hoy no he salido. He pasado a limpio mis notas, he observado durante un buen rato a dos herrerillos de larga cola en los tilos y, desoyendo los consejos de prudencia, he caminado por el bosque. Ahora ya tengo bastante leña para el fuego durante varios inviernos. No necesitaré a nadie en otoño, lo que no es mucho consuelo. Todos esos árboles abatidos por la tormenta me destrozan el corazón. ¿Mi corazón de perro?

Dentro de unos días, los amigos que hice en el norte estarán en La Source. Me pregunto cómo irá todo. Tengo la esperanza de que puedan asistir al gran

reagrupamiento de crías de cigüeña. Lo recuerdo el año pasado y aún noto aquella alegría intensa antes del drama. El drama duró. Ya solo quedamos dos, Suzanne y yo. Suzanne se ha quedado en la otra punta del mundo. Me escribe cada dos o tres días. Aún no le he contestado. Al final de la mañana encuentro este mensaje en mi correo electrónico:

Asunto: El horror

Fecha: Mon, 10 jul 2000 06:07:14 +0700

De: suzannaudouy@pacific.id

A: Marthe.m@aol.com

Querida Marthe:

Te escribo muy temprano. He dormido muy poco. Unas imágenes me obsesionaban. Ayer nos avisaron de una batida. Lydie no quería que yo fuera pero le dije que no estaba con ella solo para hacer de comparsa. Y además he visto otras, ¿verdad? Cogimos el 4x4. Willy estaba al volante, Lydie a su lado, y yo detrás. Enseguida dejamos la jungla virgen donde tenemos nuestra base. Lydie me dice que hoy solo se necesitan veinte minutos para regresar a la civilización, mientras que hace solo dos meses, se necesitaban más de tres horas. Ayer se desató un incendio que quemó muchas hectáreas de jungla. Por lo que parece, los orangutanes creen que encontrarán refugio cerca de las viviendas o en medio de las plantaciones de caña de azúcar, que son las causantes de los incendios. Llegamos a una de esas famosas plantaciones. Un indígena nos esperaba y le seguimos en medio de las cañas. Nos dijo que el gran mono había muerto dignamente. «Rezó su oración» (*dixit*) antes de que se abalanzaran sobre él con la motosierra. Solo encontramos su cabeza encima de una estaca. El resto seguramente ya está digerido. Lydie preguntó al indígena si él también se había llevado un trozo y le contestó que él no se comía a los hombres de los bosques. Sin dejarse engañar por aquella maniobra, Lydie le recompensó y luego sacó unas fotos. ¿Cómo estás, Marthe? ¿Sigues con tu trabajo sobre las cigüeñas? ¿Tienes noticias de Jérôme y los demás? Espero que no te sientas muy sola. No he hablado con Lydie sobre el verano pasado. Pronto, tengo que encontrar las palabras, te contaré un secreto.

Escríbeme.

Un beso muy fuerte.

Suzanne.

A mí también me obsesionan ciertas imágenes. Creía que la cosa se calmaría, pero aquel poli de Royan, aparte del terrible dolor que me provocó al anunciarme la muerte de Jérôme, me refrescó la memoria. Por un momento pensé que venía a verme para eso. ¿Me habría sentido aliviada? Suzanne me dice que me confiará un secreto. ¿No tenemos ya uno compartido lo suficientemente cruel?

Alguien ha pasado detrás del seto, a veces pasa alguien por detrás del seto y ni me doy cuenta. Más tarde, mucho más tarde, cuando la noche ya había caído, he oído un ruido alrededor de la casa, por el lado de la piscina que aún no he destapado. He salido y he preguntado si había alguien. Nadie me ha contestado. No he tenido miedo, pero cuando me ha parecido que alguien nadaba en la piscina, me he quedado prudentemente en mi despacho. Ya que era evidente que no había quitado la lona. Y alguien estaba nadando en la piscina. Este tipo de cosas nunca habían pasado. Pero había imaginado que podían pasar. Cuando era más joven, lo había soñado: deslizarme de noche en una finca y bañarme en una piscina sin ninguna vergüenza. ¿Habría matado al propietario si hubiera aparecido de improviso?

Me he forzado a calmarme e incluso he conseguido concentrarme en mis apuntes. Mi instinto me decía que no había un peligro real. Además, después de un rato, he aguzado el oído y solo he percibido un silencio apenas roto por el grito lejano de una lechuza. En aquel momento el intruso habría pegado su cara contra el cristal y yo habría llamado a mi mamá, pero nada de esto ha pasado. El intruso se había ido. He seguido trabajando una hora y luego me he ido a la cama.

Por las mañanas he recuperado una costumbre seguramente menos idiota de lo que parece. He preparado un té para mí y un café para el recuerdo.

Cuando la puerta se ha abierto, he estado a punto de soltar la cafetera. No me he girado enseguida. Afuera hacía sol, no era un día para morir. ¿Qué me ha tranquilizado? ¿El ruido de sus pasos? ¿El ritmo de su respiración? ¿Que haya tosido? Que de repente...

—¿Ahora tomas café para desayunar?

No me lanzaría a sus brazos. No perdería las formas. Pero mis pensamientos estaban muy confusos y mi corazón latía como un loco. ¿Cuánto tiempo necesitaría para acostumbrarme? ¿Me atrevería a reprocharle algo? ¿Iba a contener mi cólera? ¿Manifestaría mi alegría? Ha cogido una silla. Se ha sentado como lo hacía siempre. Y he dicho simplemente: —No, Paul, te estaba esperando.

AGRADECIMIENTOS

No podría redactar una lista exhaustiva de los artículos y los libros que me han ayudado a escribir esta novela. De todos modos, quiero recomendar al lector curioso y con ansias de verde la lectura de *Éloge de la plante - pour une nouvelle biologie*, de Francis Hallé (Seuil, 1999), *L'Agression*, de Konrad Lorenz (Flammarion, 1969), *Bonobos, le bonheur d'être singe*, de Frans de Waal y Frans Lanting (Fayard, 1999) y *Au sud des nuages - mythes et contes recueillis oralement chez les montagnards lissous (tibéto-birmans)*, de William Dessaint y Avounado Ngwâma (Gallimard, 1994). Que yo sepa, William Dessaint no guarda ningún parentesco conmigo...

Agradezco a los autores gracias a los cuales Jérôme, Suzanne, Marthe, Simon y Cédric han podido desarrollar una determinada filosofía de vida. Para lo mejor y para lo peor.

Mi agradecimiento, asimismo, para el Centro Nacional del Libro, que gracias a su ayuda económica me ha permitido trabajar muchos meses de forma serena; para el doctor Jean-François Hurstel, mi fuente en asuntos médicos, y para Gérard Vermersch, que, de 1974 a 1983, me enseñó a conocer las aves, provocando en mí una pasión que ya nunca me ha abandonado.

El personaje de Suzanne seguramente tomó forma una noche en que croaban las ranas, en el verano de 1999, durante un largo periplo que me llevó a Manila y las islas de Cebú, Siquijor y Palawan (Filipinas). Allí realicé a menudo ceremonias en honor a los ancestros, junto con mi amigo William Guéraiche y mi hermano Eusèbe, que, sin ser médico forense, volvió de allí con el brazo en mil pedazos (¡cuidado con las motocicletas rojas, hermanito!).

El planeta se halla en un triste estado y, para terminar, quiero valorar la acción del WWF (World Wildlife Fund), de la UICN (Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza), de Greenpeace, de la Liga de Protección de las Aves y de todos aquellos que, vinculados o no a una organización, en las cuatro esquinas del planeta, tanto en las costas de Francia

como en lo más profundo de la selva tropical, luchan para que el mundo sea mejor, para que se conserve la esperanza.

Mientras escribía esta novela, supe que los antropólogos de la Wildlife Conservation Society de Nueva York acababan de anunciar la extinción de un pequeño mono originario de la Costa de Marfil y de Ghana, el Miss Wadron's red colobus, que se convertía en el primer primate que desaparecía del planeta. Más cercano a nosotros, en enero de 2000, el íbice de los Pirineos se extinguió entre la indiferencia general. Según algunos expertos, un cuarto de las especies animales habrá desaparecido entre el 2003 y el 2025. Aunque esta estimación pueda parecer exagerada, plantea la cuestión de nuestro propio futuro. El hombre no es más que un animal entre otros. Nuestro turno llegará.

Pascal Dessaint